

ÁNGEL GANIVET

Cartas Finlandesas

BIBLIOTECA VIRTUAL de ANDALUCÍA

A Junta
de Andalucía

Consejería de Cultura
y Patrimonio Histórico


Andalucía
ORIGEN & DESTINO
Quinta Edición de la Primera Edición de 1981



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

ÁNGEL GANIVET

Cartas Finlandesas

Semblanza de
A. Gallego Morell

Notas y posfacio de
Nil Santiáñez

Ángel Ganivet García nace en Granada el 13 de diciembre de 1865, en una familia de clase media, siendo el segundo de seis hermanos. Su infancia estuvo marcada por la muerte de su padre (1875) y por un accidente sufrido al caerse de una caballería (1876).

Estudió Derecho (1886-1890) y Filosofía y Letras (1885-1888) mostrando desde su temprana juventud una gran facilidad para las lenguas. Acontecimiento decisivo en estos años fue su encuentro con Amelia Roldán, iniciándose una relación amorosa que duraría hasta el final de su vida.

En 1889 ganó las oposiciones al Cuerpo de Archiveros, Bibliotecas y Anticuarios y, poco después, las oposiciones al Cuerpo Consular, siendo nombrado vicecónsul en Amberes (1892). Ascendido a cónsul, llegó a la capital del Gran Ducado de Finlandia, Helsinki, el 31 de enero de 1896, donde mantendría una corta pero intensa relación sentimental con una rusa profesora de sueco, Masha.

Tomó posesión del consulado de Riga en 1898. Y allí, solo, entristecido por la grave situación de su nación y enfermo por una sífilis que le estaba provocando demencia, cayó en una profunda depresión que lo llevaría a suicidarse tirándose desde un barco al río Dvina el 29 de noviembre de 1898.

Sus restos fueron repatriados a España en 1925.

El 1 octubre de 1896 Ganivet comenzó las *Cartas finlandesas*, compendio de una serie de experiencias, anécdotas y observaciones sobre la vida en Helsinki (o Helsingfors, en su nombre original) que va desgranando en una constante comparación con Granada y España. Entre el relato de viajes, la autobiografía y la crónica literaria, estos veintidós artículos son una descripción penetrante y sagaz de la sociedad finlandesa (su historia, política, arte, costumbres, diversiones, la situación de la mujer o la obsesión por el progreso), al mismo tiempo que muestra la idea que los finlandeses tienen de España.

Con esta obra, que conserva intactas su frescura y actualidad, Ganivet se consagró como uno de los españoles más cosmopolitas de su tiempo.

En los más de dos años que pasó en Finlandia produjo la mayor parte de su obra literaria. En su corta vida escribió novelas, ensayos, poesía y teatro, pero la mejor novela fue la él hizo de su propia vida. No fue un precursor del 98, como se le comenzó a encasillar, fue puro *noventayochista*, pero así como la mayoría de sus compañeros del grupo reaccionaron ante *El Desastre* queriendo redescubrir España, él intentó descubrirnos Europa.

[la obra]

Colección Una Galería de Lecturas Pendientes

Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico. Junta de Andalucía

© 2021 Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico. Junta de Andalucía

© del prefacio: Antonio Gallego Morell

© de las notas y texto del posfacio: Nil Santiáñez, cedidos por la Diputación Provincial de Granada

Diseño: Carmen Piñar ; Maquetación: FJ Galiana

Ilustración de cubierta: AKSELI GALLEN-KALLELA. *Patinadores cerca de la orilla de Kalela*, 1896.

Colección privada

índice

ÁNGEL GANIVET, EUROPEO EN EL 98 por Antonio Gallego Morell	9
CARTAS FINLANDESAS	17
Notas	263
POSFACIO	
LA <i>CARTAS FINLANDESAS</i> DE GANIVET por Nil Santiáñez	271



Retrato en tarjeta de visita del cónsul Ángel Ganivet. Fot. Daniel Nyblin (Helsingfors), ca. 1897. Archivo-Biblioteca de la Casa de los Tiros

ÁNGEL GANIVET, EUROPEO EN EL 98

Antonio Gallego Morell

Ángel Ganivet García, nacido en Granada en 1865, se suicida en 1898 y en esa corta vida escribió novelas, ensayos, poesía y teatro. Pero la mejor novela fue la él hizo de su propia vida. Para Ramón Gómez de la Serna fue el *excéntrico del 98*. Lo fue porque se salió de todos los formatos, fotografías –él tan aficionado a los retratos fotográficos– y de los intentos de caracterización de su obra por los críticos literarios de su tiempo. No fue un precursor del 98, como se le comenzó a encasillar, fue puro *noventayochista*, pero así como la mayoría de sus compañeros del grupo reaccionaron ante *El Desastre* queriendo redescubrir España, él intentó descubrir Europa y la literatura que se hacía más allá de los Pirineos, en un intento que sólo tuvo paralelo en nuestras letras en la Condesa de Pardo Bazán. Acaso porque Ganivet fue el único de los escritores de su grupo que tuvo aquella experiencia, no desde la España que sorprendió Rubén Darío que iba a los toros en esas fechas, sino desde el sufrimiento que le producía leer lo que se escribía en la prensa extranjera. El sufrimiento es, en ocasiones, el mejor yunque para forjar la creación literaria.

César Barja, tan buen crítico de nuestra literatura, valoró muy bien a Ganivet pero no incluyó la inicial de su nombre en la famosa sigla para memorizar a los principales componentes de la Generación: VABUM (Valle, Azorín, Baroja, Unamuno, Machado). En pocos escritores se entrelaza vida y obra como en éste, en el que trazar su biografía sería la mejor explicación de su obra y tras su escritura se adivina el azaroso entramado de su experiencia personal. Amigo de tener amigos y amigas entre la sociedad finlandesa –en la que tan esencial era la presencia femenina– no es de extrañar el auge que en su obra tiene su epistolario, como en Valera. Quizás sean los autores de nuestras letras cuyos epistolarios tienen mayor protagonismo en el conjunto de sus obras.

Estudiante brillante en sus años mozos de bachillerato, en los que coincidió con su amigo Miguel Gómez Moreno que recordó esta etapa de sus vidas, estudió después las carreras universitarias de Filosofía y Letras y Derecho. Desde muy temprano tuvo gran facilidad para el aprendizaje de lenguas extranjeras. Tras ganar unas oposiciones que le permitieron entrar en el Cuerpo Facultativo de Archivos y Bibliotecas, participó en otras oposiciones para cubrir la cátedra de lengua griega en la Universidad de Granada. Celebradas conjuntamente con otras para cubrir la misma cátedra de Salamanca ante un tribunal que presidía don Juan Valera. Ganivet y Unamuno eran dos opositores que mantenían en vilo los círculos literarios de Madrid. Cuando la votación de las oposiciones terminó el gran escritor de Cabra fue al Ateneo, donde muchos esperaban con expectación el resultado, y Valera se limitó a sentenciar: “Ninguno de los dos sabrá griego pero le hemos dado la cátedra al único capaz de aprenderlo”.

Durante esta primera estancia en la Casa de Huéspedes del opositor y, posteriormente, en los años en los que probó aquel Madrid galdosiano, Ganivet escribió su primera novela, publicada entonces en dos tomos: *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, donde ya despuntó el carácter autobiográfico al que hemos aludido. Son años en los que alterna la escritura con la aventura amorosa

surgida en los bailes de carnaval, en los que conoció a Amelia Roldán, la cubana de Matanzas, cuya obsesión le acompañó hasta el día de su suicidio, cuando probaba sus conocimientos de francés para escribir poemas dedicados a su joven profesora de idiomas, Mascha Djakoffsky.

Ganadas las nuevas oposiciones, es nombrado vicecónsul de Amberes y esta etapa del *vicecónsul español* en la Bélgica bilingüe –experiencia de bilingüismo que luego también tendrá en Finlandia– es esencial en su trayectoria literaria.

Durante la etapa de vicecónsul español en Amberes viaja, conoce el país, envía sus primeras colaboraciones al *Defensor de Granada*, principal cauce para su literatura, escribe a sus amigos, oculta a su amante su función consular, visita, despacha, come en barcos españoles que fondean en su puerto, toca el piano, anota sus experiencias y publica sus mejores ensayos: *Socialismo y Música* y *El alma de las calles*, éste publicado al final de su vida en *El libro de Granada*. En esa época tiene a su primera hija, muerta prematuramente, hecho que desquiciará al autor para el resto de sus días. Fruto de la experiencia en la Bélgica del rey Leopoldo escribe su mejor novela y una de las grandes novelas de la literatura española: *La Conquista del Reino de Maya*. Otra vez “Arimi”, resurrección de Pío Cid, es el protagonista como trasunto del propio escritor y, como él, proyecta transformar la sociedad. Cuando se publica la genial novela los lectores belgas no entienden que se trata de una crítica a la colonización del Congo, cuyas miras económicas contrastan con el sentido cultural y espiritual de la colonización española de América.

En Amberes es sorprendente que el vicecónsul, tan de lleno entregado a la creación literaria, es también un funcionario ejemplar, como lo será después en sus destinos de Helsingfors y Riga, hasta tal punto que al final del desempeño de su misión consular en la capital de Finlandia es el propio Ganivet el que recomienda al gobierno español la supresión del consulado –en contra de sus

propios intereses– y estimula la creación del consulado en Riga.

La asombrosa producción literaria de Ganivet se acumula solamente en los tres últimos años anteriores a su muerte. Recién llegado a Helsingfors se instala en Brunsparken, cuyo bosque –escribe a sus amigos– tanto le recuerda al bosque de la Alhambra. Allí escribe el *Idearium Español*, *Cartas Finlandesas*, *Hombres del Norte*, *Granada la Bella* y la mayor parte de sus poesías. Este entorno nostálgico es el que perfila su obra. El *Idearium*, su obra más acorde con el espíritu noventayochista, está en la línea que le llega a Ganivet desde Costa y Macías Picabea. Con el pretexto de este libro el escritor reabre sus contactos con Unamuno. Los artículos y cartas que ambos se cruzan constituyen un nuevo libro, *El porvenir de España*, publicado en Granada en 1897. En cambio, *Granada la Bella* se publica en Helsingfors como libro pese a que era la obra que, en principio, menos podía interesar en Finlandia. Se trata de una docena de artículos publicados en *El Defensor* al que se añade un texto contra el ayuntamiento de Granada y la nueva burguesía enriquecida que en toda España pone de moda la apertura de *Gran Vías*. En Granada eso supone la destrucción de una parte de su casco histórico.

Este fue el libro tras el que se apiñaron los intelectuales granadinos. Su edición granadina más popular llega a nuestros días con un extenso prólogo de Antonio Gallego Burín y un epílogo del autor de este texto sobre la imprenta de J. C. Frenckell e Hijo en la que se tiró la edición privada de 1896. Fue el primer libro publicado en español en el antiguo ducado de Finlandia.

Cartas finlandesas y *Hombres del Norte* son libros ágiles y de lectura más fascinante que movieron a Ortega y Gasset a publicarlas en Espasa-Calpe con un prólogo muy positivo, edición también actualizada por el autor de estas líneas manteniendo el prólogo de Ortega. Posteriormente H. Hirvonem, profesor de español en la escuela militar de Helsinki, publicó las dos ediciones que existen

con una traducción al finés. Su carta sobre los borrachos finlandeses había merecido una edición especial antes de la traducción en una revista antialcohólica de Helsinki.

Durante sus viajes a Granada, con motivo de preceptivos permisos en sus trabajos consulares, Ganivet se reunía con sus amigos granadinos entorno a la Fuente del Avellano bebiendo su agua pura y hablando de temas literarios –prosa, verso, teatro, música...–. De ese círculo nace la Cofradía del Avellano, como alrededor de Pedro Antonio de Alarcón se había producido el nacimiento de la *Cuerda Granadina* –estudiada por Miguel Gallego Roca– como si ambas sociedades nacieran impulsadas por la estela de las academias literarias de siglos anteriores. Ganivet, auténtico manager de empeños culturales, ministro de cultura, diría de él Fernando Chueca Gotilla en el centenario de su nacimiento en el número de homenaje que le ofreció la *Revista de Occidente*.

Ganivet, como provocador cultural y maestro, y sus amigos de la Cofradía como peones dieron ocasión a la publicación del *Libro de Granada*, que tuvo una excepcional acogida, a pesar de que se malograra antes de su nacimiento una segunda tentativa diseñada para la lectura infantil. Ganivet sintonizaba con las intenciones pedagógicas de la literatura europea del momento, al más puro estilo de de Amicis o, en España, de Giner de los Ríos.

Al arrojarse al río Dwina en noviembre de 1898, Ganivet interrumpía una elaboración literaria que estaba en marcha y nos hace pensar en la figura artística del malogrado. Dejó compuesta la portada y la primera parte de una nueva novela, *El Rústico de Santa Fe*, que prometía estar en la línea del *Reino de Maya*. En 1904 se publica póstumamente *El Escultor de su alma. Drama místico en tres actos....*, editado por la imprenta de *El Defensor de Granada* y con prólogo de Francisco Seco de Lucena, entonces director del periódico. Para Alfonso García Valdecasas se trata de la mejor de sus obras, tras cuyo escultor de nuevo late la

personalidad del escritor. En principio esta obra fue titulada por el propio autor como *Creación. Drama en tres autos. Fe, Amor, Muerte, escrito en verso por Ángel Ganivet*, según la portada autógrafa de la primera redacción del texto – según hago constar en mi libro *Estudios y textos de Ángel Ganivet*–.

También en 1904 se edita en Madrid, en la Biblioteca Nacional y Extranjera de Leonardo Williams, su *Epistolario* acompañado de un jugoso prólogo de Navarro Ledesma, principal receptor de las cartas de Ganivet, que junto con las de Miguel de Unamuno, las de Nicolás María López y las familiares constituyen el volumen de mayor interés de sus Obras Completas publicadas actualmente por la “Diputación Provincial de Granada” bajo la dirección de Fernando García Lara y el cuidado de Rafael Juárez, que actualiza la primera edición de sus Obras Completas publicadas por Melchor Fernández Almagro en 1943, sucesivamente reeditadas en la colección “Joya” de la editorial Aguilar.

Pese a que la poesía de Ganivet es lo menos interesante de su obra, los dos poemas incluidos en el *Libro de Granada –Los Grajos y Un Bautizo en el Albaycín*– son de inexcusable presencia en cualquier antología de su obra. La forma de dar sus poemas entre sus textos en prosa está en la línea de las novelas más emblemáticas de nuestro siglo de oro.

La vuelta a Ganivet de algunos intelectuales españoles del siglo XX fue la que inquietó a Manuel Azaña, el más fino crítico literario de la II República. Revalorización que culminó con la edición de su *Idearium* por Pedro Laín Entralgo y una antología a cargo de Luis Rosales Camacho publicada en *Breviarios del pensamiento español*, bajo el sello editorial de la Editora Nacional de Falange Española y de las JONS.

En la década de los años veinte el libro de Fernández Almagro –*Vida y obra de Ángel Ganivet*–, que fue Premio Nacional de Literatura en 1924, y una

conferencia de Gallego Burín pronunciada y publicada en el Centro Artístico de Granada en 1929, inician un movimiento que desemboca en el monumento de Ganivet de Juan Cristóbal –contertuliano del “Rinconcillo” de Falla y Lorca, juntamente con Almagro y Gallego– y el traslado de los restos mortales del vicecónsul a Granada en olor de multitudes, con participación de los hermanos García Lorca. Federico, que formaría en Madrid la convocatoria para recibir sus restos en la estación del Norte y posteriormente en la Universidad Central, donde descansarían durante un acto en el que intervienen Antonio Garrigues, Luis Jiménez de Asúa, Rodríguez de Viguri, Baldomero Argente, Gregorio Marañón, Américo Castro, Eugenio D’Ors y Eduardo Gómez de Baquero. A su llegada a Granada el féretro es llevado en hombros por Antonio Gallego Burín, Antonio Marín Ocete, Miguel Guirao Gea y Tomás Hernández Redondo, catedrático de literatura española. En su camino hacia el cementerio se detienen ante su monumento en el bosque de la Alhambra en donde el Rector de la Universidad y catedrático de Medicina reconoce sus restos y los identifica por la huella en la calavera de una pedrada que el escritor recibió de niño, recordada por Ganivet en su narración *Una derrota de los greñudos*.

Excéntrico, provinciano, europeo, polifacético, curioso de todo, mujeriego, con fe e ideología religiosa, pero nada practicante... La figura de Ganivet crece con los años en la literatura nacional y universal y muchos hispanistas han dedicado sus tareas a interesarse por la literatura del autor del *Idearium* y *La conquista del Reino de Maya*.

Granada, diciembre de 2006

CARTAS FINLANDEAS



PHALONEN. 1899.

I

DESPUÉS DE CELEBRAR COMO MERECE EL
COSMOPOLITISMO DE LOS GRANADINOS, EL
CORRESPONSAL DECLARA SUS PROPÓSITOS

Varios amigos míos granadinos, miembros de la tan ilustre como desconocida *Cofradía del Avellano*¹, me han escrito pidiéndome noticias de estos apartados países, en la creencia de que las tales noticias, aparte de los atractivos con que yo pudiera engalanarlas, tendrían de fijo uno muy esencial, el de ser *frescas*; porque la imaginación meridional, reforzada por el desconocimiento, no ya meridional, sino universal, que de este rincón del mundo se tiene, concibe a su antojo cuadros boreales, en que figuran los hombres enterrados debajo de la nieve y saliendo de vez en cuando para respirar al aire libre y fumar un cigarro en agradable conversación con los renos, los osos y las

focas.

No soy yo hombre capaz de negarme a satisfacer los deseos de mis amigos, singularmente cuando lo que me piden es razonable y poco trabajoso; así es que me decidí a escribir varias cartas, hablando a cada uno de los peticionarios de lo que más pudiera interesarle y gustarle, y abrazando en conjunto desde la constitución geológica, etnográfica y política, artes, cocina o indumentaria, hasta los procedimientos que se emplean para encender el fuego y hacer las camas. Pero después, pensándolo mejor, caí en la cuenta de que no era justo reservar en beneficio de unos pocos un trabajo que, malo o bueno, había de contener tantas noticias nuevas y curiosas, y formé el propósito de callarme hasta el día 1.º de octubre, que es el de la apertura de los centros docentes, y ese día abrir mi cátedra como el más pintado, y explicar un curso libre por medio de cartas dirigidas en particular a mis amigos, y en general a todo el que quisiera matricularse en la administración de *El Defensor de Granada*. Ese día es el de hoy, y lo que pensé va a convertirse en hecho visible y palpable.

El procedimiento es un tanto revolucionario; pero los usos no nacieron todos a la vez; el mundo es una Universidad donde hay cátedras y bancos de sobra, y lo que falta son maestros y discípulos; yo no soy maestro, lo reconozco; pero en caso de apuro puedo ejercer de suplente, auxiliar o supernumerario, no tan mal como muchos que he conocido en mi vida estudiantil, dicho sea sin ofensa de nadie. Y por lo que hace a mis discípulos, lo serán muy a gusto, aunque por culpa

mía con escaso provecho, todos los granadinos de buena casta, los cuales son por naturaleza cosmopolitas y muy aficionados a conocer países extranjeros. He notado que, en los años juveniles, a todos nosotros se nos mete en el cuerpo, juntamente con los primeros sobresaltos eróticos, una pasión violenta por conocer nuevas gentes y nuevos climas, sin duda para sacudir el yugo del amor y de las prosaicas complicaciones que acarrea. Y si muchos, casi todos, se mueren sin haber logrado más que dar una escapadita a Málaga para ver lo que es el mar, recaiga toda la culpa sobre el mal servicio de ferrocarriles y sobre la «crisis por que atraviesan las tres fuerzas vivas del país: la agricultura, la industria y el comercio».

Hallábame yo un día paseando por el Grao de Valencia, y se me ocurrió entrar en cierto burdel a mano derecha yendo hacia el puerto, para saborear la legítima paella valenciana, que a la puerta estaba anunciada en un cartelillo tan sucio como falto de ortografía; y una vez dentro de aquel tugurio o cuadra, y en posesión de mi apetecido plato de paella, de exquisita paella, vi que en el centro del comedor, entre las mesas, comenzaba a perorar un hombre joven y simpático, que de frente parecía un tribuno y de perfil un banderillero, a causa de lo largo de sus brazos y de lo desmedrado de su chaqueta; y lo que me llenó de admiración fue oírle hablar de Granada, de la grandeza majestática de nuestra Sierra, de la hermosura de nuestra Vega y de la umbrosidad apacible de los bosques de la Alhambra. Todos los comensales, que eran muchos, estaban suspensos y como colgados de la palabra del orador, y entre los platos y las bocas, las cucharas

hacían varias estaciones. Yo no quise interrumpir tan bella disertación, por no cortar los vuelos a mi paisano (más que paisano, puesto que luego declaró ser nativo del Campo del Príncipe y, por lo tanto, greñudo auténtico²), quien, dicho sea entre paréntesis, se despachaba a su gusto, es decir, que entre cada dos verdades metía un embuste como una piedra de molino; pero pensaba que, si las manos del disertante no denunciaran su oficio de sombrerero, cualquiera le tomaría por un bardo popular, famélico y errabundo, inspirado por la musa granadina, ingrata doncella que se hace amar a fuerza de desdenes.

Y en verdad, aunque el progreso de los tiempos haya transformado los laúdes en planchas u otros instrumentos de trabajo y las estrofas rítmicas en prosa hinchada e hiperbólica, yo creo que el espíritu popular no ha cambiado; que en él se conserva perenne el sentimiento de la belleza natural, renovador y purificador del arte. El pobre cantor del Grao de Valencia no es solo; en muchas ciudades y pueblos de España, donde yo menos podía imaginármelo, he encontrado granadinos, casi todos del gremio de sombrereros, que sea por las crisis por que suele pasar, sea por lo «socorrido» del oficio, es el que da más aliento a la emigración; algunos establecidos decentemente; los más en míseros portales con un mostrador, un escaparate y dos sillas, todo de lance, amén de los moldes, planchas y sombrereras. En estos humildes centros, que a veces son terribles focos políticos, está depositada la representación del pueblo granadino en las «cortes extranjeras». ¿Y quién sabe todavía si nuestros sombrereros no se decidirán a aprender idiomas y a derramarse por todo el mundo, con

gran provecho para nuestra fama?

Parecería más lógico que Granada, ciudad morisca, estuviese representada por vendedores de babuchas, que no que lo esté principalmente por artífices de una prenda que los moros jamás usaron ni quieren, con excelente acuerdo, usar, no obstante el empeño con que los paladines de la civilización pretenden adornarlos, no ya con sombreros, sino hasta con camisas almidonadas, corbatas y guantes. Pero las cosas son así; no seamos exigentes y conformémonos con que haya en España quien sea vocero de nuestro renombre y quien demuestre prácticamente que somos un pueblo amante de la expansión, de ver mundo, de sacudirnos el polvo, sin olvidar la tierra nativa, por más malos tratos que en ella hayamos recibido.

Para que nadie tenga nada que agradecerme, diré que yo vivo en este país a costa de España, y que aunque no hay ningún artículo de reglamento que me obligue a escribir a mis paisanos, no hay tampoco ninguno que me lo prohíba; de suerte que soy libre para pensar como pienso que estoy obligado, y, con el sueldo que me pagan, pagado. — Otro uso nuevo, dirán mis discípulos. — No tan nuevo, contestaré yo, puesto que los célebres agentes políticos que las repúblicas italianas enviaban al extranjero, los tan decantados florentinos y venecianos, no eran más que corresponsales de periódico, habilísimos gacetilleros, injertados en políticos sutiles, que escribían sobre todas las cosas con la mayor libertad y desenfado, y nos dejaron cuadros admirables de los países en que habitaban, mientras que los diplomáticos que se

consideraban «seres superiores» escribían despachos apelmazados y hueros, útiles sólo, en general, para que los roan los ratones en los archivos. Nada hay más hermoso en el mundo que la llaneza y la naturalidad, y en gran error viven los que se rodean de misterios, que el tiempo se encarga de aclarar y de presentar ante nuestros ojos como envoltura de ridículas vulgaridades. Las ideas que los hombres tenemos deben ser como piedras, y los cargos que ejercemos como cántaros; ocurra lo que ocurra, debe romperse el cántaro. Cargos hay muchos e ideas pocas; respetemos la pureza de nuestras ideas y no la alteremos en beneficio de los fugaces intereses de nuestro medro personal, exagerado o mal comprendido.

No me gusta imitar a nadie; mas, si lo pretendiera, vemos que no faltan modelos, y de los mejores, y, a mucho apurar la materia, yo podría ser tan florentino como el mismísimo Maquiavelo, porque no nací en ningún villorrio, sino en una gran ciudad, que, por tener entre sus nombres históricos el de *Florentia*, da derecho a sus hijos a que usen el sobrenombre de florentinos, aunque sean más romos que un colchón.

A fuer de hombre honrado, he de declarar que el deseo de ser útil a mis conciudadanos no me ha forzado hasta el punto de obligarme a hacer cosas distintas de las que hubiera hecho en cualquiera ocasión; no se crea que escribo entre promontorios de libros y papeles; el único libro que tengo a mano es el de *Adressbok* o *Guía de la ciudad*. No trato de hacer un estudio científico; voy sencillamente a exponer

las «ideas que se le ocurren a un español que por casualidad habita en Finlandia». Hablo de lo que veo y lo que oigo, o de lo que «semiveo» y «semioigo»; porque en cuanto al oír, como me hablan en varias lenguas, es posible que entienda muchas cosas al revés, y en cuanto al ver, como tengo la desgracia de distraerme con frecuencia, no veo las cosas por todos sus aspectos, y a veces no las veo por ninguno, porque imito a los gatos del tío Marcos, famosos gatos granadinos de quien cuenta la tradición que cerraban los ojos por no ver los ratones.

No es esto decir que no lea libros; leo muchos, así como revistas y periódicos y cuantos papeles caen en mis manos, pero no tomo nunca notas; y en cuanto leo un libro, estoy deseando darlo. Algunas personas me han preguntado: —¿Cómo, si cree usted que este libro es tan bueno, me lo da y se queda sin él? —Porque lo he leído —contesto yo—, y ya no me hace falta. —Pero ¿y si desea después consultarlo para recordar algún detalle que se le olvidó? —Lo que se olvida se debe de olvidar —afirmo yo, con un fatalismo estético que a las personas tímidas las descorazona—. Y esto no es una «salida», es un axioma, algo indiscutible, permanente e inmutable. Si de las ideas de un libro las unas se me quedan y las otras se me van, es porque las unas son concordantes con mi espíritu y las otras no, o porque, según mi modo de ver, las unas son más importantes que las otras. Si por un esfuerzo de la voluntad mantengo todas las ideas con el mismo relieve ante mis ojos, cometo un atentado contra mi inteligencia. Un hombre que pretendiera mover un objeto pesado por medio de la meditación, en vez de acudir al empleo de la fuerza, sería desde

luego tenido por grandísimo loco, y, en cambio, se admira a quien pretende crear obras de la inteligencia apoyándose sobre la voluntad, y se acepta como verdad inconcusa que un hombre de genio debe de llevar tras de sí tres o cuatro mozos de cuerda.

Las obras humanas han de ser creadas humanamente por procedimientos humanos. Cambian las ideas porque cambian las cosas y los hombres, pero la naturaleza del enlace del hombre con las cosas no cambia. Un sabio puede componer un muñeco perfectísimo que parezca un niño de verdad, y que, por medio de una corriente eléctrica y de un aparatito fonográfico, gesticule y hable como un gracioso orador; pero, si quiere ser padre efectivo, no tiene más remedio que resignarse y hacer lo que hace el más rústico ganapán. El que quiera hacer algo humano no tiene que andarse en quebraderos de cabeza; que diga lo que piensa como lo piensa, y esté seguro de que, por muy malo que sea lo que haga, no será peor que lo que haría violentándose. Yo no soy escultor; pero si cojo el cincel y esculpo en una piedra una figura a mi capricho, saldré más airoso que si comprase varios fragmentos de estatua y a fuerza de paciencia llegara a formar con ellos una estatua de artificio.

Puesto que voy a hablar de cosas de Finlandia, nada más natural que decir que este Gran Ducado³ tiene tal extensión y tantos habitantes, y que su capital, Helsingfors, es población de tantos miles de almas. No me sería difícil hacerlo así, porque he tenido necesidad de buscar esas cifras y aun las conservo en la memoria; pero no haya temor,

no las escribiré. No quiero inaugurar mis explicaciones llenando la cabeza de mis alumnos de cifras inútiles. Yo he preguntado aquí a personas de diferentes categorías sociales, y ninguna las conocía con exactitud; así, pues, no he de ser más papista que el Papa; si las gentes que aquí viven y que de aquí son no quieren molestarse en retener en la memoria esos datos, no veo la necesidad que tengan de conocerlos mis compatriotas, que viven a tan larga distancia. Baste saber que este país es grande, mayor que Italia y menor que España; pero muy poco poblado. En el Sur, o sea en la verdadera Finlandia, viven con holgura unos dos millones y medio de individuos, y en el Norte, en la Laponia, habitan los lapones, que no pasan de seis mil. En cuanto a Helsingfors, es capital moderna, que ha crecido como la espuma, y tiene, según unos, de sesenta a setenta mil habitantes, y, según otros, de setenta a ochenta mil, indicando esta misma vaguedad que se confía en ir subiendo y en llegar a la cifra a que hoy no se llega. Para resolver la duda, he llamado a mi *staerdeska*, una vieja muy lista⁴ y experimentada, y le he preguntado: «A su juicio de usted, ¿cuántos habitantes tiene Helsingfors?». Y mi criada, después de sacar los labios hacia afuera en forma de trompa, sin duda para concentrar la atención, me ha dicho: «*Jag tror omkring sjuttiotusen*». Lo cual, vertido al cristiano, quiere decir: «Me parece que setenta mil, poco más o menos». Sospecho que esta buena mujer me va a prestar grandes servicios, aparte de los que me presta limpiándome la casa. Desde ahora mismo la nombro pasante de mi escuela.

II

VISTAZO GENERAL A LOS MÁS IMPORTANTES GRUPOS ÉTNICOS DE EUROPA, Y EN PARTICULAR AL GRUPO ESCANDINÁVICO, Y MÁS EN PARTICULAR TODAVÍA AL PEQUEÑO NÚCLEO FINLANDÉS

Cuando yo vivía en Madrid, concurría asiduamente al Ateneo. La noticia de seguro no le interesa a nadie; pero a mí sí, porque conviene saber que yo nací refractario a la asociación, y que ni en Granada ni fuera de Granada he formado parte de ninguna sociedad. En Madrid llegué a inscribirme en algunas y a pagar las cuotas, pero a nada más; a la Academia de Jurisprudencia fui dos o tres veces, y me retiré por incompatibilidad de humores con la parva de ministros en agraz que por allí pululaba. El único hombre de talento a quien oí discurrir entre

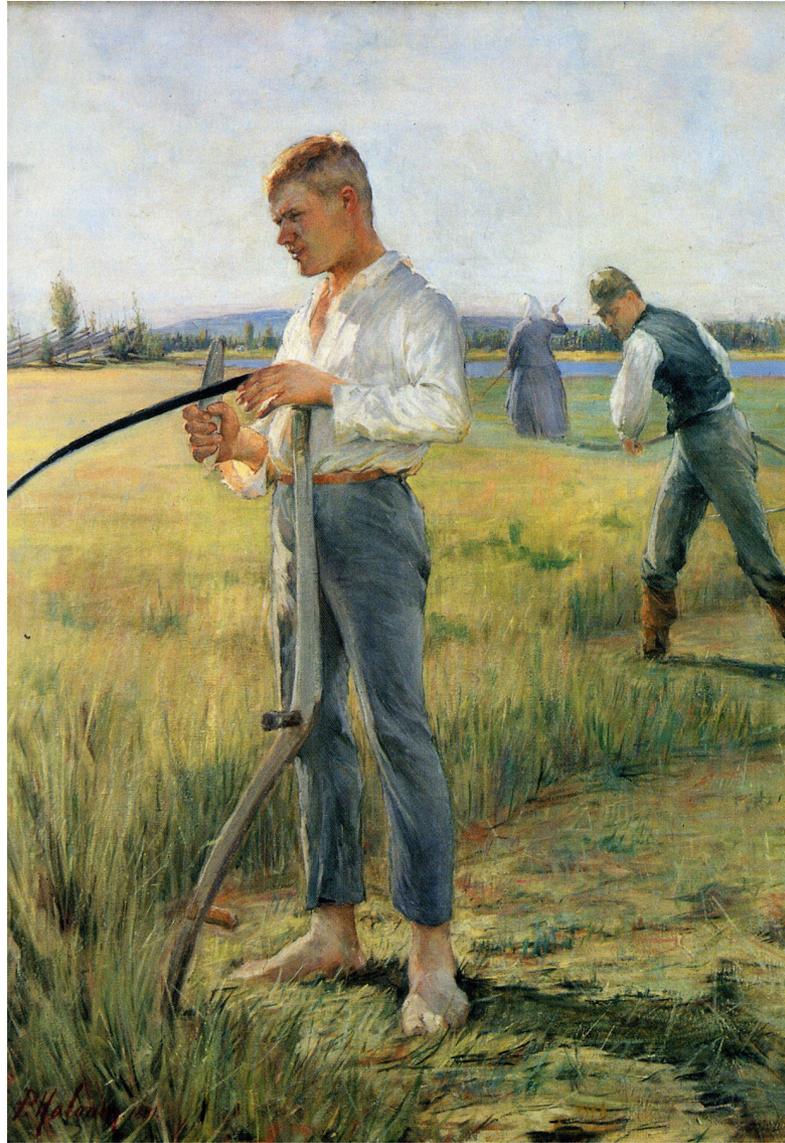
tantos abogados era y es —cosas de España— un médico, el doctor Jaime Vera, que luego se pasó «sin armas ni bagajes» a las filas del socialismo. Así, pues, el ser yo concurrente asiduo del Ateneo, aunque no llegara a leer el Reglamento ni a intervenir en votaciones ni discusiones, revela que el Ateneo es la única sociedad de España que encaja en mis gustos, declaración previa que me autoriza para decir, sin que nadie piense que soy enemigo de tan famosa institución, que lo bueno que allí hay es el espíritu amplio, tolerante, familiar y protector que supieron crear con su presencia y adhesión desinteresada algunos hombres superiores, que ya se murieron o tardarán poco en morir. En cuanto a la juventud que entra de refresco, «peor es me-neallo».

Un ateneísta joven, pues, profundo conocedor de la política europea, explicaba un día ante numerosos circunstantes boquiabiertos el mecanismo de la política continental, mediante un sistema curioso; por lo visto, andaba escaso de nutrición, pues todo lo arreglaba con «pan». Panamericanismo, panlatinismo, pangermanismo, paneslavismo y panescandinavismo⁵. Según él —y lo peor es que aquel día formó un plantel de hombres de Estado—, los hombres se habían decidido ya a formar núcleos superiores a las nacionalidades; «cada oveja con su pareja»; ya que no podemos ser todos hermanos, unámonos por lo menos en grupos similares y sepamos a qué atenernos. Yo estaba que un sudor se me iba y otro se me venía, porque pensaba en mis adentros: «Si a este hombre, o lo que sea, se le ocurre catarme la sangre, de seguro que me incorpora a la cabila de Mazuza».

Todos sabemos, porque nos llega más de cerca, lo que es el panlatinismo; es una idea generosa que viene a los postres de los banquetes, al ruido de los taponazos que lanza el vino espumoso, cuando los hombres, bien comidos y bien bebidos, se sienten hermanos de todos sus semejantes, aunque sean de raza negra, y aun de los monos antropomorfos. Pues bien; como el panlatinismo es todo lo demás. No existen naciones de raza única, ni hay para qué atender a tan ridículos exclusivismos. Si se habla de pueblos latinos, ¿qué hacemos con Bélgica donde hay flamencos que son del grupo germánico, y walones que son latinos, con iguales títulos que los «galos»; qué con Suiza, donde hay alemanes, franceses e italianos; qué con los flamencos franceses, tan apegados a su lengua tradicional como los belgas, y qué con los vascos, que ni siquiera pertenecen al tipo general con el que Haeckel⁶ formó su *homo mediterraneus*?

Así también, para llegar al pangermanismo habría que deshacer media Europa. Alemania tendrá que prescindir de sus provincias polacas y de los franceses de Lorena, y Austria se descoyuntaría en grupos alemán, húngaro, polaco, latino, eslavo, servio y hasta turco, y alguno de estos grupos, el húngaro, tendría que comunicarse por un túnel subterráneo con los finlandeses, que son sus hermanos de raza. Pues, oyendo hablar de paneslavismo al disertante de mi cuento, se ponía la carne de gallina. Veía uno venir a los rusos, no ya por las Ventas de Alcorcón, por la misma calle del Prado, y entrar al galope por las puertas del Ateneo, como aquellos temibles cosacos a quienes el calenturiento Espronceda decía: «La sangrienta ración de carne cruda,

PEKKA HALONEN. Segadores, 1891. Colección privada



bajo la silla, sentiréis hervir». Yo he visto soldados rusos, y creo que lo que desean, como todos los de Europa, es concluir sus años de servicio para marcharse a sus casas a vivir en paz con sus familias, o a casarse con sus novias y contribuir en la medida de sus fuerzas a la propagación de nuestra especie.

Cuando se habla de los escandinavos, se cree comúnmente que desean formar también un núcleo político superior en que quedaran comprendidas Suecia y Noruega, Dinamarca y Finlandia; y al leer que Rusia ha adoptado medidas enérgicas para «rusificar» a los finlandeses, se piensa que todos los escandinavos entrarán en efervescencia y montarán en cólera contra las medidas de opresión. Nada más lejos de la realidad; los dinamarqueses, noruegos y suecos, que vistos desde lejos parecen hermanos, de cerca son menos que primos; hasta las lenguas que hablan, que parecen poco diferentes y que de hecho difieren poco al leerlas, son muy distintas al pronunciarlas.

Y la pronunciación no es grano de anís, pues con ella se llega a destruir la unidad lingüística, como por la influencia del territorio y de los cruces se llega a destruir la unidad de las razas. Los dos Estados escandinavos unidos actualmente, Suecia y Noruega, no dan ningún espectáculo que permita pensar en la decantada fraternidad, pues hoy con un pretexto, mañana con otro, viven en perpetua discordia, poco más o menos como viviríamos en nuestra Península españoles y portugueses si llegáramos a constituir la unidad ibérica. En España hay pocas personas que sepan que hay cónsules y para qué sirven; razón

sobrada para creer que se puede gozar de perfecta salud sin averiguarlo; entre Suecia y Noruega la cuestión consular, esto es, la de conceder o negar a Noruega la facultad de tener cónsules propios, ha estado a punto de ocasionar una ruptura. Cuando se sacan las cosas de quicio y se busca la ocasión de disgustarse, no hay duda: los sentimientos de fraternidad andan por lo menos resfriados.

He llegado de un modo gradual a la determinación del grupo etnográfico en que «aparentemente» figura Finlandia, porque todo el mundo sabe que la raza finlandesa o carelia es en absoluto distinta de la escandinava; pero todo el mundo cree que esa raza está como anulada o metamorfoseada por la influencia civilizadora de Suecia. Las apariencias favorecen esta opinión, puesto que al primer contacto con este país se nota que la lengua, legislación, cultura y gran parte de la población son suecas.

Finlandia no es una casa de la que se pueda decir: aquí vive don Fulano de Tal; es una casa de pisos; viven muchos en ella; en el principal viven los rusos, que, aunque son muy pocos, son los amos; en el segundo y tercero, los suecos o los finlandeses sometidos a la cultura sueca y olvidados de su lengua y costumbres nativas; en los sótanos y buhardillas, es decir, en el interior del país, viven los verdaderos, los legítimos finlandeses. Nótese, pues, en el país curiosas superposiciones; los finlandeses fueron privados del litoral, cuyos puertos se convirtieron en ciudades suecas, hoy poco cambiadas aún, y luego en estas ciudades los suecos fueron sometidos a la autoridad rusa.

Además, como la posesión de Finlandia dio origen a varias guerras entre Rusia y Suecia⁷, antes de la conquista total formaba ya parte de Rusia una parte de Finlandia, el distrito de Wiborg, en el cual la influencia rusa es muy visible; hay muchos adeptos de la religión cismática griega; se habla más el ruso, y fuman bastantes mujeres. El detalle de fumar es característico, pues la finlandesa no fuma por regla general; cuando alguna señora o señorita finlandesa me ha ofrecido un pitillo, y poniéndose otro en los labios ha comenzado a echar humo, he pensado que por allí andaba la mano de Rusia, y así era la verdad; o había por medio noviazgo o parentesco con rusos, o largas residencias en Rusia, o algo por el estilo. Por el contrario, la parte occidental de Finlandia, que está más inmediata a Suecia, es casi sueca; hay puertos, como Abo o Hangoe, donde casi todo se recibe por vía de Suecia, empezando por los periódicos, que vienen de Estocolmo, y que son leídos con más interés que los del país. Hay, pues, una serie de gradaciones imperceptibles producidas por el distinto modo de combinarse las tres razas dominadoras o dominadas del país: la rusa, la sueca y la finlandesa.

Pero, pasado el primer momento de confusión, comienza a distinguirse, y al cabo se distingue con claridad, que aquí lo esencial es lo finlandés de raza, la gente del interior, *fran landet*. Para hacer visible la idea, y salvando la diferencia de tiempo y cultura, diré que suecos y finlandeses están en la misma relación que estaban en España los colonizadores fenicios y griegos, dueños del litoral, y los iberos, celtas y celtíberos del interior. Entonces también la vida exterior de

España parecía ser fenicia o griega para los que desde fuera miraban, y, sin embargo, fenicios y griegos pasaron, y quedó la raza indígena como base para constituir el tipo hispanorromano. Siempre que la amalgama no sea completa, que se deje en estado puro un fuerte núcleo de raza indígena, esta concluye por anular a todas las razas extrañas o mixtas que pretendan dominarla, porque tiene de su parte el amor al territorio, la compenetración con el alma del país, la tenacidad y la fe, que sólo pueden tener los hombres que asientan los pies muy firmes sobre «su terruño»; así la raza pura finlandesa; su evolución es lenta y retrasada, pero es vigorosa e intensa, y en su día dará frutos abundantes.

A poco de llegar yo aquí, pregunté a un conocido si no había literatura propiamente finlandesa; algo típico, engendrado por el territorio más bien que por los habitantes; algo que no fuera sólo artículo de comercio, sino como una Biblia poética del país.

Entonces tuve la primera noticia de la existencia del *Kalevala* o epopeya de los carelios, de los «hijos de Kaleva» o legítimos finlandeses. Y ahora que acabo de leer el formidable poema popular, que tiene nada menos que 50 *runor* o cantos y 22.300 versos, y comparo este monumento con las producciones literarias que figuran en los escaparates de las librerías, como en los de las tiendas de comercio las botellas de vino, cajas de frutas y prendas de vestir, esto es, como artículos de venta, me afirmo más en mi idea de que aquí lo que existe con existencia real, y pudiera decirse sustancial, es lo finlandés. Los

habitantes del país que no son extranjeros se creen todos finlandeses; tanto los que hablan sólo sueco, como los que hablan sólo finlandés, como los que hablan los dos idiomas; realmente el idioma no es bastante para destruir las cualidades de la raza; pero no es sólo el idioma lo que diferencia, es la compensación total de la vida, que con el idioma ha sido aceptada. No hay sólo dos lenguas, hay dos vidas diferentes; la una, la de los finlandeses «asuecados», si me es lícito inventar tan fea palabra; y la otra, la de los finlandeses tradicionales. Los primeros ocupan lugar preeminente en la sociedad; los segundos ya dije que vivían en los sótanos y buhardillas, puesto que o están en el interior del país o forman «las clases bajas» en las ciudades, bien que en estos últimos tiempos se note una tendencia social muy marcada a levantar el espíritu finlandés y a hablar en el idioma patrio. Comparando estas vidas, digo yo, pues, que los que están en lo firme son los que hasta aquí figuran debajo, los cuales están destinados a quedarse encima como amos y señores absolutos de la situación. La autoridad rusa es conveniente; la lengua sueca podrá quedar como medio supletorio de comunicación intelectual; pero el espíritu del país sólo puede llegar a su máxima altura recogándose sobre sí mismo y «pensando en su natural idioma», fijado ya y ennoblecido por creaciones de tan subido valor como el *Kalevala*, según podrá verse más adelante cuando explique el asunto y dé idea de las bellezas de este poema épico, y en cierto sentido étnico.

III

DONDE SE APLICAN AL GRAN DUCADO DE
FINLANDIA LAS DIVERSAS TEORÍAS INVENTADAS
ACERCA DE LA CONSTITUCIÓN DE LAS
NACIONALIDADES, Y SE DEMUESTRA QUE TODAS
ESAS TEORÍAS SON COMPLETAMENTE INÚTILES

Los disturbios y guerras que perturban la paz interior de las naciones y ponen en armas a las unas contra las otras nacen casi siempre de la cuestión tan debatida de las nacionalidades, porque no ha habido medio de organizar las naciones de tal suerte que cada una comprenda sólo una nacionalidad, es decir, un núcleo perfectamente caracterizado por rasgos propios: raza, lengua, religión, tradiciones y costumbres. Cada nación tiene el problema planteado dentro de casa, y si sus

fronteras no están muy bien marcadas, en las fronteras, y si tiene colonias, en las colonias, las cuales, en sus relaciones con la metrópoli, se inspiran en ideas y sentimientos poco diferentes de los que rigen la acción de las nacionalidades en la lucha contra el poder unificador que se empeña en anularlas. Júzguese, pues, si sería útil tener reglas fijas para arreglar pacíficamente estas cuestiones, y si hay que estar agradecidos a los hombres generosos que se calientan los cascos en idear teorías enderezadas hacia tan humanitarios fines.

Yo he estudiado muchas de esas teorías, por no decir todas, y no contento con analizar los argumentos con que sus autores las sostienen, he hecho una aplicación práctica de ellas —práctica sólo en hipótesis— para resolver la gravísima cuestión de la nacionalidad finlandesa; he supuesto que las naciones habían cerrado y hasta tapiado sus cuarteles; que había llegado la hora de pensar y de hablar sin temor, y que cada nacionalidad podía adoptar la postura que le pareciese más cómoda. Veamos lo que en esa situación paradisíaca podría hacerse en bien del país en que habito, aplicando una a una las diversas teorías inventadas, defendidas y recomendadas por los doctores del derecho internacional.

Se trata de ventilar si hemos de ser suecos o rusos; y me incluyo, como se ve, entre los finlandeses, no porque piense abandonar la nacionalidad española, sino porque en un sentido general yo me considero indígena de todos los territorios que piso; y si llegara el caso de que estas gentes abandonasen a Rusia para hacerse suecos, yo me ha-

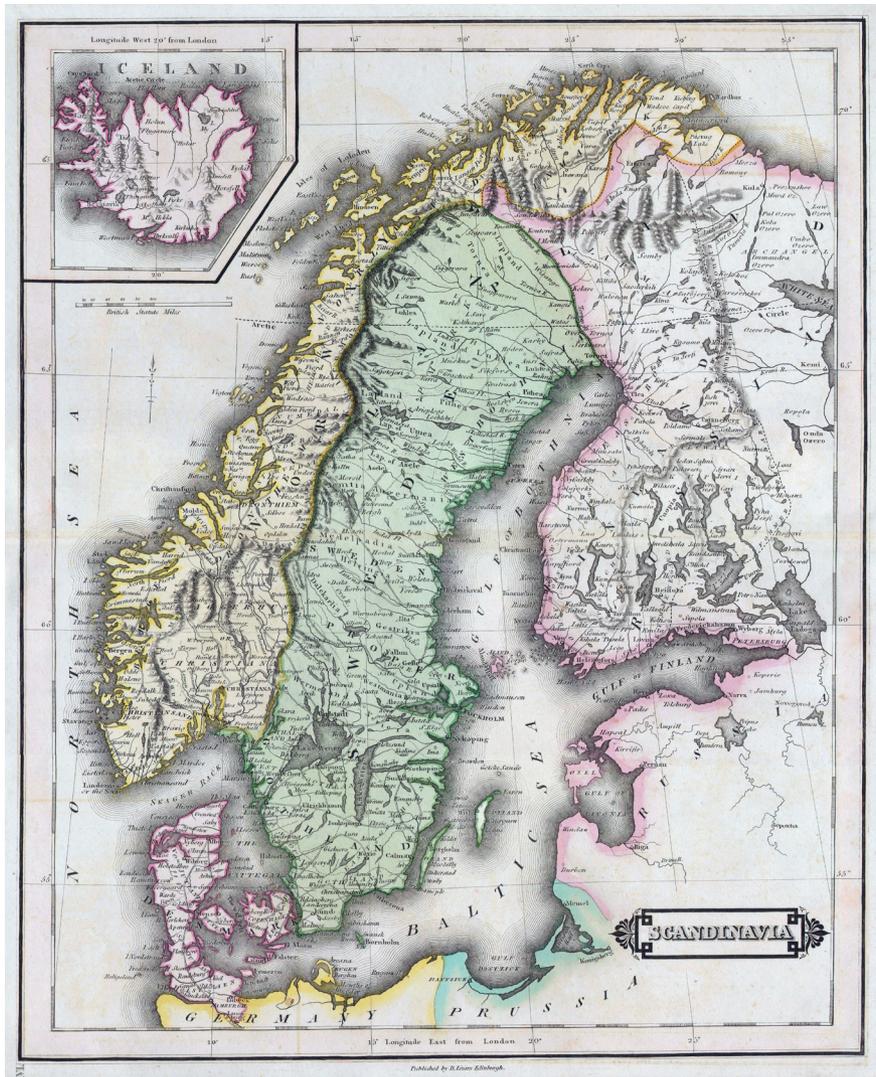
ría también el sueco. Y el primer punto de apoyo que encontramos, la primera teoría, es la que se funda en la situación geográfica. Echamos una ojeada sobre el mapa de Europa, y vemos a la derecha el «Coloso del Norte», como llaman a Rusia los estadistas aficionados a poner motes, y a la izquierda, allá en lo alto, la península escandinávica, a la que ciertos geógrafos, que deben de ser parientes de los citados estadistas, comparan con un león abalanzándose sobre las naciones que están debajo, y entre el coloso y el león está metida Finlandia sin saber a qué carta quedarse. Porque como quiera que la Escandinavia no es una península bien definida; como no tiene un istmo que la separe del continente, ni siquiera una muralla natural como los Pirineos, sus límites son arbitrarios; pueden ser los que son, quedando excluida Finlandia; pueden ser tres líneas que corten los tres istmos formados entre el golfo de Finlandia y el Ladoga, entre el Ladoga y el Onega y entre este y el mar Blanco, y pueden ser otros intermedios que partan a Finlandia por la mitad, como quien dice por el eje. La geografía, pues, triste es confesarlo, no sirve en este caso para nada.

La segunda teoría se va a fijar en la raza; y, sin necesidad de averiguaciones, se sabe que la raza finlandesa no tiene conexión especial ni con la eslava ni con la escandinávica. Como derivada de esta teoría, la que se funda en el idioma no será tampoco aplicable, puesto que, si el sueco está muy extendido y es la lengua corriente en el litoral, es al fin lengua importada como el ruso, que hoy se estudia forzosamente en las escuelas, y llegará a ser otra lengua «de relación». Enfrente de una y otra está la lengua nacional, la indígena, absolutamente distinta

de todas las de Europa, excepto la magiar, que, aunque adulterada bajo la dominación turca, conserva aún, según me asegura quien las ha comparado, todo el aire de familia. Y en cuanto a la teoría histórica, su suerte no será mucho mejor, porque, si la dominación sueca pudo crear intereses históricos, la rusa lleva ya cerca de un siglo y también los ha creado. El renacimiento de la literatura finlandesa, la constitución política de Finlandia, la formación del partido nacionalista o finlandés, son obra de la dominación rusa, la cual, no pudiendo aspirar a una asimilación rápida de este país a la metrópoli, se mantiene neutral entre las dos fuerzas constitutivas, la nacional y la sueca, y permite así que la primera se haga dueña de la situación.

No es cosa de apurar todas las teorías, porque sería el cuento de nunca acabar. Dése por averiguado que si las fundamentales no dan juego, con las secundarias no avanzaríamos una línea en el peliagudo problema que estudiamos. No obstante, queda una solución que no sólo es fundamental, sino que es en nuestro tiempo la que está más en boga: el sufragio, el referéndum. Póngase a votación el asunto; que decida la mayoría absoluta o relativa, y no habrá más que hablar. ¿Quién mejor que los interesados para saber si han de ir hacia la derecha o hacia la izquierda, hacia el coloso o hacia el león?

No quiero ahora discutir la bondad del sistema, y lo acepto como si fuera lógico y sensato; y concedo además que la votación se haga con limpieza, para lo cual no estaría de más que hicieran venir con alguna anticipación varios profesores españoles que instruyeran a los



Mapa de Escandinavia, 1840

funcionarios encargados de dirigirla. Se pensará seguramente que las fuerzas opuestas lucharían con encarnizamiento para adherirse a esta o aquella de las dos naciones que tienen intereses creados en el país; si así fuera, no habría motivo sino para alegrarse. Lo peor es que esas fuerzas se unirían por el momento y que es probable que saliera de las urnas la independencia nacional. No hay pueblo, por muy incapaz que sea de gobernarse, que no aspire a ser amo de su casa, y con más razón querrían ser amos de la suya los finlandeses, que son gobernantes habilísimos, como quizás no haya otros en Europa.

Pero estos gobernantes no pueden cambiar la naturaleza de su país. Finlandia tiene muy poca población, es un país pobre. Faltan medios naturales de vida, y no es fácil crearlos artificialmente por la industria, como en Bélgica o Suiza, por la gran distancia a que se encuentran los centros de consumo. Las naciones situadas en el centro de Europa tienen a su favor algo que es decisivo en la lucha económica: la rapidez y baratura de los transportes. Así, pues, Finlandia se encuentra en el mismo caso que si España tuviese sólo tres o cuatro millones de habitantes. ¿Cómo va a hacer frente con sus solas fuerzas al sostenimiento de ejército, marina de guerra para proteger su extenso litoral y defender su marina mercante, representación en el extranjero y demás organismos que exige la vida independiente de una nación? Y luego, la misma extensión del territorio es causa de que los dos núcleos antagónicos que constituyen la nacionalidad no puedan fundirse por el contacto, como ocurre en Suiza o Bélgica (para hablar sólo de naciones pequeñas y neutrales), y sería ocasionada a mantener en

el país una división irreducible y peligrosa, una vez que faltara el poder moderador que ahora conserva el equilibrio. En suma, la vida de Finlandia independiente no sería tan ordenada ni tan próspera como lo es hoy, regida autónomamente e incorporada a Rusia para cuanto atañe a su vida exterior. La solución lógica es la actual, a la que se llegó por medio de la guerra y de la que no se puede salir con auxilio de ninguna teoría. Por esta vez, y no será la última, las armas han valido más que las letras.

Si algún federal ilustrado lee esto que acabo de escribir, pensará: «Este es de los míos; sin querer o queriendo, este buen señor ha llegado a donde llegó en su libro de *Las nacionalidades* mi «ilustre jefe» don Francisco⁸, quien, después de echar abajo todas las teorías, estableció como regla general para la organización de las nacionalidades el sistema federativo. Finlandia no es miembro de una federación; pero en el fondo, si disfruta de su autonomía y está supeditada a Rusia sólo en aquellos asuntos que son superiores al interés regional o que afectan a todo el imperio, el resultado práctico viene a ser el mismo que en el régimen federal».

Sin embargo, nada hay más opuesto a mis deducciones que la teoría federalista del Sr. Pi y Margall. Este reputado escritor está en lo firme cuando destruye los sistemas caprichosos, arbitrarios, de gabinete, los cuales hemos visto que carecen de valor en el caso de Finlandia —y quizá en los otros también—, pero cae en el error de fundar él otro sistema. Porque en política «todo sistema es falso»; la realidad

es demasiado grande y bella para que se deje aprisionar en un molde salido de la estrechez de un cerebro. Lo profundo en política es conocer el espíritu de cada nación y desembarazarle el camino para que avance con mayor seguridad; es trabajar como servidores y no empeñarse en ejercer de «amos de la situación». Yo veo que en todo el mundo las nacionalidades fuertes luchan por asimilarse las débiles: Inglaterra en Irlanda; Rusia en Polonia o Finlandia; los austríacos contra los húngaros, y los húngaros contra los rumanos, etc. Y en vez de protestar sin reflexión, pienso: es posible que esa tendencia al predominio sea algo tan natural como el amor del hombre a la mujer; quizá este amor no sea más que una condición de existencia de las especies —quizá sea verdadera la idea de Schopenhauer⁹ de que en los más puros arrebatos de amor hay siempre en lontananza un bebé que se ríe de los amantes—; quizá, por último, las luchas entre el espíritu de unas o otras nacionalidades sean una condición de la existencia de ese espíritu, y en el término de las luchas que nos espantan haya un nuevo y más brillante florecimiento espiritual.

Para mí, la federación no debe de ser una organización estática, sino dinámica; no propia de un cementerio, sino hecha para que podamos vivir y movernos; no inmutable, sino transitoria y encaminada hacia la «unidad». Ciertamente que yo no voy a justificar los medios violentos empleados para imponerse; para que no haya violencia es para lo que yo acepto la federación. ¿Qué culpa tiene la sociedad de que haya individuos vanos y pretenciosos que pretendan forzar la máquina para conseguir la unificación en breve plazo y llevarse la

gloria y los honores? Las ideas tienen la vida larga y necesitan del concurso de muchas generaciones; pero lo largo de la obra no importa; lo esencial es que exista la acción del fuerte sobre el débil (y a veces el fuerte es el que parece débil, y el dominador queda dominado). Si las varias nacionalidades que coexisten en una nación viven en perfecto equilibrio, sin mirarse las unas a las otras, o la máquina social está parada y es inútil, o está parándose y la disolución se aproxima. La acción debe encaminarse, pues, a la unidad, y una vez allí, unificadas todas las energías, habrá llegado el momento de realizar otras funciones más elevadas, reflexivas pudiera decirse, a las que no puede atenderse mientras la nación no esté unificada, mientras hay que consagrar a la unificación los esfuerzos que más tarde podrán ser dirigidos a establecer un régimen social más justo y benéfico. Mi federación va a la unidad, mientras que la federación sistemática y permanente no va a ninguna parte, puesto que, si las nacionalidades llegaran a fundirse contra la voluntad de los partidarios de la federación, habría que separarlas a cañonazos para que la confederación no desapareciera. Y no se piense que esto es exagerado, pues unida está ya Francia y casi lo está España, y hay quien pretende volver a la Edad Media para andar el camino dos veces.

En Madrid tenía yo un amigo cuyo solo defecto era la manía de adornarse con etiquetas y rótulos de los más llamativos y chillones: librepensador federal sinalagmático, propagandista revolucionario, ex emigrado por delitos políticos y qué sé yo qué más; y aparte de esto, excelente persona, y por añadidura, cargado de familia. Alguna vez,

en broma, le dije yo: «¿Sabe usted lo que pienso cuando le veo venir de lejos? Pues pienso que no es usted un hombre, sino un quiosco de anuncios que ha echado a andar». Este amigo trataba siempre de convencerme de la bondad del federalismo; y le ocurrió que vino por lana y salió trasquilado, como se va a ver.

—Yo no comprendo —me decía— por qué usted acepta la libertad individual y la de las ciudades, hasta acercarse a la autonomía administrativa, y se niega a reconocer la autonomía de las regiones. A lo cual le contestaba yo: —La razón es muy sencilla; un hombre y una ciudad son algo que existe siempre y por separado; tienen vida propia, y, si saben usar medianamente de su libertad, marcharán mejor que sometidos a tutela; pero las regiones son organismos accidentales que cambian con el tiempo. Si usted quiere reconstruir, por ejemplo, a Cataluña, Aragón, Valencia, Murcia y Andalucía alta y baja, yo pediré que se vaya más lejos y que tengamos Tarraconense, Cartaginense y Bética; y así en las demás. Y si se me dice que esto es absurdo, yo demostraré que mi plan es absurdo como cuatro y el de usted como dos; pero tan absurdo el uno como el otro, porque en ambos se da un salto atrás, siendo así que lo que interesa es dejar que las cosas sigan su camino, y tener fe en que no nos llevarán a nada peor que lo que tenemos. Lo que usted y los suyos se proponen es lo mismo que si en un banquete, cuando todo el mundo está sentado a la mesa y se dispone a comer con mejor o peor apetito, la cocinera, con pretexto de que los garbanzos han salido un poco duros, vuelca la olla por la ventana y deja a los invitados sin comer.

Mentira parecerá; pero a mi amigo le impresionó tanto el ejemplo de los garbanzos que algún tiempo después vino a decirme que cambiaba de política. —¿Y qué piensa usted hacer ahora? —le pregunté yo—. Lo mejor sería que se declarase usted de mi bando, que es el de los neutrales o neutros, que se contentan con ser españoles a secas y no dicen nunca esta boca es mía. —No sé, no sé —me dijo mi amigo—: estamos reunidos varios correligionarios disidentes y quizá formemos un partido nuevo, cuyo principio fundamental será la unidad ibérica, realizada por medio de un sistema federal orgánico, cuyas bases están en período de gestación. Ya le pondré a usted al corriente, para ver si al fin se decide a entrar en política. Y yo no le contesté nada; pero pensé: —Estos no se contentan ya con tirar los garbanzos; quieren tirar hasta la olla.

IV

EN LA QUE EL CORRESPONSAL, SIN SABER GRAN COSA DE POLÍTICA, DA UNA LECCIÓN DE POLÍTICA FINLANDESA, Y, SI SE QUIERE, DE POLÍTICA GENERAL Y ESPAÑOLA

Estamos en pleno período electoral. —¿Cómo es eso —exclamará el lector—; pues no escribe usted desde Rusia, donde todas las clases sociales «gimen bajo el ominoso poder de un autócrata»? —En efecto, escribo desde Rusia; pero Rusia, como ya sabemos, es un coloso; comprende muchas provincias y estados vasallos y autónomos; y uno de estos es Finlandia, donde puedo decir que, no obstante tener mis orejas en estado completamente normal, no he oído hasta ahora ningunos gemidos; antes, me parece que todo el mundo vive muy

contento, en cuanto cabe vivir contento en este riguroso y despiadado clima. Hay, pues, elecciones, y hay un poder ejecutivo que gobierna muy bien, y hay un poder legislativo, representado por un *landtag* o Dieta, que se reúne cada tres años y que comenzará a funcionar en el próximo mes de enero. —¿Y cómo se ha llegado a tan despejada situación? ¿Han degollado ahí a algún rey, o al menos, ya que reyes no los hay, a algún gran duque; ha habido revoluciones, motines o pronunciamientos? —Aquí no ha pasado nada, mis queridos discípulos. Hubo largas guerras entre Suecia y Rusia, motivadas por la posesión de Finlandia. El emperador Alejandro I, después de vencer en toda la línea a Gustavo Adolfo, no el Grande, otro que lleva el número IV, se alzó con el dominio de este país; y comprendiendo que no era posible tratarlo como a las demás provincias de su Imperio, porque aquí había una nacionalidad muy bien definida y muy capaz de gobernarse, le concedió una carta constitucional que después ha sufrido modificaciones, pero sin tocar a lo esencial el régimen autonómico y distinto del Imperio ruso. Se ha llegado a conceder que el Arancel de Aduanas de Finlandia sea distinto; que se acuñe moneda finlandesa; hasta que sean distintos los sellos de Correos. Porque los emperadores del género autocrático son hombres tan discretos como los reyes constitucionales y saben someterse a la autoridad del sentido común, que, tengo para mí, es una constitución que rige con más eficacia que todas las demás constituciones.

En San Petersburgo existe una Secretaría de Estado, Ministerio o Delegación para los asuntos de Finlandia; y en Helsingfors reside

un gobernador general, que tiene el mando supremo de las tropas y preside el Gobierno finlandés o Senado, constituido por funcionarios nombrados por el emperador. Este Senado consta de dos Ministerios o departamentos, de Justicia y de Hacienda, los cuales deliberan y deciden en pleno en los asuntos de gran interés, y por separado bajo la dirección de su vicepresidente o *viceordfoerande*, en los de su exclusiva competencia; y los departamentos tienen varias expediciones o Direcciones generales para asuntos judiciales, civiles, militares, económicos, eclesiásticos, agrícolas, etc. El Senado es un Gabinete sin ministros, esto es, un Ministerio ideal; así es que todo marcha como una seda. No faltará quien extrañe que haya sólo dos departamentos, y no ocho o diez como en los demás países. Se comprende que no haya departamentos de Estado ni de Marina, porque estos asuntos corren a cargo del Imperio; y más fácilmente aun que no lo haya de Ultramar, por no haber colonias; pero, ¿y los otros? Si no hay Gobernación, ¿quién gobierna? Y si no hay Fomento, ¿quién fomenta? Yo creo que estas dificultades se resuelven con buena voluntad. Así como nosotros tenemos agrupados en un centro la instrucción pública, los ferrocarriles y carreteras, aquí han ido un poco más lejos y todas las funciones gubernamentales las han fundido en dos grandes grupos, por vía de simplificación, y no seré yo quien ponga reparos a tan excelente acuerdo.

El *landtag*, he dicho, se reúne de tres en tres años. El emperador lo convoca con la debida anticipación, y los distritos o agrupaciones que tienen derecho a elegir representantes los eligen cuando a bien

lo tienen. No hay día ni hora fijos, y, por lo tanto, la elección carece del saborcillo teatral que le presta entre nosotros el acudir la nación en masa a las urnas electorales, o, en caso de que los electores no concurren, el abrirse todos los colegios a una hora convenida, salvo en aquellos casos en que el meridiano local se trastorna un poco por alguna de las causas que las leyes no pueden prever ni evitar. Pero, en uno y otro sistema, lo esencial es que los diputados, ya sea con actas limpias como aquí, ya con actas limpias y sucias como en España, quedan elegidos e investidos de la augusta representación nacional.

Y ahora empiezan las diferencias capitales. En Finlandia no funciona el *landtag* como un Parlamento a la moderna; el *landtag* tiene cuatro brazos o estados llamados *stander*: el clero, la nobleza, la burguesía y el estado llano o campesino. De estos cuatro brazos, el de la nobleza tiene su palacio propio, y los otros tres se reúnen en un mismo edificio, el palacio de la Dieta. Los acuerdos son sometidos luego a la aprobación del emperador y promulgados con el refrendo senatorial. Tiene por lo tanto el *landtag* tres caracteres que lo diferencian de los Parlamentos; se reúne trienalmente; no es elegido por sufragio universal, y no delibera en masa, sino por estados; es por lo tanto una asamblea representativa, calcada sobre el modelo de las Cortes medievales. Y el país disfruta de tanta libertad práctica como si existiera el parlamentarismo puro, y está perfectamente gobernado.

No quiere esto decir que yo aconseje a los países de sistema parlamentario que vuelvan a la organización de la Edad Media. Así como

de las uvas sale el vino, pero del vino no pueden salir uvas, así también de las antiguas Cortes se ha venido a dar en las modernas, pero de las modernas no se puede volver a las antiguas. Lo que yo pienso es que hay muchos modos de servir a Dios, y que debemos desechar el concepto ridículo de que el buen Gobierno esté vinculado en esta o aquella forma, en este o en aquel régimen. Lo que yo pienso es que nosotros, y como nosotros muchos otros, no hemos querido caminar por lo llano, sino por las trochas, ni pasar el río por la puente, sino tirándonos a él de cabeza, y que cuando llegamos al fin de la jornada con la ropa hecha una lástima y calados hasta los huesos, nos encontramos con que otros han llegado al mismo punto caminando muy a gusto por el camino real.

La transformación de los sistemas políticos no depende de los cambios exteriores, sino del estado social; un pueblo culto es un pueblo libre; un pueblo salvaje es un pueblo esclavo, y un pueblo instruido a la ligera, a paso de carga, es un pueblo ingobernable. Las libertades las tenemos dentro de nosotros mismos; no son graciosas concesiones de las leyes. ¿Qué importa que la ley nos declare libres si estamos poseídos por vulgares ambiciones, y sacrificamos nuestra libertad y aun nuestra dignidad por satisfacerlas? Hemos adquirido el derecho de insultar las más respetables instituciones, y hemos perdido el derecho de usar una faja que, aparte de servirnos para meter en ella todos los objetos que llevamos diseminados por innumerables bolsillos, nos serviría también para conservar bien abrigado el estómago. A cambio de la libertad de las ideas, nos dejamos despojar de una

libertad más bella y más noble, la de la forma; y nuestra aspiración parece hoy por hoy cifrarse en que todos los hombres, unidos en coro inmenso y fraternal, entonen un himno a la libertad, puestos previamente de frac y corbata blanca.

Hay muchos que creen que si en la actualidad todos los pueblos de Europa, o casi todos, disfrutaran de un régimen político liberal, hay que buscar la explicación en las revoluciones. Si no hubiera habido pueblos que sacudieran el yugo y comenzaran la obra de liberación, no habríamos adelantado un paso. Esos otros pueblos que disfrutaban hoy del nuevo régimen sin necesidad de haber acudido a la violencia deben de agradecerlo a los que lucharon por implantarlo. Yo recuerdo haber leído un discurso del general Serrano¹⁰, en el que, sintiéndose por un instante erudito, decía para justificar la revolución de septiembre: «Si en el mundo no hubieran existido revolucionarios, estaríamos aún adorando el caballo de Calígula». Y yo pensé entonces que la afirmación era un poco aventurada, porque los Calígulas tienen la vida corta y los caballos la tienen más corta aún, y el gobierno de una nación pasa prontamente de las manos de un Calígula o de un Nerón a las de un Trajano, un Tito o un Marco Aurelio. Para los que no se aturden ante el éxito; para los que no someten su juicio a la brutalidad del hecho consumado, sino que miden las cosas por la fuerza ideal que en sí contienen, la revolución de septiembre es un pronunciamiento afortunado; y la mayor parte de las revoluciones son engendros de la ambición o de la vanidad de los hombres, que, no contentos con seguir la evolución natural de las cosas, se precipitan a

dirigirlas, para cargar con la gloria de haber salvado a la Humanidad. El verdadero revolucionario no es el hombre de acción, es el que tiene ideas más nobles y más justas que los otros, y las arroja en medio de la sociedad para que germinen y echen fruto, y las defiende, si el caso llega, no con la violencia, sino con el sacrificio.

Pero volvamos al *landtag* finlandés, un poco olvidado con estas divagaciones. Aunque ya he dicho que satisface admirablemente las necesidades de este país, no basta la afirmación sin pruebas. El hecho es evidente, y el que dude no tiene más que venirse por acá para convencerse de que no le engaño. Pero no estará de más apoyarlo con algunos razonamientos, ya que en España se suele dar más importancia a los razonamientos que a la realidad. La primera ventaja de la Dieta finlandesa es la de reunirse sólo cada tres años. Si un comerciante de medio pelo hace su inventario una vez al año, una nación no pierde nada con fijar un período de tres o de cinco años para deliberar acerca de la marcha de sus negocios, formar su balance general y ver si conviene introducir algún cambio en el rumbo que hasta entonces se ha seguido. Una nación no debe de vivir al día, y las instituciones no deben funcionar sin descanso, porque el desgaste puede ser excesivo. Cuando nos habituamos a ver las cosas, les perdemos el respeto y concluimos por menospreciarlas; viéndolas de tarde en tarde, nos interesan más, nos aparecen con más prestigio y nos inspiran más confianza. Un Parlamento que funciona constantemente ha de dar por fuerza algunos tropezones y hasta puede caer en descrédito; y si se presenta una ocasión en que tenga que resolver un asunto grave, se

acude a él con incertidumbre y hasta con temor. En fuerza de trabajar en asuntos pequeños, se incapacita para resolver cuestiones grandes. Si el poder legislativo, que por su función es el más alto, está a un andar con los otros, pierde su principal carácter, que es el de ser un refugio supremo en las grandes crisis por que pueda pasar un país. Podría, pues, formularse un axioma político, diciendo que «la bondad de una Asamblea deliberativa está en razón directa del tiempo que media entre sus reuniones». Cuanto más de tarde en tarde, tanto mejor, y si no tuviera que reunirse nunca, se habría llegado a la perfección, porque el hecho indicaría que ya no hacía ninguna falta.

El segundo carácter del *landtag* finlandés es el de ser elegido por clases y no por sufragio universal; y sólo la consideración de los buenos resultados prácticos que da aquí el sistema me retiene y me impide manifestar mi disconformidad. En nuestro tiempo comienza a estar de moda hablar mal del sufragio, y los espíritus más distinguidos hablan de él con grandísimo desdén. Ibsen¹¹, en su *Enemigo del pueblo*, ha lanzado el gracioso apotegma de que «siendo la mayoría de los hombres una caterva de imbéciles, la minoría es la que lleva la razón». Idea que ya había leído en el *Teatro crítico*, del P. Feijoo, quien pensaba que todas las piedras del mundo reunidas no pueden formar una estatua, y que un águila ve mucho más que una bandada de gorriones. Por su parte, Taine¹², que era un profundo político, se negó a ser elegido por sufragio universal, sin duda porque creía que la acumulación de varios millares de votos sobre su nombre no había de añadir nada a la gloria que él por su solo esfuerzo había conquis-

tado.

Yo no estoy conforme con estas ideas; yo veo en el sufragio un pequeño reflejo de la Divinidad, un medio que la Providencia ha puesto en manos del hombre para que cree en el sentido estricto de la palabra crear, es decir, sacando las cosas de la nada. Hay una porción de gentes sin una idea en la cabeza ni en otra parte del cuerpo que se morirían sin haber sido nada real y concreto en el mundo si no existiese el sufragio. Con el sufragio, a un quídam de esos se le echa encima una pila de papeles y se le transforma en todo lo que sea menester. Reconozcamos que esto, como diría el ilustre D. Juan Valera en su estilo acicalado, no deja de ser muy bonito. Yo soy ardiente partidario del sufragio universal, con una limitación: la de que no vote nadie. Y no se crea que mi afirmación es una broma de mal gusto; es otro axioma de política trascendental, como demostraré ahora mismo, ya que en nuestros días hay que demostrar hasta los axiomas. Todos los argumentos expuestos en contra del sufragio se reducen a este: la verdad no surge del concurso de muchos hombres, sino del esfuerzo de las inteligencias; si entregamos los intereses de la sociedad en manos de la mayoría de sus miembros, no contamos con un criterio verdadero, ni justo, ni prudente, ni constante. Todo marchará al azar. Sin embargo, este razonamiento no ataca a la esencia del sufragio, va sólo contra su aplicación, y si a eso fuéramos, no existiría nada en el mundo. Para ser padre de familia se necesita, creo yo, más inteligencia que para depositar un voto en las urnas, si el padre de familia ha de cumplir a conciencia sus deberes. ¿Cuántos hay que los

cumplen? Uno de cada mil. ¿Y vamos por eso a suprimir la familia? Aunque quisiéramos, no podríamos. No nos queda más recurso que resignarnos, y a lo sumo, cuando vemos que un hombre es decididamente incapaz para constituirse en familia, aconsejarle que no lo haga y esforzarnos por persuadirle. Este es mi criterio en la cuestión del sufragio; a mi juicio, todos los hombres que viven en sociedad tienen derecho estricto a intervenir en el arreglo de los asuntos de interés común. Antes que reconocerles a unos el derecho y a otros no, sería preferible volver al derecho divino, y resumir todos los derechos parciales en el derecho de un autócrata. Si después notamos que la mayoría no sabe hacer uso de su derecho, cabe aconsejarla y persuadirla a que no use de él. Y en España no habrá que molestarse mucho, porque el pueblo, reconociéndose sin inteligencia bastante para intervenir, no vota sino cuando le espolean. Pero no se piense que es lo mismo no votar porque no se puede que no votar porque no se quiere. Yo salgo a la calle con cinco duros en el bolsillo y vuelvo a casa sin haber gastado un céntimo, y vuelvo alegre porque he ido por todas partes con la seguridad que da el llevar cinco duros para lo que pueda ocurrir; en cambio, salgo sin un cuarto y vuelvo de mal humor; porque se me ha antojado comprar todo lo que he ido viendo, y he temido verme en un compromiso que me obligara a declarar mi precaria situación. Así, pues, el *landtag* finlandés, que sin duda alguna supera a las Asambleas elegidas por sufragio universal, sería teóricamente más perfecto si existiese el voto universal y no votasen más que los que hasta aquí vienen votando. En este punto reconozco

de buen grado que nosotros, teóricamente también, estamos a mayor altura que los finlandeses.

Queda aún un tercer extremo: la deliberación por brazos, como natural consecuencia de la elección por clases. Los acuerdos del *landtag* exigen el concurso de tres *stander* por lo menos, y de los cuatro para ciertos asuntos de gran interés, como las modificaciones de carácter constitucional, el servicio y cualesquiera reformas que afecten a los derechos de clase, las que no podrán ser admitidas sin el concurso de la clase interesada. También este sistema de deliberar por separado está hoy muy en baja, y se considera más perfecto el puramente parlamentario. Y es seguro que, si una Asamblea fuese representación íntegra de una nación, se habría dado un gran paso hacia el ideal político: la fusión de los diversos grupos sociales; pero bien a las claras vemos que en nuestros días vuelven a levantar la cabeza nuevos partidos de clase que, con razón o sin razón, no se consideran representados suficientemente en los Parlamentos del sufragio universal; y más claro se ve todavía que esos Parlamentos no pueden andar solos, que hay que ponerles detrás, a modo de niñera, un Senado que los vigile y que les dé unos cuantos azotes cuando sus travesuras pasan más allá de lo que permite la prudencia. La Dieta finlandesa es a la vez Congreso y Senado, y sus varias representaciones se corrigen mutuamente, cuando el caso así lo exige; es un organismo basado sobre la realidad de los intereses colectivos, no en una concepción arbitraria; su composición no es homogénea, pero tiene el gran mérito de ser franca y de no cubrir la diversidad real de los intereses bajo la

etiqueta de una unidad artificiosa.

En resumen, yo acepto todos los progresos políticos de «mi siglo», y me enorgullezco de haber nacido en un país donde la democracia ha llegado a encarnar con tanta pureza y perfección; pero reconozco que el país mejor gobernado que he visto hasta el día es este de Finlandia, donde todos esos progresos han sido hasta aquí letra muerta. Y ya que nosotros no podamos sacar otra enseñanza de esta observación, convenzámonos al fin de que nuestras luchas por cuestiones fantásticas deben de cesar; que con un sistema u otro se va donde se quiere ir, si no faltan inteligencia ni buenos propósitos. Los que desean aún derramar su sangre generosa por introducir un cambio en las exterioridades del Gobierno, que tengan la bondad de reservarla para empresas más nobles, en las que se ventile el interés de «toda la nación»; y si la sangre les bulle tanto que no pueden aguantar más, que llamen a un sangrador y que se sangren y dejen en paz a sus ciudadanos.

V

REFLEXIONES PSICOLÓGICAS QUE LE SUGIERE AL CORRESPONSAL LA LECTURA DE LA GUÍA DE LA CIUDAD DE HELSINGFORS

El que quiera hacer descubrimientos notables que no se gaste el dinero en comprar telescopios y microscopios, ni pierda el tiempo en revolver archivos y bibliotecas; que se vaya a lo ancho de la calle, y allí donde note un movimiento espontáneo de mucha gente en una misma dirección esté seguro de hallar el principio de una investigación trascendental para la ciencia. El verdadero y profundo saber brota de las muchedumbres inconscientes; un pueblo que acude a votar a los comicios no da ninguna luz sobre sus propias aspiraciones, porque ha pensado de antemano lo que va a hacer y acaso ha formado

artificialmente su criterio oyendo o leyendo disparates ilustrados; ese mismo pueblo se congrega en la plaza pública para oír a un ciego cantar romances, y es seguro que hará o dirá algo por donde vengamos a descubrir sus ideas íntimas tradicionales.

Oigamos al ciego entonar el romance de los nombres de las mujeres, donde se declaran los méritos y defectos, vicios y virtudes de las Juanas y las Petras, las Marías, las Tomasas y las Manuelas. Para los perezosos, para los que se contentan con juzgar sumariamente por impresión rápida y superficial, el ciego es un mendigo que dice unas cuantas tonterías a cambio de unos cuantos ochavos; yo creo que es un artista utilísimo, un cultivador del arte más fecundo, el que se desarrolla al aire libre y sirve de pasto ideal a las clases pobres, que no tienen medios ni capacidad para conocer otras formas artísticas más cultas; y creo también que lo que el ciego dice son tonterías con un gran fondo de verdad. —Ya ve usted —se dirá—: asegura que las Marías son muy frías, y yo conozco precisamente cuatro, de las cuales una, es cierto, es fría como agua de aljibe; pero de las otras tres una es más que templada, otra es como un brasero y otra arde en un candil. Ese ciego no debía tocar la guitarra, sino el violón. Sin embargo, si la gente lo oye y le compra los romances, no dejemos en este punto nuestras observaciones; ahí hay, como suele decirse, gato encerrado.

Es innegable que los nombres tienen una fisonomía propia adquirida por el uso, aparte de la que algunos poseen ya por su significación.

Don Juan es un conquistador de corazones, don José un señor muy patriarcal y don Pedro un hombre adusto. La religión, la historia o el arte dan a los nombres ese carácter sugestivo, que no puede ser desvirtuado por los hechos; si un hombre se conduce de un modo incongruente con el nombre que lleva, no por eso variamos nuestro concepto sobre el nombre, sino que decimos que este está mal empleado. Jamás convendremos en que a un tunante le encaje bien el nombre de Homobono, o a un nombre discreto el de don Hermógenes. Mas, para que un nombre tenga fuerza expresiva, es necesario que se le agregue algún rasgo que determine el estado social de la persona; si don Juan es el Tenorio, el tío Juan no es más que un buen hombre, rudo y tosco, y Juan a secas es un infeliz, y, por otra parte, los nombres de los dos sexos no son iguales en este punto, porque los de mujer están menos usados que los de hombre. El papel de las mujeres ha sido y es principalmente doméstico, y, por lo tanto, sus nombres sólo tienen expresión en la vida íntima y familiar, salvo contadas excepciones; son advocaciones de la Virgen; nombres poéticos, y en algunos casos formas femeninas de nombres de santos, las cuales no pueden conservar su significación originaria; doña Juana no puede echar sobre sí las glorias de don Juan.

El error del ciego procede, pues, de que, obligado a componer para su clientela, formada principalmente por mujeres pobres, tiene que concretarse a los nombres femeninos que son los menos característicos, y a emplearlos sin añadidura, tales como los usan las mujeres del pueblo; pero esto no debe impedir que reconozcamos la verdad

de la idea generadora del romance, de la cual se deducen después consecuencias de mucha mayor importancia, puesto que, así como existen nombres característicos de las personas, con estos nombres se forman después nombres característicos de las naciones.

Este preámbulo viene aquí a cuento porque, como creo haber dicho ya, el único libro de que dispongo para escribir estas cartas es el *Adressbok och Yrkeskalender*, o guía de la ciudad, y a fuerza de mirarlo me ha venido la idea de sacarle el jugo que contiene, que no es poco; voy, pues, a hablar de los nombres de los finlandeses y a deducir de ellos algunos rasgos psicológicos muy interesantes del pueblo finlandés.

Recorriendo las listas de apellidos, nótase la variedad de procedencias de la heterogénea población de Finlandia, particularmente de las ciudades del litoral. Hay algunos apellidos rusos cuya desinencia más común y conocida es en *off*: Matrosoff, Baranoff, Pletschikoff, y bastantes polacos en *sky*: Doubitsky, Galetsky, Baltschefsky. Vienen después los rusos, cuya estructura es análoga a la de los alemanes o a la de los ingleses, como Lindberg, Bergström, Eklund, Ekholm, Lindfors, Nyholm, Suellman, Wasenius, Oesterman, Johansson, Carlsson, Thomasson, Danielsson, etc. Y los más típicos y extraños para nuestra vista son los finlandeses: Tuominen, Saastamoinen, Hämäläinen, Raatikainen, Pikkarainen, Niinimäki, Nikkilä, Äyräpää, Jääskeläinen, Kokkonen, Käkikoski, Käräjämies, etc. Estos nombres tan extraños, como ya lo indica la abundancia de vocales, se pronuncian

con gran dulzura.

Los apellidos finlandeses son, por regla general, largos; hay también algunos breves, pero menos corrientes, como Erköo¹³, Aho¹⁴, que pertenecen a dos distinguidos periodistas de la localidad; el finlandés es tan armonioso como el italiano; mucho más que el sueco, bien que este posea la soltura y elegancia de la lengua francesa, y en muchas palabras la plenitud y sonoridad de la española.

En relación con los apellidos, los nombres pertenecen a diversos santorales o se escriben de distinto modo: hay John, Johan, Juhani, Karl, Kaarlo; un nombre que me gustó la primera vez que lo leí en *La Princesse Maleine*, de Maeterlinck¹⁵, Hjalmar, es aquí corriente, así como Axel, Arvid, Eoro, Jaako, Uno, Aino, Edvin, Gunnar, Sigrid, Frithiof, Haral, Erik. En nombres de mujeres los hay preciosos, y no dejaré tampoco de dar varios de los que más me agradan, por si alguna de mis lectoras se halla en estado interesante y preocupada por el nombre que le ha de poner «a lo que nazca»; Olga, Dagmar, Hilda, Ida, Lida, Gerda, Lidya, Aina, Selma, Sainaa, Sanny, Mia, Alma, Thyra, Ada, Dina, Air, Hulda, Edla, Ebba, Elsa. Algunos nombres de mujer tienen estructura masculina: por ejemplo, Aino, nombre de una heroína del *Kalevala*, que andando el tiempo será dado a conocer en Europa y en España por una distinguida cantante de aquí, que ahora empieza su carrera: Aino Achté. Sin embargo, los nombres más usados son los de la antigua Iglesia católica, los cuales se escriben exactamente igual que en España; aquí, pues, abundan las Amelias,



BRUNO TALLGREN. *Un barco en la costa de la isla Uunisaari*, Helsinki, 1920.
Museo de la Ciudad de Helsinki.

Natalias, Rosas, Olivias, Amandas, Paulinas, Carolinas, Cristinas, Gustavas, Elviras, Junias, Julias, Emilias, Augustas, Sofías, Auroras, Paulas, Ineses, Josefinas, Jacobinas y cien por el estilo.

Ya que estamos en posesión de los nombres, vamos a lo más importante: al modo de usarlos. Aquí el nombre propio tiene muy poco uso; los hombres y las mujeres firman con su inicial y el apellido, y a veces con sólo el apellido. Si en España recibimos una carta firmada por J. Petersson, o su equivalente J. Pérez, pensamos que quien escribe es un hombre, y nos extraña que no haya firmado con su nombre entero; aquí ese nombre puede ser de una señorita joven y guapa, y hasta si se quiere íntimamente conocida. Como la mujer trabaja como el hombre, ha perdido el calor sentimental y se ha convertido en una entidad útil; así, pues, el nombre propio, que es el afectivo, va camino de desaparecer. En España sería ridículo decir a una señorita: «Buenos días, Rodríguez»; aunque no se tenga confianza, se emplea el nombre propio, porque a la idea de una mujer acompaña siempre la de amor o delicadeza. Aquí me ofrece su tarjeta una señorita que se llama H. Lindroos; después de tratada mucho tiempo como Froeken Lindroos, preguntaré por curiosidad qué significa la H., y se me dirá que Hanna; y este nombre ¿qué es? ¿Es lo mismo que Anna, Ana? No. Es una forma abreviada de Johanna, Juana; pero después seguiré diciendo Lindroos a secas, pues el empleo del nombre propio sería una gran inconveniencia, por estar reservado para las expansiones íntimas. En toda Europa se observa que, conforme avanza la idea de emancipación de la mujer, decae la importancia del nombre propio;

pero al menos las muchachas gustan de lucir sus nombres, en particular si son bonitas; aquí es donde he notado mayor desprecio por el nombre personal y sentimental.

En Finlandia los dos sexos usan el nombre de igual manera, porque su función social es también análoga, y el empleo predominante del apellido marca asimismo el carácter de esta sociedad. El nombre de una nación está representado por la forma usual del nombre de sus individuos. N. Koskinen es un finlandés (varón o hembra); Louis Dupont es un francés; José Pérez y Gómez es un español; y no se crea que la diferencia está en la significación de las palabras, puesto que lo mismo diríamos que es francés Félix Martín y que es español Félix Martin Martin (sin acento). Donde los franceses dan un golpe, nosotros damos dos. Aquí hay un apellido español, Riego, cuyos usufructuarios no sé si descenderán del general que dio su nombre al himno de la libertad; si así fuera, habría que convenir en que el oficio de proclamador de Constituciones es un tanto azaroso. Pues bien; T. Riego será finlandés y Rafael del Riego español, y aun recuerdo haber leído algunas veces el nombre de Riego con su segundo apellido, no obstante ser tan celebrado y popular.

El nombre propio es el que marca la individualidad; el apellido, las relaciones sociales. Así, pues, el nombre típico, usual de una nación, revela su carácter predominante. Hay nombre individualista y socialista, aristocrático y democrático. Los nombres griegos son individualistas y democráticos, porque se componen de un solo elemento:

Solón, Sócrates, Platón, Aristóteles, Pericles; en España hay también nombres de expresión análoga, los únicos que acaso existen en el mundo, los de nuestros toreros; la exterioridad ofrece algo chocante; pero, vistas las cosas de cerca, *Costillares*, *Cúchares*, *el Tato*, *Pepe-Hillo*, *Frascuelo* y *Lagartijo* son nombres esencialmente helénicos y expresan el fondo de individualismo que aún conserva nuestra raza, bien que no se muestre en obras maestras de ciencia y arte, sino en formas artísticas rudimentarias, como tienen que ser siempre los juegos públicos.

Roma es un pueblo de organizadores, constituido aristocráticamente sobre un patriciado; y el nombre romano es complejo, porque tiene que expresar no sólo la personalidad, sino también el abolengo. Comparando estos dos nombres, Demóstenes y Marco Tulio Cicerón, se tiene la clave de dos historias y de dos civilizaciones. Los pueblos modernos conservan en gran parte el espíritu romano; pero el equilibrio, representado hoy por el uso simultáneo del nombre y del apellido, es inestable. Inglaterra es quizá la nación que se aproxima más a la organización romana; en Francia el nombre propio pierde mucho terreno, lo cual indica muy a las claras que las tendencias colectivistas lo van ganando.

En Finlandia encontramos el nombre típico de una nación democrática y socialista, cuyo individuo ideal no tendría nombre propio, sino el apellido, es decir, el rótulo social. Un pueblo donde se diga D. José, D. Manuel, D. Antonio, no puede ser socialista jamás; el hom-

bre del colectivismo tiene que ser Fernández, Martínez, Rodríguez, García; y así se llaman aquí, cambiados sus nombres por otros. No faltan aristócratas sueltos, pero son la excepción; para convencerse de que este país es democrático, basta fijarse en que un apellido vulgar, por ejemplo, Johansson, Juárez, es usado por todos como si fuera el más distinguido, sin buscar medios de diferenciación. Se desean diplomas, cruces y todo cuanto sea distinción personal y proporcione ventajas materiales, pero sin sacar nunca a relucir los pergaminos. En España un hombre no querría llamarse J. Fernández, y acudiría a mil artificios para tener su nombre bien marcado, ya poniéndose un nombre propio muy raro, ya colocando tras el Fernández uno o dos apellidos más. Los finlandeses, antes que hombres, son miembros del organismo social, y tienen, como veremos en mil detalles, aptitudes sobresalientes para vivir libres dentro de organizaciones y reglamentos en las que nosotros no podríamos movernos siquiera.

Entonces, se dirá, ¿España no es una nación democrática? De ningún modo; somos el pueblo más aristocrático de Europa; así como en otros pueblos se ha debilitado el nombre propio, nosotros lo conservamos, porque conservamos nuestro amor al individualismo; pero hemos agregado un apellido más para señalar nuestro entronque, nuestra ascendencia. Yo soy el único que tiene aquí dos apellidos; y varias personas me han preguntado ya qué significa el segundo, y muchas más son las que han pegado los dos y los han transformado en uno solo; yo contesto siempre que en España la mujer, socialmente, es menos que aquí, pero que en casa lo es todo; que hasta conserva

su nombre de familia y lo transmite a sus hijos con el del padre. Lo cierto es que en España Juan Fernández y García firma con más humos que D. Juan Fernández de Córdoba y García de Zúñiga. Hemos llegado a la igualdad haciéndonos todos hidalgos, esto es, siendo todos aristócratas. Por eso, hablar de democracia en España es música celestial; no podemos ser demócratas, porque queremos demasiado a nuestra familia. En la actualidad vivimos en plena democracia, y estamos asistiendo al espectáculo interesante de la formación de un nuevo patriciado, de una aristocracia política, constituida por la aglomeración en los cargos públicos de gentes enlazadas por vínculos familiares. No gritemos contra los yernos, los sobrinos, los cuñados y los primos, porque ahí está nuestra salvación, en ese plantel de aristócratas de nuevo cuño que en el porvenir han de dar muchos días de gloria a la patria, o por lo menos a sus respectivas familias.

VI

DONDE SE DESCUBRE EL AMOR DE LOS FINLANDESES AL PROGRESO Y SE EXPLICA LA CAUSA DE ESTE AMOR

La pereza intelectual que a todos nos domina nos induce a inventar fórmulas convencionales que nos ahorren el trabajo de estudiar a fondo las cosas. Así, para dar idea del carácter general de una nación, hay etiquetas o muletillas muy usadas que dejan completamente satisfecha nuestra curiosidad: «ese país es refractario a la cultura»; «este es amante del progreso», y «aquel avanza de un modo visible por la senda de la civilización». Con arreglo a esta fraseología, es lícito decir que Finlandia es un país que ama el progreso y avanza a galope tendido por todas las sendas que a él conducen. Ahora lo

que falta saber es lo principal, es decir, lo que aquí entienden por progreso; porque, si interpretaran la palabra al revés que nosotros, caminando hacia el progreso irían a dar en donde nosotros menos pudiéramos figuramos.

La idea corriente hoy por hoy sobre el progreso es, por desgracia, demasiado material; no se da apenas importancia a lo que es en cada pueblo la vida de familia, las relaciones amorosas, el trato entre amigos, la unión de las diversas clases sociales, y en particular de amos y criados; se atiende principal y casi exclusivamente a la extensión de la red de ferrocarriles, estado de las carreteras, servicios de correos, telégrafos, estadística comercial y cotización de los fondos públicos. Un pueblo cuyos valores se cotizan a la par puede sin reparo degradarse y vivir en la corrupción más escandalosa; siempre será más culto que aquel otro cuyas cotizaciones anden entre el 70 y el 80 por 100. Como la familia existe desde el origen del mundo, y los adelantos mecánicos son cosa fresca, estamos aún en el período de la novedad, y no queremos convencernos de que los tan celebrados adelantos sólo traen servicios útiles para la vida y que lo esencial continúa siendo la vida en sí; una vez que la familia se desorganiza, que las relaciones sociales se resquebrajan, que la vida colectiva se corrompe, el progreso material no sirve más que para cubrir las apariencias y para engañar a las gentes superficiales; es un progreso hipócrita y menguado, que sirve sólo para prolongar indefinidamente la existencia infructuosa, y a veces nociva, de los pueblos que a él se acogen.

En punto a progreso material, aquí en Finlandia existe cuanto puede apetecer el más descontentadizo; más que progreso, hay ensañamiento por el progreso y por muchas cosas que no lo son. Tienen, por ejemplo, la manía de rapar los jardines, y no dejan que la hierba levante una pulgada del suelo: concepción democrática mala. En cuanto un tallo verde asoma, tímido, entre dos piedras, viene una mujer con un gancho y lo arranca, como si se temiera que con el tiempo interceptara las atarjeas o la vía pública. Y lo mismo pudiera decirse del adoquinado, del arrecifado y de los demás servicios de urbanización. A mí no me gustan estos excesos; y, si por mí fuera, la hierba crecería a sus anchas hasta que le llegara la hora de agostarse, y las vías públicas tendrían muchos altibajos. En Atenas no fue conocido el entarugado, y andaban por las calles personas de más viso que las que hoy se echa uno a la cara; quizá, si allí se hubieran dedicado a afeitar jardines y a adoquinar calles, hubieran desaparecido sin dejar rastro.

La psicología tiene sus misterios, y no es fácil ver así, de golpe, la influencia que en nuestro espíritu ejercen las formas exteriores que habitualmente nos rodean y nos moldean sin que nos demos cuenta de su sorda labor. Nuestro orgullo nos hace creer que estamos sólo sometidos al influjo de los objetos en que voluntariamente fijamos nuestra atención; pero acaso sea más enérgico el influjo de lo imperceptible y de lo despreciable. Un hombre que habita en una ciudad desigual, con calles quebradas, con jardines semisalvajes, circundado por la belleza natural que la tierra da de balde, es un hombre apto

(si se decide a trabajar, justo es decirlo) para la creación de obras originales; por lo menos es un hombre llano, natural, sin artificio; ese mismo hombre habita en otra ciudad muy bien entarugada, alineada, arrecifada, barrida y fregada, e insensiblemente comienza a perder los rasgos más salientes de su personalidad; comienza él también a alinearse, a recortarse, a pelarse, a afeitarse y a engomarse; en una palabra, a estropearse por fuera y por dentro, y quizá al encontrar un amigo en la calle no sepa ya saludarle familiarmente, sino haciendo varios movimientos mecánicos y ofreciendo, en vez de toda la mano, como antes se hacía, el dedo índice, que parece apuntar como cañón de revólver. Estas y otras bellezas nos trae el progreso mal entendido, y nos las trae por nuestra ignorancia, porque no vemos el enlace que las cosas entre sí, a la callada, mantienen.

Una señora finlandesa me preguntaba cierto día: —¿Es verdad que en España, cuando pasa una mujer bonita, los hombres la echan a los pies la capa y el sombrero? —Sí señora, es verdad —contesté yo—; pero desgraciadamente la costumbre se va perdiendo. —¿Y cómo explica usted ese cambio? ¿Es que se vuelven ustedes más calmosos, menos enamorados y galantes? —No es eso, señora mía; es que ha decaído mucho la capa; hoy se usa con preferencia el gabán, y la nueva prenda no sirve para el caso. La capa va suelta sobre los hombros, y en menos que se piensa, en un abrir y cerrar de ojos, está extendida en el suelo: el movimiento es elegante y artístico. En cambio, el gabán es una prenda sin gracia; no hay modo de quitárselo en medio de la calle, pues parecería que se iba uno a desnudar; si se le extiende

sobre el suelo, tomará mil figuras, y todas ellas serán antiestéticas, y hasta sería posible que la beldad a quien se pretendía rendir homenaje tropezara y cayera por nuestra culpa. Y, en cuanto al sombrero, como ahora se gastan de casco duro, al tirarlo al suelo iría botando como una pelota y se llenaría de bollos y piquetes. Los españoles somos, pues, como éramos; pero el traje ha cambiado y no nos deja hacer lo que antes hacíamos.

Hechas estas salvedades, para que conste al menos que a mí los adelantos no me turban hasta el punto de cegarme y entontecerme por completo, no tengo inconveniente en reconocer las ventajas del progreso material y en guiarme por este, como signo exterior, para descubrir el progreso efectivo de las naciones; pero tengo que separarme de nuevo de la corriente general y decir que no me bastan los hechos; que yo doy más importancia que a los hechos a la forma en que se presentan.

Lo característico de Finlandia es el entusiasmo con que se aceptan todas las innovaciones de utilidad práctica, la rapidez y perfección con que todo el mundo se las asimila. En España tenemos ferrocarriles; pero no sólo los tenemos de mala manera, sino que en algunos casos hemos llevado nuestra mala voluntad hasta el extremo de que el tren sea derrotado por la diligencia. En nuestra provincia existe ese raro fenómeno. Aquí los ferrocarriles son del Estado finlandés, y, a pesar de lo escaso de la población, dan ingresos muy lucidos; en cuanto al servicio, casi compite con el alemán, que es el más perfecto de



Excursionistas en las afueras de Helsinki, Autor desconocido, ca. 1890.
Museo de la Ciudad de Helsinki

Europa. —El teléfono es aquí tan usual como los trastos de cocina; es una persona más en cualquier conversación. Muchas veces ocurre una duda que puede ser resuelta por alguien que está ausente; al minuto se tiene la respuesta, casi como si el consultado se hallara en la reunión. —No conozco ciudad donde existan, proporcionalmente al número de almas, más carruajes que en esta; están distribuidos por toda la población y en constante movimiento; son muy pequeños, muy ligeros y muy baratos, y los usan hasta las clases pobres. —Por el velocípedo hay verdadero delirio, y las mujeres le han aceptado como instrumento de emancipación; no se da un paso sin topar con una señorita montada en su bicicleta; si os fijáis por detrás, veréis que de esa parte del organismo que sirve, entre otras cosas, para sentarse, pende en forma humorística un cartelito donde se lee un número, que quizá pase del cuatro mil; ese número, que es el del registro velocipédico, indica a las claras el abuso que se hace del pedal. Porque aquí no se fijan más que en el ahorro de fuerzas, y, en cuanto una novedad es útil, todo el mundo la acepta en masa, sin que a nadie se le ocurra criticar ni dárselas de refractario.

Yo hice un día ciertos reparos al hecho de que una señora vieja y horriblemente voluminosa fuese también dando tumbos en una angustiada bicicleta (por cierto que ese día sentí por primera vez algo nuevo, la compasión por un aparato mecánico), y la persona a quien me dirigía sólo me contestó: «Yo lo encuentro bien; es útil». —Finlandia es el país de los lagos; casi todas las ciudades y pueblos del interior están unidos por vías navegables surcadas continuamente por

vapores; y no es extraño el caso de que un campesino se encargue durante una travesía de dirigir una embarcación con la seguridad de un marino práctico. Y como estos hay mil hechos curiosos que revelan la satisfacción rústica con que son aquí acogidos todos los adelantos y la prontitud y perfección con que se los introduce en la vida vulgar y corriente.

Mas no se crea que tan ardiente amor al progreso es signo de energía espiritual; es todo lo contrario. La opinión irreflexiva ve en la actividad febril de un hombre que se pasa la vida rodando por los trenes, dando órdenes por telégrafo y por teléfono o yendo como una centella en velocípedo, una prueba de robustez cerebral extraordinaria; cuando en realidad lo que debe verse en todo eso es un desequilibrio orgánico: la exaltación de la fuerza muscular y la atrofia del sistema nervioso. He aquí la causa de que los pueblos meridionales sean por temperamento refractarios a las innovaciones mecánicas e incapaces de resistir el ajetreo excesivo de los novísimos medios de locomoción.

El tipo perfecto del hombre activo es el norteamericano; hoy es ya popular en Europa la idea del *yankee* a lo Bourget: un hombre vulgar de alma y cuerpo poseído por la manía de reunir muchos millones; posee alguna línea de ferrocarriles, y, si llega el caso, alguna ciudad entera, que fundó por su cuenta y riesgo o que ganó en una jugada de Bolsa; trabaja día y noche en su bufete, con un aparato telefónico en cada oreja, el telégrafo enfrente y un exprés de propiedad particular

silbando a la puerta, por si los negocios exigen de repente un viaje de cuatro o seis mil kilómetros; y, por último, el pobre hombre cae un día muerto sobre su escritorio a consecuencia de un ataque cerebral, mientras su mujer da un baile en París o en Cannes, o juega fuerte en Monte Carlo. Hay sin duda en estos rasgos exageraciones de tipo novelesco; mas lo novelesco difiere poco de lo real; en el estudio de Bourget¹⁶, *Outremer*, aparecen figuras semejantes a la que yo he indicado en cuatro líneas, y *Outremer* no es un libro humorístico, aunque a ratos lo parezca.

Tan extraordinario derroche de actividad no podría prolongarse mucho tiempo si estuviera alimentado por la inteligencia; yo he visto funcionar grandes empresas comerciales, y he comprendido sin gran molestia la marcha de los negocios; y, una vez dominada esta primera dificultad, he visto que todo se reduce a una rutina para la que sólo se requieren facultades de resistencia. La gente profana, que no ve más que la complicación aparente de las operaciones, piensa que el que las dirige es un hombre de genio; una vez en el secreto, se convencería de que aquel trabajo está al alcance de cualquier burro de carga. Yo encuentro un gasto mucho más grande de energía en el que crea una obra de arte; y, si se quiere un ejemplo de actividad material, diré que más fortaleza física se requiere para ser matador de toros que para ser millonario al estilo yankee. No hay que ir a América para hallar hombres fuertes; para lo que hay que ir es para encontrar temperamentos que resistan la tensión pasiva a que nos condena el progreso mecánico.

A un amigo mío, lagartijista entusiasta, le oí referir una anécdota muy significativa sobre el insigne maestro cordobés. Se hablaba de lo malo y de lo bueno que tienen las profesiones y oficios, y se llegó a tocar al toreo; y alguien le preguntó a Lagartijo qué era lo que más le disgustaba de su profesión, a lo cual el interpelado, con una concisión digna de Tácito, contestó: «Er tren». En estas dos palabras, mejor o peor dichas, hay más sustancia psicológica que en todos los tratados de Psicología que sirven de texto en los Institutos. Un torero de raza se halla en su elemento mientras lucha, mientras su actividad libre e inteligente está enfrente del toro, y se fatiga de ir incrustado en un *wagon*, prueba evidente de que para resistir el traqueteo de los innumerables vehículos de nuestra época la energía natural del temperamento es más bien un obstáculo; lo que el vulgo toma por actividad es inercia; ese hombre que va cincuenta horas en tren no va, sino que lo llevan; él no hace más que aguantarse.

He presentado estos dos tipos de actividad para hacer ver, por medio de ejemplos conocidos, lo que son los finlandeses. El finlandés se aproxima al tipo *yankee*; no tiene campo de acción para ejercitarse en empresas de alto vuelo, pero en su esfera funciona como un organismo libre, adaptado a una función mecánica; es calmoso hasta un extremo desesperante, pero tiene una constancia a prueba de bomba; su entusiasmo progresista nace, propiamente hablando, de su pereza, del deseo de economizar tiempo y de molestarse lo menos posible. La primera advertencia que me hicieron a mí al llegar, cuando di mi ropa blanca a la lavandera, fue que tardarían en lavarla, según es

costumbre, de dos a tres semanas; y como con el lavado ocurre con muchas cosas más. Aquí no quieren trabajo extraordinario ni apresuramientos; gustan de la regularidad, y dan a cada obra su plazo marcado e inflexible. Yo hace ya muchos años que no tengo reloj, y lo suprimí después de tenerlo otra porción de años parado. En España esto sería una dificultad, y fuera de España también he caído en faltas graves por no saber nunca la hora; aquí he resuelto el problema, porque cada ciudadano es un aparato de relojería: la muchacha que enciende las estufas, las ocho; la mujer de la leche, las ocho y media; mi *städerska*, las nueve; el correo de la mañana, las diez; el almuerzo, las once; la joven que viene del *kontor*¹⁷, las doce; segundo correo, la una; la chica que vuelve de sus clases, las dos; mi vecina, una joven pintora, va a comer, las tres; la *doktorinna*¹⁸ pasa en bicicleta, las cuatro. De aquí en adelante ya no se distinguen los bultos; hay un intervalo hasta las nueve, en que mi criada viene a hacerme la cama. Porque aquí, dicho sea de paso, las camas son duras como piedras y las hacen cuando se va a dormir.

VII

EL CORRESPONSAL TRAZA UN INESPERADO Y CURIOSO PARALELO ENTRE LA MANTECA FINLANDESA Y LOS JAMONES DE TREVÉLEZ

En una de las innumerables revueltas estudiantiles que agitaron la vida escolar de mi tiempo, no recuerdo en cuál, en una que sería provocada, como de costumbre, por las reacciones gubernativas en vísperas de Nochebuena, se reveló, salió a luz un nuevo orador, que desde lo alto de una reja nos arengó, nos entusiasmó y nos inflamó a los incipientes revolucionarios; era el joven tribuno un prodigio en el arte de escalar rejas y de enardecer a sus semejantes. En la reunión se hallaban dos señores viejos atraídos por la curiosidad, y tengo muy presente que el uno dijo: —Ese muchacho llegará a ministro; me lo

da el corazón. —¿En qué te fundas? —repuso el otro—, porque yo creo que lo que está diciendo es una sarta de disparates. —No importa, dice disparates, pero los dice bien, y además tiene una agilidad sorprendente para encaramarse en sitios altos; repito que ministro tenemos.

Muchas veces he recordado la profecía (que se realizará, no cabe la menor duda), y he pensado que aquel flamante tribuno tenía una cualidad muy recomendable: la de ser siquiera hombre franco. Aspiraba a salvar el país, y lo decía para que nos enterásemos. ¡Cuán diferente es Fernández! Fernández ha publicado un tomo de poesías con el título de *Rugidos de un loco*, las ha dedicado a un personaje influyente de la situación, y ha recibido una credencial de ocho mil reales en el Ministerio de Hacienda; ya es poeta distinguido, y cuando ascienda a doce mil será poeta inspirado; si llegase a jefe de sección, sería eminente; y genial si consiguiera el nombramiento de Consejero de Estado; aún le queda que rugir para que sea verdad tanta belleza. —Gómez es autor dramático. Ha compuesto un drama en que figura un genio falto de recursos y, lo que es peor, enamorado de una señorita de buena casa; pero el genio lucha y logra un acta de diputado y se casa a seguida, sin dificultad; y, al caer el telón, el público piensa que el genio es el mismo Gómez, y que el drama es una indirecta; y el público está en lo firme. —Pérez ha llegado a concejal. Pérez es un joven de provecho que desea ser útil a sus conciudadanos; ha estudiado a fondo todas las «cuestiones vitales» de la vida municipal y tiene en cartera un plan completo de reformas: ocho grandes vías

cruzadas, y en los cruces plazas muy grandes con monumentos muy pequeños, para que no haya estorbos, y un red de tranvías que circularán con gran rapidez. Y algunas personas respetables que conocen el pie de que cojea la Humanidad en general, y Pérez en particular, piensan que a Pérez, como a Gómez, habrá que darle un acta para que vaya a desahogarse al Parlamento, porque si no es capaz de echar la ciudad abajo. Si fuéramos a multiplicar los ejemplos, tendríamos un volumen de *caracteres* como los de Labruyère¹⁹, hasta tal punto nuestra sociedad abunda en tipos de nuevo cuño, forjados todos en el yunque de las necias y vulgares ambiciones. Pero no puedo olvidar un tipo que rebosa interés por los cuatro costados; un amigo y antiguo condiscípulo: González. González es un alpujarreño, de familia bien acomodada, y aspira a ser el representante de su distrito natural. Ha creído descubrir la causa de los males que afligen a sus electores, y ha comenzado una campaña de propaganda enérgica; lleva pronunciados más de doscientos discursos, cuya síntesis se halla en el siguiente silogismo: «Todos nuestros males provienen de no tener medios fáciles de comunicación; para tenerlos hace falta un hombre que se mueva donde hay que moverse; pues bien; yo me ofrezco a ser ese hombre». El argumento, como se ve, no admite réplica. Yo, sin embargo, creí que no estarían de más algunas aclaraciones, y, apoyado en la antigua amistad que me une con González, le escribí la siguiente carta:

«Estimado amigo: Leo con sumo interés las noticias que da la prensa sobre tu brillante campaña política, y encuentro en ellas un buen aga-

rradero para reanudar nuestras viejas y un tanto olvidadas relaciones. El mundo es demasiado grande, y cuando dos amigos se separan no saben cuándo ni cómo se volverán a encontrar; lo más que puede hacerse es tener confianza en la firmeza de la amistad y en el servicio de correos. Así, pues, me daré por contentísimo si esta carta que te escribo desde las cercanías del Polo Norte llega a tu poder, y te suena a consejo de amigo verdadero y desinteresado. Y ahora empieza mi cuento.

»No hallo nada que censurar en tus aficiones políticas; sé que dispones de recursos sobrados para vivir, y que sólo te espolea el pícaro deseo de colocarte en un sitio visible y en el que te sea fácil trabajar por el bien común. Tú no vas a ensuciarte, estoy seguro de ello, y eres una «fuerza sana» de nuestra política. Pero a mi ver equivocas el camino, y porque creo que te equivocas es por lo que molesto tu atención.

»Desde que llegué a este país, habré leído hasta cuatrocientos artículos referentes a la manteca; yo, que soy poco amigo de grasas, estoy, sólo de leer, empachado. Todos los días traen los periódicos algo sobre la manteca; *Smörfrågan* es el epígrafe general de los trabajos que se publican sobre «la cuestión de la manteca»; debe de haber redactores especiales que conozcan a fondo tan sustanciosa materia, y luego hay otros epígrafes como *Smörexport*, exportación de mantecas; *Smörrnoteringar*, notas de precios del artículo; *Smörprovningarna*, o sean ensayos o análisis, etc., etc.

»Es decir, que aquí hay una porción de personas distinguidas que se consagran principal y acaso exclusivamente al estudio de las mil cuestiones que afectan a la preparación y exportación de manteca. Después de la madera en bruto o labrada, artículo que ocupa el primer lugar en la exportación, viene la manteca, que compite en calidad y precio con la más celebrada de Holanda o Dinamarca; y como es necesario aumentar constantemente la exportación para adquirir otros muchos artículos indispensables para la vida, los trabajos de quienes en estos asuntos se ocupan son patrióticos y celebrados con igual título que los de la política, las ciencias o las artes.

»Viendo lo que aquí ocurre y leyendo lo que tú dices sobre la necesidad urgente de construir carreteras en tu distrito, se me ha ocurrido pensar que tienes un medio más seguro de extender tu influencia y de conseguir el triunfo de tu candidatura. Si mal no recuerdo, tu abuelo amasó la fortuna de que tú ahora disfrutas negociando en jamones alpujarreños, en los jamones famosos y celebrados *urbi et orbi* bajo la advocación de Trevélez. ¿Por qué no reanudas tú los negocios con los medios e inteligencia que posees, y «creas una fuente de riqueza» que con el tiempo abriría ella sola sus propios caminos? Tú me dirás que antes de trabajar hacen falta medios de comunicación, y caeremos, como siempre ocurre, en el insoluble problema de qué fue lo primero: el huevo o la gallina. Yo tengo vehementes sospechas de que lo primero fue la gallina, y de que lo primero que debe haber en tu distrito es una gran exuberancia de jamones. Si pusieras mano en el asunto, tendrías materia para no acabar nunca: 1.º Mejoramiento

de la raza porcina por medio del cruce y de la alimentación apropiada; libros hay escritos sobre el particular, y tú podrás hacer observaciones y ensayos por cuenta propia y escribir un nuevo tratado; y si te sientes poeta, componer un poema épico con el título de «La Cerda-da»; 2.º Preparación y conservación de jamones hasta conseguir que los de Trevélez, no sólo sean muy buenos, sino que sean los mejores del globo, y dejen tamañitos a los de Westfalia; 3.º Lanzamiento del artículo con arreglo al arte comercial moderno, para aumentar el consumo hasta donde lo permitieran los medios de producción. Hay, pues, tela cortada para rato. No creo que tengas impedimento alguno para trabajar en tan bella obra; hoy no deshonra ningún oficio, y si quedan aún algunas preocupaciones ridículas, hay que echarlas abajo con hechos contundentes. Ya sé que tú descienes en línea recta, según los genealogistas más autorizados, nada menos que del conde Fernán González. Pero hoy trabajan también los aristócratas, pues en algo han de entretener el tiempo. No ha mucho hice yo un viaje a Hangoe²⁰, y fui todo el camino hablando con un noble finlandés, el barón Hlsinger, dueño de una gran fábrica de instrumentos agrícolas, establecido en Bilnaes; y todas sus preguntas iban encaminadas a averiguar los derechos de importación de herramientas en España, precios, estado de nuestra industria metalúrgica, etc. La idea de mi interpelante es fabricar más barato aún que los alemanes y crear un nuevo ramo de exportación, y todo podría ser que lo consiguiera. No dejes de contestarme, diciéndome con franqueza qué te parece mi consejo, y cuenta siempre con la buena amistad de tu antiguo condis-

cúpulo y amigo invariable, etc.»

A esta carta mía contestó a vuelta de correo mi amigo con otra, que copio a la letra, no sin sentir cierto escozorcillo por el abuso de confianza que a sabiendas cometo:

«Mi muy estimado amigo: Ante todo, un millón de gracias por tu carta, que me ha llenado de satisfacción. Al cabo de cinco años de silencio, lo que yo menos podría esperarme era una carta tuya, y una carta escrita desde donde la escribes. ¿Cómo podía yo figurarme que te acordaras aún de mí, y que estuvieras tan al tanto de las idas y venidas de este pequeño átomo social? Te repito que tu carta ha sido para mí una verdadera sorpresa.

»En efecto, amigo mío, me picó la moscarda política, y más que por vanidad, como supones, por compromisos, ando en estos belenes, de los que acaso salga con las manos en la cabeza. La verdad es que me aburría sin hacer nada, y que ahora por lo menos me distraigo; la política, cuando se le toma el gusto, tiene grandes atractivos, que compensan ampliamente los disgustos y quebrantos que proporciona.

»Pero, aun así y todo, dichoso tú que huyes como un filósofo de estas miserias humanas, y que no te tomas ni el trabajo de comprenderlas. Y digo esto, porque tu carta revela un desconocimiento tal de lo que es nuestra nación, que parece que escribes, no ya desde Finlandia, sino desde la Luna. Si yo siguiera tus consejos, no sería flojo el regocijo que daría a mis adversarios; hoy me ponen reparos, porque

mi fortuna viene del negocio que a ti te entusiasma; si yo reanudara la tradición familiar, me llamarían el marqués de los Jamones y habría concluido mi vida política. Hay dos o tres negocios que están de moda y en los que se puede trabajar sin peligro; por ejemplo, la fabricación de azúcar. Cuando se habla de un ingenio, el público se figura algo muy grande, en que el amo es como un reyezuelo o un señor a la antigua; se recuerda que en los ingenios había antes esclavos a quienes apalea, y la imaginación, recogiendo estos y otros detalles, forma su caramillo y encubre la parte vulgar que puede haber en ese género de industria. Pero en la de jamones no hemos dado aún un paso, y todo el que la toque se ensucia.

»Yo no quiero aumentar mi caudal, quiero vivir sin preocupaciones; y para no estar completamente ocioso, me he metido en la política. Y como hay necesidad de hablar, hablo sobre el tema que más interesa ahora: sobre los medios de comunicación. El tema es inagotable, y una vez que se le domina se pueden improvisar bellos discursos, en que se habla de las carreteras como lazos de unión entre los hombres, como red de arterias y venas por donde circular la riqueza, es decir, la sangre de los pueblos. Esto gusta y a esto hay que atenerse.

»Quizá en el fondo tú llevas la razón; pero en mi distrito soy yo quien está en lo firme. Esto no es Finlandia, y yo creo que es mejor que Finlandia; porque aquí queda aún fantasía, y no estamos aún subyugados por el materialismo ni por el utilitarismo. Por lo demás, yo te aseguro, con la consiguiente reserva, que si salgo adelante con mis

planes, no he de hacer nada para que construyan vías de comunicación; hay que ir dando largas y dejando el trabajo a los que vengan detrás, porque las gentes nunca están satisfechas, y si se les da lo que ahora piden, no tardarán en pedir algo nuevo.

»Dispénsame la excesiva franqueza con que te hablo; examina con imparcialidad mis razonamientos, y creo que comprenderás el error en que te hallas; y que esto no sea ocasión para que se interrumpan de nuevo nuestras relaciones, que desearía estrechar con una correspondencia continuada y frecuente, tu amigo, etc.».

Después de leer esta carta he pensado: González es un pícaro, pero González lleva toda la razón.

VIII

DIVERSOS ESTADOS SOCIALES DE LA MUJER: SOLTERAS, CASADAS, VIUDAS Y DIVORCIADAS

Cuando se escribe sobre cualquier país, basta de ordinario hablar del hombre. El hombre es el ser humano en general, varón o hembra, y lo que de él se dice se aplica a los dos sexos. Aquí en Finlandia la regla no es estrictamente aplicable, porque la hembra ha sacado los pies del plato. La *kvinna*, la mujer, es pájaro de cuenta; tiene su personalidad propia y bien marcada, y merece un estudio psicológico aparte. Voy, pues, a escribir varias cartas sobre la mujer, estudiándola de fuera adentro, y principio mi tarea por lo que es más exterior: por el estado social. Hablaré de las solteras, de las casadas, de las viudas y de las divorciadas; de las monjas no puedo hablar, porque no las hay.

El tipo más curioso de mujer es la soltera que vive sola. La que vive con su familia es poco más o menos como en todas partes, sólo que aquí tiene una libertad de movimientos extraordinaria. Desde pequeños, los muchachos y las muchachas estudian juntos en la escuela y van y vienen en pandilla; y esta unión, esta intimidad se prolonga durante los estudios secundarios, que forman la educación corriente de la mujer, y los facultativos o universitarios, seguidos también por gran número de señoritas. La mujer ve en el hombre un compañero de estudios, un camarada, un amigo, con el que se puede tratar como una amiga, salvo en los casos en que la amistad se transforma en sentimiento más íntimo, en *kärlek* o amor. Mas este amor no es chispazo divino ni un arrebató frenético, es una amistad más tierna y cariñosa. La palabra *kärlek* se compone de *kär*, que se pronuncia *cher*, y significa en francés «querido», y de *lek*, que quiere decir «juego»; así pues, *kärlek* no es más que un «juego de afectos», una broma sin consecuencias. Hay mujeres que se caen; pero se caen porque quieren, después de pensarlo muy despacio; la cabeza está siempre despejada y el corazón funciona como un cronómetro. Sólo un Hércules podría acometer el trabajo de trastornar la brújula de una mujer finlandesa.

Aunque aquí la mujer no es tan libre como en Rusia, no faltan señoritas que comprendan, al menos teóricamente, las ventajas de la unión libre; pero si se decidieran a cometer una tontería, la cometerían intelectualmente. La frescura del temperamento, apoyada por la instrucción, salva a estas mujeres de la caída pasional; de suerte que para engañarlas no queda más camino abierto que el de la propa-

ganda científica. Don Juan tiene que convertirse aquí en maestro de escuela, porque Doña Inés está cargada de diplomas; en vez de declamar tiradas de versos apasionados, tiene que discutir como un sofista. Para comprender la concepción amorosa de este país, basta ver en los escaparates de las librerías las colecciones de estampas que están de muestra; muchas son de las que en España se venden *de occultis*; lo que para nosotros es obscuro y peligroso, porque forma parte de las costumbres —de las malas costumbres—, aquí es inofensivo, porque dista mucho de la realidad. Una joven que ve una mujer desnuda en actitud escabrosa, cree que aquello es mitológico y se queda tan tranquila como si viera la Venus de Milo. A una señorita, conocida mía, muy aficionada a la literatura francesa, le di yo una vez varios periódicos y revistas, advirtiéndole que faltaba un número de cierta revista parisiense en el que venía una escena, no ya indecente, sino hasta sucia. —Eso no importa —me contestó la *troeken*, un tanto picada por el acto de tutela que yo pretendía ejercer—, no tenga usted reparo en dármelo. Yo miro esas cosas desde un punto de vista artístico.

La mujer finlandesa sabe usar de su libertad. Como en España los padres dejan ir a sus hijos a estudiar a las capitales donde pueden seguir la carrera que se ha elegido, aquí se deja también ir a las hijas. Hay muchas señoritas que viven solas como los hombres: unas vienen a estudiar o a pretender empleos; otras trabajan en oficinas públicas o privadas; dan lecciones de idiomas, de música, de pintura. Tienen sus amigos y dan pequeñas reuniones en las horas libres de trabajo o en los días de fiesta. No hay inconveniente en que una joven vaya



FOTO ROOS. *Peatones en la librería Wasenius*, Helsinki, ca. 1910.
Museo de la Ciudad de Helsinki

a casa de un hombre soltero a dar lecciones o a tomarlas, ni en que a su vez invite a un amigo a tomar una taza de té y a charlar un rato. El público no murmura mientras no hay actos «exteriores» que dan a entender que se han perdido los estribos. Dentro de su casa cada cual hace lo que quiere; una mujer que da lecciones de idiomas no es más que una *språklärrinna*, y sus discípulos aprenden o no aprenden, a nadie le interesa saberlo²¹. La ley no puede hacer más que prohibir la aglomeración de señoritas solas en una casa cuando no se va por buen camino; no está permitido que vivan juntas más de dos.

De estas mujeres sueltas, algunas se encariñan con la vida libre y sacuden el yugo masculino; comienzan por hablar mal de los hombres; luego compran una bicicleta, y, por último, se cortan el pelo. Hay emancipadas palomas, de esas que pudiéramos llamar «feas definitivas», que cuando se cortan el pelo quisieran cortarse hasta el cráneo; pero las demás, las que tienen algún agarradero no pierden nunca la esperanza, y se dejarían crecer la cabellera si alguien con interés y cariño se lo aconsejara. Hasta he creído notar que las mujeres que se dedican a trabajos más vulgares tienen mayor propensión a la vida sentimental; el prosaísmo de sus ocupaciones les quita la gracia y delicadeza de la expresión; pero debajo de apariencias adustas, masculinas, se conserva la idea madre, la idea constitutiva de la naturaleza de la mujer: la de rendirse y someterse, de mejor o peor gana, a la autoridad natural del hombre.

Lo más extraño, dada la libertad de las costumbres, es la importancia

que aquí tiene el noviazgo o prometimiento. Un hombre y una mujer pueden conocerse a fondo, tratándose como amigos íntimos, mucho mejor que en España los novios, cuyas relaciones están sujetas a mil cortapisas; y, sin embargo, no se dan por satisfechos, necesitan verse aún más de cerca, y de amigos pasan a *förlovade*. Con este título en los periódicos suecos, y con el de *kihloissa* en los finlandeses, hay en primera plana una sección donde los novios publican juntos sus nombres.

El *förlovning* se reduce al cambio de anillos, y no crea ninguna obligación, hay señoritas que han tenido tres o cuatro; pero influye en las relaciones sociales, pues los novios pueden ir solos por todas partes, viajar juntos y permitirse alguna que otra expansión inocente. La joven que antes saludaba con un duro apretón de manos puede suavizar un poco el movimiento y manifestar su ternura arreglándole la corbata a su amante o limpiándole las pelusas del gabán. La moralidad no padece, porque el noviazgo es un período de prueba para la mujer, y esta sabe que en el juego le va el casorio.

Cuando los novios se han hartado de jugar (no se olvide que aquí el amor es un juego), se pasa a mayores y viene el casamiento, que se anuncia también en la sección de *Vigde*, en sueco, y *Vihitii*, en finlandés, poniendo, como en la de *Förlovade*, el nombre de la mujer y el del marido, y además la iglesia en que ha tenido lugar la ceremonia. Entonces empieza la mujer a funcionar en su papel propio, pero sin cambiar tan bruscamente de vida como la mujer española. En gene-

ral, la mujer casada es aquí muy callejera, porque tiene el hábito adquirido en el período de soltería; mas aparte de este punto flaco y de que algunas señoras no se avienen al régimen autoritario, la mujer casada es excelente, continúa trabajando en labores que pueden hacerse en casa (esto aun en las familias de buena posición) y es un auxiliar del marido; es experimentada e instruida tanto como el hombre y está unida con él, no sólo por el afecto o por los intereses domésticos, sino por la comunidad intelectual.

Yo comprendo las ventajas de la familia intelectual a estilo finlandés, y prefiero la familia sentimental a la española. En España, un hombre de ciencia o de arte encuentra con dificultad una mujer que se interese por sus trabajos; tiene que pensar solo; pero el pensar no es toda la vida. Hay muchos hombres que no piensan casi nunca; y de los que piensan, hay también muchos que lo hacen de tarde en tarde; así, pues, lo intelectual en la mujer es secundario, si se atiende al papel que esta representa en la vida del hombre. Muy bello sería que la mujer, sin abandonar sus naturales funciones, se instruyera con discreción; pero si ha de instruirse con miras emancipadoras o revolucionarias, preferible es que no salga de la cocina. La mujer finlandesa no está conforme aún con su situación; envidia a la rusa y a la norteamericana, y cree que a fuerza de estudios ha de lograr nivelarse con el hombre; mas al casarse, y a veces antes, nota que la tiranía no viene del hombre, sino de la naturaleza femenina, y particularmente de la maternidad, y procura descargarse de este fatigoso deber. Hay quien cree que a las señoras inteligentes se les seca la

matriz; yo opino que lo que se les seca es la voluntad. En cuanto una mujer adquiere conciencia exacta de sus obligaciones, y obra, no por instinto, sino por reflexión y cálculo, se insubordina contra su propia naturaleza, donde está la causa de sus penalidades, y se convierte en un hombre estrecho de hombros y corto de piernas, en una calamidad estética y social.

Aunque aquí se nota a las claras que los duros trabajos de la generación corren principalmente a cargo de las clases pobres y de los campesinos, no se ha llegado todavía al ideal moderno. Y las señoras sabias y multilingües se resignan, bien que con marcado disgusto, a ser madres de familia. El nacimiento de un nuevo ser es aquí algo más importante que en España, y se anuncia también en la prensa como todos los actos de la vida familiar. No es necesario conocer a un periodista para que el público se entere del fausto acontecimiento, pues en la primera plana de los periódicos hay una sección de *Födda* o *Syntynit*, donde los padres dan cuenta del aumento de familia en los términos entusiastas con que aquí se hace todo. La forma más seria es poner en letras muy grandes: *En dotter* o *En gosse*, y debajo los nombres de la madre y del padre y la fecha y localidad, pues se anuncia el hecho dondequiera que los padres tienen amigos y quieren hacer público su regocijo. Ordinariamente, en lugar de *dotter* o hija se pone algo más expresivo, por ejemplo: *En frisk flicka*, *En rask flicka* —una robusta niña—; *En nätttös* —una linda muchacha— y si es en finlandés, *Reipas Tyttö*; y en vez de *gosse* o niño, *En rask gosse*, *En duktig gosse* o *Reipas Poika*. Este y otros mil rasgos existen aquí, que revelan

cierto candor y naturalidad propios de pueblos primitivos, en pugna con los refinamientos de una cultura algo artificiosa.

Un hecho que me llamó la atención a poco de estar aquí fue la abundancia de mujeres viudas. Como el estado de viudez es en cierto modo el estado ideal para una señora culta, llegué a pensar si habría de por medio algún misterio grave. La causa, sin embargo, es sencilla e inocente. Con el sistema moderno de los escalafones, un hombre no puede sostener decorosamente una familia hasta que se acerca a la vejez, y aquí con mayor motivo, por ser la vida más costosa y mayores las exigencias de las mujeres. Por otro lado, la mujer finlandesa es muy práctica y no se conforma con amar a secas; aquí no tiene aplicación el «contigo pan y cebolla», entre otras razones porque no se crían cebollas; y luego el clima conserva mucho a las personas, y para los efectos del matrimonio un hombre a los cincuenta años representa lo que en España uno de treinta y cinco a cuarenta. Las mujeres finlandesas no les hacen ascos a los viejos, y bueno es que la noticia circule. Un señor de cincuenta a sesenta años y en posición desahogada, puede aspirar a la mano de una muchacha, y lo que es más bello, a inspirar un verdadero amor, si es amor lo que aquí recibe ese nombre. Estas uniones desiguales tienen además la ventaja de que el viejo galán suele perecer pronto en la aventura y dejar a su joven esposa con medios para vivir independiente y en condiciones admirables para divertirse y ser ornamento de la sociedad. Hay un sacrificio un tanto doloroso: el de que se muere; pero la comunidad sale altamente gananciosa.

Tanto la mujer casada como la viuda disfrutan del título del esposo y lo ponen antes del nombre; la mujer de un «doctor» es *doktorinna*; la de un «pastor», *pastorka*; la de un «ingeniero», *ingeniörska*; la de un «presidente», *presidentska*; la de un «capitán», *kaptenska*, y por el estilo centenares de nombres, incongruentes algunos con la condición de la mujer; las viudas se ponen delante de esos títulos la palabra *änke*; *änkefrú* es la viuda en general y luego hay *änkedoktorinna*, *änkesenatorska*, *änkeöverstinna*, etc. El uso del título está tan entronizado, que hasta en familia se usa entre padres e hijos. Una señora cuya hija esté casada con un coronel, preguntará por ejemplo: ¿Ha venido hoy la *överstinna*, la coronela? Las etiquetas sociales tienen un valor extraordinario; un nombre no significa nada mientras no se le antepone el título del cargo que su poseedor desempeña.

Para completar el cuadro de los estados sociales diré dos palabras sobre las mujeres divorciadas. En el interior del país, donde las costumbres son más primitivas, donde se peca mucho contra la moral, pero más bien por ignorancia que por malicia, la especie es desconocida; en las ciudades existe como consecuencia necesaria de la civilización. En España no tenemos idea de la divorciada más que por lo que nos cuentan de la nación vecina, donde el tipo es algo escandaloso; aquí el divorcio es natural y debe existir, porque encaja muy bien en la concepción de la familia. En España no sería posible establecer escuelas mixtas, y en Francia hubo hace poco un gran alboroto por los abusos cometidos en el colegio de Cempuis, donde se intentó ensayar el sistema; aquí estudian juntos muchachas y muchachos sin la me-

nor dificultad. Entre novios existe ya algo que indica la conveniencia de permitir el divorcio; de la amistad se pasa, como vimos, al *kärlek*; cuando este acaba, se vuelve a la amistad, y los que fueron novios continúan siendo grandes amigos. Una señorita conserva cuidadosamente todos los recuerdos de sus amoríos y se los enseña a todo el mundo, hasta a las mujeres de sus antiguos novios, de las que suele hacerse amiga por mediación de estos. Se ven cosas que denotan una frescura envidiable.

Respecto al divorcio, me contaron un hecho típico. Una señora, aburrida de su marido y enamorada de un obsequioso pretendiente, plantea en familia la cuestión de confianza, sin duda por no verse en la triste necesidad de faltar a sus deberes. El esposo comprende con claridad la nueva situación psicológica, y, agradeciendo la franqueza, se aviene a la separación; después la señora se casa, y el antiguo marido no sé fijamente si asistió a la boda, pero sí que continúa entrando en la casa del nuevo matrimonio como amigo íntimo de confianza. Yo declaro sinceramente que me gusta esta manera de jugar con todas las cartas boca arriba; el juego no tiene gracia, y los autores de tragedias se verían apuradísimos si toda la humanidad imitara a los enamorados que por aquí se gastan; pero el que ve las cosas desde fuera se divierte, y hasta se encariña con quienes tan consoladores ejemplos ofrecen de cristiana fraternidad.



The Fishwife
1892

Albert Edvard Munch

IX

ESBOZO CRÍTICO, UN TANTO BENÉVOLO, DE LAS CUALIDADES ESTÉTICAS DE LAS MUJERES DE FINLANDIA

En casa del herrero... En España abundan las mujeres hermosas, y a pocos, quizá a ninguno, se les ha ocurrido disertar sobre un tema tan sabroso como el de la estética femenina; por esta razón, al hablar de la belleza de las mujeres finlandesas, voy a decir algo sobre el estado actual, de esta cuestión, tan importante, a mi juicio, como la de Oriente. Si me dieran a elegir el procedimiento para reformar una nación, elegiría sin vacilar uno que jamás ha sido puesto en práctica de una manera reflexiva: la transformación de las ideas estéticas del hombre respecto de la mujer, y viceversa. Un cambio de criterio en este punto trae consigo en breve plazo la transformación de la familia y la de la sociedad.

Por instinto y por costumbre, los hombres encuentran bellas a las mujeres; pero ni el instinto ni la costumbre bastan para fundar un criterio estético. Yo tengo una casa donde he vivido siempre; para mí no hay otra mejor ni más bella, porque la conozco a ojos cerrados, y todo cuanto en ella hay me recuerda momentos alegres o tristes de mi vida; como obra arquitectónica, es acaso una monstruosidad; carece de unidad, de proporción, de simetría, y, si se quiere, es una pura gotera; todo el mundo está deseando que la derriben en bien del ornato público, y, sin embargo, yo me hallo en mi casa como un doctor Pangloss en la mejor de las casas posibles. Lo cual no quita para que, si me obligan a echarla abajo, construya otra muy diferente. La casa vieja me gustaba por tradición; la nueva quiero que me guste por estar de acuerdo con mis necesidades o mis ideas.

¿No ocurrirá esto mismo con las mujeres? Nos gustan por tradición, porque nuestra vida está ya hecha a verlas; pero si pudiéramos reconstruirlas a nuestro gusto, ¿las reconstruiríamos como hoy son, o inventaríamos un nuevo modelo? He aquí planteado en forma vulgar el problema metafísico de la estética femenina. Si a fuerza de imaginar o de cavilar llegamos a concebir una mujer más bella que la que hoy existe, tendremos un tipo de comparación para juzgar las mujeres reales. Y acaso lleguemos a la triste conclusión de que, prescindiendo de detalles de belleza circunstancial y pasajera, las mujeres que hoy existen en el mundo, las blancas y las amarillas y las negras, todas en absoluto son feas, según los principios fundamentales y perennes de la ciencia de lo bello.

En lo antiguo, los hombres eran más galantes, mejor educados; creían en la belleza del sexo femenino como en un dogma. Había mujeres bonitas y feas, como hoy las hay, con arreglo a los gustos de cada cual; pero todos los hombres convenían en las palabras sacramentales: «bello sexo»; hoy se hila mucho más delgado, y hay doctores que analizan las mujeres como sustancias químicas, o las miden como piezas de tela. Schopenhauer fue el primero que rompió abiertamente contra la tradición, y se esforzó por convencernos de la fealdad constitutiva de la mujer ; y lo que el maestro declaró en forma humorística, numerosos discípulos se esfuerzan por comprobarlo con ayuda de todos los instrumentos y aparatos de la civilización. No ha mucho, «un sabio alemán», Rudolph V. Larisch, publicó un estudio serio y concienzudo sobre las Imperfecciones estéticas de la mujer —*Schoenheitsfehler*—, cuya conclusión es angustiosa; para Larisch, la mujer es un monstruo o poco menos; sus defectos son numerosos, pero todos se subordinan a una anomalía capital: la desproporción entre la mitad superior y la inferior del cuerpo. «Si a un aprendiz de encuadernador —dice Larisch— le dais a empastar un libro y le encargáis que coloque en la pasta un medallón con el título de la obra u otra especie de adorno, estad seguros de que lo colocará en el centro, porque así lo pide la estética más elemental. Pues bien, la mujer quebranta esa regla; su centro orgánico es el abdomen, por exigencias fisiológicas inevitables, y este centro cae demasiado bajo y rompe la simetría del organismo femenino».

Si la teoría de Larisch fuera fundada, habría que declarar que las



Excursión de esquiadoras, Autor desconocido, 1890.
Museo de la Ciudad de Helsinki.

finlandesas eran hermosas, al menos teóricamente, puesto que con la libertad de que disfrutaban, con sus constantes ejercicios callejeros, se aligeran mucho de carnes y se quedan bastante escurridas. Mientras los hombres propenden a la gordura y llegan a adquirir gran caudal de tejido adiposo, las mujeres son flacas por lo general; hay mujeres voluminosas, pero las ideas son desfavorables a ese tipo, que es como el símbolo de la fecundidad, a la que estas mujeres tienen horror. Una mujer que tiene muchos hijos es una mujer a la antigua, una «vaca» como dicen aquí; la mayoría de las mujeres se dedica a hacer gimnasia y a todos los géneros de *sport* para conservar la soltura y la agilidad. Hay muchas que parecen flautas, y que satisfacerían al *mullerimensor* Larisch, no por tener el centro de gravedad bien situado, sino por carecer en absoluto de centro de gravedad. En lo que se puede adivinar mirando por fuera se nota que no hay redondeces, que la estructura es esencialmente rectilínea; y de las interioridades casi me atrevo a pensar lo mismo. No ha mucho estuvo aquí una «bailaora», llamada la «Estrella de Sevilla», una Carmen Juanita, criada en la Macarena, que llamó la atención, más que por sus bailes, por la fortaleza de sus cimientos; no se necesita ser muy agudo para inducir de este hecho que estas mujeres son enjutas de extremidades; y si yo fuera amante de la observación, las señoras velocipedistas me darían mil ocasiones para conformar esta inducción con el testimonio de mis sentidos.

Paréceme que es disparatada la tendencia que hoy se nota en la mujer a buscar la perfección estética en la regularidad de las proporciones.

Una mujer no es una estatua, y no puede ser juzgada con la vara de medir; es un ser vivo, cuya belleza nace de la vida misma. Una mujer deformada por el exceso de maternidad es más bella que un marimacho, del mismo modo que un hombre inteligente, envejecido prematuramente por el exceso de trabajo mental, es más bello que un barbilindo. La belleza de la mujer está en su aptitud para vivir como mujer y en la obra que realiza como mujer. La imperfección que señala Larisch es lamentable; pero ocurre pensar: si tal como hoy existe, la mujer nos trae a los hombres de cabeza, ¿qué ocurriría si el Supremo Hacedor reformase su obra, ya acortando a la mujer de cintura para arriba, ya alargándole las piernas, de suerte que el cuerpo resultara más proporcionado y simétrico? Acaso el mundo no podría subsistir veinticuatro horas.

Hay que aceptar de mejor o peor gana la idea de que la mujer que hoy existe es inmejorable; que no es perfecta, porque la perfección sería un gravísimo peligro para el hombre; y luego hemos de juzgar la belleza relativa de las mujeres de las diversas razas o naciones, no con arreglo a un tipo convencional, sino por la función que desempeñan. Las más hermosas serían las femeninas. La belleza intelectual no está en saber mucho, está en saber lo que conviene; la belleza sentimental, no en la violencia de las pasiones, sino en su naturalidad; la belleza plástica, no en la perfección exterior, según tipos escultóricos, sino en la concordancia de la forma con los hechos que constituyen la vida propia de la mujer. Según los psicólogos misóginos, la mujer es inferior al hombre aun en belleza; pero, aunque esto fuera verdad (y

todas las mujeres creen que lo es), nada se adelanta con que el sexo débil se fortalezca y se adorne con todos los atributos masculinos; una hembra con pantalones no es un varón, es un adefesio. La mujer tiene un solo camino para superar en mérito al hombre: ser cada día más mujer. En todo el norte de Europa se trabaja hoy con ardor contra la emancipación; pregúntese a cualquier señorita de por acá cuáles son sus ideas, y dirá que quiere ser libre, pero no emancipada; aunque desee serlo, no lo dará a entender, porque comprende, por los ensayos hechos, lo ridículo de la parodia.

A mí no me satisface estéticamente la mujer finlandesa, porque es poco femenina. Hay señoritas, no muchas, de las que llaman *dockor*, muñecas. El drama de Ibsen *Et Dukkehjem*, o *Casa de muñecas*, ha popularizado el tipo de la mujer sin carácter, que concluye por emanciparse, abandonando a sus hijos para mayor diversión. Pero lo corriente es el tipo varonil, la mujer que imita al hombre. En materia estética, este punto es para mí el más importante, porque las particularidades del tipo podrán tener algún valor para un extranjero hasta que llega a habituarse, pero después no significan gran cosa. Lo primero que me llamó la atención en estas mujeres, al llegar, fue su blancura un tanto aguanosa; aunque predominan las rubias, las hay también morenas como andaluzas, pero más claras; luego me chocó la variedad de tipos; a primera vista se distingue el tipo finlandés del eslavo o sueco y de los mezclados; la configuración del finlandés es algo semejante a la de la raza mongólica: los ojos un poco sesgados, la cara angulosa y los pómulos salientes; el tipo superior en belleza y

en aptitudes intelectuales es el mixto, el sueco-finés. Otro detalle que me pareció extraño los primeros días fue la regularidad mecánica de los movimientos; mi primera criada, que era indígena pura, me hizo recordar a unos anamitas que anduvieron años atrás dando representaciones teatrales en varias ciudades de Europa; para saludar, por ejemplo, o para dar las gracias, doblan las piernas, como si fueran a ponerse en cuclillas, y dan un saltito al levantarse; los niños, saludando así, hacen mucha gracia.

Pero, pasados los primeros días y adquirido el hábito de ver caras nuevas, aquí y en todas partes las diferencias de tipo se desvanecen; lo que persiste y lo que, por tanto, tiene más fuerza es lo espiritual, lo que se desprende del interior de cada individuo y se refleja en la vida del común: ahí está la raíz del verdadero juicio estético. La mujer finlandesa es muy inteligente; no he encontrado ninguna excepcional, pero todas pasan de medianas; el promedio de cultura es superior al de Alemania, Inglaterra o Francia, y, sin embargo, son contadas las mujeres que producen la impresión de la belleza intelectual, porque la instrucción no es completamente apropiada a la naturaleza de la mujer, y las funciones que esta desempeña en la sociedad son en muchos casos absurdas. En una reunión es uno presentado a varias señoritas; todas tienen su profesión, porque aquí la mujer trabaja como el hombre: una es gimnasta, otra profesora de lenguas, otra escritora, otra profesora de notario, otra profesora de masaje, otra cajera de un banco, y así por el estilo. La profesión importa poco; lo esencial es ganar dinero; decir «esa joven gana mucho dinero» es el elogio mayor que aquí

puede hacerse. La escribiente es hija de un magistrado; la lingüista, hija de un conde; la hija de un doctor o de un diputado está al frente de un despacho de vinos. Todas estas señoritas, que trabajan para tener bolsillo independiente y poder divertirse, van al teatro a butaca, y después van a cenar en pandilla, hasta la una o las dos de la mañana, a los restaurants a la moda. Según las ideas del país, ir al teatro a un sitio de segundo orden es deprimente; pero no hay reparo en ganar dinero en oficios que para nosotros deslustran. Ocurre, pues, que las mujeres estudian para ganar dinero, y después que entran en la vida exterior y mecánica sufren la presión de la rutina y pierden las actitudes estéticas, naturales en la mujer que hace cosas femeninas, como leer, coser, bordar, cuidar los pájaros, regar las macetas o pelar la pava. Aquí no comprenden cómo se puede pelar la pava varios años seguidos; los novios salen juntos a paseo, y a los pocos pasos se meten en algún restaurant a comer o a beber. La pasión gastronómica es tan desordenada, que todos los espectáculos concluyen siempre por ir a comer; si se va de visita por la noche, le dan a uno de cenar; si la reunión dura hasta muy tarde, se hacen hasta cuatro o cinco comidas. En cambio, habiendo tantas señoras inteligentes, no hay apenas una que sepa dar el tono a una reunión o sostener una conversación espiritual; y la causa de todo está en que la instrucción no es femenina, en que la mujer estudia como el hombre para desbancarlo, y después vive en permanente contradicción, porque su cultura no está de acuerdo con su naturaleza. Cuantas veces he hablado con una señora o señorita muy ilustrada he sacado una impresión penosa;

con algo menos de saber y algo más de calor afectivo, o siquiera con algunas ideas humanas, se recibiría un goce muy puro: el que despierta la belleza intelectual; pero como las ideas son secas como espartos, aprendidas en los bancos de los colegios, hay que decir lo que el artista francés Forain al salir de una reunión de norteamericanas sabihondas: «Con qué gusto hablaría yo ahora con una portera». Y lo más sensible es que esas ideas áridas, que poca o ninguna belleza añaden al espíritu de la mujer; apagan la escasa luz sentimental que en ella hay, y la dejan casi a oscuras. La mujer más natural parece la más artificiosa, porque piensa todo lo que hace; sus acciones son reflexivas y tienen el aire de «estudiadas»; sus coqueterías son eminentemente doctrinales.

Mi opinión estética sobre estas mujeres puede condensarse en los siguientes términos, no tan favorables como yo deseara que lo fuesen: en cuanto a la belleza plástica, prescindiendo de bellezas excepcionales o de la impresión que pueda producir alguna mujer más íntimamente tratada, así como de los casos de fealdad abusiva y ofensiva, cabe asegurar sin temor, con la conciencia tranquila, que la finlandesa en estado de reposo es bastante deficiente, o mejor dicho, poco apetitosa, y que en movimiento gana mucho, porque, si bien carece de gracia, tiene fuerza y agilidad. La belleza interior supera a la exterior, y suele encontrarse alguna mujer espiritualmente bella; pero, a pesar de la cultura, quizá a causa de ella, el carácter predominante es el práctico, y las propensiones, generalmente materialistas. El amor tiene menos importancia que las bebidas alcohólicas, de las que

ambos sexos son fervientes partidarios. La vida social es bella por la intervención extraordinaria del sexo femenino, e individualmente las mujeres producen una impresión agradable: la de que son personas capaces de vivir independientes, sin necesidad de consejos ni de tutelas; las holgazanas caen con facilidad; las que saben y quieren trabajar tienen el camino expedito, y aun dado caso de que den un tropezón, no por eso desmerecen socialmente, puesto que continúan viviendo decorosamente de su trabajo. La mujer finlandesa aspira a la belleza intelectual; pero lo que más la realza es la acción, la voluntad, la constancia; intelectualmente es un libro de texto; y en cuanto a la fe, que tanto embellece el alma femenina, no le aconsejo a nadie que venga a buscarla aquí. La fe de estas mujeres está condensada en una frase que pronuncia Nora, la muñeca rebelde, cuando Torvald desea reconquistar su afecto:

Helmer. —Nora, ¿seré yo para ti, en adelante, siempre un extraño?

Nora. —¡Oh, Torvald!, para tener esperanza habría de ocurrir el milagro de los milagros.

Helmer. —¿Cuál es ese milagro de los milagros?

Nora. —¡Oh, Torvald!, yo no creo ya en los milagros.

X

IDEAS QUE LOS FINLANDESES, O POR MEJOR DECIR, LAS FINLANDESA, TIENEN ACERCA DE ESPAÑA

No deja de ser curioso saber lo que de nosotros se piensa en las demás naciones, y como corresponsal concienzudo no podía yo pasar por alto este tema interesante; pero conste que mi propósito, si es que a un corresponsal le está permitido tener propósitos, no es dar gusto al curioso lector, sino completar el cuadro de la psicología finlandesa, porque diciendo lo que estas gentes de por acá piensan sobre nosotros, se descubre más aún lo que ellos piensan y son. Preguntemos a la generalidad de los españoles qué idea tienen sobre Finlandia y los finlandeses, y notaremos que no tienen ninguna idea, y al notarlo descubriremos un rasgo de nuestra idiosincrasia: el desdén con que miramos todo lo que ocurre fuera de España, y casi todo lo que ocu-

re dentro también. Vivimos en estado de «distracción permanente». En cambio, aquí se nos conoce, aunque por desgracia sea por el lado peor, y he encontrado ya varias señoritas que me han dicho de memoria las cuarenta y nueve provincias de España.

En el asunto sobre que versa esta carta mi información no es ni con mucho completa. Son contadas las ideas de procedencia masculina, porque yo confío mis amistades al azar, no las busco nunca, y el azar ha querido que en Finlandia mis amigos no sean amigos, sino amigas, en lo cual creo haber salido ganancioso, puesto que la mujer es aquí superior al hombre, y aquí y en todas partes es utilísima como medio de información. Y lo más notable del caso es que en este país se puede tener amistad sin mezcla de otro sentimiento más peligroso, y que yo me he adaptado tan hábilmente, permíteseme la inmodestia, que podría dar lecciones de calma y flema a los mismos finlandeses. Una señorita estudiante se ofrece a enseñarme el sueco, otra que es pintora, y que encontró en mí una mezcla rara de moro y de sacerdote egipcio, quiso hacer mi retrato²², otra, profesora, me propuso “horas” de sueco a cambio de francés, otra, empleada de banco, alemán por francés, y así por el estilo. Yo, que soy tan amante de la ciencia como el que más, acepté todas las proposiciones, aunque comprendía que estas señoritas me tomaban también como sujeto de observación psicológica; y no sólo he enseñado a varias a hablar en francés, sino que he dado a conocer algo de nuestra literatura, en particular de nuestros novelistas, empezando por Alarcón²³, cuyo *Sombrero de tres picos* —*Der Dreispitz*— está traducido al alemán, y Valera, cuya *Pepita*

Jiménez lo está al sueco²⁴. Yo, en cambio, tengo un retrato al óleo, muy parecido en opinión de cuantos lo ven; hablo en sueco con relativa facilidad, y he adquirido algunas noticias no del todo inútiles.

En España esto no sería posible, y menos en la forma en que aquí ocurre. Por ejemplo, esta tarde me encontré a una de las que aprenden francés, una joven guapa, pintora de afición y empleada de banco, y me preguntó si saldría por la noche. —No salgo; puede usted venir, si gusta, a las seis—. Y en efecto, a las seis vino con sus labores, pues aquí las mujeres trabajan cuando van de visita que no es de cumplido, y estuvo dos o tres horas bordando y haciéndome una porción de preguntas en francés sobre las principales óperas italianas. No estará de más decir, para que no se sonrían los maliciosos, que esta joven tiene su novio formal para casarse en breve, y que al novio no le importa que venga a tomar lecciones, porque tiene confianza en que su prometida no va a decir una cosa por otra. El finlandés cree en la veracidad de la finlandesa, y la finlandesa considera injurioso que se dude de su proceder.

En este comercio inocente y casi científico, he recogido algunas impresiones sobre la opinión en que se nos tiene. La idea más general sobre el español es la de que es un hombre orgulloso; acaso la palabra española más conocida y usada sea *grandeza*, para indicar la elevación un tanto ampulosa. Después de los franceses, que son más y mejor conocidos, venimos los italianos y españoles como tipos análogos, bien que los italianos sean más dados al arte y nosotros a

la guerra. Cuando se habla de viajes, se da siempre la preferencia a Italia, y he oído decir a algunas señoras que a España es peligroso ir, sobre todo señoras solas, porque es «un país sin ley». Aunque no lo digan por lo claro, nos tienen por muy valientes; pero al mismo tiempo por muy duros de corazón y semibárbaros o semiprimitivos. A las primeras palabras, en una conversación, sale a relucir nuestro catolicismo como signo de atraso intelectual y las corridas de toros como signo de barbarie. Creo que en materia tauromáquica se podría llegar a una avenencia, pues mis argumentos en pro de las corridas han hecho alguna mella en mis discípulas y amigas, las cuales creían, como tantos otros detractores de la fiesta española, que ésta no era artística, sino una especie de espectáculo de matadero; pero en la cuestión religiosa todo cuanto se hable es inútil, porque las ideas contrarias al catolicismo son inculcadas desde la primera enseñanza. Yo he repasado por curiosidad los libros de texto de una de mis discípulas, y en el de Historia he visto que la parte dedicada a España era exactísima hasta llegar a la Reforma; desde este punto se nos mira ya con ojos más que turbios, Felipe II es considerado seriamente como un «asesino».

Existe una rara mezcla de ideas exactas y erróneas sobre nosotros, según que unas u otras provienen de los libros formales o de las fábulas que en Europa, y particularmente en Francia, forjan a nuestras expensas los escritores del género pintoresco. Una señorita me preguntó de qué región de España era. —Soy de Andalucía —le contesté. —¿De la alta o de la baja? —me volvió a preguntar. Y al saber que

era de Granada, me dio cuantas noticias tenía sobre nuestra ciudad para comprobar si eran exactas. Todo esto sacando un promontorio de libros y mapas, que mi interlocutora manejaba con extraordinaria desenvoltura. Porque uno de los libros decía que los catalanes son industriosos, los castellanos arrogantes y los andaluces vivos, familiares y muy dados a la broma, me he visto y me he deseado para inspirar confianza; y hoy mismo, a pesar de repetidos ejemplos de cordura y seriedad, «mi procedencia andaluza» me perjudica notablemente. Sin necesidad de ser andaluz, sólo con ser español, le miran a uno con prevención en las relaciones familiares, a causa del malísimo concepto en que, como sujetos sentimentales, se nos tiene. Nos consideran capaces de pasión, pero no de verdadero amor, es decir, de un sentimiento apacible y durable que se traduzca en «soluciones prácticas»; de aquí, piensan, la facilidad con que, creyendo decir verdad, mentimos al hablar de nuestros sentimientos, y la poca conciencia con que nos burlamos de las mujeres que no saben resistir.

Les parecerá a algunos que estas opiniones no tienen gran trascendencia, que son conceptos superficiales de esos que sirven de tema socorrido en cualquier conversación; sin embargo, esos rasgos que se atribuyen a nuestro carácter: la dureza, la tiranía con la mujer, el desprecio de las leyes y otros de este tenor, son el estribillo siempre que se habla de España sobre asuntos más serios. Con motivo de las guerras que ahora tenemos pendientes, la prensa de aquí escribe enormidades contra España; no hay absurdo de los que se fabrican a destajo por los enemigos de nuestra nación que no tenga segura acogida; se

nos cree capaces de todo género de horrores. Sin duda, nuestro papel histórico nos enajena las simpatías de un país como este, adepto de la religión luterana; pero no se llegaría hasta la animadversión si no fuera porque la idea absurda que corre como válida acerca de nuestro carácter sirve de plataforma para fundar fábulas odiosas que exciten la compasión en muchas almas sensibles e incautas.

Con ser tan poco favorable la opinión respecto del español, merece aplauso si se la compara con la que se tiene sobre la española. Algunas señoras creen de buena fe que el mayor mal que puede ocurrir a una mujer es nacer en nuestro país; la consideran como una esclava, casi como una mujer de harem. Reconocen que es bella, y acaso de este reconocimiento arranque la severidad con que la juzgan; pero piensan que esa belleza habla sólo a los sentidos, que no es la belleza de un ser inteligente. Con decir que aquí se habla con desprecio de la mujer alemana, por creerla excesivamente casera, se comprenderá lo malparada que ha de salir la española, sobre la que se cuentan los más desafortunados desatinos. —¿Es cierto que las andaluzas son tan bellas como se dice? (A esta pregunta he contestado yo siempre entonando un himno o poco menos en loor de mis paisanas.) —Pero ¿es verdad también —agregan— que son tan ignorantes que no saben siquiera escribir con ortografía? —Eso ocurría antes —respondo yo—; pero ahora se ha progresado mucho en esa materia. Las españolas tienen gran talento natural y aprenden todo lo que quieren. El detalle ese que aquí choca de las faltas de ortografía, no tiene importancia en nuestro país, porque nosotros sabemos que procede

del exceso de pasión, que turba a las mujeres hasta el punto de hacerles cambiar unas letras por otras. La española posee la ortografía del lenguaje espiritual, mucho más necesaria que la de la escritura. Yo, por mi parte, opino que la ortografía, como otras muchas cosas, debiera constituir un oficio, el de ortografista o corrector, y que la generalidad de las gentes debía prescindir de ese y otros estudios, que ocupan en el cerebro un espacio que hace gran falta para albergar ideas de más trascendencia. Aquí he encontrado ya varias personas que hablan y escriben correctamente media docena de lenguas y que no saben decir nada en ninguna; de ellas se puede decir lo de aquel que poseía una gran colección de instrumentos musicales, pero que no sabía tocarlos.

Pero el punto en que se insiste con verdadera saña es el de la libertad. Estas mujeres tienen la manía de la libertad; pueden hacer lo que quieren, y, sin embargo, acusan al hombre de déspota; y como creen que las españolas viven encarceladas y contentas, las juzgan como seres infelices, sin conciencia de su dignidad personal. Una de mis contertulias pretendía convencerme de que los hombres meridionales tenemos odio instintivo contra las mujeres del Norte, porque tememos que «nuestras esclavas» se nos subleven, siguiendo el ejemplo de las que ya consiguieron sacudir el yugo. —Están ustedes en un gran error si tal piensan —he dicho yo con gran seriedad—, lo que ustedes inspiran es lástima, y los españoles que las incitan lo hacen a disgusto, sólo porque el matrimonio es cada día más difícil y se ven forzadas a vivir solas; pero no porque tomen en serio las ideas

de emancipación, pues su buen juicio les permite ver que salen perdiendo mucho en el cambio. Usted es aficionada a la filosofía y quizá haya leído algunas de las geniales paradojas de un filósofo alemán, hoy en boga, Federico Nietzsche; creo que es en su *Menschliches, Allzumenschliches* (*Humano, demasiado humano*), donde expone su opinión sobre la superioridad intelectual de la mujer respecto del hombre, y la razón principal en que la funda es de sentido común²⁵. Prescindiendo de palabras vanas, de hecho resulta que la mujer ha dejado en manos del hombre todos los atributos de la autoridad, y con ellos todas las responsabilidades y malos ratos que proporcionan. A más, la obligación moral de sostener a la familia. A cambio de algunas satisfacciones irrisorias, el hombre se ha resignado a ser el verdadero esclavo; la mujer ha conseguido vivir a costa del hombre, manejarlo a su antojo en todos aquellos asuntos en que le va algún interés, y, por añadidura, representar el papel simpático, el de «víctima». No existe en la creación un ser que supere a la mujer en inteligencia verdadera, es decir, en inteligencia práctica; sólo se le aproxima el gato, que en opinión de un escritor español, Selgas²⁶, es el más listo de todos los animales, no sólo por haber resuelto el problema de vivir sin trabajar, sino por haberlo resuelto con el achaque de cazar los ratones, diversión o *sport* que para él tiene grandes atractivos.

Vistas, pues, las cosas con calma, se pone en evidencia que la mujer española, refractaria a la emancipación a causa de su «atraso intelectual», es mucho más sabia que las que neciamente se declaran autónomas y cargan con el pesado fardo de obligaciones que los hombres

hemos llevado solos hasta ahora. A eso le llaman los franceses *laisser la proie pour l'ombre*, que podríamos traducir así: «perder la tajada por roer el hueso». Una mujer excepcional puede encontrar en la ciencia o en el arte satisfacciones acaso superiores a las de la vida en familia; pero las mujeres vulgares, que han de contentarse con desempeñar una función rutinaria y poco agradable, no deben de aceptar este medio de vida, sólo porque les deja más libertad, como superior al matrimonio. Las que tal hacen, cuando llegan a la vejez y forman el inventario de los goces que les ha proporcionado la libertad, sentirán envidia de la mujer del pueblo, que, guiada sólo por el instinto, ha sabido enamorarse de cualquier ganapán, crear una numerosa prole, y mal que bien salir adelante con ella, experimentar las alegrías y las penas que la vida va dando de sí; en suma, vivir una vida natural e íntegramente humana.

XI

EN MÅLARES ANTECKNINGAR AF EGREN
LUNDGREN. ITALIEN OCH SPANIEN.— TREDJE
UPPLAGAN.— P. A. NERSTEDT SÖNER.—
STOCKHOLM.— 1882

Muchas personas he encontrado en Finlandia que tienen ideas más o menos disparatadas sobre la vida interior española, sobre nuestros tipos, costumbres y tradiciones, y la ciudad más conocida es precisamente la nuestra. Como son contados los finlandeses que han viajado por España, se me ha ocurrido preguntar por qué conducto se tienen todas estas noticias, y siempre se me ha contestado: eso lo he leído en el libro de Lundgren. Nada más natural, pues, que mi idea de comprar el libro del conocido pintor sueco, las *Impresiones de un pintor*, que figuran en el epígrafe. Y no estará de más añadir a los detalles que doy, por si algún lector desea comprobarlos, que la

obra cuesta seis *kronor*, o sea nueve pesetas aproximadamente, y que va por la tercera edición; porque aquí, en todo el Norte, se compran libros, aunque sean caros. Si a un español se le ocurriera escribir unas *Impresiones escandinavas*, y venderlas a nueve pesetas el volumen, tengo la seguridad de que se quedaría con sus impresiones dentro del cuerpo.

El libro de Lundgren comprende Italia y España; pero de las 364 páginas de que consta hay consagradas a Italia sólo 116, el resto está dedicado a España, y de él cerca de la mitad a Granada, a la que el autor vino dos veces. No sé si la obra es conocida por algunos españoles, y aseguro que merece serlo; porque si bien el autor es hombre que observa muy superficialmente, tiene, en cambio, el mérito de ver muy bien, como artista, y de darnos lo que nos ofrece: impresiones pictóricas, las cuales interesan por su exuberancia de color y por referirse a una época relativamente lejana. Lundgren nos visitó en 1849, y su obra, que para los escandinavos es un descubrimiento, para nosotros es una curiosa y a ratos graciosa exhumación. No será tiempo completamente perdido el que dedique a reseñar las idas y venidas del celebrado Lundgren por España.

Procedente de Roma, llegó en marzo del 49 a Barcelona, de paso; todas sus noticias se reducen a hablar muy por encima de la Rambla y de la Seo; de un paseo llamado el «Jardín del Explanado», del Liceo, al que coloca entre los grandes teatros de ópera de Europa, al nivel de la Scala de Milán; del teatro Principal, en el que asistió a la

representación de *El desdén con el desdén*²⁷, cuyos entreactos eran amenizados por bailes con castañuelas; y por último, de algunas particularidades que le llamaron la atención en las ceremonias religiosas de las iglesias. Al mismo tiempo, como hombre aprovechado, se ponía en relaciones con un profesor francés, M. Rambert, para aprender la lengua española, en la que no llegó nunca a ser muy docto, a juzgar por los disparates de que está sembrado todo el libro.

En Valencia la estancia fue más larga, y las impresiones recogidas más abundantes; habla del Grao y de la tartana «en que vino» a Valencia, y de la fonda del Cid, donde se hospedó, diciendo incidentalmente que las calles no estaban empedradas; de la catedral, y en particular de la torre llamada «El Micaleta»; de la belleza de las valencianas y de algunas prendas de vestir, como la «media valenciana» y la «alpargata»; de la Academia de Pintura, donde copió un retrato de Velázquez, y de la Galería de Pinturas, en la que le llamó la atención la *Comunión de María Magdalena*, de Espinosa, y el *San Francisco*, de Ribalta; de la iglesia de los Mártires y de la Biblioteca de la Universidad, sin olvidar la excursión reglamentaria a Murviedro, la antigua Sagunto. Sus relaciones personales le debieron de dar escasa luz sobre nuestro país, pues a excepción del bibliotecario de la Universidad, todos sus tratos fueron con extranjeros, en primer lugar con artistas de una compañía de ópera italiana, que daban, como él dice, *La gazza ladra*²⁸ y *Lucía*²⁹, mezcladas con zarzuelas, fandango y jaleo. Sin embargo, tuvo ocasión de aprender a perder el tiempo en el café Suizo; de conocer a una Carmen, a una Dolores y a una Mari-



Retrato de Egren Lundgren. Litografía. 1865

quita, y de tomar nota de una coplilla que le llamó mucho la atención:

De la raíz de la palma
Hicieron las Isabeles
Delgaditas de cintura y de
Corazón crueles.

No creo necesario advertir que la manera de partir los versos de la copla es invención de Hr. Lundgren.

De Valencia pasó a Málaga, tocando brevemente en Alicante, Cartagena y Almería, de las que no dice nada interesante. Sólo al hablar del escaso movimiento que notó en Alicante, aprovecha la ocasión para dar a conocer, estropeado, un modismo español, pues dice que no había «más que cuatro gatas», en vez de cuatro gatos.

En Málaga, un amigo siciliano le llevó a una casa de pupilos «con patio y corredores», donde por primera vez se encontró nuestro viajero «verdaderamente en España». Describe el trato que Catalinita, la pupilera, le daba por dieciséis reales y exclama al fin: «¡Hvilket Eldorado!». No obstante, los días que permaneció en Málaga fueron muy pocos, y sólo tuvo tiempo para conocer a un pintor, Cortés, que le descubrió los «misterios artísticos» de la ciudad, sin olvidar las figuritas de barro, y a un ex militar, Quesada, que le entusiasmó cantando las «seguidillas de los enamorados». Con esto, y con describir cómo se pela la pava y citar la frase «se mi busca la ley, a Málaga mi voy», da remate a sus estudios malagueños, y emprende en diligen-

cia (pues entonces no había tren) el viaje a Granada. A medianoche salió de Málaga, a las once llegó a Loja, y a las seis de la tarde estaba hospedado en la Fonda de la Minerva, en una habitación semejante a la «celda de una cárcel», y puesto de acuerdo con el excelente guía Arabal para subir a la Alhambra al día siguiente, a las cuatro de la mañana, antes de la salida del sol. Esto ocurría en mayo de 1849.

Hago gracia al lector de la descripción detallada de la Alhambra que trae el libro de Lundgren. La impresión primera del pintor fue que todo era más pequeño que él se lo había imaginado; pero sin que esto rebajara el valor artístico del monumento. En el Generalife lo más notable que encontró, según parece, fue una chica de diecisiete años, parienta del jardinero, de la que habla como de una beldad maravillosa. Y su primera impresión sobre nuestra ciudad es entusiasta; aunque el autor ha recorrido casi todo el mundo, no ha encontrado nada que tenga conexión con Granada, «tipo original e incomparable, de extraordinario valor para un artista». «Durante el día todo está inundado de colores de extraordinaria riqueza y magnificencia, y por la noche, bajo el cielo de azul intenso, la ciudad está como revestida de espíritu romántico»... «El aire es puro, claro y cargado de aromas y de fuego; una mansión que ni soñada para el amor».

La visita a la catedral ocupa dos largas páginas, y contiene varios detalles que hay que omitir por ofensivos al espíritu religioso de mis lectores. Al autor le choca el excesivo lujo con que están vestidas las imágenes y adornadas las capillas, y se permite algunos rasgos

humorísticos de gusto más que dudoso. Para concluir su primer capítulo, habla de la Cartuja en sentido bastante desfavorable, y refiere cómo, llevado de su deseo de estar más cerca de las bellas salas de *Linda Raja*, dejó la Minerva y se hospedó en la Alhambra, en casa de la «corpulenta personalidad» de Carmen.

Sigue inmediatamente un cuadro curioso y hasta histórico: la descripción de la corrida de toros dada en honor de los duques de Montpensier³⁰. El entusiasmo era tal, que nuestro artista tuvo que tomar el billete con anticipación, cuidando de que fuera de sombra, porque al sol el calor es insoportable. Fue a la plaza a las cuatro, y le llamó la atención la algazara del público, así como la procesión de los toreros (*tjurfäktareprocessionen*) al toque de la marcha real; describe a los banderilleros y chulos, que eran seis; al espada o *dödaren*; a los picadores o «caballeros que van armados de largas picas», y a las mulas con sus sonoras campanillas y banderas. Los toreros se arrodillan y rezan ante la imagen de la Virgen; después cada cual se va a su puesto; el «matador» saluda gravemente a la princesa, e hinca una rodilla en tierra hasta tanto que se le permite comenzar el «juego», porque —dice el cronista— a esto le llaman juego (*lek*). La infanta arroja la llave a la arena como signo de su graciosa concesión, y empieza la lucha. Suenan las trompetas y sale el primer toro, que es negro, brillante, la sangre y los ojos llenos de furor; va adornado con una moña azul y blanca, sujeta con un gancho de hierro. Sigue en los términos más complicados la descripción de las correrías del toro, encuentro con el picador y caída de este, así como su salvamento por los bande-

relleros; segundo y más terrible choque, en que el caballo cae muerto, redondo, «no obstante la grave herida que el toro recibe en el lomo». Siguen los banderilleros, con sus pinchos delgados y cortos adornados de papel, que hacen al toro bramar de coraje, y por fin el matador, con su «muleta» o «bandera roja» y espada de Toledo (*toledovärja*), se dirige ante el palco de la infanta con la misma seguridad que si no hubiera toro en el redondel; cae de rodillas con la «montera» en la mano, dice algunas palabras y va luego contra el toro; con la bandera roja le lleva de izquierda a derecha, hasta marearlo, y luego, firme y seguro le clava el estoque en medio del corazón. El toro muere; bravos de las masas populares; lluvia de cigarros y «petillos», y hasta de bolsas con dinero sonante, sombreros y chaquetas, que los chulos devuelven a sus propietarios, mientras el matador, con gestos graciosos no exentos de majestad, y con la sonrisa en los labios, va saludando a los que le aplauden. A todo esto, un mozo había clavado al toro un cuchillo o puñal, y las mulas galopaban arrastrando los despojos mortales.

Vuelven a sonar las trompetas y sale otro toro, que «era castaño y más salvaje si cabe que el anterior». Varios caballos fueron destrozados, y un picador fue arrojado tan alto, que cayó sin sentido y hubo que sacarlo fuera del redondel. El tercer toro no quería pelear y hubo que echarle perros de presa. Él cogió a dos con los cuernos, y los tiró por alto mientras pisoteaba a un tercero; le echaron nuevos perros, y, por último, un mozo, con una cuchilla, le cortó una nalga; y cuando estaba en tierra el infeliz animal con los perros colgados, le clavaron

la puntilla. Esto era tan despiadado y miserable, que se puede dudar de si intervenían seres humanos. Cinco toros fueron muertos, poco más o menos de igual modo, y muchos caballos destrozados (total, 23). Uno de los toros saltó la plancha que separa el redondel del público, y era de ver cómo corrían los mozos, polizontes y aguadores. Un chico fue retirado casi muerto. El espectáculo terminó mucho después de ponerse el sol; y el público, tanto señoras como caballeros, estaban contentísimos por el buen rato que había disfrutado; «y yo —agrega para terminar el revistero sueco— hubiera sido considerado como hombre sin pizca de gusto si me hubiera atrevido a decir que el combate de toros (*tjurfäktning*) no me había proporcionado ningún placer».

Si se tiene en cuenta que hace medio siglo las corridas no eran tan populares en Europa como hoy lo son, y que no hay medio humano de expresar en sueco ningún término taurino, la revista de Lundgren es una obra maestra de exactitud y colorido. El cronista no sabe distinguir el mérito artístico de los toreros, ni nota las diferencias que hay en las lidias de cada toro, porque no hay posibilidad de que un europeo que no sea español comprenda un espectáculo romano y moro y a la vez creación de dos civilizaciones comprendidas en Europa sólo por la lectura de libros, es decir, teóricamente. Yo he asistido a la representación de un drama chino, y si me viera obligado a relatar mis impresiones, no podría hacer otra cosa que describir el escenario y agregar que salían actores muy semejantes entre sí, articulaban sonidos al modo de los papagayos, recorrían la escena seguidos de

numerosa comitiva y se retiraban para dejar el sitio a otros que hacían casi lo mismo, y así sucesivamente.

Se dirá que esto me ocurrió por no conocer el chino, y yo replicaré que la dificultad no estaba en no entender el idioma, sino más bien en no comprender el arte dramático de la raza amarilla. Anoche asistí al estreno del último drama de Ibsen, representado aquí antes que en ningún teatro de Europa: *John Gabriel Borkman*³¹, y por mi falta de costumbre de oír el lenguaje teatral sueco, muchas frases se me escapaban; y esto no me impidió comprender exactamente toda la obra y apreciar en su integridad la fuerza del gran tipo trágico concebido por el dramaturgo noruego. Un caso más demostrativo aún; son contadas las palabras que conozco del finés, y, sin embargo, he ido al teatro finlandés a ver la tragedia *Kullervo*³²; no saqué en limpio más que dos palabras: *veitsi*, cuchillo, y *päivä*, día, y, sin embargo, me interesé vivamente por las desventuras del Edipo finlandés.

Aunque pierda mucho el arte teatral, puede subsistir sin el auxilio de la palabra, siempre que sean conocidas las reglas generales de la acción dramática. Los dramas chinos son excesivamente largos: suelen durar varios días; la acción es muy lenta y complicada; casi todos los personajes que yo vi salían seguidos por numerosas comparsas que, por lo visto, deben representar el papel de coro de la tragedia griega; a la hora de espectáculo me fui yo aburrido, y acaso no habían dicho todavía nada en particular. Los largos intervalos de la acción deben de servir para que el público tenga tiempo de saborear lo que queda

dicho; y así ocurre que, cuando dicen alguna gracia, hay espectador chino que se pasa cinco minutos riendo a carcajadas sin temor de perder la gracia que viene después. Un conocido mío que ha concurrido a representaciones teatrales en China, me decía que lo que más le interesaba era el reír de los chinos, semejante al cacareo de los gallos, y la extraña costumbre de lavarse durante los inacabables espectáculos. Cuando el calor es insoportable, se aprovecha uno de los intervalos para llamar a unos hombres que van por los teatros —como por los nuestros los vendedores de agua y merengues— con jofainas y toallas; por una cantidad insignificante se lavan las rapadas cabezas y se quedan frescos como lechugas. Y bueno será declarar que con una sola toalla se lavan centenares de personas, con un espíritu de fraternidad que para nosotros lo quisiéramos los cristianos de Europa.

Pero noto que la digresión es demasiado larga, y lo que es peor, que no tiene nada que ver con el libro que reseño. Mi idea era demostrar lo difícil que es comprender las obras de civilizaciones distintas de la nuestra y justificar a Lundgren de los disparates que comete, menos graves que los de muchos europeos que han intentado dar a conocer nuestra fiesta tauromáquica. Buena o mala, la descripción de Lundgren es la más conocida a estas alturas. Con ella, la ópera *Carmen*³³ y algún que otro cabo suelto, basta para que se nos tenga por un pueblo aparte en el «concierto europeo».

Después de la corrida de toros habla nuestro autor de una juerga en un ventorrillo de la Alhambra, organizada por varios estudiantes

amigos de un profesor Cubí, compañero de viaje de Lundgren desde Valencia. El héroe de la fiesta fue un «canónico» llamado don Pedro, que, invitado por uno de los estudiantes, entra diciendo: «Ave María Purísima», y concluye por gritar: «Evviva las mozitas», «¡Ay de mí!», y aquello: «Del cielo luciente estrella, Granada bella». Aunque el canónico resulta luego ser cura a secas, da un tono demasiado vivo a este cuadro, que termina por algunas frases sobre la procesión organizada en honor de la infanta.

Luego de hablar nuevamente de la Alhambra y de sus inscripciones, y de describir la Torre de la Cautiva y la Fuente de las Avellanas (como él dice), da cuenta de un interesante baile que tuvo lugar en la Alhambra, y que fue organizado por la maestranza en honor de los duques; y para hacer *pendant*, de una danza gitana, con cuya ocasión habla de la ilustre gitanería granadina. El capítulo termina con la descripción de la procesión anunciada y con una excursión nocturna interrumpida por un destemplado «¿quién vive?», al que contestó Lundgren con el alma y con el corazón: «¡España!». Y lo dejaron pasar.

Sigue hablando el autor de los temas más variados: del cochero Napoleón y de una subida al Monte Sacro, desde donde describe con entusiasmo nuestra vega, y de su excursión a la Sierra Nevada, emprendida con arreglo a los sanos principios de la ciencia alpinista. Refiere sus impresiones de viaje; su vistazo a Granada desde el sitio que él llama «el último suspiro del moro»; sus paradas en Lanjarón y Órjiva, y su feliz encuentro con unos estudiantes y varias señoras

montadas en mulas. Bien pronto se organizó una fiesta, de la que fueron héroes una de las señoras, llamada Donna Leonora, y el estudiante D. Alfonso. De doña Leonora conservó la siguiente expresiva copla:

No yo temo a las partidas,
Ni tampoco a los caminos
Se va a un lado un mozo fino,
Esencia del bien querer.

Y D. Alfonso le dio a conocer, refiriéndola a todos los reunidos, la *Leyenda de Abdul Hassan*³⁴, que llena ella sola quince páginas del libro. El 22 de julio tuvo lugar la ascensión a la Sierra.

Los expedicionarios éramos cinco —dice el sueco, aprovechando la ocasión para arañar un poco a sus «amigos» los rusos—: Garhardt, Friedrich (dos amigos alemanes) y yo; un ruso, Ruloff, y el mozo o mulero. Subieron al picacho para ver la puesta del sol; y, encaramado en aquella altura, Lundgren describe el panorama con tan brillantes colores que no creo haya sido superado por ninguno de los infinitos a quienes ha inspirado nuestra Sierra. Al día siguiente nueva ascensión para ver la salida del sol, y nuevo cuadro pictórico, más brillante aún que el primero; el entusiasmo lleva a nuestro artista a decir: «Aquello era majestuoso; era supraterráneo; parece que entonces vi yo el sol por primera vez en mi vida».

De regreso de su excursión, Lundgren decidió dejarnos; se despidió

de la Alhambra y de Carmen y su familia, y tomó asiento en la diligencia de Málaga, en el pescante, entre el mayoral y el zagal, entre el «cochero y su primer ministro». —La mula que va delante —dice el viajero— se suele llamar «Generala», «Capitana» o «Briosa», y las demás «Carbonera», «Coloevra», «Valerosa» y «Pastora». Desde Málaga, por Gibraltar, Tarifa y Cádiz, a las que dedica muy pocas líneas, se dirigió a Sevilla, donde le chocó en primer término lo estrecho de las calles y la poca altura de las casas; pero agrega: «No conozco ninguna ciudad que, como esta, se haya apoderado de mí desde el primer instante». Desde el primer día Lundgren se encontró en Sevilla como en su casa, trabó amistad con muchas personas, de las que nos habla continuamente: el pintor alemán españolizado D. Federico Ludwig; D. Marcos Pereda, que sacó a Lundgren de casa de la señora María Francisca y lo llevó a la de Barrera, en la calle de la Muela, el actor Osorio; los hermanos Bontolón; el americano Villamil, y casi todos los concurrentes al Casino Sevillano. La parte del libro dedicada a Sevilla es la única en que aparecen cuadros de la vida española. En Granada lo principal son los monumentos y los paisajes; en Sevilla, los tipos y costumbres; se habla muy someramente de la catedral, del Alcázar, de la casa de Pilatos, del hospital de Caridad; pero abundan los croquis de escenas andaluzas: un baile en casa de Miguelito, donde el autor vio bailar «el fandango, la cachucha y la zandunga»; bailes gitanos, tipo del barrio de Triana; relación de la desventura amorosa de Pepa la bruja; romería a Torrijos; excursiones marítimas; entierros y muchos más, que en conjunto dan una idea

aproximada de la vida sevillana a mediados de siglo. Como es natural, siendo el cronista pintor, la parte más extensa es la dedicada a la escuela de pintura y a los artistas sevillanos y a los tipos pintorescos andaluces, de los cuales, en particular de mujeres, ofrece al lector una riquísima galería. De algunas bellezas llegó hasta a hacer el retrato, y de ellos cita los de la señorita Encarnación Reyna, hija del boticario de Algeciras; de Carmen Buzón, famosa bolera que volvió loco a todo el mundo bailando «el olé», y de la graciosa Jesusita.

Después de una breve estancia en Córdoba, donde sólo le llamó la atención el «Arrizife», las ermitas, una comida en que hubo garbanzos y tomate y buen vino de Valdepeñas y Montilla, y la Mezquita, regresó Lundgren a Sevilla, en la que continuó sus estudios «juerguístico-pictóricos»: encierros, cacerías, escenas tauromáquicas, historias de bandidos (hay una muy sugestiva con el melodramático título de *El Chato död*, «La muerte de El Chato»); descripción de la Feria; bailes en casa de Félix García (el primo de la Malibrán); en fin, el cuento de nunca acabar. Del folclore sevillano trae Lundgren sólo estas dos coplas:

Piensan los enamorados,
Piensan, y no piensan bien,
Piensan que nadie los mira,
Y todo el mundo les ven;

No mi haga usted cosquillas.
Que mi pongo colorada,

Que mi gusta a mí la gente
Que tiene formalidad.

Con el vito, vito, vito,
Con el vito, vito, va; etc.

Nótese la perspicacia instintiva con que el sueco caracteriza dos regiones desconocidas para él con sólo dos coplas: la Andalucía alta está en la copla «De la esencia del bien querer», que canta doña Leonor en el camino de la Alpujarra; la Andalucía baja en la canción del «Vito, vito». «Sevilla, oh Sevilla —concluye Lundgren—, corona de la primavera —dulce país de mi morena—, alegría de mi corazón».

De Sevilla vuelta a Córdoba, deteniéndose en Carmona, descripción de la Mezquita, y regresó a Granada por Bailén. Cuando regresó a Sevilla, entró en la ciudad como quien vuelve a su casa; al regresar a Granada no aparece en su relato más que la Minerva, Arabal, Carmen, el cuarto de la Alhambra y la indispensable gitanería. Hay que reconocer que éramos muy ariscos en 1849; entonces no hacíamos caso de quién nos visitaba. Hoy es otra cosa; en 1895 nos visitó uno de los escritores franceses de más nombradía entre los jóvenes, Maurice Barrès, quien ha escrito y piensa escribir en serio sobre cosas de España³⁵; y, aunque le ocurrió lo mismo que a Lundgren, tuvo siquiera la satisfacción de protestar en letras de molde en una carta publicada en *El Defensor*. Lo único nuevo de que nos habla el pintor sueco en su segunda visita es de sus paseos por Granada, en los que salen a relucir el Zacatín, La puerta de las Orejas, llamada también



de Los cuchillos, los Mártires y algún detalle olvidado en la primera.

En comparación con Andalucía, el resto de España le pareció a Lundgren muy prosaico; su estancia en las demás ciudades españolas que visitó fue breve, y sus impresiones muy ligeras. De Madrid sólo le interesó la Puerta del Sol y el museo; de Toledo, a donde fue recomendado por la «amable señorita Emilia de Gayangos», da una descripción muy sumaria, pero en la que se aprecia bien en conjunto el carácter histórico y artístico de la ciudad; por último, hizo breves visitas a Cuenca, Valencia y Barcelona, desde donde se embarcó para Londres.

Del interesante viaje de Egron Lundgren se destacan con gran relieve sobre los demás las dos ciudades andaluzas Granada y Sevilla, cada una con su carácter propio. Granada es la ciudad que encanta por el color, y Sevilla la que seduce por la gracia; en Granada lo principal es la luz, el paisaje, los monumentos; en Sevilla, la vida, los tipos, las costumbres. En el relato de Lundgren aparece Granada como adormecida y casi muerta; faltan «personas»; sin duda en 1849 todos los «hijos ilustres» de Granada estaban de viaje, y los que no eran ilustres estaban metidos en sus casas. El único apellido granadino que cita el autor es al de Marín, a cuya casa fue alguna vez. Si hoy volviera a nuestra ciudad, encontraría menos carácter morisco y romántico y la misma oposición entre la ciudad y los habitantes; en Granada hay dos cosas inmutables: el ambiente, que por fortuna está fuera del alcance de los reformadores, y el filosofastro pintado

magistralmente por Méndez Vellido en su artículo «Lo inmutable», el hombre telaraña que se sonríe con desprecio de todas las escobas inventadas por la moderna civilización. Todos nosotros, quien más, quien menos, tenemos algo de telaraña; andamos arrinconados para que nos «dejen el alma en paz». Somos perezosos, y, cuando creamos algo, nuestras creaciones, hijas de la pereza, se mueren al poco tiempo por no tomarse el trabajo de vivir.

Se trata de crear en Granada algo que sea como un núcleo de vida espiritual; se funda, por ejemplo, un centro artístico; y este centro comienza a seguida a dar tumbos, y sus papás o fundadores lo ven morir con una calma digna de los más aplaudidos estoicos. La causa de eso, se dice, es «la falta de espíritu de asociación»; y dicho esto nos quedamos más tranquilos todavía. Pues bien, aquí donde yo escribo hay mucho espíritu de asociación; y las sociedades no tienen socios bastantes para cubrir los gastos, por lo mismo que son muchas y la población es pequeña. Ocurre todos los días que esta o aquella sociedad no puede seguir adelante, y, en vez de lamentarse de la indiferencia del público, decide sacarle los cuartos con la mayor suavidad posible y organiza una «función de auxilio», como aquí se dice, con el concurso gratuito de los que se interesan por la sociedad. No ha mucho dio una la sociedad filarmónica, y he oído decir que sacó más de cuatro mil duros limpios de polvo y paja.

Y, dondequiera que se aplique el sistema de la forma aquí usada, el resultado es seguro, porque el público acude siempre que le tocan

en el punto sensible. Una función de auxilio es interesante porque no es un espectáculo vulgar, con artistas pagados, sino una obra de la sociedad misma. Los que hoy asisten como espectadores, mañana serán los ejecutantes. Un catedrático da una conferencia; una señorita baila y la otra canta; las que no tienen habilidad para otra cosa sirven para figurar en cuadros vivos, en los que se reproducen cuadros de artistas célebres; las señoras serias regalan labores, que se venden en una rifa organizada para llenar los intermedios del espectáculo; hay quien recita poesías y quienes dan representaciones dramáticas de obras escritas con este objeto por escritores locales, y hasta suelen terminar estas fiestas con un baile general. Todas estas cosas hay medios de hacerlas en Granada, salvo en lo tocante a la intervención de las señoritas, que pondrían reparos para salir a las tablas de un teatro a bailar y a figurar en cuadros vivos; habría que contentarse con que tocaran el piano o cantaran. Pero por algo se ha de empezar. La dificultad mayor es nuestro carácter, nuestro temor a echar a la calle nuestras miserias, nuestra costumbre de aguantarnos en silencio para no desentonar y de regirnos, individuos y sociedades, por la sapientísima regla de conducta: cada uno en su casa y Dios en la de todos. Estas prácticas no tienen más inconveniente que el de impedir que se forme espíritu colectivo. Cuatro siglos largos después de la toma de Granada nos hallamos con que nuestra ciudad ha dejado de ser morisca, para convertirse en aglomeración sin carácter. Tenemos todo lo que necesitamos: el paisaje y el hombre filósofo, el *pinon udor* (lo diré en griego, para mayor claridad), el último retoño de Diógenes,

el heredero del espíritu helénico. Pero este sabio, quizá por ser verdaderamente sabio, es un grandísimo holgazán y no ha querido hasta ahora molestarse ni siquiera para ponerse donde le vean. Por eso no le han visto ni Lundgren ni ninguno de los viajeros que nos han visitado y estudiado. Y Granada continúa siendo una ciudad morisca sin moros, porque algo se ha de decir para entretener al honrado público.



GALLEN

GALLEN

XII

VISTAS, PAISAJES Y CUADROS PINTORESCOS FINLANDESES

La única persona a quien yo envidio a ratos en el mundo es un gallego natural de Viana del Bollo y casado con una sevillana preciosísima, Gloria Bermúdez; y no le envidio la mujer, sino la facilidad que Dios le dio para describir todas las cosas. «Ceferino Sanjurjo³⁶, poeta descriptivo», reza la tarjeta de este hombre feliz, dado a conocer por Armando Palacio Valdés en su novela *La hermana San Sulpicio*, y recordado por mí siempre que cojo la pluma para describir algo y la suelto sin haber descrito nada. Sin duda tengo atrofiada la circunvolución cerebral donde habita el genio de las descripciones, porque de otro modo no me explico que teniendo dos ojos perfectamente sanos, una memoria fiel y una voluntad decidida, no me sea posible dar cuenta de lo que veo.

Un amigo mío, que me trata con mucha confianza, me ha llamado seriamente la atención acerca de esta debilidad de mis facultades descriptivas: «Casi siempre empiezas bien —me dice—, pero a las pocas líneas te tuerces, y en lugar de decirnos lo que ves; lo que tú nos envías no son impresiones, sino opiniones; las impresiones te las guardas para mejor ocasión. Los lectores que hayan tenido la paciencia de leerte han perdido el tiempo y no tienen idea de lo que es ese país; tienen ideas teóricas sobre los habitantes, pero desconocen la manera de vivir exteriormente, cuando, por ejemplo, la temperatura es de 20 o 30 grados bajo cero, cuando el sol no alumbra o cuando nieva varios meses seguidos. Allí debe ocurrir algo curioso y digno de mención, algo más interesante para un meridional que todo lo que llevas escrito hasta ahora». Ante quejas tan fundadas, he tenido que someterme a hilvanar esta carta, que será descriptiva hasta el punto que mis fuerzas la consientan.

El frío. Voy a sorprender a mis lectores diciéndoles que aquí no hace frío. Dentro de las casas se vive en perpetua primavera, y en la calle, envuelto en pieles, suda uno más que en verano. Sólo la cara, que tiene que ir al descubierto, se resiente de las caricias un tanto brutales de la nieve y el viento. De 10 grados para abajo, la barba se hiela y la cara se adorna con un marco de estalactitas; cuando se vuelve a casa después de pasear un rato, de cada pelo cuelga un carámbano, y al sacudirse suena uno como una araña de cristal. A los 20 grados lloran hasta las personas menos sensibles, y hay que tomar precauciones contra la congelación. En el interior, y al norte del país, donde



Pista de patinaje Helsingfors [autor desconocido], 1890.
Museo de la Ciudad de Helsinki

los fríos son más intensos y persistentes, ocurren desgracias todos los años. En los casos de congelación, si no se acude a tiempo con frotaciones de nieve y se presenta la gangrena, hay que amputar las partes congeladas: las narices y las manos son las que corren mayor peligro.

En las ciudades, con los medios de que se dispone para luchar contra el frío, los inviernos son agradables. Los días de frío fuerte son contados y pasan antes de que se los sienta; la temperatura corriente, de 10 a 12 grados bajo cero, convida a pasear y a hacer excursiones en trineo por los campos cubiertos de nieve o por los mares helados. Un finlandés me decía que no sabía lo que era pasar frío hasta que se fue un invierno a Niza, a lo cual le contesté yo que los únicos inviernos en que yo no había sentido ningún frío eran los dos pasados en Finlandia. Aquí tienen termómetro hasta los pobres de solemnidad, y se sabe que hace frío porque el termómetro lo dice; la gente se abriga más o menos, según baja o sube la temperatura. Aún no he visto tiritar a nadie.

A mí me sirve de termómetro mi *städerska*, mi pasante; cada día se presenta de un modo diferente: con pañuelo en la cabeza; con pañuelo y mantón; con chaquetón de cuero o con capotón de pieles y gorro que le tapa hasta las orejas; son cuatro o cinco gradaciones termométrico-indumentarias. A veces llega con un brazado de leña para prepararme el baño, y casi cubierto de sudor me dice: Hoy hace mucho frío, 12 grados bajo cero.

Lo que angustia más no es el frío; es la falta de sol; más luz da el suelo nevado que el cielo gris, triste como el rostro de un mudo; a veces una mancha rojiza marca el sitio por donde el sol quiere asomarse; algún día el sol luce al fin; pero sus rayos no calientan ni dan vida al paisaje, siempre silencioso, solemne.

La primera impresión que me produjo este país fue de tristeza. Llegué en invierno, y los campos, como los lagos, como el mar, estaban sepultados bajo la nieve; acá y acullá residencias veraniegas cerradas y viviendas de labradores, casas de madera pintadas de rojo muy oscuro; de tarde en tarde, grupos de casas, aldeas de aspecto pobre, y en algunas, no en todas, iglesias tan sencillas como las casas. El hombre pasa sin dejar apenas rastro. Se le ve caminar pesadamente con los brazos caídos, y a lo lejos parece, más que un ser humano, un topo que sale un momento de su topera; sus pisadas forman en la nieve sendas tan tristes y solitarias como las que van por entre los sepulcros en los cementerios.

En las ciudades, el poder nivelador y destructor de la nieve se halla hasta cierto punto contrabalanceado por otro poder muy prosaico, pero muy benéfico, el de los barrenderos innumerables que barren las calles continuamente, y las tienen más aseadas que las de aquellas otras poblaciones donde cae agua en vez de nieve, y no se puede dar un paso sin llenarse de barro hasta las rodillas. Pero noto que empiezo a torcerme, y que en lugar de describir estoy aludiendo a la mayoría de los ayuntamientos de España.



De excursión en invierno [autor desconocido], 1890.
Museo de la Ciudad de Helsinki

La primavera es un período de combate. La naturaleza no se va despertando poco a poco, sin esfuerzo ni violencia, sino que de la muerte renace a la vida con maravillosa pujanza. Antes que el sol derrita por completo la nieve, ya está el labrador labrando sus campos; todo crece como por arte de encantamiento; las hojas, las flores y los frutos se atropellan por salir en busca del sol, como si temiesen no llegar a tiempo; y en medio de esta orgía, de este despliegue de fuerzas acumuladas durante largos meses de letargo, sigue flotando en el aire la serenidad, la calma, el silencio de los días invernales.

En un libro de extremada delicadeza, en el *Trésor des Humbles*³⁷, ha descrito Maeterlinck en frases sutiles, casi vaporosas, el alma de los niños predestinados a morir en los primeros años de la vida. Él los distingue de los demás en cierto aire de tristeza, que les nubla el semblante; cree ver en ellos signos misteriosos de esa ineluctable predestinación. Finlandia es como esos niños; el espíritu del país es siempre triste; en invierno vaga solitario sobre planicies blancas, inacabables, sin hallar dónde acogerse; en verano lleva consigo el presentimiento de un próximo fin. Hay un período de muerte y otro período de vida; y en la lucha entre ambos, la muerte es la que triunfa, es la que imprime carácter al territorio, porque ella es lo sustancial, lo permanente, lo verdaderamente eterno. Cuando empieza a caer la nieve, la atropellada vida estival, disparada como castillo de fuegos artificiales, se desvanece, dejando tras de sí, por testigos, los árboles convertidos en esqueletos.

Cuando la nieve se va, queda el agua. Finlandia es un país que va naciendo conforme se va retirando el mar; aún no ha acabado de nacer. El suelo muy quebrado, rocoso, y la vegetación desigual que de él brota, despiertan a veces, como en los casos de atavismo, el recuerdo de una vida submarina. Lo característico del paisaje es la alianza de la tierra y del agua; el litoral no es recortado, sino que al concluir la tierra firme hace aún asomadas en el mar; todas las costas están sembradas de archipiélagos. En el interior hay también pequeños mares con sus grupos de islas. Finlandia es el país de los mil lagos; muchos de ellos forman a modo de sistemas ácueos con sus núcleos centrales, y son vías de excelente comunicación entre las diversas partes del territorio. Son innumerables los rápidos canales y cataratas, algunos muy visitados, como los de Imatra y Vallinkoski, o los diques naturales, como el celebrado de Punkaharju, que separa los lagos de Saima y Puruvesi.

Sometido a la influencia de este medio semilíquido, el finlandés es el hombre más acuoso de Europa; su color es algo aguanoso; su cabello es por lo general rubio húmedo (si se me permite inventar este matiz); sus ojos, serenos y poco expresivos, tienen algún parentesco con los de los peces; y por su afición a remojarse el cuerpo merece ya, francamente, ser clasificado como un bimano del orden de los anfibios. Hay baños que duran tres y cuatro horas, y en los que se saturan de agua hasta las partes más recónditas del organismo; en el campo se bañan las familias en masas: el abuelo y la abuela; el padre y la madre; los hijos y las hijas; y, si los hay, los nietos y bisnietos, sin

distinción de sexo ni edad, todos en cueros vivos, formando cuadros candorosos paradisiacos. En las ciudades no es esto posible; pero queda aún la respetable institución del baño para hombre, servido por señoritas bañeras, y en el campo se ha perdido también la pureza de las costumbres patriarcales y ha caído en desuso una práctica muy loable; al llegar a una casa un huésped, el primer agasajo que recibía era el baño; la señora de la casa cogía por su cuenta al recién llegado, le conducía al cuarto donde el baño estaba dispuesto, le desnudaba y le escamondaba hasta dejarle más limpio que una patena. Yo encuentro la usanza filantrópica y filosófica en alto grado. Cristiano es «dar de comer al hambriento» y «dar de beber al sediento»; ¿por qué no ha de serlo también «limpiar al que está sucio», sobre todo estando el agua tan a mano, como aquí está por todas partes?

Finlandia es triste; pero su tristeza engaña al hombre y le hace creer que vive contento. El período de las nieves es propicio para soñar aletargado, como reptil que hace su laboriosa digestión, y al salir del letargo se cae en la embriaguez de los días interminables, en que el sol apenas se ausenta, en que desde el lecho, por las ventanas de par en par abiertas, ve uno desvanecerse las luces del crepúsculo vespertino, cuando surgen por Oriente las de la aurora. Entre el letargo y la borrachera corre veloz el tiempo y vive uno feliz; sólo turba esta tranquilidad la idea vaga de una vida más enérgica. La gente del país tiene acaso el presentimiento de esta vida; pero el meridional tiene fijo el recuerdo, que a veces asalta violentísimo, y produce la incurable nostalgia. A mí me asaltó en la primavera, que es la época de



PEKKA HALONEN. *Niños nadando* (detalle), 1909. Colección privada

las invasiones; los mercaderes ambulantes, muchos de ellos tártaros, llegan con sus telas orientales, árabes y persas; yo compré un tapiz tártaro, fabricado en... Silesia. Los alemanes se pintan solos para estas bromas de la industria. Luego vienen los italianos.

Un vendedor de estatuas de yeso se mete por las puertas diciendo: «Yo soy toscano, signore», y me obliga a comprarle los sempiternos Paolo y Francesca. Hay que proteger al arte. Una bandada de organilleros se desparrama por la ciudad; yo recibo diariamente la visita de uno, al que acompaña un mono muy travieso. Cuando el primer día entraron por mis ventanas las notas destempladas y chillonas de *La donna è mobile*, ríase el que quiera, pero lo cierto es que me dio un vuelco el corazón. Entonces comprendí lo que era vivir en este extremo norte; entonces comprendí que este país me tenía engañado con una vida feliz, aparente. A uno de estos organilleros que tocaba una canción del Tirol le alargué un día, al pasar, una moneda; el viejo y desmedrado artista miró con ojos de deseo, pero continuó impávido dando vueltas al manubrio con la misma fe con que debe de acompañar el violín Sarasate.

Yo aguardé prudentemente a que acabase su faena; le di la moneda, y al marchar me dije para mis adentros: Si yo fuese capaz de dar vivas a algo o a alguien, hubiera gritado ahora ¡Viva Italia!

XIII

DONDE EL CORRESPONSAL RESUELVE A SU MODO LA TAN DEBATIDA Y MANOSEADA CUESTIÓN DE LA REFORMA UNIVERSITARIA

En una de las preciosas cartas que mi amigo Gabriel Ruiz de Almodóvar ha publicado no ha mucho en *El Defensor*, soy, por equivocación, consultado acerca del problema irresoluble de la enseñanza oficial. Almodóvar se dirige a los peritos y cree que yo lo soy. Para convencerle de que se equivoca y para corresponder a la atención que ha tenido conmigo, dedicándome su epistolario, voy a explicar un plan completo de reformas que por adelantado sé que ha de acabar de desacreditarme a los ojos de las personas sensatas.

Al leer la palabra «plan», hay ya quien se figura que voy a desenvolver un proyecto de ley con quinientos o mil artículos y un haz de re-

glamentos complementarios. No hay que asustarse, pues en sustancia se reduce a estos tres puntos:

1º Las Escuelas de Bellas Artes quedan incorporadas a las Universidades.

2º En las Universidades se darán funciones públicas, científicas y artísticas.

3º Los fondos recaudados por este concepto serán destinados al fomento de la enseñanza.

Algunos amigos míos que creen que cuando lo escribo lo hago sólo para dar una broma a mis lectores, dirán: —¡Ya pareció aquello! El corresponsal quiere convertir en teatros las Universidades. ¿Hase visto mayor desenvoltura? Y yo contesto: —Quien en realidad da un bromazo al país es el ministro, que, puesto de gran uniforme, sube a la tribuna parlamentaria y lee una ley de instrucción pública con arreglo a los últimos adelantos pedagógicos. En España no quieren convencerse de que una ley sirve sólo para regular lo que ya existe con arraigo, nunca para crear nada nuevo. La creación es obra individual o corporativa; la ley es obra social, y viene o debe venir mucho después. La reforma universitaria (y como esta la de la enseñanza en general) está en las Universidades, no en el Parlamento; y lo que hace falta no son legisladores, sino hombres de acción y de sentido común que empuñen los zorros y sacudan el polvo a todos los organismos e instituciones.

Las Universidades están sometidas a un poder centralizador, es cierto; mas no hay centralización tan estrecha que no deje resquicios por donde asome la iniciativa individual. El hacha corta el árbol; pero después salen los retoños si el árbol no estaba muerto. ¿Dónde están las iniciativas de las Universidades, la promesa de que serían mejores si gozaran de su autonomía? Nuestras Universidades son edificios sin ventilación espiritual. La ciencia que en ellas se recoge es nociva, porque no sirve para crear obras durables sino para armar el brazo de los pretendientes. De aquí mi idea de limpiar y ventilar, abriendo las puertas para que todo el mundo entre y contribuya con su presencia y con su bolsillo a implantar de hecho la reforma universitaria.

Las Universidades que aspiran a ser Escuelas de saber no se contentan con enseñar rutinariamente cierto número de asignaturas, y dejar luego que los alumnos, los buenos y los malos, vuelvan las espaldas y se retiren con el título enrollado bajo el brazo. En el ejército es, y el soldado que sale con su licencia en el canuto queda obligado a acudir en caso de llamamiento. Una Universidad debe conocer a sus alumnos, escoger a los que valen, y dirigirlos, auxiliarlos para que completen sus estudios universitarios con otros especiales, en que la aptitud, la iniciativa, el esfuerzo individual obren con más desembarazo. Y para que esto ocurra no es necesario aumentar el número de aulas, ni el de asignaturas, ni el de profesores, sino estrechar más las relaciones entre maestros y discípulos, disponer de fondos y distribuirlos con inteligencia y con justicia.

Si se consignara en el presupuesto del Estado una cantidad para pensiones de estudios, bolsas de viaje y premios, no se adelantaría gran cosa, porque al venir el dinero de Madrid, vendría con él la lista de recomendaciones. En vez de enviar a Oriente a filólogos aptos para el estudio de las lenguas orientales, o a las clínicas más adelantadas de Europa a alumnos escogidos de la Facultad de Medicina, enviaríamos a viajar de balde a unos cuantos paniaguados, que no sólo no harían nada bueno, sino que desacreditarían la Universidad que les subvencionase. Todos sabemos lo que son en España las comisiones que costean los Ministerios, no es necesario insistir en este punto.

Para que una Universidad emplee bien el dinero tiene que ganarlo ella misma; y para ganarlo, tiene que trabajar en algo que esté en consonancia con sus fines. ¿Qué inconveniente hay en que se extienda el campo de operaciones, en que se atraiga al público y se le instruya deleitándole, como recomendaba Horacio, y sacándole los cuartos, como recomienda el positivismo cruel de nuestros democráticos tiempos? Ninguno. Un alumno paga su matrícula. Un espectador paga su entrada. Hay profesores y discípulos y local. Todo cuanto hace falta para poner manos a la obra.

Y a mayor abundamiento, para que a los experimentos científicos y a las representaciones de comedias clásicas acompañen los conciertos musicales y corales, se podría incorporar a la Universidad la Academia. Esta función quitaría a las Universidades el aspecto de sequedad que hoy tienen, infundiéndolas, con el arte vivo, un espíritu más am-



PEKKA HALONEN. *Niños leyendo*, 1906.
Museo de Arte Moderno de Espoo, Finlandia

plio y fecundo, y destruiría ciertas desigualdades irritantes o que, por lo menos, a mí me irritan; por ejemplo, que un abogado ramplón mire por encima del hombro al violinista que sale de la Academia, y que para vivir tiene que tocar mediante unos cuantos ochavos allí donde la ocasión se le presenta.

Tenemos la manía de separar, cuando, por nuestro carácter indisciplinado, debíamos esforzarnos para unir. En el ejército se ha procurado combatir las exageraciones del espíritu de cuerpo creando la unidad de procedencia; en las carreras civiles podría hacerse mucho, si no se topara con la idea preconcebida, absurda, de que cada localidad debe tener un centro docente, aunque sea por completo inútil. De las Universidades belgas salen notabilísimos ingenieros. Si yo propusiera la incorporación de las Academias de ingenieros a las Universidades, dirían que no estaba en mi sano juicio. En esta Universidad de Helsingfors no ven inconveniente en que en un mismo local se enseñe Teología por la mañana y canto por la tarde; si yo hablara de restablecer la Facultad de Teología, me tacharían de reaccionario; he propuesto lo del canto, y me dirán que soy poco serio.

¿No será posible ensanchar un tanto el criterio mezquino, raquíico, exclusivista, con que se juzga todo en nuestro país?

Y ahora voy a explicar por qué incluyo en mis *Cartas finlandesas* esta que parece no tener relación con Finlandia. El plan que yo he esbozado *grosso modo*, no es invención mía; yo no he hecho más

que españolizarlo. No me gustan las imitaciones; y aunque aquí he visto muchas cosas buenas, no aconsejaría nunca que se las copiara, porque al copiarlas se les quitaría la virtud. Pero hay cosas de esas que llamamos prácticas, que tienen un valor absoluto, que son buenas en todas partes. Y en lo tocante a espíritu práctico y sentido común, no hay pueblo que aventaje a este tan desconocido y arrinconado de Finlandia. Aquí la instrucción general es privada, y, sin necesidad de intervenciones gubernativas, todo el mundo sabe leer y escribir. El Estado organiza sólo la enseñanza superior. Los estudiantes forman corporación; usan como distintivo, tanto los varones como las hembras, una gorra blanca, a la que en los grados superiores se agrega un borlón monumental. Hay quien lleva la gorra descansando sobre el hombro, y mira por encima de él y de ella a todos sus semejantes. Un estudiante es una personalidad social y económica.

De uno que había concluido su carrera con treinta mil marcos de deudas, oí hablar con elogio: «Cuando le fian es hombre que promete». La Corporación estudiantil tiene su pequeño palacio, la Studenthus, que dentro de sus propios fines funciona como un teatro *sui generis*, pero abierto al público como a los demás.

Todo esto es imposible en España, y por serlo dejo yo a los estudiantes en la Universidad bajo la dirección de sus profesores. Lo que no es imposible es que los estudiantes trabajen y se apliquen a obras útiles para la prosperidad del centro donde se instruyen. La Universidad de Helsingfors, aparte otros méritos, tiene el de ser útil a todo el

mundo: a los alumnos, a quienes estimula por medio de abundantes pensiones y estipendios; a los aficionados a la lectura, prestando los libros, sin exigir más garantía que un recibo en que se escribe el nombre y domicilio del que se los llevan; al público en general, convirtiendo su Paraninfo en sala de espectáculos cultos, donde lo mismo da una conferencia un profesor (y suelen venir también extranjeros) que un concierto un artista de mérito eminente. Una notable pianista venezolana, Teresa Carreño³⁸; Reisenauer³⁹, el discípulo predilecto de Liszt; la cantante Eva Nansen, mujer del explorador del Polo Norte⁴⁰; el violinista austríaco Ondricek⁴¹, y muchos más, han desfilado en poco tiempo por esta *Universitetets-solemnitessal*. La última fiesta celebrada ha sido la del centenario del gran compositor Schubert⁴². Según costumbre, todos los artistas dan en la Universidad uno o varios conciertos escogidos para los inteligentes, a cuatro o cinco marcos la entrada, y luego en *Brandkorshuset* (Casa del cuerpo de Bomberos) un concierto popular a uno y dos marcos, al que concurre todo el mundo. Así se honra a los artistas, sin olvidar los derechos artísticos del pueblo.

Si en este tiempo en que los histólogos y microbiólogos son dueños de la situación fuera yo médico, estoy seguro de que sería un ferviente hipocrático. Para mí, el que se pone malo y el que se cura es el hombre, todo el hombre; al medicamento local debe ir unido un sacudimiento inteligente de la naturaleza del enfermo, para que esta acuda con su fuerza medicatriz innata y opere la total curación. Mi plan de reforma universitaria es también hipocrático; nada de cataplasmas

ni de específicos, que las Universidades sacudan la modorra, y que por medio de la acción expelan ellas mismas sus malos humores y se conviertan en organismos sanos y robustos.

XIV

EL 1 DE JUNIO, DÍA SIMBÓLICO DE LA ORGANIZACIÓN ECONÓMICA DE FINLANDIA

Vårt land är fattigt, skall så bli
För den, som gold begär.
En främling far oss stolt förbi;
Men detta landet älskar vi,
För oss med öar, fjäll och skär
Ett guldland dock det är.

Por si en sueco parece poco extraña esta bella estrofa del himno finlandés, del vibrante y patriótico «Vårt Land», voy a darla a conocer también en lengua finlandesa para que mis lectores saboreen con los ojos y con el oído, aunque sea en un pequeño fragmento, cuanto hay

de característico y de musical en esta lengua hablada apenas por dos millones de hombres:

On maamme köyhä, siksi jää
Jos kultaa kaipaa ken.
Sen kyllä wieras hyljännee
Mut meille kallein maa on tää
Kanss'salojen ja saarien
Se meist'on kultainen.

(«Nuestro país es pobre, así lo será / para quien oro ansíe. / Un extranjero pasa mirándonos con desdén; / pero este país nosotros lo adoramos; / para nosotros, con sus bosques, sus rocas y sus playas, / es un país de oro».)

Cuando Runeberg⁴³, el poeta más grande de este país, compuso estos versos de su canto a Finlandia, no pensó de fijo más que en ofrecer una imagen del intenso patriotismo de los finlandeses, un contraste entre la pobreza del suelo y la exuberancia del amor que tan ingrato terruño inspira a los que en él viven; y, sin embargo, sus palabras tienen un valor real, una significación económica. Finlandia es pobre, y es al mismo tiempo un país que da mucho oro, que vive en la prosperidad. *Vart land aer fattigt* es una muletilla que se emplea contra todos los abusos y excesos: contra el lujo, contra el alcoholismo, contra los vanidosos y petulantes que pretenden imprimir a la nación nuevos rumbos, o vivir, como aquí dicen, «una vida de grande de

España». Y a fuerza de repetir que el país es pobre, logran encauzar todas sus energías del modo más aprovechado y útil. Quien vive con más desahogo no es el que tiene más, sino el que administra bien lo mucho o poco que tiene. Este es el caso de Finlandia.

Desde el primer día que puse los pies en este país comencé a leer periódicos, por supuesto sin entender lo que leía, sólo para irme acostumbrando. Y lo primero que me llamó la atención fue una lista de anuncios que empezaban todos con las palabras: «Från 1:sta Juni» («desde 1º de junio»). Me figuré que en esta fecha debía ocurrir algo muy gordo, celebrarse acaso una fiesta nacional como la del 2 de mayo en España, o la del 14 de julio en Francia. Tuve necesidad de consultar una ley recién sancionada, y vi que entraba en vigor el 1 de junio; pensé buscar casa, y me dijeron que sería para instalarme en ella el 1 de junio, que para antes con dificultad encontraría, y estábamos en febrero. En resumidas cuentas, los anuncios eran de alquiler, y lo único que significaban era que aquí se toman las casas por años, de junio a junio, y que el día primero se verifica el cambio simultáneo de domicilios, la contradanza general de trastos finlandeses.

Me acordé en el acto de la viuda de Reluz. Esta viuda (por si alguien no la conoce haré su presentación en regla) es una figura novelesca creada por Pérez Galdós⁴⁴, o, mejor dicho, descrita, puesto que la personalidad existe, y no sólo existe, sino que continúa mudándose de casa todos los meses, arrastrando su vida de caracol, con los muebles perpetuamente a cuestas. Ese tipo nómada civilizado lo pasaría

aquí muy mal, porque estas sabias costumbres no permiten a nadie bromear con los trastos de alquiler. El que no está a gusto en una casa no se ha de morir por aguantarse unos cuantos meses; en enero la despide y busca otra; y desde que firma el contrato hasta el día 1 de junio puede decir, sin que lo desmientan, que tiene dos casas, una que habita y que no le gusta, y otra que le gusta y que no habita.

El constructor finlandés es tardío, pero cierto; construye para sacar rentas. Aquí no gustan de ver casas vacías, porque esas casas son un capital perdido. En su novela o estudio *Rome*⁴⁵, habla Zola del fracaso de los «ensanchadores» de Roma; de los que creyeron que Roma, capital de la Italia unida, iba a convertirse en un coloso, y edificaron a destajo casas que están aguardando aún la llegada de los inquilinos. Zola ve en estos modernos albañiles a los legítimos herederos del espíritu originario de Roma, el pueblo fundador y constructor por excelencia. Allá él se las avenga con su opinión. Yo me contento con asegurar que en todas partes hay «constructores de casas vacías», excepto aquí, donde se posee un finísimo olfato económico. Si en España hiciéramos un balance de las casas que tenemos desalquiladas y del capital amortizado que representan, sacaríamos quizá millones bastantes para recoger toda la deuda exterior y para que se quedaran dentro de casa los intereses que van al extranjero.

A mí me daba que pensar esa circunstancia de mudarse todo el mundo a la vez; me figuraba algo semejante a una movilización en caso de guerra. Sin embargo, el problema queda resuelto con gran suavi-



GUSTAF SANDBERG. *Plaza del Mercado, Helsinki, 1899.* Museo de la Ciudad de Helsinki

dad; no ocurre nada ni se entera uno de nada. La fecha de 1º de junio está muy bien elegida: es la divisoria entre las dos grandes estaciones del año, el invierno y el verano. La primavera y el otoño existen, pero sin carácter. El verano dura de junio a septiembre, en que empieza el otoño, y con él los primeros avances del invierno; y éste no se despi- de hasta que los mares se deshielan, a fines de abril o comienzos de mayo. En junio, pues, se abre la vida veraniega, y muchas familias se van al campo a sacar todo el jugo posible a la bella estación; los estudiantes levantan el vuelo; las playas se pueblan de anfibios, y las ciudades se quedan medio desiertas. Cuando se reanuda la vida regu- lar, cada familia aparece en su nueva casa. El 1 de diciembre, entrada oficial de invierno, hay también una pequeña contradanza, en la que se busca el acomodo definitivo.

No faltarán censores graves que critiquen el sistema finlandés y se declaren en contra de tan extremada tacañería arquitectural. Estando las casas tasadas, temerán que si la población crece de repente haya quien se quede en la calle, y lo que es más sensible aún, que los propietarios se aprovechen de la ocasión y pongan los alquileres por las nubes. Así pensaba yo también, y después he tenido que rectifi- car. El alquiler es aquí un tanto por ciento del capital empleado, una cantidad fija y prefijada, que no admite discusión ni regateo. Cuando faltan casas, no se aumenta el alquiler de las que existen, sino que se construyen casas nuevas. El alquiler es muy elevado; la construcción de casas es un buen negocio, y, sin embargo, no se construye más que lo preciso. Esta parsimonia es sin duda engendrada por el sutil

instinto económico de que antes hablé, el cual se muestra en formas varias inagotables.

He notado al hacer los pagos corrientes, que ni una vez he recibido de vuelta 50 *p:l* en calderilla, ni 5 *fms.* en plata.

Fms. son *markkoja* o marcos finlandeses, equivalentes a pesetas, y *p:i*, *penni*, céntimos.

El céntimo es útil hasta 4; para 5, 10, 15 o 20, hay monedas de cobre de 5 y 10 céntimos; para 25 y 50, monedas de plata; de un marco a 4, monedas de plata de 1 o 2 marcos, y de 5 en adelante, billetes de 5, 10, 20, 50, etc. Estos billetes son pagaderos en oro, pero son preferidos al metal. El oro está en los bancos, apenas circula.

Salvo en un caso excepcional, cada moneda tiene su uso marcado por su valor. El marco tiene uso entre 1 y 4; al llegar a 5, no tiene ya nada que hacer, puesto que cuesta el billete de 5. Si yo pagara aquí 100 marcos con plata, me mirarían con extrañeza; si diera un duro en calderilla, me echarían a la calle, y si sacara una peseta en «chavillos», me encerrarían en el manicomio. No comprenderían, no comprenden que haya quien se complazca en dificultar una cosa tan indispensable y corriente como el empleo de la moneda. La fraccionaria debe sólo servir para los pagos menudos, no invadir ni ensuciar los bolsillos de los míseros mortales; suprimen hasta el duro por demasiado grande, y lo sustituyen con el billete de a 5 marcos, merced al cual la circulación fiduciaria anula casi por completo la de moneda metálica.

Por si estas simplificaciones no fueran bastantes, se acude a otra mayor; por no tener el dinero ni en billetes, se les transforma en una libreta de ahorros, o en un talonario de cuentas corrientes, o en algo por el estilo; combinaciones no faltan, porque aparte del banco oficial, que tiene el privilegio de emisión, hay numerosos bancos que se ingenian por recoger los ahorros del público y sacarles la utilidad. Hay quien tiene en el banco, no ya los ahorros, sino hasta el dinero dedicado a los gastos del día, y quien paga con un cheque cuentas de 10 o 12 marcos. Una cuenta corriente es en España para los pobres algo incomprensible; aquí tiene cuenta corriente cualquier pelagatos. Y la razón de la diferencia es que aquí dan de interés el 2 por 100, mientras en España no dan nada y aun ponen algunas cortapisas.

Un empleado cobra su sueldo, y en vez de llevarlo a su casa lo deja en un banco; después va pagando con cheques, y a fin de mes no tiene nada en el haber; repite la operación doce veces, y al terminar el año se encuentra con que el banco, después de guardarle los fondos y pagarle las cosas más menudas, le da de interés 15 o 20 pesetas; por ejemplo, ya hay para comprarse un par de botas, o un gorro, o una camisa. El atractivo es pequeño; pero basta para domar a los espíritus más medrosos y obligarles a soltar el trapillo. Los bancos no ganan ciertamente sumas fabulosas con tan estrujados y alambicados procedimientos; pero, aunque no ganen, cubren los gastos y dan de comer a un numeroso personal, en que las señoritas tienen numerosa y selecta representación.

Y el resultado final de estos refinamientos es que no haya un céntimo en estado de reposo; que la poca o mucha riqueza del país esté siempre en manos hábiles que sepan extraerle su jugo.

En Finlandia podemos registrar arcas y armarios con la seguridad de no hallar ningún «rincón»; se ignora lo que es una «talega», y a nadie se le ocurre utilizar las medias y calcetines para poner a buen recaudo sus caudales.



XV

RECONOCIMIENTO DE UNA CASA FINLANDESA DESDE LOS CIMIENTOS HASTA EL TEJADO

La arquitectura finlandesa ofrece todas las gradaciones de la gama arquitectónica; desde el palacio suntuoso hasta la cabaña miserable, donde se alberga el lapón nómada, acompañado de sus amigos inseparables, los renos. Hay, sin embargo, una construcción típica, la casa de madera o *trähus*, que es la más barata, la más caliente, la que exige menos tiempo para su edificación... y la que arde con más facilidad. En Finlandia hay incendios históricos, en los que una ciudad entera ha desaparecido como por ensalmo. Para evitar esta terrible contingencia se han impuesto restricciones prudentes: que las casas estén a distancia las unas de las otras, o que no tengan más que un cuerpo de alzada; pero en las ciudades grandes, en que el terreno cuesta caro, el espíritu mercantil ha saltado por encima de las tradi-

ciones e implantado la casa de pisos. Helsingfors, por ejemplo, es una ciudad sin carácter; sólo tiene un barrio llamado Brunnsparken⁴⁶, donde se puede vivir racionalmente, según lo exige la naturaleza del país. El Brunnsparken es un grupo de casas diseminadas sin orden en un bosque junto al mar. Aquí es donde yo vivo; el bosque, aunque está muerto, me recuerda la Alhambra; el mar helado me hace pensar en nuestra Vega; mi balcón, que da al mar, viene a ser el balcón del Paraíso. Después de nuestros cármenes no hay nada que me guste tanto en Europa como estas quintas o *villor* de Finlandia.

Las casas a la antigua tienen patio o *gård*, que no es un patio interior, sino un zaguán abierto, al que dan las puertas de las diferentes habitaciones, como en las casas de vecinos; otras veces las casas están aisladas dentro de una cerca y rodeadas por un jardín o *traegård*; sólo las casas de pisos se ven privadas de estos desahogos; el patio o corral se ha transformado —no se crea que en portería, como en España, aquí estrujan más el limón— en no muy amplia «anteescalera», donde, en un cuadro muy curioso, están estampados los nombres de los inquilinos juntamente con el número de *trappor upp* o «escaleras arriba», que hay que ascender para visitarlos.

Para construir una casa de madera (pues de las de piedra o ladrillo no hay que hablar) se saca un cimientito de material hasta un metro y medio de altura; sobre el cimientito se coloca un marco de madera, bien ajustado, con travesaños; este marco representa el plano del edificio en sección horizontal; después no hay más que subir, clavando

tabicones sobre tabicones y retapando las rendijas con estopa. La armazón del tejado lleva siempre una cubierta metálica. Apenas construido el armatoste de madera y empapelado interiormente, se puede habitar en él; pero aún no está la casa terminada, se deja pasar un año para que la madera se enjugue y se asiente, y después se la forra por fuera con una tela impermeable o fieltro (*felt*) y con una tablazón pulimentada y a veces artística; se pinta la fachada, se repasa el empapelado interior y la casa queda concluida, perfecta.

Estos detalles que doy aquí, y otros que daré, no son inútiles, porque nosotros tenemos una sierra donde en invierno se podría vivir como en Finlandia y disfrutar de lo bueno y de lo malo que dan de sí los climas glaciales. Mi buen amigo Diego Marín⁴⁷ ha tenido la idea de crear en Sierra Nevada una «Suiza andaluza»; la idea es feliz, pero si los edificios que se construyan son puramente veraniegos, tendrán una aplicación tan fugaz, que acaso no rindan lo bastante para sostener el entusiasmo del capital, que es de suyo muy propenso a desalentarse. La construcción a estilo finlandés nos resolvería de plano el problema, pues por su doble uso nos permitiría tener durante el invierno una «Finlandia andaluza» en nuestra sierra incomparable e inagotable, y nos convertiría en una especie de compendio del globo terráqueo. He aquí un cosmopolitismo que a mí me gusta más que el vacío y declamatorio de los *dilettantis* de derecho internacional.

Lo primero que choca al entrar en una casa de aquí es que las puertas no tienen cerrojos, ni candados, ni a veces cerraduras. Mi puerta tiene

un sencillo picaporte, y muchas noches queda entornada. El respeto a la propiedad ajena está profundamente arraigado. Se dirá que no teniendo nadie dinero en casa, no hay peligro de que se lo lleven los ladrones; esto es cierto, pero también lo es que cuando se quiere robar, se roba lo primero que cae a mano.

Con sólo franquear la puerta de entrada se puede hacer un buen agosto desvalijando el *tambur* o recibimiento, donde se deja toda la ropa de abrigo y los chanclos, sombreros, paraguas, etc., es decir, cuanto constituye la segunda vestimenta que hay que echarse encima para salir a la calle. Si se hacen diez visitas en un día, diez veces hay que repetir la operación de quitarse y ponerse todos los accesorios, en la que a veces se va más tiempo que en la visita misma. En los edificios públicos, cuando hay aglomeración de gente, un *tambur* o vestuario es un pandemónium. En algunas ocasiones no hay más que soltar cada uno sus prendas donde puede, y tener confianza en que las hallará al salir.

Cuando hay mozos encargados de este servicio, tienen tal práctica, que sin necesidad de chapitas numeradas, por una asociación rápida y segura de impresiones, apenas le ven a uno aparecer en la puerta de salida, se dirigen sin vacilar al sitio donde colocaron los objetos, recogidos a la entrada, y los presentan antes de que se los pidan. Dad a uno de estos modestísimos empleados un chanclo o gorro, y al minuto os reconstruye el ser humano a quien pertenece, con el mismo aplomo con que Cuvier⁴⁸ reconstruía por un hueso todo un animal.



OSKARI PAATELA. *Paisaje invernal*, 1947

Dejemos el *tambur* y sigamos adelante. Sea cual fuere la distribución de las casas, todas tienen cierta analogía en lo esencial. Las habitaciones son las más precisas, pues una habitación inútil sería un capital perdido y una boca más, a la que habría que aplacar con combustible. Tanto habitaciones como pasillos, si los hay, y por de contado el *badrum* o cuarto de baño (tan usual como la cocina o *kök*, y la alcoba o *sofrum*), tienen sus estufas correspondientes, altas hasta el techo y construidas con ladrillo especial, que conserva el calor y lo suelta poco a poco. Con cuatro o seis trozos de leña, que se consumen por la mañana en breves minutos, queda la habitación templada para todo el día, cuando los fríos no son excepcionales. La temperatura es casi igual por toda una casa; por no tener habitaciones frías, las despensas suelen estar, como las leñeras, en el sótano o *kaellaren*. Pero, a pesar de tan buen sistema de calefacción, no se conseguiría vencer el frío en toda la línea sin el auxilio de los dobles cristales en las ventanas, del algodón con que se rellenan las rendijas de los marcos de ambos cristales, y del papel engomado con que se tapan por dentro las juntas de las ventanas, hasta incomunicar en absoluto el interior y el exterior. Sólo quedan en ejercicio unos respiraderos o ventanillos que sirven para renovar el aire cuando no hay manera de respirarlo. La impureza del aire, por cierto, es el argumento de que se sirven las mujeres para justificar la necesidad de salir cuatro o seis veces al día, aunque casi siempre sea para meterse en otros lugares tan mal ventilados como sus propias casas.

Yo entiendo que la afición a callejear proviene de la diferencia entre

las temperaturas interior y exterior, la cual llega a ser hasta de 50 grados. Cuando la temperatura es igual, lo mismo da estar dentro que fuera; pero si es diferente, el deseo de cambiar obra como impulsor; cuando se está fuera, gusta meterse dentro del primer sitio que se encuentra al paso. Yo he experimentado en mí mismo esta rara particularidad, este fenómeno, que no sé en qué ramo de la ciencia deberá catalogarse.

Estos invernaderos se convierten en casas de verano en pocos minutos. Se desclavan y quitan las ventanas interiores, y se abren las que caen afuera, para disfrutar la frescura de la brisa del mar; se ponen toldos en los balcones, y mesas y sillas en los jardines para comer al aire libre bajo los árboles. Después de los banquetes, las jóvenes cantan en coro canciones impregnadas de esa alegría suave que sumerge el espíritu en meditaciones vagas, o bien se embarcan en tropel en algún barquichuelo, y remando y cantando se alejan hacia los islotes desiertos de que están sembrados estos mares.

Pero no adelantemos los sucesos. Esto ocurre en el verano, allá en junio o julio, y ahora estamos en febrero y vivimos encristalados y empapelados. Dichosa tierra que durante meses y meses trata a sus hijos como a plantas exóticas. Cuando se piensa en los artificios de esta vida de estufa y en algunos detalles que pecan, al contrario, por exceso de sencillez, como las camas, estrechas, duras como guijarros, se quitan las ganas de escribir; mucho más si se posee, como yo poseo, la ineptitud descriptiva que hasta mis mejores amigos me

reconocen. Por fortuna ya falta poco; conocemos el sótano y las piezas habitables; nos queda el camaranchón o *vind*, que sólo sirve para tender la ropa en invierno y para guardar trastos viejos (y hasta los nuevos cuando llega el 1.º de junio y se deja una casa sin tener otra en que instalarse), y por el *vind* subimos al tejado, *taked*, donde hallamos aún algo interesante. Si subimos en día de fiesta, nos asustará el número de banderas o trapos de vivos colores que ondean sobre los tejados de la ciudad; se puede decir que aquí padecen de un delirio nuevo o no estudiado aún, el delirio banderil.

Y en cualquier día del año nos gustará ver la red telefónica, a trechos tan espesa como tela de cedazo; y más que estos alambres, nos agrada ver las bandadas de palomas que viven en la ciudad, libres y al mismo tiempo domesticadas, correteándolo todo como perros sin amo. Cualquiera puede cogerlas, pero nadie las coge; forman parte del ornato público, juntamente con sus amiguitos los gorriones.

A eso del mediodía, cuando el *salutorget* o plaza del mercado se ve libre de su habitual y abigarrada concurrencia, en la que los pescadores se codean con los campesinos, estos con los comerciantes de la ciudad, y todos con una clientela en que figuran todas las clases sociales, miles de palomas acuden a limpiar la plaza en competencia con los barrenderos; el resto del día corren desperdigadas por las calles, y cuando se cansan, se suben a reposar en los tejados.

No hay nadie que sea capaz de hacer daño a una paloma ni a ningún

animal; y si lo hubiera, no faltaría quien lo metiera en cintura.

Hay protectoras de animales, y algunas no se contentan con protegerlos, sino que tienen con ellos atenciones delicadas; yo conozco a una señora que pone a su puerta una vasija con agua y con un letrero que dice: «Vatter för hundar», agua para los perros. Comoquiera que los perros no saben leer, me parece que el aviso estará allí para que no se beban el agua las personas.

XVI

DONDE EL CORRESPONSAL, AUXILIADO POR SU CRIADA, SATISFACE LA CURIOSIDAD DE UNA CURIOSA COCINERA GRANADINA

Bien dice el refrán: unos crían la fama y otros cardan la lana. El cardador de lana soy yo, que sin darme aire de defensor del «feminismo», sin pedir instrucción para el sexo débil, he saltado por encima de las conveniencias sociales y he abierto cátedra en un periódico para tener discípulos de ambos sexos.

Yo pienso que si la montaña no viene hacia nosotros, debemos nosotros ir hacia la montaña; que en vez de ir buscando una a una para suministrarles el alimento espiritual en la misma forma que se les llena el buhecito a los pavipollos enfermos, lo que se debe hacer es arrojar la semilla para que quien quiera la recoja.

No estoy disgustado de mi método. Hasta ahora mi mejor discípulo es precisamente un discípulo con enaguas; son muchos los que le superan en capacidad, pero él los supera a todos por el interés con que sigue el curso de mis explicaciones. La alumna a que me refiero se me ha dado a conocer no ha mucho por medio de una carta original y graciosa, que bastaría y sobraría para indemnizarme del tiempo perdido en escribir mis lecciones, si yo no estuviera ya suficientemente indemnizado con el gusto que recibo al perder el tiempo sólo por perderlo.

Cuando recibí la carta y vi que no se había extraviado, a pesar de traer las señas muy mal puestas, me figuré que sería algún mensaje fastidioso; los mensajes de este género llegan a su destino, aunque se deje el sobre en blanco. Luego hice un ligero análisis grafológico, y saqué en limpio que la carta era de mujer; bastaba ver la *D* irregular, abultada, como si estuviera en estado interesante. Y no sólo de mujer, sino de una mujer excesivamente curiosa y hábil para los trabajos de cocina. Este último rasgo no era en realidad grafológico, pues lo induje de varias manchas del sobre, que daban a entender que los avíos de escribir habían estado cerca de la alcuza y del especiero.

Abierta la carta, vi que, efectivamente, estaba escrita por una cocinera, lectora asidua de *El Defensor* desde que empezó la guerra de Cuba.

Aunque el interés principal de mi comunicante se concentra en las

noticias y en los telegramas, para ver si en ellos aparece el nombre de un sobrino que allá está peleando contra los rebeldes, no deja de dar un vistazo a todo el periódico, y ha llevado su buena voluntad hasta hincar el diente a mis *Cartas*. «A decir verdad —escribe la honrada cocinera—, yo no entiendo muchas de las cosas que usted escribe. Mi ama, que es una señora muy leída, es la que me las aclara; y ayer me explicó que lo que principalmente quiere usted dar a entender es que las mujeres deben de estarse en la cocina y no mezclarse en lo que no entienden». Y a continuación, encadenando las ideas con más lógica que un Aristóteles, quizá creyendo que yo soy una especie de Brillat-Savarin⁴⁹, ya que doy a la mujer como única misión la de guisar, me pide que la ponga al corriente del estado culinario de Finlandia y le envíe, si es posible, recetas de algunos guisos para contentar a su señora, de la que me dice en secreto que es una vieja tan empalagosa como sabia.

No creo necesario advertir que la susodicha vieja me ha levantado un falso testimonio. No sólo no pido yo que las mujeres se estén en la cocina, sino que, al contrario, pido que las cocineras se instruyan, y aplaudo el arranque de la que a mí me ha escrito, la cual es seguramente la primera que en España se ha gastado 15 céntimos por amor al arte culinario. La gracia hubiera sido completa si se hubiera gastado los 25 céntimos que exigía el franqueo de la carta; pero no es extraño que una pobre mujer se equivoque, cuando amigos míos abogados se equivocan también y me obligan a pagar 20 céntimos por cada carta que me escriben. Y cito el hecho, no por los 20 céntimos,

sino porque pone de relieve lo incomunicados y arrinconados que vivimos en España, que la mayoría de los españoles no sabe siquiera franquear una carta para el extranjero.

Desgraciadamente no es Finlandia el país más a propósito para sacar de él elementos con que regenerar la cocina española. El admirable buen sentido de los finlandeses no ha podido contravenir el orden de la Naturaleza, según el cual aquí no se crían las cosas más indispensables para la vida, y particularmente para la vida de un español. No hay garbanzos; más aún, no se tiene idea de lo que es un garbanzo. El aceite es artículo de lujo: una botella cuesta seis marcos. El vinagre o *ättika* es un ácido, cuyo uso exige o poco menos el manejo del cuentagotas. El vino, como artículo extranjero, en gran parte español, cuesta carísimo. Las frutas vienen medio verdes y son como el chocolate del ventero: caras, pero malas. Una naranja, 25 o 30 céntimos. Tocante a legumbres, la mayor parte del año hay que vivir de conservas. En materia de condimentos se vive en anarquía. Es un problema, por ejemplo, hallar un ajo.

Cierto día, leyendo el *Quijote*, llegué al capítulo de los segundos consejos dados por el genial hidalgo al flamante gobernador de la ínsula Barataria; y lo mismo fue leer aquello de «no comas ajos ni cebollas para que no saquen por el olor tu villanería», que sentir grandes ganas de comer ajos, o por lo menos de olerlos. Sin duda, los españoles tenemos en el cuerpo el espíritu de rebeldía cuando tan espontáneamente nos insubordinamos contra las prohibiciones más sensatas.



PEKKA HALONEN. *Almuerzo*, 1899.
Museo de Arte Didrichsen, Helsinki

Varios meses transcurrieron, sin embargo, sin que mi rebelión pudiese tomar cuerpo; no veía ajos por ninguna parte, ni hallaba medio de hacerme comprender. Por fin tuve la fortuna de hablar con una señora alemana, partidaria del ajo, y supe que en Finlandia este picante producto se vende en las boticas, y que tiene el mismo nombre que las cebollas, reforzado con el calificativo «blanca». La cebolla es *lök*, y el ajo es *vitlök*, cebolla blanca. Dije, pues, a mi criada: —Karolina, haga usted el favor de ir a la botica y comprar *ett vitlökshuvud* (una cabeza de ajos). Mi criada volvió al cabo con una preciosa adquisición. —Quince céntimos me ha costado; pero los vale —me dijo—: mire usted qué gorda es, y que además tiene tres hijuelos. —Aunque costara 15 marcos, los daría por bien empleados —contesté yo. —Esto es muy bueno para el pecho —observó mi criada...—, pero no sabía que estuviera usted malo. —No es que esté malo, ni que tome eso por medicina. En España los ajos se emplean en muchos guisos excelentes, y hay también quien los come fritos y le saben a gloria. Mi criada se me quedó mirando, boquiabierta, como asustada. Ella no sabe historia; que a saberla, tengo la seguridad de que hubiera dicho como al final de los sainetes: —Ahora lo comprendo todo. Ahora me explico por qué los españoles se pasan la vida tirándose los trastos a la cabeza.

Algún hada benéfica me inspiró sin duda el pensamiento de nombrar auxiliar o pasante a mi criada, pues sin esta no sé cómo me las compondría para salir del atolladero en que mi paisana me ha metido. Soy extremadamente torpe en asuntos de cocina, porque no le doy

importancia al acto, para otros tan importante, de comer; me conformo con cualquier cosa y detesto los platos complicados, encubridores de secretos peligrosos. Si yo fuera gastrónomo, sufriría viendo el desorden culinario en que aquí se vive; en cuanto salen de la cocina francesa o afrancesada o universal, puesto que en todas partes priva, caen en el salvajismo gastronómico.

Recordando el predicamento de que gozan ahí las ensaladas, he pedido una fórmula de ensalada finlandesa pura, y mi auxiliar ha hecho la siguiente combinación: ensalada de lechuga (que por cierto es más amarga que las tueras), picada muy gruesa; manteca derretida, vinagre, mostaza y azúcar en gran cantidad. Yo no me he atrevido a probar la horripilante amalgama; sería necesario forrarse antes con piel de oso el aparato digestivo. Esta cocina es demasiado fuerte para nuestros estómagos.

Lo que se adquiere a más bajo precio es la carne (*kött*). Hay carne de vaca desde 70 céntimos el kilo; a 90 la mejor. Una gallina, un marco o peseta. De diversos puntos de Rusia envían pollos, conservados en hielo, más duros que balas de cañón. La mantequilla del país es excelente, y la manteca de cerdo o *flott* se vende barata. La carne de cerdo tiene gran aceptación por lo mucho que llena y calienta. El pescado es endeble y soso; el que hace el gasto popular, al modo que en España la sardina, es el *ströming*. La leche (*mjölk*) es quizá lo mejor del país, y cuesta a 15 o 20 céntimos litro; la crema o *graedda* la venden separadamente para el café. El pan es también muy barato, y en

todas las mesas lo hay de tres clases: de trigo, a imitación del francés o del de Viena; de centeno, muy bien elaborado, y una especie de torta oscura, delgada y dura como una piedra. Lo más caro, y a veces imposible de encontrar, son los vegetales; sólo abundan las patatas, que son muy buenas, y que se venden por kilos, como las manzanas y otros artículos análogos.

Con todos estos materiales bien se podría, creo yo, hacer algo de provecho si hubiera finura en los paladares; pero las mejores intenciones quedan anuladas por el empleo exagerado de los condimentos fuertes y de las salsas inoportunas. Si Churriguera se hubiera dedicado a la cocina (con lo cual la Arquitectura no hubiera perdido gran cosa), hubiera sido un gran cocinero al uso finlandés.

La única creación original de estos guisanderos del Norte es el *smoergasbord*, literalmente: «mesa de cosas de manteca», o más claro, colección de entremeses útiles para abrir el apetito y a veces también para cerrarlo. En el *smoergasbord* figuran diversos embutidos y carnes saladas, pescados en conserva, ensaladas, legumbres con varios aliños, amén de la manteca dominadora y triunfante, cuyo papel es el auxiliar de la deglución. Una comida comienza siempre por el *smoergas*; señoras y caballeros van a la mesa consabida, y de pie picotean en todos aquellos platos, hasta que se sienten ya bien templados, acordes, para dar principio al concierto gastronómico; entonces se sientan a sus mesas respectivas, donde se les sirve la sopa y demás platos del menú (o minuta, para no disgustar a los buenos patriotas).

Pero no paran aquí los servicios del *smoergas*; fuera de las horas de la comida, sirve como «tente en pie». En muchos lugares de reunión nocturna funciona continuamente la mesa de las chucherías, y todo el que quiere reparar sus fuerzas puede acercarse y comer lo que se le antoje, mediante un tanto fijo: tres o cuatro reales. En las casas particulares es muy útil, porque existe la costumbre de dar de comer a los que van de visita; de vez en cuando circula la bandeja con el té hirviente y los bizcochos, y cuando la hora avanza y el té no produce ya efecto, se pasa al comedor y cada cual se atraca de lo que más le gusta. En las estaciones de ferrocarril también nos encontramos la mesa mágica; llega uno, coge un plato y lo llena a su satisfacción. Hay quien mezcla una tajada de carne, un alón de pollo, compota, un pastel y pepinillos en vinagre. Todo por un marco, y sin perjuicio de reventar si vienen mal dadas; pero no haya cuidado, no revienta nadie. Cada país es heroico a su manera, y Finlandia tiene acaparado el heroísmo más provechoso, el heroísmo estomacal.

La cocina finlandesa es un teatro por horas; no hay en ella ninguna obra enérgica y contundente como nuestro cocido; todo se vuelve piezas en un acto, tontas o insustanciales, que comienzan por distraer, y concluyen por estragar el gusto y estropear el estómago de quien no está hecho a estos belenes.

XVII

CÓMO SE DIVIERTEN LOS FINLANDESES: DIVERSIONES POPULARES

Todos los pueblos tienen necesidad de divertirse, y todos se divierten; pero el modo de realizar esta importante función es muy diverso. La vida material nos obliga a asimilarnos elementos materiales; y la vida espiritual nos fuerza a recoger impresiones que son buenas o malas, agradables o desagradables, según nos coge el cuerpo. Una planicie inmensa, nevada, dicen los estéticos que es un ejemplo de lo sublime estático; una tempestad de nieve será ejemplo de lo sublime dinámico. Pues bien, yo vivo en medio de lo sublime estático; y han descargado sobre mí varias sublimidades dinámicas, que me han puesto hecho una sopa, y pienso que los estéticos llevan razón donde no nieva o nieva poco; aquí se equivocan, porque el empacho

de nieve quita las ganas de emocionarse, y engendra un cansancio, un aburrimiento, que no tienen nada que ver con la sublimidad. Lo mismo ocurre con lo bello, con lo gracioso, con lo ridículo, con lo cómico, con lo jocosos, con lo burlesco y con lo humorístico. Nada de eso existe en la realidad; todo está en nosotros. En Madrid cerraba yo mi balcón para no oír los organillos, y la criada, la «chica», los oía con delectación; aquí mi criada no les hace caso; soy yo quien paga y escucha. Mis ideas sobre los organillos no han cambiado; pero han cambiado mis impresiones, y yo doy más importancia a mis impresiones que a mis ideas.

Cuando algún observador superficial, pues, venga a Finlandia y note que el pueblo no se divierte, no se lleve de ligero, pues más tarde tendría que rectificar. Este pueblo se divierte, sin duda alguna, porque tiene necesidad absoluta de hacerlo; si el observador no se entera de cómo y de cuándo esto ocurre, es porque no observa con la profundidad correspondiente a estas latitudes. Yo fui una vez a un baile popular, «un baile de criadas y horteras», y, contra mi costumbre, fui con un acompañante. El baile estaba amenizado con intermedios cómicos, mimos y payasadas, los cuales me hicieron recordar las estupideces de nuestros «jugueteros» clásicos. No he olvidado aún cierto juego granadino, al que sus autores llamaban «construcción de la Giralda»: salían dos maestros de obras, embozados en sendas capas, a reconocer el terreno que dejaban libre los circunstantes sentados a la redonda en la sala (que era de las de candil en viga). Uno de los maestros, despojándose de su capa, procedía acto continuo a la

Muchacho manteniendo los esquís, Autor desconocido, ca. 1940. Museo de la Ciudad de Helsinki



medición y remedición del solar; y el *quid* del juego estaba (muchos lectores deben saberlo) en que el medidor llevaba colgado por detrás uno de esos malaventurados recipientes, que las personas cultas han convenido en llamar vasos de noche, y esgrimiéndolo hábilmente ponía la concurrencia en el trance más apurado del mundo, y la obligaba, por último, a despejar la habitación y a ceder gratuitamente el terreno para que los constructores pudieran extenderse a sus anchas. Algo semejante a esto en fuerza y finura espiritual fue lo que yo vi en el baile finlandés: un barbero que enjabonaba a sus clientes con un escobón en rama; un caballero que hace beber agua a su señora en una pileta, y mil payasadas por el estilo, sin olvidar a un orador político y satírico perteneciente a la edad de piedra del arte oratorio. Cuando este tribuno de la plebe estaba más engolfado en su peroración, mi acompañante me dijo que por él no había inconveniente para marcharnos. —Deje usted todavía un momento, esto me gusta —le contesté yo. —Yo he hecho la indicación —me replicó—, porque viendo que tenía usted las espaldas vueltas al escenario, me figuré que estaría usted aburrido. —Es porque para mí el espectáculo está en la cara de los espectadores —agregué yo—. El orador ese, ya he visto desde el comienzo que es uno de los hombres más desgraciados o sin gracia que hay en nuestro continente; pero lo que me entusiasma es la risa inmotivada e injustificada de los concurrentes; esa facultad preciosa de reír porque les da la gana, quizá porque al comprar el billete se propusieron reír y están decididos a reír aunque no salga nadie a la escena.

Lo que se dice de este baile entiéndase de todos los demás. En un baile de máscaras no se va a dar broma, se va a comer y a beber... con disfraz.

En Carnaval la gente se divierte mucho. ¿Cómo? A mí me lo dijo una señora: —No deje usted de ir hoy a la Esplanada (la *Esplanadgatan* es como si dijéramos la Carrera, el paseo central de la ciudad), verá usted qué bonito está aquello—. Di una vuelta por allí y estuve atascado un buen rato mientras pasaban unas carretas a modo de cantareros, dentro de las que iban metidos muchos hombres a modo de cántaros. Pasé adelante, y no vi más; como lo que había de ver era lo que ya había visto. Aquí no se permiten máscaras por la calle, y la juventud, que es fácil de contentar, se contenta con vestirse como los demás días, a condición de que les dejen desfilar dentro de unas cuantas carretas ante los ojos atónitos de la muchedumbre, la cual es más fácil de contentar aún, pues se contenta con el tacto de codos. Debe notarse que aquí cierran los establecimientos los días festivos, y que en particular las tabernas se cierran a diario a las seis de la tarde y no se abren los días festivos o en que hay aglomeración de gente; todo esto por mandato expreso de la ley, para evitar que la gente se ponga alegre, y, sin embargo, la gente, aunque no beba, ni fume, ni coma, se alegra sólo de mirarse y de ver ondear en calles y tejados vistosas y juguetonas banderas.

Si el gobierno finlandés quisiera hacer felices por completo a sus gobernados, no tendría que calentarse mucho los cascos; no tendría más

que dejar libre la venta de bebidas alcohólicas. Con sus restricciones tiene cortados los vuelos a estas gentes pacíficas, que no piden otra cosa que trabajar durante el día y olvidar sus penalidades durante la noche con auxilio de alguna bebida fuerte que se suba pronto a la cabeza. Con el sistema actual no hay diversión completa más que los sábados. El obrero suspende sus faenas el sábado por la tarde, y apenas cobra su jornal se dirige con la rapidez del rayo a la taberna más próxima, y antes de que la cierren ha bebido lo bastante para estar sin sentido hasta el lunes por la mañana, en que ha de reanudar sus faenas. El deseo de embriagarse es tan concentrado, que si fuera posible reprimir la importación y la fabricación nacional de bebidas alcohólicas, cada ciudadano tendría en su casa un pequeño alambique para fabricar alcohol por su cuenta y riesgo. El finlandés es muy ingenioso, muy pacienzudo, y, sobre todo, muy hábil para las manipulaciones que tienen una aplicación práctica; el campesino más ignorante sabe componer un aparato para destilar alcohol, y a pesar de su respeto a la ley, sabe burlar la ley si la ley no le deja el camino expedito para satisfacer su pasión predominante.

Comparados con el deporte alcohólico, todos los demás deportes o *sports* finlandeses pierden su importancia; sus juegos musculares, desprovistos de gracia, son ejercicios tan seriamente practicados que pierden sus atractivos si por acaso los tienen.

Natación, regatas, ciclismo, patinación y equitación, todo esto es cultivado a modo de ampliación de la gimnasia. Mucho más poético es

el baño, seguido de una sesión de masaje o sobeo científico, porque por este sistema se consigue fortalecer la musculatura sin necesidad de incomodarse; suda uno la gota gorda es verdad; pero la suda sin moverse y con tanto gusto que a veces ocurre quedarse dormido en la operación, soñando como deben de soñar los niños de teta.

Y ya que he hablado de patinación, voy a dar a conocer en España un género de patinación nuevo y curioso, que podrá ser practicado en Granada si llega a cuajar mi proyecto de «Finlandia andaluza». La nueva patinación es muy popular en el norte de Finlandia, y en Ulcabog, ciudad importante en lo alto del golfo de Botnia, hay todos los años carreras de velocidad que despiertan gran interés. Aquí ha llegado también la moda, y los patinadores se aprestan a cambiar los antiguos patines de hierro por los modernos de madera. Estos tienen dos, tres y hasta cuatro metros de largo, y quedan sujetos a los pies por una abrazadera colocada hacia el centro. Figurémonos un hombre de pie, con sus dos extremidades inferiores apoyadas sobre dos largos *rails* móviles, como un tren humano que va a ponerse en marcha; ya no hay más que empujar para que los *rails* corran sobre la nieve. Para dar impulso, lleva el hombre-locomóvil dos largos bastoncillos, cuya contera está provista de una rodaja con objeto de que no se claven demasiado en el suelo; inclínase hacia adelante, y como si fuera a remar, empuja con ambos bastoncillos a la vez o alternativamente, y corre con tan extraordinaria velocidad que se queda el espectador pensando que a la humanidad le han salido corrientes eléctricas en las patas.

XVIII

LOS BORRACHOS

En el profundo drama de Bjørnstjerne Bjørnson⁵⁰, *Por encima de nuestras fuerzas*, figura un tipo extraordinario, una especie de héroe de la fe, el místico y sentimental Sang, cuya mujer, por el contrario, está poseída por el descreimiento de nuestra época; y entre las muchas ideas que surgen naturalmente de este contraste, hay una, acaso la más bella del drama, que refleja un sentimiento de generosidad y de tolerancia muy digno de imitación. «Ahora que no participas de mi fe —dice Sang a su mujer—, ahora te amo todavía más».

Antes de leer este noble pensamiento de Bjørnson, tenía yo adquirida la buena costumbre, sin ser ningún Sang, de practicar constantemente la tolerancia con todo el mundo, y en particular con los que hacen lo contrario que yo. De aquí arranca mi simpatía por los borrachos,

de que yo no bebo nunca, y si por raro azar bebo, bebo lo que los borrachos detestan más: agua. Los borrachos tienen muchas cosas malas, pero yo los veo por el único lado bueno que tienen; los cojo por el asa favorable, como recomendaba Epicteto⁵¹, y los considero como organismos humanos elementales, gobernados por el instinto.

En *Un enemigo del pueblo* hay una escena tumultuosa, una reunión popular, en la que el doctor Stockmann intenta exponer las razones que aconsejan prohibir el uso de las aguas corrompidas, que, en vez de curar, matan a los que las beben. Llegado el momento de votar, todo el mundo vota en contra, excepto un borracho, que vota en pro del doctor. El borracho está puesto allí para afrentar a la democracia, que Ibsen desprecia, pero es también el instinto de la sociedad. Las personas cuerdas reflexionan así: el manantial estará infectado; pero la infección no será cosa grave cuando nos encontramos aquí reunidos, en perfecta salud; si se lo inutiliza, el pueblo va a perder una «fuente de riqueza»; Stockmann, pues, es «un enemigo del pueblo». Sustituyamos manantial por sociedad, y veremos que el razonamiento es vulgarísimo, puesto que lo empleamos a diario para justificar todos los abusos por aquello de que, al corregirlos, el remedio sería peor que la enfermedad. Los únicos que no transigen son el borracho y el hombre justo. El borracho piensa al modo que piensan los borrachos: —Si el manantial es un peligro para la salud, suprimamos el peligro aunque nos equivoquemos; no se pierde gran cosa por suprimir un manantial de agua en el mundo—. ¿Y el hombre justo, el idealista, el Quijote? Este coincide siempre con el borracho, porque

no es más que un borracho que no bebe, un hombre que se embriaga con ideas.

El hombre ebrio es la expresión más clara que existe en la tierra del ser humano instintivo, y en éste hay que buscar la clave para descifrar al ser de razón. Existe una filosofía de la embriaguez, no estudiada aún por meticulosidades ridículas. Puesto que hay microbiólogos que se immortalizan a fuerza de manipular en excrementos humanos, séame a mí permitido hacer algunas reflexiones sobre la embriaguez, ahora que vivo en un medio favorable. El borracho finlandés es uno de los más perfectos de Europa; es el borracho *a priori*, es decir, que sería capaz de destilarse a sí mismo para embriagarse con su propia sustancia. De tal suerte juzga y considera compenetrados el hecho de existir y el de mitigar esta desventura con algún consuelo espirituoso.

Mis investigaciones sobre este tema datan de largo. El mismo día que llegué a Amberes, ya hace algunos años, salí por la noche a dar un vistazo a la ciudad, y lo primero que me llamó la atención fue ver pandillas de hombres borrachos, cogidos del bracete, cantando el himno nacional belga La Brabançonne⁵², o la canción de moda en aquel entonces, que creo que era el tan celebrado, repetido y tonto *¡Tararabum de ay!* importado de Inglaterra, la nación que tiene peor oído entre todas las de la «vieja» Europa. Y todo lo que fui viendo después venía a confirmar la idea que me sugirieron los borrachos: que las cualidades esenciales del pueblo flamenco eran el espíritu de asociación y la manía musical.

Muchos domingos hacía largas excursiones por el campo. A veces oía a lo lejos, por entre la espesa y menuda llovizna que suele caer de continuo, un zumbido intenso y prolongado como el de una legión de abejorros puesta en marcha y luego veía aparecer un grupo de peregrinos, viejos y viejas casi todos, que iban de unos a otros pueblos, en la mano el rosario y en los labios la oración. Y poco después oía un trompeteo infernal, y luego veía aparecer la banda musical de este o aquel lugarejo, formada por la gente moza, amiga de divertirse, aunque sea a costa de los sudores que da el ir cargado con un formidable trombón. Si yo fuera amante de las antítesis, hubiera pensado, como Echegaray al comparar en su drama *Dos fanatismos*⁵³ la candileja de aceite y el arco voltaico, que los devotos romeros eran la vieja fe, el pasado, y los músicos de blusa el progreso moderno, el presente y el anuncio del porvenir; pero yo soy amante de las síntesis, y se me ocurrió pensar que los unos y los otros, y los que vengan después, eran y serán siempre en diversas formas creaciones del espíritu invariable de aquel territorio.

Los países cuyo suelo es muy quebrado parece como que ellos mismos lanzan a unos hombres contra otros. Hasta en los libros de texto se enseña a los niños que los habitantes de la montaña son más guerreros que los de la llanura. En los países llanos, como Flandes, los hombres están como las espigas en una haza de trigo: puestos pacíficamente y predispuestos para vivir en pacífica asociación. Además, el suelo está al nivel del mar, o más bajo aún, y la presión atmosférica es enorme, hay necesidad de poner los pulmones en ejercicio.



ELIN DANIELSON-GAMBOGI. *Hombre sentado a una mesa*, 1886.
Galería Nacional de Finlandia, Helsinki

¿Cómo? Esto es lo único que depende de la evolución: aquel rezaba mirando al cielo, este sopla en la embocadura de un cornetín, el que venga después quizá prefiera dar rebuznidos. Pero lo esencial será siempre desahogarse. Y si se cree que mi teoría es caprichosa, que se me explique por qué en un pueblo tan amante de la música todo el mundo da la preferencia a los instrumentos de viento.

En Finlandia hay también pasión por la música, y mayor aún por el canto. El orfeón o *sangfoerening* se multiplica como la langosta; las fiestas públicas más celebradas en el país son los certámenes corales; la figura más grande que ha concebido el numen popular finlandés, Wäinämöinen, es un viejo célibe, cuya ocupación predilecta consiste en cantar acompañándose con el *kantele*⁵⁴. Y, sin embargo, lo que hay más profundo en el espíritu finlandés no es el amor al canto ni a ninguna de las bellas artes; lo que hay nos lo va a decir el borracho. Para esto, naturalmente, hay que elegir el tipo más general, el que se ofrece a los ojos del público como resumen de las aspiraciones instintivas de la colectividad; y ese tipo es el del obrero borracho, que compra una tagarnina, monta en un cochecillo descubierto y va por los lugares más visibles luciendo su importante personalidad. No va a ver, pues cuando toma el coche carece ya hasta de fuerza para abrir los ojos, ni tampoco a que lo vean, pues esto supondría un descaro que no se compagina bien con el respeto que aquí se tiene a las buenas costumbres. La idea del borracho es llegar pronto a su casa y llegar como llegan las «personas decentes», o sea las que usan carruaje a diario.

Debe notarse que aquí el cochero o *iswochyic* (una de las contadas palabras rusas usadas en sueco) suele dispararse a correr sin preguntar a dónde debe ir; yo he hecho dos veces la prueba, y he estado horas y horas paseando por donde al *iswochyic* le daba la gana, hasta que me he cansado y le he dicho que pare. Ocurre, pues, que, con el traqueteo, el borracho se duerme a los pocos pasos, y que a veces se cae del trineo o se queda atasajado en él con la cabeza arrastrando por la nieve, mientras el conductor sigue impávido su carrera sin mirar atrás, hasta que le saca de su «apoteosis» algún alma caritativa, si por casualidad se encuentra alguna de estas almas al paso. Pero aun con la cabeza rota, el borracho llegaría a su casa muy contento, porque había satisfecho una exigencia de su instinto, la de aparecer exteriormente, aunque sea por breves instantes, como un hombre que goza de las comodidades de la vida. y al ver la frecuencia con que se va de uno a otro departamento, dan ganas de pensar que aquellos fieles han ido a adorar el santo por la peana.

Será curioso trazar un mapamundi de la embriaguez, uniendo con líneas ondulantes los puntos del globo iguales en intensidad alcohólica; tendríamos acaso líneas muy semejantes a las isotérmicas, porque a primera vista se nota que el alcoholismo va aumentando conforme va descendiendo la temperatura; y sería más curioso aún estudiar las formas exteriores con que se muestra la borrachera humana para conocer el carácter de los diversos territorios. El Norte nos daría el borracho constitucional (y no se crea que me refiero a ninguna constitución, hablo del temperamento), intensivo, metódico y práctico;

Inglaterra, el borracho más resistente y el que da menos chispas; un borracho subjetivo, que bebe hasta caer desplomado, como un cuerpo sometido a las leyes del inglés Newton; Alemania, el borracho humorístico y pedagógico. Yo recuerdo haber estado cierta vez en una reunión de alemanes jóvenes, y uno de ellos que bebió más de la cuenta, se subió en un tonel y nos explicó una tesis doctoral sobre la «Influencia de Agamenón en el desarrollo de la lingüística comparada».

El borracho de los Países Bajos (de todas las provincias antiguas, no sólo la de Holanda de hoy) ya se sabe que es corporativo y filarmónico; pero tiene además una cualidad curiosa: es el que aguanta menos la orina. Y en prueba de que la observación no es baladí, citaré en mi apoyo al prodigioso Teniers⁵⁵, en muchos de cuyos cuadros hay en segundo término un hombre inclinado contra una pared o vuelto de espaldas al espectador en actitud manifiesta de hacer aguas. Teniers era el más realista y el mejor observador entre los pintores flamencos; tan genial, desde cierto punto de vista, como el mismo Rubens⁵⁶, y ese rasgo personalísimo de sus cuadros no es caprichoso, pues por él nos ha legado una «fisiología del borracho flamenco», así como Velázquez nos dejó en su cuadro famoso una «psicología del borracho humano»⁵⁷. El hecho es innegable, y nada perderían los médicos con meditar sobre él. Yo entiendo que esa incontinencia de orina no procede sólo del uso de la cerveza, sino que anda por medio la presión del aire y acaso también la afición a la música.

Continuando el viaje hacia el Sur, nos encontraríamos en Francia con el borracho patriótico, y en España e Italia con los peleístas, con los de la navaja; y en el continente negro no sé lo que ocurriría si el Corán no tuviera a sus devotos un tanto metidos en cintura. Bien dijo el que dijo que no hay libro que no tenga algo bueno. La parte negativa o prohibitiva del Corán, es, en general, excelente, como lo son casi todas las prohibiciones, por lo mismo que casi todo lo que los hombres hacemos son puros disparates. Aunque duela confesarlo, para registrar nuevos estragos del alcohol, hay que volver las espaldas al Islam y echar una ojeada sobre los centros de colonización establecidos en África por los civilizadores europeos.

Del estudio de la embriaguez se deducen muchas verdades útiles para todas las ciencias; pero yo sólo voy a sacar esta conclusión consoladora: todos los borrachos del mundo tienen un rasgo común, todos marchan haciendo eses; aun estos de Finlandia, que usan carruaje, van dentro de él dando unos vaivenes, que si no son eses perfectas, poco les falta; y en esa particularidad veo yo una expresión de la filosofía de la Historia, puesto que también la humanidad camina, ya torciéndose hacia un lado, ya hacia el otro, siempre en dirección de algo desconocido, que debe de ser su casa, a la que llegará, no hay que dudar, como llegan los borrachos, aunque sea tarde y con la cabeza vendada.

XIX

CÓMO SE DIVIERTEN LOS FINLANDESES: ESPECTÁCULOS TEATRALES

Si se reúnen varios hombres de talento y de chispa, no tienen más que soltar la lengua para matar alegremente el tiempo; si se reúnen varias personas graves y sin gracia, necesitan para divertirse organizar algo. Hay precisión de divertirse, y cuando no surge espontáneamente la diversión, nuestra voluntad suple la falta con regocijos artificiales. Por esto, los pueblos que no tienen habilidad o humor para distraerse de un modo natural, son los que disfrutan de mejores y más variados espectáculos teatrales; y el de Finlandia, por un contraste muy marcado, merced a la organización, siendo uno de los pueblos más tristes, se convierte en uno de los más alegres o divertidos del mundo.

Una población como esta de Helsingfors, que en España tendría a lo

sumo un par de teatros, mantiene en constante y próspero ejercicio diez o doce, que cultivan todos los géneros de distracción conocidos en Europa y América, y algunos de propia invención. Hay teatro sueco, donde se representan obras de autores suecos o sueco-finlandeses, y traducciones de las de todos los teatros europeos. Figura a la cabeza Ibsen; después Alemania con Hauptmann⁵⁸ y Sudermann⁵⁹; luego Francia con Dumas⁶⁰, Inglaterra con Pinero⁶¹, y España con Echegaray. Yo he asistido a una representación de *Mariana*⁶², que me hizo pasar un mal rato. A excepción del actor sueco Svennberg, que interpretó bien el papel de Montoya, los demás eran tipos graciosos por lo discordantes: D. Pablo, un inglés; D. Cástulo, un alguacil del tiempo de Quevedo; las señoras no habían tenido fuerzas para llegar a España, y se habían quedado en el camino, en cualquier parte.

Hay Teatro Finlandés, frecuentado por una sociedad que parece imposible que viva mezclada con la que asiste al Teatro Sueco; tan diferentes son los tipos, los trajes y hasta el aire que se respira. El Teatro Finlandés tiene escaso repertorio de obras originales, porque es de creación reciente; da traducciones de Shakespeare en primer término, y traducciones de obras suecas o alemanas. El *John Gabriel Borkman*, de Ibsen, se estrenó la misma noche en ambos teatros. También rinde culto al teatro de moda, y no hace mucho dio *Erotaan pois*, o sea *Divorçons*, de Sardou y Najac⁶³.

Viene luego el teatro Alejandro, con obras rusas, suecas y espectáculos diversos. Este año ha actuado una compañía de ópera italiana

con un extenso repertorio. La Universitetets-solemnitessal da con frecuencia grandes conciertos; la Studenthus fiestas variadas y Brandkorshuset fiestas variadas, y «Brandkorshuset» conciertos populares y bailes; hay circo ecuestre, donde acude el pueblo a ver luchar los atletas, y numerosos teatros de corporaciones; y por si no bastara, los principales hoteles de la ciudad disponen de grandes salas de espectáculos, donde se realiza simultáneamente la doble operación de divertirse y de comer a dos carrillos. La distracción nocturna es aceptada como un ejercicio higiénico, indispensable. De sobremesa, la familia acuerda el plan de campaña, arreglándose de modo que cada cual eche por su lado para disfrutar de mayor libertad de movimientos; el padre va al club, la madre al Teatro Sueco, la hija a la ópera y el hijo a un sitio donde haya *varieté*, es decir, canto y baile picantes al modo del *café-concert* francés. Así se distribuye equitativamente el dinero, y se satisfacen armónicamente todos los gustos.

Todos los espectáculos mencionados son poco más o menos como en todas partes, por lo mismo que son de puro artificio; la única forma un tanto original y que merece ser conocida es el *allegri-lotteri*, que se da casi siempre como «función de auxilio» por corporaciones que se hallan mal de fondos. Un *allegri-lotteri* es una rifa combinada con todas las artes y ciencias, y hasta con cosas que no son ciencia ni arte. Cuando el *allegri-lotteri* llega a su máximo desarrollo, se transforma en *fest*, cuyo anuncio coge dos o tres columnas de periódico, puesto que es una serie de espectáculos combinados que duran dos o tres días. Lo más característico de estas fiestas son los cuadros vivos,

utilizados aquí con excelente sentido práctico como medio de vulgarización artística. Las conferencias, intermedios musicales y dramáticos, bailes y rifas, no tienen tanta originalidad.

Los cuadros vivos son representados por las personas más distinguidas de la sociedad, sirviendo para cada paso las que por su tipo son más a propósito. Cuando una señorita figura en los cuadros con demasiada frecuencia, hay quien dice que es que desea casarse pronto; pero aparte algunas ligeras murmuraciones, en general se aplaude como acto meritorio el de prestarse a figurar desinteresadamente, por amor al arte, en los cuadros o tablår.

Nosotros consideramos estos cuadros vivos como algo infantil, digno de hacer juego con los castillos de fuegos artificiales; sin embargo, todo depende de la manera de entender y hacer las cosas. Supongamos que se organiza una fiesta, en la que una persona inteligente da una conferencia acerca de Wagner y sus obras, y que después en diversos cuadros se representan escenas de *Tannhauser*, de *Lohengrin* o de *Parsifal*⁶⁴. Con esto, y con algunos números musicales, se habrá dado una anticipación de un arte nuevo y grandioso, del que se suele hablar mucho, y del que la generalidad no tiene la menor idea. Hay espectáculos caros, que no están al alcance de las poblaciones pequeñas, y de los que se puede tener a poco coste una idea plástica por medio de los cuadros vivos.

Además, no se trata sólo de obras representables; hay obras dramá-

ticas irrepresentables, que podrían ser popularizadas por este procedimiento. Acaso la obra más real, más vigorosa del teatro español, sea una obra no representada nunca, *La Celestina o Tragicomedia de Calixto y Melibea*. ¿No es injusto que esta obra admirable, por no ser teatral, se haya convertido en «tragedia de gabinete», conocida sólo de las personas cultas, siendo, como son, sus tipos merecedores de vivir en la imaginación popular con mejor título que muchos de nuestro teatro clásico? Esta injusticia se podría reparar en parte reproduciendo en cuadros diversos las principales escenas del drama. Como los personajes no hablarían, no habría peligro de escuchar ninguna de las crudezas de la desenfadada creación del estudiante Fernando de Rojas. A este tenor, sería fácil ofrecer ejemplos en que los cuadros vivos tendrían aplicación eficaz, ya como obras artísticas en sí, ya como avanzada o vanguardia de notables representaciones artísticas.

Aunque hablo aquí de los teatros como centros de diversión, voy a terminar esta carta diciendo algo sobre la escasísima producción dramática de Finlandia. En medio de la desenfrenada vida teatral, de que he dado un apunte sumario, la dramática finlandesa se halla como anegada y sin lograr ponerse a flote. En todos los asuntos impera un cosmopolitismo desenfrenado, y en los teatrales más aún, porque se va sólo al *affär*, al negocio. Aquí todo es negocio: negocio de teatro, negocio de vinos, negocio de hoteles, negocio de zapatos. Quien dispone de capital está al acecho, y lo mismo toma un negocio de teatros que un negocio de comestibles. No obstante, se protege mucho a los autores del país, y el que logra distinguirse mucho es objeto de

veneración; el aniversario de su natalicio es día festivo, teatralmente hablando; hay iluminaciones y colgaduras y representación de gala; algo por el estilo de lo que en España ocurre con *Don Juan Tenorio*, o en Granada el día de la Toma⁶⁵; sólo que aquí el entusiasmo es todavía mayor. El Runebergsdag, o «Día de Runeberg», es día tan festejado como el del Corpus en España.

Hay dos grupos de autores dramáticos, como hay dos teatros, dos lenguas de uso general y dos formas de vida diferentes. Los que escriben en sueco podrían figurar sin gran dificultad en el teatro sueco, aunque los asuntos de sus obras sean tomados generalmente de la vida o de la historia finlandesas; no ofrecen ningún rasgo original que los haga dignos de ser conocidos o imitados fuera de su país. Los más notables han escrito para el teatro de una manera secundaria. Runeberg, autor de *Kan ej* («No puedo»), y *Kungarna på Salamis* («Los reyes en Salamis»), es el primer poeta de Finlandia. Zacarías Topelius, fecundo novelista, ha compuesto, entre otras obras dramáticas, *Regina von Emmerfitz* y *Efrer femtio år* («Cincuenta años después»). Wecksell, notable poeta lírico, ha dejado en su drama *Daniel Hjort* la obra más saliente del teatro sueco-finlandés.

El teatro finlandés no ha tenido aún tiempo para adquirir desarrollo. Aparte pequeños ensayos, como la *Ruunulinna*, de Logervall (arreglo de Macbeth), o la comedia de Hannikainen, *Silmaenkaeaeentaejae* (puesta aquí sólo como trabalenguas), el primer autor dramático en lengua finlandesa es Alexis Kivi, que murió loco en 1872 y que entre

varias producciones, alguna tan notable como *Nummissuntarit*, dejó una tragedia un tanto melodramática, pero de grandiosa concepción, *Kullervo*, con la cual el teatro finlandés buscó su natural asunto, el de la poesía épica popular, de la que está sacado el asunto de *Kullervo*, protagonista de un trágico episodio del *Kalevala*. Los que sucedieron a Kivi, entre los que figuran Erkko, Minna Canth, Numers, se inspiraron, ya en la tradición épica, ya en la vida popular, sin haber dado aún obras magistrales que coloquen el teatro finlandés a la altura de un teatro nuevo, original, en Europa.

El teatro finlandés tiene mala estrella: sus dos autores más grandes, Kivi entre los finlandeses y Wecksell entre los suecos, han concluido por volverse locos; así es que los que han venido detrás han entrado en tierra de miedo y no quieren pasar de medianos.



XX

LA POESÍA ÉPICA POPULAR FINLANDESA: EL KALEVALA

Lo más bello y característico de la literatura finlandesa aparece en los tiempos heroicos anteriores a la Era cristiana. El pueblo finlandés muestra su genio poético en creaciones admirables; luego, como quien ha dicho de una vez cuanto tenía que decir, enmudece y se esfuerza sólo para conservar por tradición estas creaciones primitivas. Un espíritu escéptico creería acaso que la poesía popular finlandesa no ha sido una creación original, sino una adaptación; que un pueblo capaz de vivir siglos y siglos en silencio, no ha podido tener un arranque de locuacidad tan fecunda como la revelada en el comienzo de su historia. Esta historia, sin embargo, explica en parte la anomalía.

Un pueblo sometido a dominaciones extrañas no puede desenvolverse con libertad. La cultura sueca trasplantada a Finlandia ahogó en flor la cultura indígena, y el partido más prudente que pudo tomarse fue quizá el que los finlandeses tomaron, el de conservar intacta y escondida su tradición poética para que no se mezclara y se corrompiera. Un hecho significativo es que la reaparición de la literatura finlandesa tradicional, y como consecuencia el renacimiento literario de Finlandia, sigan de cerca el término de la dominación material o política de Suecia.

La literatura primitiva de Finlandia comprende géneros muy diversos; las composiciones de carácter lírico forman una gran colección titulada *Kanteletar*; son canciones cortas sobre toda clase de asuntos, propias para ser cantadas con acompañamiento del *kantele*, instrumento de cuerda, de forma original, inventado por el sabio héroe Wäinämöinen; los *loitsurunot* son canciones relativas a la magia, que para los finlandeses primitivos era un saber muy elevado, una especie de filosofía natural, cuyo objeto era el conocimiento de las «palabras de origen» o términos mágicos, con los que se creía poder dominar las fuerzas naturales. Pero en ninguna de estas creaciones poéticas, ni en las leyendas o cuentos fantásticos que asimismo abundan, pudo tomar gran vuelo el espíritu finlandés, rudo y enérgico, obligado a vivir en lucha constante contra un clima inhumano; su obra capital, por no decir única, fue el relato poético de estos combates: el *Kalevala*.

El asunto principal de estos primitivos cantos épicos era la lucha en-

tre dos regiones del país; una, al sur, Kalevala, era como la representación de Suomi o Finlandia; otra, al norte, en Laponia, era el reino de las tinieblas, el territorio de Pohja o Pohjola; y todos los combates tenían un motivo céntrico, giraban alrededor del molino de Sampo, que era un símbolo de la dicha humana, y que, aun después de desvanecerse en el mar, continúa dando días de felicidad a Finlandia. Ligados a este argumento había numerosos cantos episódicos, como el de la creación del mundo, el de Joukahainen, el de Aino, el de Kullervo, etc.

Tan interesante epopeya quedó en su forma fragmentaria primitiva hasta hace cosa de medio siglo; y la gloria de haberla resucitado y dado a luz corresponde a un modestísimo mancebo de botica, después médico de pueblo, Elías Lönnrot, quien después de varios ensayos parciales publicó en 1835 su primera edición del *Kalevala*, y en 1849 una segunda más completa, que fue traducida al sueco por Castren y después por Collan. Aunque es probable que este último texto sufra aún modificaciones y sea completado en unos puntos y purgado en otros de ciertas interpolaciones que no tienen carácter épico, tal como hoy existe da perfecta idea del mérito de una epopeya que, sin esfuerzo, puede ser colocada entre las mejores. Ya que mi falta de paciencia para los trabajos de traducción no me permite dar a conocer íntegra esta obra admirable (cuya versión exigiría un año o dos de trabajo asiduo), daré al menos un breve extracto de ella para contribuir por mi parte a que España sea de las primeras naciones que tengan idea de tan notable monumento literario.

Comienza el *Kalevala* nada menos que por la creación del mundo, la cual es explicada mediante un esbozo o embrión de teogonía, que participa a la vez de la mitología aria y del panteísmo brahmánico. En un principio el universo estaba poblado de divinidades; el más grande entre los dioses era Ukko, especie de Júpiter, y la primera de las diosas Akka, muy semejante a Ceres. No existía la tierra; pero sí el agua, el mar. Una de las diosas, llamada Ilmatar, hija del Aire azul, símbolo de la pureza y de la luz, desciende del cielo y se hunde en el mar, donde vive largo tiempo sola, hasta que, ansiosa de volver a su antigua morada, pide auxilio a Ukko, el cual le envía un pájaro, que, no hallando dónde posarse, hubiera volado eternamente sobre la superficie de las aguas si la piadosa doncella Ilmatar no hubiera tenido la idea de sacar las rodillas y ofrecer en ellas un descansadero al celestial peregrino. El pájaro no fue desagradecido, pues puso en el acto siete huevos, seis de oro y uno de hierro. A los tres días sintió Ilmatar en la rodilla un calor como si se la quemaran; hizo un movimiento y dejó caer en el mar los huevos, de los que salió toda la creación.

Apenas creado el mundo, aparece en él un hijo de la misma doncella Ilmatar, llamado Wäinämöinen, quien notando que la creación está aún incompleta, se consagra a perfeccionarla con ayuda de Pellervoinen, que viene a ser como un símbolo del Trabajo, y bajo la protección de su madre y de los dioses Ukko y Akka; de esta suerte llega a tener la tierra cuanto hace falta para la vida de la especie humana, y Wäinämöinen puede dedicarse al canto, su afición favorita, con la

que entretiene sus ocios y mata sus tristezas de viejo solterón.

Cuando comienza la acción, el héroe principal de ella, Wäinämöinen, es un anciano venerable, de abundosa barba blanca, respetado de todo el mundo por su sabiduría y por sus talentos de cantor. Otro cantor joven, llamado Joukahainen, acude a Kalevala y pretende ponerle a prueba. Wäinämöinen le invita a que dé muestras del saber de que tanto se envanece, y Joukahainen, lleno de petulancia, no se hace rogar; sus conocimientos son variadísimos: sabe que el respiradero de las casas está en el tejado, y la lumbre en el hogar; que los lapones tienen renos; que Imatra es la catarata más grande del país; que la serpiente no tiene patas, y otras mil cosas tan interesantes como estas; sin embargo, entre sus infantiles alardes de sabiduría hay algún concepto profundo: Joukahainen sabe que el mejor remedio contra las enfermedades es el agua, y que el primero y el más grande entre todos los médicos es el Creador. El viejo y sabio Wäinämöinen se burla del joven cantor, y este, encendiéndosele la sangre, le desafía con palabras llenas de bravura; el viejo le contesta que no quiere combatir con un locate como él; pero obligado por los insultos del mancebo, se decide a castigarle; pronuncia la palabra mágica, y el triste Joukahainen, desarmado como un muñeco, se ve bien pronto por tierra y con la vida pendiente de los labios de Wäinämöinen. Para aplacar al irritado viejo, le ofrece cuanto posee: primero un arco famoso; luego un bote como no existe otro en el mundo; después un corcel de guerra, y, por último, plata y oro, y todos sus bienes; el viejo, inflexible, contesta a cada ofrecimiento: «Nada de eso me hace

falta; yo lo tengo ya mucho mejor», y cada vez oprime más contra el suelo al pobre mozo, que, próximo a la agonía, exclama: «Te daré a mi hermana Aino para que sea tu mujer; ella será tu compañera; te amasaré rico pan de miel, te limpiará la casa todas las mañanas y te hará la cama todas las noches». El viejo cantor se enternece ante tan bella perspectiva, acepta el ofrecimiento y perdona la ligereza de lengua del imprudente Joukahainen.

Sigue a la escena de los cantores el patético episodio de Aino. Joukahainen vuelve a su casa en la mayor aflicción, y a las preguntas inquietas de su madre, contesta llorando que ha vendido a su hermana Aino. La madre se muestra satisfecha, pues deseaba emparentar con el famoso cantor; pero la joven Aino rompe a llorar con amargo desconsuelo. ¿Cómo va ella a resignarse a dejar su casa y a perder de vista para siempre el sol que la alumbra y el cielo azul que la cubre? Aunque la madre le dice que el sol luce en todas partes, la candorosa muchacha continúa llorando sin explicar la verdadera causa de su duelo. Después de una declaración de amor del viejo Wäinämöinen, a la que contesta Aino con desvío, viene una tiernísima escena. Aino llora junto a la ventana; su padre, su hermano, su hermana, van pasando, y uno a uno preguntándole por qué llora; Aino contesta que ha perdido en el bosque sus joyas y que no las puede encontrar; pasa, por último, la madre, y a esta le refiere la joven su encuentro con el cantor; la madre intenta convencer a la hija; pero ésta, después de nuevos lloros, declara que prefiere ir a habitar en lo más profundo de los mares a pasar su juventud al lado de un viejo, a quien no puede

amar. Dominada por esta idea, se dirige a una playa cercana; allí llora toda la noche, y al amanecer, después de quitarse sus vestidos, se arroja al mar, entre cuyas ondas desaparece para siempre. Siguen largas reflexiones sobre la desgraciada estrella de Aino, y termina el episodio con una leyenda. En el sitio donde Aino desapareció nacieron tres islitas; en cada islita, tres árboles, y en cada árbol cantan tres cucos. Durante los tres meses de verano un cuco canta: ¡amor, amor! en recuerdo de la joven que duerme sola en el mar; otro cuco canta durante seis meses: ¡dicha, dicha! para el viejo pretendiente, sumido en el más profundo dolor; el tercer cuco canta: ¡alegría, alegría! para el pobre corazón de la madre de Aino. Y este tercer cuco canta siempre.

El viejo y sabio Wäinämöinen, encariñado con la idea de tener una esposa joven que le haga más llevaderos los días de la vejez, emprende el viaje a Pohjola, con el que se inicia la acción principal del *Kalevala*. Joukahainen intenta dar muerte al viejo; pero este se libra milagrosamente y logra llegar a Pohjola y presentarse a Louhi, dueña y señora del país, a la que le pide la mano de su hija, mediante generosos ofrecimientos; Louhi los rechaza, y exige sólo como condición para entregar a su hija la construcción del molino de Sampo. Wäinämöinen declara que él es inhábil para esta empresa; pero que tiene un hermano llamado Ilmarinen, herrero de oficio, que se encargará de llevarla a cabo. Vuelve a Kalevala, y venciendo la resistencia de su hermano, hombre corto de palabras y más corto aún de ideas, le decide a marchar a Pohjola. Ilmarinen se presenta a Louhi; conoce

a la doncella de Pohjola (cuyo nombre no es pronunciado ni una vez en el curso de la obra), y mediante promesa de casamiento, construye el molino misterioso; la doncella se niega después a casarse, e Ilmarinen regresa solo a su país.

La acción se interrumpe con el episodio de Lemminkäinen, el tercero y último héroe Kaleva. El primero es el sabio; el segundo, el herrero, el trabajador; el último, el guerrero. Refiérese cómo Lemminkäinen se casa con Kyllikki, la hermosa doncella de Saari; ambos viven felices en Kaukoudden, cumpliendo la promesa hecha al casarse; él no sale a buscar aventuras, y ella no va a las reuniones a bailar. Un día Annikki, hermana del héroe, dice a este: «Anoche fue Kyllikki al pueblo a bailar, a jugar y a cantar con los jóvenes», y en el acto Lemminkäinen pide a su madre que le lave una camisa para marcharse a la guerra, a Pohjola. Después va pidiendo todos sus arreos y su corcel; no va sólo a la guerra, va a buscar otra mujer que no sea tan ligera como Kyllikki. Y sin atender a las súplicas de esta ni a los consejos maternos, marcha a la guerra, encomendándose al omnipotente dios Ukko. Preséntase a Louhi, pidiéndole que le entregue la más bella de sus hijas; Louhi se niega, porque Lemminkäinen tiene ya otra esposa legítima; pero cuando este asegura que es libre, pues Kyllikki faltó a su promesa, le ofrece la mano de su hija, a condición de que coja el ciervo salvaje de Hüsi. El héroe se encamina al bosque; invoca a Ukko y a los genios Tapio, Nyyrikki y Mielikki, y con su auxilio da cima a la difícil empresa. Louhi le exige después que coja el corcel de Hüsi, y, por último, no satisfecha aún, le pide

el cisne de Tuoni. En esta empresa es herido Lemminkäinen por una serpiente; siéntese morir y llama a su madre, la cual, después de una peregrinación dolorosa, llega a tiempo de salvar a su hijo. Ambos regresan a Kaukoudden.

Wäinämöinen e Ilmarinen se dirigen por segunda vez al país tenebroso de Pohjola y se presentan a Louhi, para que esta decida a quién pertenece la disputada doncella; la cual, en presencia de los dos pretendientes, declara que no quiere riquezas, sino amor, y rechaza a Waeinaemoeinen, que huye lamentándose de no haber buscado mujer en los bellos días de la juventud. Sigue una descripción suntuosa de las bodas de Ilmarinen, en las que son dignos de mención los discursos de Louhi, de la novia y de varios concurrentes. Ilmarinen regresa con su mujer a Kalevala. Celébrase una fiesta, en la que Wäinämöinen canta un admirable epitalamio.

Lemminkäinen no ha sido invitado a las bodas y desea tomar venganza, preséntase en Pohjola, pide hospedaje, y con pretexto de que la cerveza que le ofrecen no es buena, mueve querrela al mayordomo de Pohja y le mata en desafío. Louhi llama a su gente para castigar al insensato que ha venido a turbar la alegría de las bodas, y el vengativo héroe huye a Kaukoudden a pedir amparo a su madre, la cual le aconseja que se esconda en cierta isla donde existe una ciudad libre, contra quien nada pueden los hombres de Pohja. Así lo hace Lemminkäinen; llega a una isla, habitada por hermosas doncellas cantoras; pero el amor filial puede más en él que todos los encantos,

y abandona la isla para buscar a su madre; al fin la encuentra sola, huyendo de los hombres de Pohja, que le han incendiado la casa y el jardín, y madre e hijo se reúnen con transportes de júbilo.

Sigue el gran episodio del desgraciado Kullervo. Este ha sido vencido por su hermano Untamoinen, y trabaja al servicio del buen herrero Ilmarinen, en Karelia. La mujer de Ilmarinen, la maligna doncella de Pohja, mira con malos ojos a Kullervo. Un día, al amasar el pan, esconde una piedra dentro de una hogaza, con la que obsequia al pobre mozo cuando este se va a apacentar el ganado. Mientras el ama invoca a los buenos genios para que protejan su rebaño y saluda con palabras de amistad al oso, «patas de miel, bello rey de las selvas», Kullervo llega al bosque y dispónese a merendar; parte la hogaza, y al descubrir la piedra prorrumpe en tristes lamentaciones. Aconsejado por un cuervo, que le escuchaba desde un árbol, junta una manada de lobos y de osos y la conduce a casa de su ama; ésta es destrozada por las feroces bestias, y Kullervo huye sin saber adónde irá. Logra hallar a su madre; sabe que durante su ausencia ha desaparecido una de sus hermanas, y abandona de nuevo la casa paterna. En su triste peregrinación va encontrando muchachas por el camino; a todas las invita a montar en su trineo, y todas le contestan con las mismas palabras: «Antes querría morir que montar en tu trineo». Halla, por último, a una joven muy bella; invítala, y aunque recibe igual respuesta, la coge y la sienta en el trineo; saca oro y telas con los que trastorna los sentidos de la muchacha, y logra seducirla. Al alborear del nuevo día, la joven pregunta a su amante cómo se llama. «Soy —

dice este— Kullervo, hijo de Kalervo. Y tú, ¿quién eres?». La joven, aterrada, le dice que es también hija de Kalervo, y en frases vehementes cuenta la historia de su desaparición y describe su tormento. Después salta del trineo, corre hacia una catarata y se arroja en medio del torbellino. Vuelve Kullervo a su casa, refiere a su madre la horrible desventura y pregunta qué ha de hacer para expiar su crimen; la madre le aconseja que se retire a un bosque y se esconda allí hasta que el tiempo le haga olvidar; pero Kullervo quiere ir a la guerra y vengarse de su hermano Untamoinen. Después de esta escena trágica y de la despedida de Kullervo de todos los suyos, viene el lúgubre relato de un viaje. Kullervo camina, de cuando en cuando se le presenta un mensajero, diciéndole: «Ha muerto tu padre, tu hermano, tu hermana»; a todos les contesta Kullervo: «Que lleven el muerto a la sepultura», y sigue caminando. Por último, un mensajero le dice: «Tu madre acaba de morir». Kullervo se echa a llorar, y clama: «¡Ay de mí, que ha muerto mi madre, lo que yo más amaba sobre la tierra! ¡Y yo no estaba allí, yo no estaba a su lado! ¡Quizá ha muerto de hambre, quizá ha enfermado de frío! Que laven a la pobre muerta; que la hagan una costosa mortaja; que dolientes plañideras canten al llevarla a enterrar. Yo no puedo ir allá; Untamoinen está aún con vida y no ha recibido el castigo que le espera. —Y tú, Ukko, el más grande entre todos los dioses, tú que eres señor de cuanto existe, haz que el ciclo arroje de sí una espada para Kullervo que te implora, y que la gente de Untamoinen perezca al filo de esta espada divina». Ukko escucha esta súplica; una magnífica espada cae del cielo; Ku-

Ilervo cumple su venganza con implacable furor; después, presa de mortal abatimiento, dirige esta última tierna invocación a su madre, y echándose de bruces sobre la punta de su espada, se desploma en tierra atravesado de parte a parte, y expira.

Se reanuda la acción. Ilmarinen llora amargamente la muerte de su mujer, y deseoso de consolarse, se encamina de nuevo a Pohjola, con idea de casarse allí por segunda vez. Louhi le despide con cajas destempladas; mas el buen herrero, por no volver solo, roba a una muchacha de Pohjola, la cual le engaña en el camino. Ilmarinen llega a Kalevala solo y despechado, y declara a Wäinämöinen que, según noticias recogidas en el país de Pohja, el molino de Sampo tiene la virtud de hacer feliz a quien lo posee. Convienen los dos hermanos en marchar al país de las tinieblas a robarle la felicidad de que disfruta, y para mayor seguridad, el viejo y sabio cantor lleva una espada que Ilmarinen forja con extraordinario esmero. En el camino encuentran al valiente Lemminkäinen, que al saber que se trata de combatir a los de Pohjola, se une a los hermanos; y así, los tres héroes Kalevas emprenden la conquista de Sampo. Llegados a la presencia de Louhi, solicitan de esta, con palabras de paz, que les entregue la mitad del molino. Louhi se niega y llama a sus gentes a las armas. Los tres héroes se dirigen a la montaña donde está escondido Sampo, y con gran esfuerzo, y gracias al poder hercúleo de Lemminkäinen, logran arrancarlo de su sitio y ponerlo en el barco en que vinieran a Pohjola. Todo marcharía felizmente si una espesa niebla no les impidiera hacerse a la mar. Wäinämöinen consigue romper la niebla con su

espada; pero la alegría se le enturbia muy pronto, pues se le cae en el hondo del mar el *kantele*, su compañero inseparable, sin el cual no puede ni cantar ni regocijarse el venerable viejo. Entretanto acude con sus guerreros la enfurecida Louhi, que para combatir mejor se transforma en águila. La lucha es formidable, y para terminarla, el prudente Wäinämöinen insiste en partir el molino por la mitad; pero Louhi quiere o todo o nada; y al proseguir el combate, el águila cae herida, arrastrando consigo el disputado Sampo, que se hunde en el mar. Desde entonces, Pohjola o Laponia es un país inhabitable y casi desierto, y Suomi o Finlandia es próspero y feliz.

De regreso a Kalevala, Wäinämöinen dedica sus ocios a construir un nuevo *kantele*, y una vez terminado, a alegrar con sus canciones al pueblo de Kaleva. Todo parece sonreír a esta venturosa región; pero la envidiosa Louhi, por arte mágica, logra afligirla con enfermedades nuevas, desconocidas; el sabio cantor libra a su pueblo de ellas. Louhi entonces envía un oso para que les destruya los rebaños; el agotable cantor le da muerte con una flecha, forjada a este efecto por Ilmarinen. Con la carne del oso celebra el pueblo un gran banquete, en el que Wäinämöinen entona un bello cántico en honor de Suomi.

No se da por vencida Louhi, y como supremo recurso acude al de esconder el sol y la luna en el monte de Pohjola. ¿Qué hará ahora Suomi, condenada a vivir en las tinieblas? El buen herrero Ilmarinen se ofrece con buena voluntad a construir un sol de oro y una luna de plata; pero llegado el día de la prueba, se nota, según había predicho

el sabio Wäinämöinen, que el sol de oro no da luz y que la luna de plata queda completamente oscura. El sabio cantor coge su espada y se encamina a Pohjola; intenta abrir las puertas de la montaña, donde Louhi ha escondido los astros; pero la espada no es bastante, y vuelve a Kalevala para que Ilmarinen le forje unos hierros con los que sea posible romper aquellas cárceles tan sólidamente construidas. Presentase Louhi disfrazada en la herrería de Ilmarinen, y le pregunta qué está forjando. «Voy a forjar —dice el buen herrero— una argolla para aprisionar a Louhi en el monte de Pohjola». Louhi, atemorizada, pone en libertad el sol y la luna, que son saludados al reaparecer con un bello himno del viejo Wäinämöinen.

Aquí termina en rigor la epopeya; pero en los cantos populares aparece adicionada con un epílogo, extraño por completo al argumento principal y a los episodios. Al convertirse al cristianismo, el pueblo finlandés quiso enlazar la nueva doctrina con la tradición poética popular, y creó una delicada leyenda en que hizo intervenir a su héroe más querido, el cantor Wäinämöinen, nacido también de una virgen, según la teogonía del *Kalevala*. En la leyenda figura una doncella llamada Mariatta, que concibe, siendo virgen, en forma análoga a la que Ilmatar contribuyó a la creación del mundo. Los padres de Mariatta, creyéndola culpable, la envían a un lugar oculto, donde nace el niño misterioso, destinado a dominar en el mundo por su grandeza y poder. Wäinämöinen desaparece entre nubes cantando al son de su *kantele* una canción, en que anuncia que algún día será deseada su vuelta para que construya un nuevo Sampo, haga un nuevo *kantele* y

dé libertad al sol y la luna; y el cantor del poema termina declarando su torpeza y falta de estudios y pidiendo a sus oyentes un juicio benévolo.

Creo que el extracto precedente, aunque compuesto a la ligera, al correr de la pluma, dará una idea aproximada de la importancia y mérito de esta gran epopeya del Norte. Un estudio crítico no me parece propio de este lugar, y me limitaré a completar la explicación del argumento con un brevísimo comentario. Las conexiones entre los personajes del *Kalevala* y los mitológicos y bíblicos saltan a la vista; lo difícil no es hallar analogías, sino descubrir las varias que contienen en sí los personajes del *Kalevala*, los cuales, por ser muy pocos, tienen fases múltiples y se prestan a numerosas interpretaciones. Pero aun teniendo en cuenta estos rasgos de semejanza, y suponiendo que proceden, no de una comunidad de origen, sino de la imitación de otras epopeyas o de la mitología de los pueblos indoeuropeos, hay que reconocer que el pueblo finlandés o el autor desconocido del *Kalevala* no son simples rapsodas, y que la epopeya finlandesa es una verdadera creación; sus personajes son eflorescencias de este territorio, tal es la naturalidad con que en él viven y se mueven; y la acción está ajustada tan admirablemente a este suelo y a este cielo, a la vida, a las costumbres, a la historia de este país, que no hay modo de imaginarla en otros climas. Así, pues, el *Kalevala*, aparte sus bellezas y sus lunares, tiene un mérito fundamental: el de

ser una creación étnica y territorial, esto es, una legítima epopeya.

Supongamos por un momento, sólo por vía de comparación, que un poeta finlandés hubiera pretendido adaptar a su país una epopeya como la *Iliada*. Tropezaría con una primera dificultad: este territorio no permite que se muevan ejércitos formidables como los descritos por Homero. Antes de salvar la distancia que hay entre las dos regiones antagónicas del país, morirían de hambre y de frío; y en vez de epopeya, tendríamos el relato de una retirada desastrosa. Hay, pues, que simplificar y quedarse sólo con los héroes, y hay que dotar a estos de un poder sobrenatural para que acorten las distancias volando en algún esquife maravilloso. Y esta primera modificación lleva consigo otra más grave: el héroe principal no será ahora el más valiente, sino el más sabio. Aquiles queda en segundo término, y pasa a ocupar el primero Calcas, el adivino, o el prudente Ulises. He aquí por qué en el *Kalevala* la primera figura es la de Waeinaemoeinen, un viejo cargado de años y de prudencia; mientras Lemminkäinen, el guerrero, viene después, detrás, no solamente de Waeinaemoeinen, sino de Ilmarinen, que, a falta de saber, posee energía y tenacidad para el trabajo.

El asunto de la *Iliada* es la lucha contra Troya, el castigo de una afrenta recibida por los griegos en la persona de Menelao. Si se tratara de trasplantar aquí la acción, se notarían que estaba en pugna con la naturaleza del país. En el Mediodía, donde la sangre es más ardiente y la vida más fácil, son posibles ciertos refinamientos pasionales: el

hombre no busca sólo una mujer, busca el amor, y el amor trae consigo los celos, las traiciones, los odios, las luchas del honor exaltado; aquí se contentan con la mujer a secas. En todo el *Kalevala* no existe una escena de amor al modo que nosotros lo concebimos: la declaración del viejo Wäinämöinen reduce a cuatro palabras; Ilmarinen es más duro que un guijarro; Lemminkäinen se separa de Kyllikki porque esta fue a bailar, pero no porque sienta celos, sino porque su mujer ha faltado a lo convenido; Kullervo seduce a su hermana sin decirle una palabra amorosa, sólo con mostrarle oro y telas. El único amor a que estos héroes rinden culto es el amor maternal, que pone en labios de Lemminkäinen y de Kullervo las frases más apasionadas de la epopeya. Cuando los héroes Kalevas se dirigen a Pohjola, no van movidos por el amor, van a buscar una mujer, como quien va a comprar un barco o un trineo; después van a buscar el bienestar robando el molino de Sampo; por último, a libertar el sol y la luna. Los móviles de la acción épica son materiales; pero si la epopeya carece de elevación ideal, tiene en cambio la grandeza de lo que es verdadera y sinceramente humano. Los héroes están pintados como son, como esta tierra los cría y los nutre; son grandes como los bosques del país, y como ellos, tristes, sin luz. Más bellos que estos bosques son nuestros vergeles, cargados de flores y de aromas; pero todo no puede ser igual sobre la tierra.

Además de la interpretación natural del argumento del *Kalevala*, hay otra interpretación simbólica, que no destruye, sino que refuerza la primera: Pohjola es el mal, y la lucha de los Kalevas es el esfuer-

zo titánico de esta raza para vencerlo; y el mal no es un concepto abstracto, metafísico, ni una violación de las leyes morales; es algo tan materializado como el amor, según se ha visto ya; no tienen que inventarlo los hombres, porque existe aquí de asiento: es el frío, la nieve, la miseria, la falta de sol, la fiera que devora al ganado, todo cuanto en el clima este existe, contrario a la vida del hombre. Y como estos males se agravan conforme se va ascendiendo hacia el Norte, en el Norte imaginaron los de Kaleva un pueblo al que atribuir las causas de sus penalidades, y contra ese pueblo dirigieron todas sus fuerzas. Parece un contrasentido que Suomi o Finlandia busque la felicidad en una región de donde vienen todos los males; pero la idea profunda del poema está ahí: en suponer que en Pohjola estuvo antes la felicidad simbolizada en Sampo, y que en la lucha, Pohjola fue vencida, y Kalevala, no obstante la pérdida de Sampo, ganó una parte de esa felicidad sólo por haber combatido. Lo cual en términos claros quiere decir que la prosperidad en Finlandia está fundada en la energía con que sus habitantes han sabido y saben luchar contra una naturaleza hostil, inhospitalaria. Este simbolismo les permitía también explicar muchos fenómenos que en su ignorancia primitiva no podrían explicar lógicamente; por ejemplo, las diferencias climatológicas entre el sur y el norte del país o la desaparición temporal de los astros.

La acción principal del *Kalevala* se desarrolla trabajosamente a causa de los diversos episodios que a ella están unidos, y que si bien tienen con ella escasa relación, sirven para agrandar el escenario épi-

co, si es permitido emplear juntas estas dos palabras. El episodio de la creación es como el pedestal sobre que se asienta la venerable figura del inventor del *kantele*, personalidad cíclica que desempeña por sí sola todos los papeles de una mitología, sin necesidad de casarse ni de tener descendencia. El episodio de Joukahainen pone en movimiento al héroe; y el mito de la bella Aino, la extraña Venus finlandesa, es como un prelude del tardío arranque amoroso, o mejor dicho, casamentero, que lleva al viejo cantor a Pohjola y da origen a la epopeya. Los demás episodios son más breves y menos importantes, hasta llegar al último, al de Kullervo, digno de formar un poema aparte. Aunque ese episodio parece completamente desligado de la acción épica, debe notarse, sin embargo, que el cordón umbilical que a ella le enlaza es tan delicado, que si se lo cortase violentamente quizá el episodio no podría vivir: Kullervo es una víctima del sino, del *ananké* griego; mas su primer crimen, el que le lanza a cometer los demás, es la muerte de la doncella de Pohjola; y la piedra que esta pone en el pan de su pobre criado es la fatalidad, es el mal, que viene del Norte, de la región tenebrosa, de donde vienen todos los males.



XXI

ALGUNAS NOTICIAS SOBRE EL MOVIMIENTO LITERARIO Y ARTÍSTICO DE FINLANDIA

Los habitantes de la montaña conocen por sus nombres los picos más altos y los más bajos, las lomas y los valles; los del llano o la ciudad, que ven la montaña desde lejos, se contentan con saber el nombre del pico más alto y a lo sumo su altura sobre el nivel del mar. Esta misma diferencia se nota cuando se estudia el movimiento intelectual de un país; los naturales lo conocen en toda su integridad, y el extranjero ha de concretarse a señalar los puntos más altos que descubre. Por esto he escrito con alguna extensión sobre el *Kalevala*, señalándolo, si no como un Chimborazo⁶⁶ de las letras, como una epopeya de mucho aliento y de originalidad y belleza innegables.

Pero sería casi ofensivo para Finlandia pasar por alto la literatura de varios siglos y hablar sólo del *Kalevala*, que, por su antigüedad, es

un monumento aislado, sin gran conexión con la cultura moderna; con mayor razón si se tiene en cuenta que el *Kalevala* es una creación finlandesa, y que la cultura general, hasta hace poco, ha sido exclusivamente sueca, importada por los civilizadores del país. Hay, pues, que tratar aparte de lo sueco-finlandés; y aunque esta materia sólo puede ser explicada con acierto enlazándola con el movimiento literario y artístico de la Escandinavia entera, no estará de más dar aquí un breve bosquejo. En cuanto a la literatura propiamente finlandesa, también hay que anotar el comienzo de un renacimiento literario, que ya ha producido algunas obras dignas de mención.

El movimiento nacionalista finlandés cuenta poco más de medio siglo, y su primera manifestación importante fue la publicación del *Kalevala*, por Loennrot. Esta fue como la exhumación de la partida de bautismo de la raza finlandesa y el punto de arranque del «fenomanismo»⁶⁷, cuyo principal sostenedor fue Snellman⁶⁸. Yo no he de hablar de política menuda, y me reservo mi parecer sobre el litigio entre «suecomanos» y «fenomanos», partidos que luchan como de costumbre por el bien público y son a ratos una calamidad. Sólo diré que para este clima me parece excesivo el encono con que se combate, y que los «fenomanos» (viejos y nuevos, pues hay dos banderías), aunque defienden la causa finlandesa, que es la más justa desde el punto de vista territorial, suelen caer en ridículas exageraciones. Nosotros no comprenderíamos, por ejemplo, la necesidad de que un sueco de origen, al declararse «fenomano», se rebautice o se confirme con un nombre finlandés. Aquí esto es frecuente, y en los últimos

tiempos ha habido un trasiego considerable de apellidos. Entre los literatos, el dramaturgo Kivi, el autor de *Kullervo*, se llamaba Stenvall; el senador Yrjoe-Koskinen, autor de una notable *Historia de Finlandia*, antes de ser noble era un Forsman; el novelista Juhani Aho era un Brofeldt, y así por el estilo.

Son muchos los escritores finlandeses que se han dado a conocer desde que comenzó el movimiento nacional; pero los más de ellos, aunque escriben en finlandés, continúan sometidos a la influencia sueca, y algunos se inclinan del lado de Rusia e imitan a sus escritores, a Tolstoi en particular. Sin duda el escritor más independiente hasta el día es Pietari Paeivaerinta, campesino y humilde cantor de iglesia, que se ha creado una gran celebridad con sus cuadros de costumbres, en los que, con espontaneidad y sin aliño, retrata la vida del interior del país, al modo que lo hizo Trueba⁶⁹ en España. Juhani Aho es también escritor muy reputado, principalmente por sus narraciones cortas, de las que ha publicado varias series con el título de *Lastuja* («Virutas»).

Paralelo al movimiento literario finlandés se desarrolla el sueco.

Durante la dominación sueca, la literatura sueco-finlandesa sólo registra personalidades mediocres, salvo alguna figura aislada, como la de Porthan, el historiador, o el poeta Franzen; mas al desaparecer la dominación política, sea para suplicarla, sea como respuesta anticipada al inevitable despertar del espíritu finlandés, surge un período de florecimiento, que será en el porvenir el siglo de oro de esta lite-

ratura, y cuyo principal representante es Johan Ludvig Runeberg. Al lado de este figura su mujer Frederika Runeberg, escritora de novelas históricas; Zacarías Topelius, autor dramático y novelista, y en particular maestro consumado en el género de cuentos para los niños; el polígrafo Cygnaeus; el exegeta bíblico Stenback; el poeta Nervander, y muchos más.

Runeberg ha escrito cuentos y ha dado algo al teatro; pero es ante todo poeta, y como poeta, aunque ha cultivado diversos géneros, en el que descuella más es en el legendario, en el que es comparable a nuestro Zorrilla⁷⁰. Su obra más perfecta es *Fänriks Ståls Sägner*, el cancionero de la edad heroica de Finlandia, algunas de cuyas poesías, como el *Vårt Land* y la marcha de los *björneborgueses*, han alcanzado la máxima popularidad a que puede aspirar un buen poeta. *Älgskyttarne*, *Julquaellen*, *Kung Fjalar*, y en general todas sus obras, son el catecismo poético de este país. No es Runeberg un genio innovador ni que asombre por su profundidad, pero es un artista equilibrado y armónico. Y tiene además, en un país como este, dividido en dos nacionalidades de raza, el mérito de haberse aproximado más que ningún otro poeta sueco al espíritu finlandés.

El antagonismo irreductible entre lo finlandés y lo sueco, y la exageración del espíritu cosmopolita, son las dos causas que impiden que la intensa cultura de este país dé los frutos que debía de dar. Agréguese a esto la falta de una crítica severa que espolee a los que trabajan. Son muchos los periódicos, algunos de enorme tamaño, y para un país tan

pequeño como éste, los medios de publicidad son excesivos. En un dos por tres nace y crece y se consolida una reputación; y como el artista va, como todo el mundo, a sacar el mayor partido con el menor esfuerzo, suele quedarse en los primeros escalones, una vez que se ve aplaudido y se cree haber dado con una forma perfecta de expresión.

Hay pasión por la música, por aquí desfilan todas las notabilidades europeas; hay facilidades para aprender, y se protege mucho al que vale; y sin embargo, fuera de Pacius, que es una figura de segundo orden, no hay compositores de nota. Quizá influya en esto también el carácter demasiado práctico de la enseñanza, que tiende más a asegurar al alumno los medios de subsistencia que a dar vuelo a sus facultades creadoras.

El museo de pinturas o colección de cuadros del Ateneum es un *totum revolutum*, en el que lo único sensato que yo he encontrado es la abundancia de copias de cuadros flamencos y holandeses, en los que debían estos artistas estudiar con preferencia, por ser los que más se aproximan a lo que deberá ser el arte en Finlandia, cuando exista y no esté como hoy ahogado su germen por la importación extranjera. Si un día aparece en Finlandia un genio pictórico, se asemejará más que a ningún otro a Rembrandt. Cierto que hoy se piensa y se dice que el artista debe ser sólo una personalidad; pero yo dudo que un finlandés pueda adquirir esa personalidad imitando a los franceses o a los italianos, que es lo que ahora se hace. Lo que es natural en el Sur, es absurdo en el ambiente del Norte, y así se nota aun en los

buenos pintores de Finlandia, que ven los tipos de su tierra como los vería un extranjero, y los pintan a lo impresionista o a lo decadente, cuando lo lógico sería pintarlos a lo espeso y a lo macizo, en el aire denso que aquí se respira.

Si se visita una Exposición (hay dos anuales, una en primavera y otra en otoño), la impresión que se recibe es semejante a la que produce un niño cacoquimio y arrugado como un viejo. Hay cuadros que se quieren salir de la sala para irse a los países de donde proceden, y no hay extravagancia de la moda que no tenga su representación. Aunque son muchos los pintores y escultores (sólo las señoritas pintoras pasan de la docena), son contados los artistas que merezcan este nombre. Vallgren es un escultor elegante y delicado, francés como artista y finlandés sólo de nombre; de los pintores, los que representan las dos tendencias más marcadas en este arte son Edelfelt y Gallen; el primero la tendencia sueca, y el segundo la finlandesa, aunque esto sólo en la intención, pues en los procedimientos están ambos formados por influencias exóticas.

Edelfelt se inspira indudablemente en la tradición de Runeberg, y sus obras mejor concebidas son las ilustraciones de los poemas de este, en primer término las del *Kung Fjabar*. Como retratista, es un pintor concienzudo, y sus retratos del doctor Pasteur y del doctor Roux son verdaderas obras de arte. En sus cuadros históricos o de género aparece al principio como un buen discípulo de la escuela flamenca (por ejemplo, en su *Reina Blanca*), para caer después en un realismo seco



AKSELI GALLEN-KALLELA. *La madre de Lemminkäinen*, 1897.
Galería Nacional de Finlandia, Helsinki

y prosaico, como el de las *Viejas de Roukalak*. La Finlandia que él ve es la de los héroes suecos, no la de otros héroes oscuros, los finlandeses, que fueron subyugados en su propia casa solariega.

Axel Gallen es un pintor de imaginación y de talento un tanto desordenado, pero inquieto y trabajador. Cada cuadro suyo es superior a los precedentes. Si fuera poeta, sería un poeta decadente, y la concepción de sus cuadros creo yo que peca de exceso de intelectualismo. En su *Conceptio artis* representa a un hombre desnudo, de espaldas, abalanzándose, con las manos contraídas como garras, sobre una embozada Quimera, en medio de un campo todo verde, monótono, donde crecen unas cuantas flores rojas; esta debe ser la propia concepción de Gallen. Pero sus cuadros verdaderamente importantes son los que forman el ciclo del *Kalevala*: el primero, un tríptico, cuyo asunto es el *Mito de Aino*, es obra de un aprendiz; la *Construcción de Sampo*, por Ilmarinen, tiene más consistencia; la *Defensa de Sampo*, por Wäinämöinen (el momento en que Louhi, transformada en águila, acomete a los Kalevas, y el viejo cantor se defiende con su espada), es una pintura llena de brío y carácter; y el último, *Lemminkäinen Tuonelassa* (el encuentro de la madre del héroe con su pobre hijo junto al lago Tuoni), es quizá lo más elevado que hasta ahora haya sido concebido por un artista finlandés. El cuadro es una adaptación hábil del goticismo a la tradición poética de Finlandia, y aunque no anuncie un arte nuevo, es un paso dado en firme para la creación de un arte nacional.

XXII

CÓMO SE MUEREN LOS FINLANDESES

La muerte es el término natural de todas las cosas de esta vida; y para que estas cartas, que he ido escribiendo con la mayor naturalidad que me ha sido posible, terminen naturalmente también, voy a matar a los finlandeses y a dejarlos muertos y sepultados para que ningún español vuelva a tocarlos, así como ninguno había escrito hasta ahora sobre esta tierra remota, a menos que yo ande mal de noticias. Pocos son los españoles que aquí vienen, y los pocos que vienen, vienen a sus negocios, y sólo en ellos se fijan y no se enteran más que de lo relativo a la venta de vinos, frutas y sal, que es en sustancia lo único que España envía a este país.

No sé si algún sabio habrá estudiado la psicología de la muerte; yo, desde luego, creo que esta rama del saber existe o debe existir, y

que es acaso la más importante para la vida. Nacer, todos nacemos lo mismo; es decir, hay quien nace de cabeza y quien nace de pies, y quien toma otras posturas caprichosas y difíciles; pero todos venimos al mundo sin solicitarlo. Si todos nos muriéramos de la misma manera, podría asegurarse desde luego que la vida pasaba sin influir para nada en el hombre. Al contrario, la muerte, siendo un hecho universal, es a la vez tan personal, que de ella puede decirse que es el momento en que espiritualmente se condensa la vida humana. La idea, la imagen que se nos ocurre al pensar en el instante de nuestra muerte, es la que rige en secreto nuestra vida. ¡Cuántos que realizan la proeza vulgar de crear y sostener una familia numerosa, quizá la realizan pensando en lo triste que sería morir abandonados sin tener una mano cariñosa que les cierre los ojos!

La muerte es, pues, un fenómeno individual, y por lo mismo que resume la vida, puede ser también nacional, esto es, expresar los caracteres dominantes de cada nación. En este pueblo excelente de Finlandia, cuyo carácter más saliente se ha visto que es el sentido práctico y el amor al progreso, la regla no sufre excepción, y las gentes se mueren con arreglo a todos los adelantos de la ciencia y con un buen sentido que hay que envidiarles. Se mueren mucho más viejos que nosotros, según el promedio estadístico, y se mueren de un modo original.

Es frecuente leer en las esquelas mortuorias que a diario trae la prensa, que personas de buena posición social se han muerto en este o

en aquel hospital o *sjukhus*. Y según el desarrollo que van tomando las industrias curativas, pronto se morirán todos los individuos en la casa de salud que por clasificación les corresponda. Es cierto que la localización de los enfermos en edificios apropiados es útil para la curación de las enfermedades, y más útil aún para la salud pública cuando se trata de enfermedades contagiosas. A nosotros estas razones no nos decidirán nunca a enviar a nuestros enfermos a los hospitales; pero aquí basta saber que la idea es práctica para que se la acepte; con este sistema un enfermo es un gasto fijo; pero no es una molestia ni un estorbo, y la familia del paciente puede continuar la vida ordinaria. Si un niño tiene la desgracia de romperse un brazo o una pierna, se le lleva a una «Bracería» o «Pernería» (las palabras no están aún inventadas, pero las inventarán), y se le recoge cuando tiene compuesto el miembro roto. Hay señoras muy distinguidas que van a dar a luz a las casas de maternidad. Del mismo modo que se va a casa del dentista a sacarse un diente, se va a casa de una comadrona a salir del paso, y a los pocos días se regresa con el diente entre pañales. En cuanto a la enfermera de aquí, no tiene nada que ver con la hermana de la caridad ni con los enfermeros de nuestros hospitales. La *sjuksköterska* suele ser una señorita decente que, después de ciertos estudios y prácticas, obtiene un título y desempeña su cargo en la misma forma y con igual consideración social que si fuera maestra de un colegio o escribienta en una oficina.

Yo no he visto morir a ningún finlandés, y aunque lo hubiera visto no iba a ser tan descorazonado que sometiera al moribundo a una

«*interview in articulo mortis*». Pero hay mil detalles que bastan y sobran para suplir la observación directa, y voy a dar a conocer algunos. La muerte es apacible y serena y un tanto solemne, y por raro contraste es anunciada con derroches de lirismo funerario, del que sólo hallamos ejemplos análogos en las Repúblicas sudamericanas. En los anuncios de defunción se dice casi siempre que la muerte fue tranquila y suave, y los entierros son una de las fiestas más animadas del país. Desde la casa mortuoria hasta la iglesia donde la inhumación tiene lugar, está tapizada la calle con ramas de pino; las comitivas son numerosas, marchando a la cabeza la familia del muerto, hombres y mujeres, llevando coronas. No es tampoco fácil que entierren a nadie vivo, porque el muerto está muchos días en casa. Hay sepelios que se celebran ocho o diez días después de la defunción.

En los comunicados fúnebres que la familia envía a los periódicos, es costumbre publicar versos por el estilo de los que se leen en nuestros cementerios, pero mucho más hinchados y sentimentales; y al final se copia una sentencia, que es como si dijéramos el tema dominante de la vida del difunto. Las más vulgares son: «Bendito sea el nombre del Señor», o «Señor, Tú eres la esperanza única»; pero hay quien pone un pensamiento filosófico o una frase tomada de algún escritor célebre; y lo más común es indicar en abreviatura un versículo de la Biblia para que los lectores «evacuen la cita» y sepan a qué atenerse. De la lectura de estas sentencias y poesías se saca en claro que la muerte finlandesa es esencialmente bíblica, y que la idea que aquí se tiene de la muerte (idea natural en un país donde la vida es tan dura)

es que, por muy malo que sea un hombre, merece la corona del triunfo sólo por haber vivido y luchado.

Para expresar de un modo plástico estos caracteres de la muerte en Finlandia, voy a transcribir una esquela de defunción de las que vienen diariamente en los periódicos; advirtiendo que las expansiones de la familia de Petersson, que a mis lectores les parecerán exageradas, son



Se da conocimiento de que mi íntimamente adorado esposo

EL PESCADERO

JOHAN PETERSSON

falleció ayer tranquilamente en el Señor
a consecuencia de un catarro pulmonar, a la edad
de 50 años, 3 meses y 5 días,
llorado con profundo duelo por mí, cinco hijos,
dos nietos, tres hermanos, dos cuñados,
siete primos, muchos más parientes y amigos.

María Petersson

Este que veis aquí, pálido y muerto
Ayer estaba sano y colorado;
En la lucha penosa de la vida
Él con fe y constancia ha peleado;
Al fin es libre y ahora se encamina
Al puerto de salud tan deseado,
Donde el Señor le espera para darle
La corona del triunfo que ha ganado.

Jhon I, 3...

aquí moneda corriente, por la razón ya dicha de que esta sociedad, no obstante ciertos refinamientos de cultura, conserva un fondo de candor infantil, propio de los pueblos primitivos o apegados a la vida natural.

Algunas semanas después vais al teatro y halláis a las de Petersson, muy serias y enlutadas, presenciando el espectáculo. —¿No son esas las que han sufrido hace poco la pérdida del cabeza de familia? —preguntáis. —Esas son —os dirán—. —¿Y cómo vienen tan pronto al teatro? —volvéis a preguntar—. —¿Cree usted que porque una persona se muera —contestarán—, van las demás a meterse entre cuatro paredes? Para eso sería mejor morirse todas de una vez... Además, el teatro sirve para distraerse; y esa familia que ha tenido una pérdida tan considerable, ¿no le parece a usted que necesita distracción con mayor motivo que nosotros, a quienes no se nos ha muerto nadie?

Y oyendo esta contestación, que no tiene vuelta de hoja, os quedáis como yo me quedé, como si os hubieran tirado a la cabeza el *Organon* de Aristóteles.

NOTAS;

¹Se trata de la tertulia que reunía a Ganivet y algunos de sus amigos alrededor de la fuente del Avellano, en Granada. N. M^a López, M. Méndez Vellido y G. Ruiz de Almodóvar fueron tres de sus más destacados componentes.

²Nombre por el que se conocía a los componentes de la pandilla de niños del barrio de San Cecilio, de la que formó parte nuestro escritor. Ganivet se refiere a los “greñudos” en su relato “Una derrota de los greñudos”, *Libro de Granada*, por Ángel Ganivet et alii (Granada: Imp. Lit. Vda. e Hijos de P.V. Sabatel, 1899) 151-167.

³Ocupada por los suecos en 1293, Finlandia se convirtió en Gran Ducado adscrito al Imperio ruso en el año 1814 tras ser conquistada por Alejandro I en 1809. Conservó su constitución sueca de 1772, que se reformaría en 1869 y 1882.

⁴Una *städerska*, como el propio Ganivet explica a sus hermanos, “es como portera, pero encargada además de ese servicio [el cuidado de la casa] por 10 francos al mes”.

⁵La discusión en torno a estas agrupaciones pannacionales fue muy viva en la segunda mitad del siglo, sobre todo a partir de la débâcle de los franceses a manos de los prusianos en 1871.

⁶E. Haeckel (1834-1919), biólogo y filósofo alemán cuyo pensamiento se basó en un monismo naturalista. Complementó el darwinismo con una ley fundamental biogenética que sostiene que la evolución del individuo es paralela a la de la especie a la que pertenece. Entre sus obras más conocidas destacan *Radiolaria* (1862, 1887) y *Natürliche Schöpfungsgeschichte* (1867).

⁷Ganivet alude aquí tanto a la guerra que enfrentó a ambos países y que terminó en 1721 con la cesión de parte del territorio finlandés a Rusia, como a la invasión de Finlandia por parte de las tropas zaristas en 1808.

⁸Francisco Pi y Margall (1824-1901), político español teorizador del federalismo y segundo presidente de la primera república española (1873). *Las Nacionalidades* (1876) fue su libro más conocido.

⁹A. Schopenhauer (1788-1860), filósofo alemán cuya obra maestra, *Die Welt als Wille und Vorstellung* (1818, 1844) tuvo una gran resonancia a finales del siglo XIX. Su influencia en Ganivet y en otros autores finiseculares como Azorín y Baroja es notable. Vid. al caso N. Milszyn, *La perspectiva filosófica y su proyección satírica en las novelas de Ángel Ganivet* (Ann Arbor: University Microfilms International, 1985); y N. Santiáñez-Tió, *Ángel Ganivet, escritor modernista. Teoría y novela en el fin de siglo español* (Madrid: Gredos, 1994) 54-58, 82-84.

¹⁰Francisco Serrano y Domínguez (1810-1885), general y político español, líder de la Unión Liberal que tomó partido contra Isabel II en la revolución de septiembre de 1868.

¹¹H. Ibsen (1828-1906), el gran dramaturgo noruego del que se ocupa Ganivet en *Hombres del Norte*, estrenó en 1882 *Un enemigo del pueblo*.

¹²H. Taine (1828-1893), filósofo, crítico e historiador francés que ejerció una profunda influencia en Ganivet.

¹³Tal vez se refiera Ganivet a J.H. Erkoo, poeta finlandés nacido en 1849. Publicó en finlandés idilios y poesías líricas (*Poesías*, 1870-1872; *Los pastores*, 1872), una colección de *Tradiciones nacionales* (1881-1883) y un drama bíblico titulado *El Profeta* (1887), entre otras obras.

¹⁴J. Aho es, de hecho, el pseudónimo de J. Brofeldt (1861-1921), novelista, cuentista y periodista finlandés que inició su carrera literaria como autor realista para terminar, al final de la misma, escribiendo obras de corte romántico. Fue un miembro activo del grupo liberal Nuori Suomi (“Joven Finlandia”).

¹⁵M. Maeterlinck (1862-1949), poeta, dramaturgo y ensayista belga perteneciente al movimiento simbolista. *La Princesse Maleine* se estrenó en 1889.

¹⁶P. Bourget (1852-1935), novelista y crítico francés cuyas novelas de análisis psicológico tuvieron una gran difusión a finales del siglo pasado. Su obra *Outremer (Notes sur l'Amérique)* apareció en 1894.

¹⁷*Kontor* significa “oficina” y “despacho” en sueco.

¹⁸*Doktorinna*: “mujer del doctor” en sueco.

¹⁹J. de La Bruyère (1645-1696), moralista y escritor francés. Su obra más célebre, *Caractères de Théophraste, traduits du grec, avec les caracteres ou les moeurs de ce siècle* (1688, 1694), consiste en una serie de observaciones sobre el carácter y la conducta ejemplificando con retratos los defectos de que habla.

²⁰Hangoe, hoy Hanko, ciudad finlandesa en el departamento o provincia de Uusimaa (Nyland), en la costa del mar Báltico, a la entrada del golfo de Finlandia.

²¹Ganivet sabe de lo que habla: Mascha Diakofski, joven viuda de origen ruso, empezó a darle clases de sueco a principios de marzo de 1896.

²²Se refiere a Hanna Ronnberg, artista finlandesa que, efectivamente, hizo un retrato del escritor como pago por un favor. Lo terminó el 14 de diciembre de 1896.

²³P. A. de Alarcón (1833-1891) publicó *El sombrero de tres picos* en 1874, obra por la que Ganivet sentía especial estima. En una carta dirigida a su madre, fechada en Amberes el 26 de febrero de 1894, escribe lo siguiente: “Yo acabo de comprar en edición alemana varios libros traducidos del español: *El sombrero de tres picos* (...)”; probablemente se trate del mismo ejemplar prestado a sus amigas de Helsinki.

²⁴J. Valera (1824-1905) publicó su obra maestra, *Pepita Jiménez*, en 1874. En varias cartas previas a esta “carta finlandesa”, Ganivet había pedido a su familia que le enviara un ejemplar de esa novela de Valera.

²⁵Ganivet se refiere al aforismo 411 de *Menschliches, Allzumenschliches. Ein Buch für freie Geister* (1878). El autor granadino solo volverá a citar a Nietzsche en el primero de los dos artículos sobre Ibsen. Acerca de la posible influencia de Nietzsche en Ganivet consúltese G. Sobejano, *Nietzsche en España* (Madrid: Gredos, 1967) 259-276, 480-485.

²⁶L. Selgas y Carrasco (1822-1882), autor de poemarios simbólico-morales como *La Primavera* (1850) y *El Estío* (1853), así como de novelas de ideología moralizante y católica. Destacan sus relatos fantásticos, recogidos en *Escenas fantásticas* (1876-1877) y en *Mundo invisible* (1877).

²⁷Se trata de la conocida obra (1652) del dramaturgo español A. Moreto y Cabana (1618-1669).

²⁸G. A. Rossini (1792-1868) estrenó *La gazza ladra*, con gran éxito, en 1817.

²⁹*Lucía de Lammermoor*, opera del popular compositor italiano C. Donizetti (1797-1848) se estrenó en 1835.

³⁰Se refiere Lundgren a Antonio María Felipe Luis de Orleans y a su esposa la infanta María Luisa Fernanda, hermana de Isabel II.

³¹*John Gabriel Borkman* se estrenó en 1896.

³²Tragedia de A. Kivi (1834-1872), dramaturgo, novelista y poeta finlandés, estrenada en 1864. Se considera que *Kullervo* y *Lea* (1869) fueron la iniciación del teatro en lengua finesa.

³³La famosísima ópera de G. Bizet (1838-1875) se estrenó en 1875.

³⁴Probable referencia a la leyenda de Habul Hassan o Muley Hassan, personaje principal de la rivalidad de abencerrajes y zegríes, recogida por Ginés Pérez de Hita en *Guerras civiles de Granada* (1595), en donde empieza a fraguarse la leyenda de un sanguinario Boabdil y un Muley Hacen o Hassan pacífico y virtuoso protector de los abencerrajes.

³⁵M. Barrès (1862-1923), novelista, ensayista y político francés escribió, efectivamente, un libro inspirado en sus viajes a España, Italia y Grecia titulado *Du sang, de la volupté et de la mort* (1894, completado en 1904 y 1909). Entre sus novelas destaca su trilogía *Le culte du moi* (1888-1891), la cual ejerció una gran influencia en la novelística ganivetiana.

³⁶Ceferino Sanjurjo es el narrador autodiegético de *La hermana San Sulpicio* (1889), del prolífico novelista asturiano A. Palacio Valdés (1853-1938).

³⁷*Le Trésor des Humbles* apareció en 1896, e influyó en Ganivet según G. Sobejano (“Ganivet o la soberbia”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, julio-diciembre de 1958: 133-151).

³⁸Esa “notable pianista” fue en rigor una auténtica celebridad (1853-1917), también conocida como “la walkiria del piano”.

³⁹A. Reisenauer (1863-1907), pianista y compositor alemán de extremada delicadeza, dotado de una técnica interpretativa muy depurada; fue un magistral intérprete de Chopin, Liszt y Beethoven.

⁴⁰Ese “explorador del Polo Norte” no es otro que el explorador y naturalista noruego F. Nansen (1861-1930), premio Nobel de la Paz en 1922 por sus esfuerzos en aliviar las

miserias ocasionadas por la I Guerra Mundial.

⁴¹F. Ondricek, violinista y compositor checo (1859-1922), y no austríaco, como piensa Ganivet. Dejó numerosas composiciones para violín y cuartetos de cuerda.

⁴²El gran compositor vienés F. Schubert nació, efectivamente, en 1797, y murió en 1828. En su corta vida produjo más de seiscientos lieder, catorce cuartetos para instrumentos de arco, seis misas, y la *Sinfonía inacabada*, entre otras piezas.

⁴³J. L. Runeberg (1804-1877), poeta nacional de Finlandia de origen sueco cuya poesía se distingue por la sencillez y pureza de estilo, su idílico encanto y su sentimiento patriótico. Su obra más famosa es *Fänrik Ståls Sägner* (*Cantos de la enseña Stal*, 1848-1860), ciclo de poesías patrióticas en que celebra a los héroes fineses que lucharon contra Rusia en 1808-1809. La poesía citada por Ganivet, “Vårt Land” es la primera de ese ciclo y, en efecto, está considerada como el himno oficial de Finlandia.

⁴⁴Extraño error de Ganivet. En la novelística de Galdós no aparece ninguna “viuda de Reluz”, aunque sí un viudo: Antonio de Reluz, padre de Tristana, la protagonista de la homónima novela (1892) del escritor canario.

⁴⁵*Rome* (1896) es la segunda novela de la trilogía zolesca *Les Trois Villes*, en la cual se exploran problemas religiosos y sociales fuera de la órbita del naturalismo característico de las anteriores obras de É. Zola (1840-1902); las otras dos novelas son *Lourdes* (1894) y *Paris* (1898).

⁴⁶Barrio en el que residió Ganivet en su estancia en Helsinki.

⁴⁷Redactor de *El Defensor* y autor de un libro sobre la sierra granadina, *La Suiza Andaluza*.

⁴⁸Naturalista francés (1769-1832), fundador de la anatomía comparada, depositó su doctrina en el tratado *El reino animal clasificado según su organización* (1815-1817).

⁴⁹A. Brillat-Savarin (1755-1826) es conocido por su *Physiologie du goût, ou Méditations sur la gastronomie transcendente* (1825), entretenida e ingeniosa colección de anécdotas y aforismos inspirada por un interés académico en la comida.

⁵⁰A. B. Bjørnson dedica Ganivet uno de sus artículos de *Hombres del Norte*, al cual remito al lector. El drama citado por Ganivet se estrenó en 1883.

⁵¹Epicteto (circa 50-138), filósofo estoico de orientación moral, cuya doctrina se dirige al

establecimiento de unas reglas de conducta. Sus máximas, procedentes de las *Diatribas* y de las *Homilias*, fueron recogidas por su discípulo Arriano de Nicomedia en el *Enchiridion*. Sobre la profunda huella del estoicismo en la obra de Ganivet, vid., entre otros textos, E. Mellado de Hunter, *El estoicismo de Ángel Ganivet* (Barcelona: Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1972), y M. Laffranque, “L’inspiration stoïcienne chez Ángel Ganivet”, *Cahiers de Caravelle* 6 (1966): 5-31.

⁵²El himno nacional belga aludido por Ganivet fue compuesto en 1830 por el cantor F. van Campenhout, con letra del francés L. A. Déchet.

⁵³Drama de J. Echegaray (1832-1916) estrenado en 1890.

⁵⁴El kantele es una especie de cítara inventada por los turcos y usada en Irán.

⁵⁵Se refiere a D. Teniers el Joven (1610-1690), pintor barroco flamenco conocido por sus escenas de la vida campestre.

⁵⁶P. P. Rubens (1577-1640), el extraordinario pintor flamenco, fue el maestro de David Teniers el Viejo.

⁵⁷Clara alusión al famosísimo lienzo de D. de Velázquez (1599-1660) titulado *Los borrachos*.

⁵⁸G. Hauptmann (1862-1946), dramaturgo y poeta alemán, premio Nobel de literatura en 1912, fue el máximo representante en su país de la escuela realista. Su pieza más conocida es *Die Weber* (1892).

⁵⁹H. Sudermann (1857-1928), novelista y dramaturgo alemán. Su novela *Frau Sorge* (1887) lo situó entre los mejores novelistas alemanes de su tiempo, y el estreno de su primera pieza, *Die Ehre* (1890), fue un acontecimiento mundial.

⁶⁰Con toda probabilidad se refiere a A. Dumas hijo (1824-1895), quien gozó de una enorme popularidad como dramaturgo durante el Segundo Imperio. La versión dramática (1852) de la novela *La Dame aux camélias* (1848) obtuvo un éxito resonante. Sus obras teatrales están recogidas en siete volúmenes titulados *Théâtre complet* (1868-1892).

⁶¹Sir A. Wing Pinero (1855-1934), que empezó como actor, alcanzó la fama con la primera de sus farsas, *The Magistrate* (1885). Su teatro posterior se caracterizó por el tema recurrente del doble rasero para juzgar a hombres y mujeres; destaca de entre esas piezas *The Profligate* (1889).

⁶²Esta pieza de Echegaray se estrenó en 1892.

⁶³V. Sardou (1831-1908) y E. de Najac (1828-1889), autores dramáticos franceses que dejaron un gran número de comedias, libretos de ópera y vodeviles. Escribieron en colaboración el vodevil *Divorçons* (1880), que logró un ruidoso éxito.

⁶⁴El escritor, dramaturgo y compositor R. Wagner (1813-1883) estrenó esas tres piezas operísticas en 1845, 1850 y 1882 respectivamente.

⁶⁵Boabdil se rindió a las fuerzas de los Reyes Católicos el 2 de enero de 1492.

⁶⁶El Chimborazo es un pico de los Andes del Ecuador de 6.310 metros de altura. La imagen ganivetiana es, por lo tanto, de regusto humorístico.

⁶⁷Según J. Ferrater Mora, se denomina “fenomenismo” o “fenomenalismo” a alguna de las siguientes doctrinas: (1) todas las realidades son fenómenos, es decir, no hay ninguna realidad “en sí”; (2) hay realidades en sí, pero son incognoscibles; lo único que se puede conocer son los fenómenos; y (3) la afirmación de que es posible una reconstrucción lógica a partir de fenómenos sin entrar en la discusión de si hay o no hay realidades en sí. Más información en el artículo “fenomenismo” del *Diccionario de filosofía* de J. Ferrater Mora (Barcelona: Ariel, 1994) 1232-1235.

⁶⁸J.V. Snellmann (1806-1881), filósofo nacionalista finlandés que jugó un papel decisivo en el establecimiento del finlandés como lengua nacional.

⁶⁹El paralelismo es adecuado: A. Trueba (1819-1889) fue un humilde poeta autodidacta autor de *El libro de los cantares* (1851), en el que alabó las costumbres sencillas de Vizcaya, su provincia natal, empleando un lenguaje llano. Ganivet se refiere, no obstante, a los cuentos costumbristas, moralizantes y hoy algo ñoños recopilados en colecciones como *Cuentos populares* (1853), *Cuentos campesinos* (1860), o *Cuentos del hogar* (1875).

⁷⁰J. Zorrilla (1817-1893) fue, en efecto, autor de leyendas tradicionales en verso, compiladas en libros como *Cantos del trovador* (1840-1841, 3 volúmenes) y *Granada* (1852).

The image is a detail from a painting by Aksele Gallen-Kallela. It depicts a winter scene. In the foreground on the right, a pine tree stands with its trunk in shades of brown and orange, and its needles in various shades of green and yellow. The ground is covered in snow, with long, dark blue shadows cast by the tree. In the middle ground, a wide, calm lake stretches across the scene. In the background, a range of mountains is visible, their peaks and slopes covered in snow and dark forest. The sky is a pale, hazy blue. The overall style is characteristic of the Finnish School of Art, with visible brushstrokes and a focus on natural light and color.

unas palabras sobre

AKSELI GALLEN-KALLELA. *El lago Ruovesi en invierno* (detalle), 1916. Colección privada

GALLEN
1916.

« LAS CARTAS FINLANDEAS
DE GANIVET »



Nil Santiáñez

Angel Ganivet.

Cartas finlandesas.



GRANADA

Imp. lit. y lib. Vda. e Hijos de P. V. Sabatel.

1898

Cubierta de la primera edición en libro de *Cartas finlandesas*. Imp. lit. y lib. Vda. e Hijos de P.V. Sabatel, 1898. Biblioteca de Andalucía.

GANIVET EN FINLANDIA¹

El 6 de enero de 1896 Ángel Ganivet y García, vicedónsul de España en Amberes, recibía por rigurosa antigüedad su primer ascenso a cónsul de segunda clase; el Ministerio de Estado lo destinaba en comisión al consulado de España en Helsinki (entonces conocida por su nombre sueco, Helsingfors), capital del Gran Ducado de Finlandia, provincia del Imperio Ruso². El flamante cónsul español se mostró bastante ilusionado con su nuevo destino: “Todas las noticias que recibo sobre mi nueva guarida son excelentes”, le escribía desde Amberes a su viejo camarada Navarro Ledesma, “salvo lo del frío excesivo, que con la vida retirada que yo hago no me ha de molestar mucho” (RO: 293, 19 enero 96). Ya antes del nombramiento les confesaba a sus hermanos que se alegraría si el ascenso que esperaba fuera para Helsinki: “El sitio es frío y se pasa medio año entre nieve”, advierte Ganivet, “pero por esto lo preferiría aún más, así como para aprender ruso y alemán, que es lo que allí se habla” (CFAG: 264, 30 diciembre 95). Ciertamente, una ciudad como Helsinki, multilingüe y con un invierno tan largo como severo, se adecuaba bastante bien a la

inclinación del escritor por la vida retirada y a su afición al estudio de lenguas extranjeras. Pero también significaba un saludable cambio de aires. Porque desde su llegada a Amberes a mediados del mes de julio de 1892, Ganivet padeció un enojoso rosario de problemas. El choque cultural del escritor granadino con una ciudad moderna y cosmopolita como lo era Amberes a finales del siglo pasado, en plena efervescencia colonial belga; la tendencia al solipsismo y la salud enfermiza de Ganivet; la complicada y en buena medida clandestina relación sentimental con Amelia Roldán, con quien convivió una temporada en Amberes; la repentina muerte de la hija de ambos, Natalia, el 28 de febrero de 1894, cuando apenas contaba tres meses de edad; un desagradable conflicto con el canciller del consulado español, pícaro desaprensivo cuyos chanchullos ilegales descubrió Ganivet; y, por último, la añoranza de España desencadenaron, junto a otros factores, una crisis existencial testimoniada con cierto detalle en el *Epistolario* a Navarro Ledesma³. Muy bienvenido era, por lo tanto, el traslado a la remota capital finlandesa.

La tarde del 25 de enero Ganivet abandona Amberes en un tren con destino a Helsinki vía Berlín, Königsberg y San Petersburgo. El viaje en tren permitió al joven diplomático visitar fugazmente esas tres ciudades tan emblemáticas del norte de Europa. Los días 26 y 27 los pasa en Berlín, el 28 y parte del 29 en Königsberg, y la tarde del 30 en San Petersburgo. En las cartas que desde esas ciudades escribió a su familia Ganivet dejó constancia de sus penetrantes impresiones urbanas (CFAG: 268-270, 27 enero 96, 28 enero 96, y 30 enero 96). Ganivet siempre mostró, dicho sea de paso, una singular perspicacia e interés por todo lo relativo a la ciudad. Adolfo Sotelo ha señalado a este respecto que la pluma de Ganivet “se detiene frecuentemente en la *écriture* de las ciudades” que visitó⁴. No es

ninguna casualidad que su primera obra fuera, precisamente, *Granada la bella*. Los agudos comentarios ganivetianos sobre las ciudades indican una gran sensibilidad de *flâneur* emparentada con la de otro ilustre conoedor de las grandes urbes europeas: Walter Benjamin, a quien debemos sutiles ensayos sobre Moscú, Marsella, París y Nápoles⁵. Tras pasear por las calles de las mencionadas ciudades, Ganivet llega por fin a su destino: eran las nueve de la mañana del 31 de enero. Al día siguiente toma posesión de su cargo sustituyendo a Lorenzo Rolland, si bien su nombramiento de cónsul de segunda clase no será confirmado hasta el 30 de mayo.

Al igual que su predecesor en el cargo, Ganivet se instala como subinquilino a pensión completa en casa de una familia angloalemana “de empleados de comercio” con la que se entiende en alemán e inglés (CFAG: 271, 1 febrero 96). Pero según cuenta en una carta a sus hermanos, la vivienda, que estaba situada en el número 21 de la calle Nikolajgatan (hoy Snellmanikatu), no le acaba de complacer: sólo dispone para sí de un despacho y una alcoba y, encima, ambas habitaciones están amuebladas con “muebles del gobierno”; como la familia de la casa “no pone más que cama y lavabo”, el subalquiler, 130 markkas al mes, le parece excesivo (CFAG: 273, 12 febrero 96). Habitado a moverse en ciudades foráneas, no tarda mucho en encontrar un acomodo de su gusto. El mismo 12 de febrero dice haber visitado una casa en la zona de Östra Brunnsparken (en finlandés Itä-Kaivopuisto), “lo mejor de aquí”, y que describe como “una especie de bosque como la Alhambra, rodeado de mar, y sembrado de chalets de madera amontonados sobre una planta baja imitando roca” (CFAG: 273-274, 12 febrero 96). Parecidos términos empleará el escritor en la carta XV de *Cartas finlandesas* al describir su vivienda en Brunnsparken.





Vista de Helsinki. Fot. Tuntematon, ca. 1910. Museo de la Ciudad de Helsinki.

Se traslada el 29 de febrero. Entusiasmado con su hogar, Ganivet hace planes para llevar a término una vida tranquila, solitaria e intelectualmente fecunda. Así se lo comunica a su familia cuando apenas lleva unas horas en Brunnsparcken 12-A:

Estoy muy contento en la casa nueva porque así no estoy en la ciudad, es lo mismo que si ahí viviera en lo alto de la Alhambra. Tengo unas vistas admirables y un balcón volado por donde se puede pasear. Creo que aquí voy a trabajar mucho, pues como nadie me incomoda ni es sitio a la mano para mucho visiteo estoy a mis anchas y tengo todo el día libre. Con un día a la semana que dedique a la oficina todo va bien. En verano sí hay todos los días trabajo (CFAG: 279, 1 marzo 96).

En cierto sentido, Ganivet cumplió con su propósito de conducir una vida retirada conforme a sus aficiones literarias, a sus inclinaciones personales y, todo hay que decirlo, al más bien reposado estilo de vida nórdico. Según manifiesta en sus epistolarios, el cónsul español rechazó la mayor parte de las invitaciones que le hicieron. Nuestro escritor fue la antítesis de esa estupenda figura moderna del diplomático mundano y sociable aficionado a las letras, tan bien personificada por Juan Valera, Lawrence Durrell y Rubén Darío. Es harto improbable que de la pluma de estos tres ilustres escritores y diplomáticos hubieran brotado palabras tan timoratas como las de esta carta de Ganivet a sus hermanos: “Ya he recibido varias invitaciones, pero hasta ahora no he aceptado ninguna; por no comer fuera y salir de tiros largos, creo que seguiré haciendo lo mismo en adelante y será lo mejor” (CFAG: 277, 24 febrero 96). De dar fe al testimonio de sus cartas, pocas salvedades hizo Ganivet a semejante

plan de reclusión. El 29 de marzo visita a una viuda española de un cónsul honorario (CFAG: 285, 30 marzo 96), y meses después afirma haberla visitado ocasionalmente desde ese primer encuentro (CFAG: 307, 9 diciembre 96). A Ganivet no le agradaban las formalidades ni los eventos sociales, pues consideraba que constreñían su independencia. Botón de muestra de esa actitud es un pequeño suceso acaecido en agosto de 1896: después de aceptar una invitación de su vicecónsul, a última hora excusa su asistencia “diciéndole que no me esperara, porque hacía viento y tenía un poco de dolor de cabeza y sobre todo porque no me gusta comer de convite ni quedar obligado a las resultas” (CFAG: 303, 10 agosto 96). No sorprende por ello que, tras temporadas sin apenas relacionarse con los demás, Ganivet tenga la sensación de que se le invierten los sentidos. Se lo dice, un tanto hiperbólicamente, a su paisano N. M^a López:

Aquí estoy pues, continuando mi experiencia en mí mismo; peligrosilla es, pues cuando me paso dos meses o tres solo, sin hablar con nadie más que con la criada, créete que hasta se me invierte la función de los sentidos, y me parece que oigo y veo hacia adentro, y me incomunico con el mundo como si fuera ciego y sordo mudo (NML: 70, 29 agosto 96).

Tales afirmaciones hay que tomarlas, no obstante, *cum grano salis*. Ciertamente Ganivet apenas se relacionó con otros colegas y rechazó muchas invitaciones. Pero también lo es que no se aisló totalmente del resto de la humanidad. Ni mucho menos. Al anoecer, Ganivet solía reunirse *en petit comité* con un grupo de vecinas jóvenes, cultas y atractivas. En estas tertulias de vecinos bien avenidos se discutía de todo, sin excluir los temas culturales, sociales y literarios, tan caros al autor de *Idearium español*. De

los contertulios cabe destacar a la joven pintora Hanna Rönberg, mujer de amplia cultura que protagonizó la vida artística finlandesa del cambio de siglo y que, como pago por un favor de su peculiar vecino español, hizo un retrato de Ganivet terminado el 14 de diciembre de 1896 (CFAG: 308, 14 diciembre 96). Otras asistentes a la tertulia eran Ella Sahlberg, joven entonces de veintiún años, hija de un terrateniente y empleada en una sociedad de seguros, y las tres hermanas Waenerberg: Ines, Ida y Hanna⁶. Por lo que parece, Ganivet se sentía más a sus anchas entre esas cultivadas damas que entre colegas y hombres de negocios de paso por Helsinki. Sus biógrafos y exégetas ya se han ocupado de destacar la decisiva influencia de las mujeres en la vida y obra de Ganivet. Adolf Hillman fue uno de los primeros en notarlo cuando en su artículo de 1907 escribió que “las mujeres han jugado un fuerte papel en su vida”⁷. Pero más que subrayar esa atracción por las mujeres, interesa destacar la imagen que ellas y conocidos suyos tuvieron de nuestro escritor. Según los testimonios recogidos por Roberto Wis en distintas entrevistas, las personas que trataron a Ganivet en Finlandia lo consideraban como un individuo raro pero muy interesante que en sus días de buen humor disfrutaba hablando sobre literatura durante horas enteras en compañía de sus amigos⁸. Algunas de estas impresiones ya las había hecho públicas Wentzel Hagelstam en un artículo escrito para conmemorar el primer aniversario de la muerte del escritor granadino; recalca Hagelstam que muy poca gente en Finlandia tuvo idea del renombre que empezaba a adquirir Ganivet en su país; lo cual no era de extrañar, dado que él era un hombre al que le gustaba la soledad; era cordial y muy abierto con todos los que se acercaban a él, pero él mismo no buscaba la compañía de los demás. Hagelstam añade que sufría de una locura que le hacía enigmático y raro a la vista de quienes lo conocían⁹.

Las tertulias de Brunnsparken le servirían a Ganivet para ampliar sus conocimientos de las culturas nórdicas y, acaso, también para practicar su incipiente sueco, idioma que empezó a estudiar a los pocos días de su llegada a Helsinki:

Hace ya un par de días que no veo a nadie y dedico todo el día a leer. Tengo muchos libros y revistas en inglés, alemán y francés y además estoy aprendiendo sueco, y después aprenderé ruso con una señora rusa (polaca) viuda de un alemán (CFAG: 280, 8 marzo 96).

La “señora rusa” de quien tomaba clases de sueco y ruso respondía al nombre de Mascha Diakoffski y era, efectivamente, viuda de un oficial de la marina, un tal Peter Bergmann. Nacida en Viena aunque de origen ruso-alemán, Mascha contaba 26 años en 1896 y era, según todos los testimonios, una mujer bella, culta y refinada que a lo largo de su vida cautivó a cuantos hombres la conocieron. Tras su primer matrimonio se casó tres veces más: con el publicista Wentzel Hagelstam, luego con el artista von Heiroth, y finalmente, con Travers-Bogstrom. Años después mantuvo relaciones literarias y artísticas con Georges Duhamel, Giovanni Papini y Verner von Heidenstan. Ganivet no tardó en sentirse atraído por una mujer tan excepcional, como se desprende de sus palabras en una carta a N. M^a López:

yo ya tengo una amiga, que es mi profesora de sueco, es decir, una joven rusa, hija de polaco y alemana, con la que sostengo ratos de conversación, y que resulta un tipo rarísimo, comparado con



*Recogedores de nieve en Maneesikatu,
Helsinki. Fot. Anton Rönberg , 1931.
Museo de la Ciudad de Helsinki.*

nuestras mujeres. Es bellísima en el género rubio, pero más sería que un “chavo de especias”. A mí me tiene por loco, por una especie de Quijote, pues no puede hacerse cargo de que un hombre sea idealista, y al mismo tiempo cometa barbaridades y chiquilladas (NML: 61, 12 marzo 96).

Meses después, el escritor le remite a López un retrato de Mascha, preguntándole “qué le ha parecido al cónclave el bichejo ese”, e indicándole que esa mujer es la “Princesse aux cheveux d’or” (NML: 73, 23 octubre 96), título de una serie de poemas de amor que recientemente le había enviado Ganivet a su corresponsal y amigo (NML: 62-67, 6 mayo 96). Ganivet se enamoró de su profesora. Le escribió poemas de amor y encendidas cartas, todo en francés, recientemente publicados por Roberto y Marjatta Wis¹⁰. La relación entre ambos amigos fue fugaz: Mascha partió de Helsinki a finales de mayo de 1896 seguramente, según conjeturan los Wis, para liberarse “dal corteggiatore sempre più ardente, oppure questa relazione poteva forse diventare pericolosa per lei”¹¹. Ganivet sigue enviándole a Mascha cartas en francés, y Mascha, finalmente, le escribe una carta con una fotografía suya encartada con fecha de 27 de julio. Amelia Roldán, que por entonces se hallaba pasando el verano en Helsinki con su amante, descubre la fotografía, la destruye en un arrebato de celos y se marcha, con el hijo que le había dado al escritor, Ángel Tristán, de la ciudad.

No me incumbe aquí detallar los efectos de esa relación sentimental en la biografía de Ganivet, ni siquiera los que son rastreables en su obra poética o novelística¹². Sí que conviene resaltar un dato importante para comprender la gestación de *Cartas finlandesas* y *Hombres del norte* por

un lado, y por otro, las herramientas culturales y lingüísticas con las que accedió a la literatura y la cultura de los países nórdicos. Porque con toda probabilidad fue Mascha Diakoffski quien familiarizó a Ganivet, en mayor medida que sus simpáticas amigas de Brunnsparken, con las lenguas y las diversas culturas del norte de Europa. En este sentido, la huella de Mascha será decisiva. Por decirlo con Gallego Morell, “[e]lla había puesto en relación a Ganivet con la obra literaria de Jonas Lie, de Bjørnson, de Ibsen. Ella le enseñó el sueco, le perfeccionó el alemán, le inició en el ruso y ella despertó el lírico intimista”¹³. En poco tiempo, en efecto, domina el sueco. El 30 de marzo de 1896 escribe a su familia que “[e]n el sueco adelanto bastante” (CFAG: 286, 30 marzo 96), y un mes después que “sigo además ocupado con el estudio del sueco en el que ya me explico un poco para los asuntos más necesarios”, añadiendo que puede leer periódicos suecos (CFAG: 289, 27 abril 96).

No podía quejarse Ganivet de sus obligaciones laborales. Poco después de su llegada a Helsinki, instala su oficina en su propia casa. Según él mismo refiere a sus hermanos, los trabajos del consulado requieren su atención sólo tres horas al día, de doce a tres (CFAG: 294, 8 junio 96). El resto de la jornada lo tiene para sí. En marzo asegura que “[l]a oficina hasta mayo poco da que hacer”, por lo que dispone de “tiempo libre para mis entretenimientos” (CFAG: 280, 8 marzo 96). Pero en verano el volumen de trabajo no aumenta demasiado: “[e]l Consulado hasta en verano resulta una canonjía pues no da que hacer casi nada” (CFAG: 299, 13 julio 96). Y eso hasta tal punto, que piensa proponer al Ministerio que “supriman este puesto y se ahorren lo que cuesta” (CFAG: 301, 27 julio 96), algo que efectivamente hará, y que será la causa de su traslado a Riga a mediados de 1898¹⁴. En fin: Ganivet tenía a su alcance todas las

ventajas del mundo para practicar una vida frugal, ordenada, metódica y retirada y para dedicarse en cuerpo y alma al estudio y a la escritura.

La estancia diplomática en Helsinki potenciaba el cosmopolitismo y la pasmosa facilidad de Ganivet para el aprendizaje de idiomas. En una equívoca queja sobre su trabajo, Ganivet subraya las ventajas inherentes al mismo; aprender lenguas y literaturas extranjeras:

Respecto de dejar la carrera, desearía hacerlo para fijarme en Madrid, pues aún no quiero enterrarme en Granada, pero antes quisiera aprovechar la ocasión de haber venido aquí y aprender ruso y perfeccionar el alemán, el inglés y sueco que leo casi a diario y que deseo soltarme a hablar. No hay punto mejor que éste para aprender lenguas y para estudiar las literaturas del norte de Europa pues está entre Rusia, Alemania, Suecia, Noruega y Dinamarca, por un punto en que se cruzan todas las influencias [...]. Me gustaría más buscarme la vida libremente que andar en destinillos aunque sean tan buenos como éste que tengo, que en realidad es una ganga, pues no me da nada que hacer y tiene cerca de 11.000 pesetas al año (CFAG: 298, 6 julio 96).

La disposición de tanto tiempo libre permite a Ganivet idear muchos proyectos literarios y redactar en pocos meses un impresionante número de artículos y libros. En sus epistolarios se extiende sobre tales proyectos:

además de Granada la bella y el Idearium y Cartas finlandesas [...] tengo en planta las siguientes obras: 1. Una “Historia crítica de España”, o sea, un curso de Historia en artículos de periódico,

de igual tono que las Cartas. 2, “Ecce Homo”, complemento del “Idearium”. 3, “La casa eterna”, comedia en tres actos. 4, “Instantáneas” (críticas personales). 5, “Poesías” (malas y aun sin nombre). 6, “Pasión y muerte de Pío Cid”, novela de costumbres. 7, O obra sin más título que esos círculos, donde expondré una teoría original sobre la escritura óptica; y aparte de estas menudencias dos obras importantes a mi juicio que son: “Los Coloquios de Hílope y Cínope” y la Tragedia mística. (Esta última no la llegaré a escribir) (RO: 305-306, 12 abril 97).

En Sitges acabé los 8 trabajillos para el *Libro de Granada* y ahora tengo como sabes los *Trabajos*, la *Tragedia* y los *Coloquios*, que te tengo dedicados *in pectore*. Aparte eso, un estudio sobre la Literatura del Norte (RO: 310, 25 septiembre 97).

tengo proyectos para trabajar más de dos años, y si sigo aquí esos dos años, quisiera que cuajara por lo menos la mitad. El orden cronológico en que deben ir saliendo es: Primer auto de la tragedia mística, que está ya terminada *inmente*; *Los Trabajos*, que se llevarán más de un año, y *Los Coloquios*, que iré escribiendo a intervalos; y alternando con estas obras, la serie de artículos sobre literatura del Norte [...] y otro trabajillo también periodístico, aun no determinado (FNL: 83-84, 11 octubre 97).

A principios de 1898 empieza a escribir *El Dómine Peregrino Don Rústico de Santafé*, de la que sólo nos queda un fragmento y su plan, y proyecta la continuación de *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*¹⁵. Ganivet trabaja sin descanso en distintas obras. La mayor parte de éstas fueron

escritas en Finlandia. En su estancia en Helsinki y durante la licencia que pasó en España escribió *Granada la bella*, la serie de artículos luego recogidos en *Cartas finlandesas, Idearium español*, “La pintura española juzgada en el extranjero”, “Cau Ferrat”, sus relatos y poemas para *Libro de Granada, Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, la mayoría de los artículos sobre *Hombres del norte* a excepción de los dedicados a Vilhelm Krag y Knut Hamsun, escritos en Riga, y los poemas en francés a Mascha Diakoffski. Aparte, por supuesto, de innumerables cartas privadas.

Al principio de su estancia en Finlandia, sufrió días de incomunicación a causa del intenso frío, pero también padeció momentos de melancolía y añoranza, magníficamente plasmados en un bello fragmento al final de la carta XII de *Cartas finlandesas*. En su primer día en Helsinki tiene la desagradable impresión de ser el único español en la ciudad: “No hay más español que yo y una doña Juanita que dicen es española y baila y canta en el teatro” (CFAG: 271-272, 1 febrero 96). Días después insiste a sus hermanos en lo mismo: “La doña Juanita creo se fue ya, pero ha aparecido otro español negociante en vinos con el que podré hablar algunos ratos en español” (CFAG: 273, 7 febrero 96). La primera impresión que tuvo del país, contará Ganivet en *Cartas finlandesas*, “fue de tristeza”: “Llegué en invierno, y los campos, como los lagos, como el mar, estaban sepultados bajo la nieve” (XII, 86). El duro invierno finlandés, que obliga a ocasionales interrupciones de la vida cotidiana o a la reclusión en casa, seguramente no ayudó mucho a aliviar ese inicial sentimiento de soledad. De hecho, las plásticas descripciones del clima y los horarios en Finlandia presentan un país desolado y gélido, lo cual le confiere una pátina exótica. O si no, léanse las siguientes citas, y piénsese qué significaría para un español de finales de siglo un clima parecido en

tierras tan remotas como las finlandesas:

Hace tres días sopla el huracán con nieve y parece esto el fin del mundo para el que no está acostumbrado. A cada momento se figura uno que las casas van a salir volando, arrancadas de patillas (CFAG: 279-280, 8 marzo 96).

Después de varios días de terribles huracanes hemos vuelto a entrar en calma y hace menos frío, aunque no para de nevar. Los días ya van siendo largos y de aquí a un mes creo que se deshelará el mar y empezará lo que aquí llaman verano, pues no hay más que invierno de ocho meses y verano de cuatro (CFAG: 283, 15 marzo 96)¹⁶.

La falta de sol durante el invierno y de noche en verano hacían todavía más exótico y problemático el nuevo hogar de Ganivet: “En verano hay días de veintitrés horas, y noches que apenas si cuentan para nada, pues son un momento de oscuridad” (CFAG: 283, 15 marzo 96), y en *Cartas finlandesas* llegará a decir que “[l]o que angustia más no es el frío; es la falta de sol” (XII, 86). Pero aunque semejante clima altera sus nervios (NML: 72, 23 octubre 96), lo cierto es que también le permite concentrarse mejor en su vocación de escritor:

¿Qué va uno a hacer aquí, en días como el de hoy, en que desde la mesa donde escribo, al través de las ventanas, veo cruzar, desencadenados, horribles huracanes de nieve, que parecen anuncio del juicio final? Vivo en medio de un bosque muerto y a la orilla del mar, de un mar no sólo muerto, sino enterrado bajo

montañas de nieve. Y a ratos ni siquiera tengo la tranquilidad de defenderme, acurrucado en mi pequeña casa, porque temo salir volando con ella, e ir a parar al quinto infierno. No queda, pues, más recurso que amorrarse, coger la pluma y escribir [...]. Cuando me canso de escribir, tengo a mano abundante lectura (NML: 59, 12 marzo 96).

En verano del 96 parece estar algo más optimista, tal vez debido a la presencia de Amelia Roldán y de su hijo: “Ahora estoy en un período de holganza, pues fuera de las horas de oficina no hago más que estar tumbado o pasear, ni ganas tengo de leer, a causa del calor” (CFAG: 295, 15 junio 96). El 15 de abril de 1897 cursa una instancia de petición de licencia reglamentaria de cuatro meses con el fin de pasar el verano en Granada. El 8 de mayo recibe la concesión de la licencia. El 1 de junio parte para España. El 21 de septiembre de 1897 Ganivet se incorpora a su trabajo en Helsinki. Sus hermanas Pepa e Isabel, Amelia y su hijo viajan con él y se instalan en su casa. A principios de 1898 se suprime, a sugerencia de Ganivet, el consulado de España en Helsinki, creándose el de Riga. Ganivet es nombrado cónsul de España en Riga el 8 de junio. Realiza un viaje relámpago a la ciudad letona para buscar vivienda mientras sus hermanas y Amelia vuelven con el niño a España. El 8 de agosto de 1898 se embarca en el puerto de Helsinki con destino a Riga. Allí estaban sus amigas de Brunnsparcken para despedirlo. Terminaba así la segunda singladura diplomática de Ganivet, sin duda la más fructífera de todas, ya que le familiarizó con las lenguas y literaturas nórdicas y le permitió llevar a término una ingente producción literaria y periodística. Aunque Ganivet no le daba excesiva importancia al lugar (decía que “[p]ara mí el estar aquí o allá es hasta accidental, pues no le doy importancia

a que el cuerpo esté en un lugar o en otro. Lo esencial es la intención y que todo marche bien”, CFAG: 287, 13 abril 96), la verdad es que su estancia en Helsinki fue, de los tres destinos diplomáticos que tuvo, la mejor aprovechada por el autor granadino. En Riga apenas tendrá tiempo para nada: escribe sus cartas abiertas a Unamuno sobre *El porvenir de España*, *El escultor de su alma*, dos artículos de la serie *Hombres del norte* y algunas cartas privadas. El 29 de noviembre se quita la vida, truncando así una de las carreras literarias más prometedoras en la España de entonces.

GESTACIÓN DE *CARTAS FINLANDESES Y HOMBRES DEL NORTE*

Ganivet, que como vimos dispuso de mucho tiempo libre para sus estudios y para observar atentamente la vida finlandesa, concibió el proyecto de escribir un trabajo sobre el norte de Europa alrededor del mes de marzo de 1896, cuando sólo llevaba un mes en Helsinki. A Luis Seco de Lucena, director entonces de *El Defensor de Granada*, le comenta que está estudiando ruso y sueco, “y quizá pudiera cuando domine estos idiomas hacer un estudio detenido sobre el Norte de Europa, del que en España se sabe bien poco” (LSLP: 87, 9 marzo 96). En otra carta, en esta ocasión dirigida a Nicolás María López, el escritor sigue dándole vueltas a ese vago proyecto suyo: “Acaso más adelante [...] escriba otra *suite* sobre motivos del norte de Europa, pero no confío mucho en el propósito por la razón ya dicha de que me carga lo descriptivo a secas” (NML: 60, 12 marzo 96). El 13 de julio asegura a sus hermanos que después de arreglar unas cuentas pendientes empezará “un trabajo por el estilo de *Granada la bella* pero más largo y sobre asuntos de interés más general” (CFAG:



Ángel Ganivet. Retrato de estudio. Fot. Compañy (Madrid), ca. 1889. Archivo-Biblioteca de la Casa de los Tiros.

299, 13 julio 1896), alusión a *Cartas finlandesas* en la que se adivina, claramente, el tono periodístico del estudio y su publicación por entregas. La primera mención explícita al trabajo, ya con un título casi idéntico al que posteriormente sería el definitivo, aparece en una carta a Luis Seco de Lucena del 19 de agosto de 1896, en la que destaca el escritor el interés general que tendría su estudio al tratar temas poco conocidos en España:

Quando pase el verano y haya que encerrarse entre estufas, pienso dedicar el tiempo a escribir para su periódico una serie de “Cartas de Finlandia”, que si me salen como yo deseo han de interesar mucho más que, según parece, han interesado los artículos enviados hasta aquí. Con estas cartas en que se hablaría no sólo de Finlandia, sino en general de toda esta región del norte, tan poco conocida de los españoles, quizás se podría formar un libro de más fuste que el de *Granada la bella* y que no fuera de interés exclusivamente local. Lo que es menester es que el propósito cuaje y cuaje con fortuna (LSLP: 92, 19 agosto 96).

La serie de *Cartas finlandesas* se empezó a redactar el 1 de octubre. Ganivet trabajó en ellas con regularidad hasta la carta XX. El siguiente cuadro, en el que la segunda columna indica la fecha de composición constatada al final de cada artículo y la tercera la de su publicación en *El Defensor de Granada*, muestra con qué rapidez elaboró Ganivet sus “cartas”:

Carta I	1 octubre 96	14 octubre 96
Carta II	2 octubre 96	16 octubre 96
Carta III	3 octubre 96	18 octubre 96
Carta IV	6 octubre 96	22 octubre 96

Carta V	13 octubre 96	3 diciembre 96
Carta VI	20 octubre 96	6 diciembre 96
Carta VII	29 octubre 96	27 diciembre 96
Carta VIII	1 noviembre 96	30 diciembre 96
Carta IX	sin fecha	9 enero 97
Carta X	20 noviembre 96	31 enero 97
Carta XI	sin fecha	3, 4, 5 febrero 97
Carta XII	18 enero 97	17 marzo 97
Carta XIII	9 febrero 97	28 marzo 97
Carta XIV	12 febrero 97	16 mayo 97
Carta XV	14 febrero 97	25 mayo 97
Carta XVI	18 febrero 97	5 junio 97
Carta XVII	28 febrero 97	12 junio 97
Carta XVIII	9 marzo 97	17 junio 97
Carta XIX	sin fecha	25 junio 97
Carta XX	sin fecha	30 junio, 4, 9 julio 97
Carta XXI	sin fecha	20 abril 98
Carta XXII	sin fecha	26 abril 98

Las primeras dieciocho cartas fueron escritas con relativa regularidad entre el 1 de octubre de 1896 y el 9 de marzo de 1897. Como las cartas XIX y XX, que no están fechadas, se publicaron inmediatamente después de la XVIII, hemos de conjeturar que se escribieron también poco tiempo después de ésta; tal suposición está avalada por las manifestaciones de Ganivet al respecto; a sus hermanos les escribe el 15 de marzo de 1897 que “[y]a envié al periódico hasta XX cartas”, y añade que en total serán veinticinco (CFAG: 312). La discontinuidad que hay a partir de la publicación de la carta V se debe al extravío de la misma, por lo cual Ganivet tuvo que reescribirla de nuevo; debido a ese contratiempo, *El Defensor de Granada* no publicó ninguna carta el mes de noviembre,

pues “no han querido saltar un número por si había relación entre unas y otras cartas” (CFAG: 306, 16 noviembre 96). Por lo que hace a la IX, sin fechar, Ganivet asegura en una carta privada estar escribiéndola el día 3 de noviembre de 1896 (CFAG: 305). Las cartas XXI y XXII las escribió meses más tarde, cuando ya planeaba el autor reunir la colección en un solo volumen: la carta XXI sobre el movimiento literario y artístico de Finlandia continuaba, y de hecho concluía, las anotaciones sobre la épica finlandesa de la carta anterior; y la XXII, titulada “Cómo se mueren los finlandeses”, confería a la serie de cartas un cierre “natural” (el comentario sobre la vivencia de la muerte de los finlandeses coincide con el fin de la colección y del libro), como el mismo Ganivet se encarga de apuntar al inicio de la carta; así se desprende de unas líneas a Francisco Seco de Lucena en que le pregunta “cuánto me costaría una edición de 200 a 250 ejemplares” en su imprenta: “Si en vista de lo que me dices hago una edición de 200 ejemplares completaré la serie con dos o tres *Cartas y pax Chrysti*” (LSLP: 98-99, 29 septiembre 97). Esas dos últimas cartas se las envía a Seco antes del 29 de marzo de 1898, según se indica en una carta a N. M^a López (NML: 91-92, 28 marzo 98).

Quienes gusten de las interpretaciones genéticas lamentarán el hecho de que Ganivet no explicara con detalle lo que pensaba de sus *Cartas finlandesas*, de sus objetivos, de su técnica literaria. A diferencia de libros suyos como *La conquista del reino de Maya*, apenas se ocupó de *Cartas finlandesas* en sus epistolarios. Hemos de conformarnos con algunos recelos literarios formulados al comprender que, con la impresión del libro, la divulgación de *Cartas finlandesas* iría más allá del reducido círculo de lectores de *El Defensor de Granada*¹⁷. Si bien al proyectar sus *Cartas finlandesas* pensó, lo acabamos de ver, que su interés era general

por lo novedoso de su temática, luego tuvo la impresión de que los coloquialismos y la forma epistolar limitaban su alcance:

Las *Cartas* no merecen una edición grande y costosa porque aparte su escaso valor habría que espulgarlas y quitarles muchas cosas relativas a Granada, si habían de tener interés general. Creo preferible o no reimprimirlas o reimprimirlas como están, dedicadas “A mis amigos de Granada”, y con nota de que fueron publicadas en tu periódico. Así pueden pasar todas las alusiones y detalles locales que las *Cartas* tienen y que no tendrían si hubiesen sido escritas para otros lectores (LSLP: 98, 29 septiembre 97).

Insistirá en ese reparo en cartas posteriores:

Respecto de las *Cartas finlandesas* me parece que las habéis *lanzado* más de lo que convenía. Yo no he querido hacerlo con mis demás libros y menos lo hubiera hecho con éste, que es demasiado familiar y contiene ciertas expresiones que nosotros las admitimos con gusto, pero que en muchas partes de España, no las comprenden. Yo creía que iba a ser una edición de amigos y a lo sumo hubiera dado ejemplares en Finlandia y a las personas muy conocidas y veo que lo han enviado a todas partes y leo, en la prensa de Barcelona, que está puesto a la venta a 2,50 el ejemplar (LSLP: 110, 19/31 octubre 98; complementar con LSLP: 107, 26 septiembre-18 octubre 98).

Sólo al ver el relativo éxito del libro cambia de parecer:



Casa de Ángel Ganivet en Helsingfors. Archivo Histórico de Helsinki.

Yo creía [...] que habíais lanzado demasiado *Las Cartas*, pues desconfiaba del público. Sin embargo, por lo que veo y leo no le hace ascos, y quizás, no obstante las tonterías que contienen, den más juego que una obra escrita de clavo pasado para dar a conocer la Cofradía [se refiere al *Libro de Granada*] (NML: 115, 29-10 noviembre 98).

La interrupción de las *Cartas finlandesas* en la carta XX a finales de julio de 1897 coincide con la germinación de un proyecto ganivetiano consistente en preparar “un estudio sobre la Literatura del Norte”, como le confiesa a Navarro Ledesma un mes y medio después de la publicación de dicha carta XX, exactamente el 25 de septiembre de 1897 (RO: 310). Ganivet, que como vimos empezó a estudiar sueco en marzo de 1896, seguramente ya se sentía cómodo para adentrarse con pie firme en el estudio riguroso de las literaturas nórdicas. No se le escapaba al escritor español que semejante empresa no podía acometerse con la ligereza ni con la rapidez con que concibió y escribió sus *Cartas finlandesas*: los artículos que tiene planeados, cada uno de ellos dedicado *in toto* a un autor, requieren “mucho lectura” y por eso, dice, solamente enviará dos cada mes (LSLP: 97, 29 septiembre 97; ver también LSLP: 99, 26 enero 98). La redacción de esta nueva serie de artículos fuera del marco epistolar de *Cartas finlandesas* tiene una clara justificación temática, constatada por el propio Ganivet en la nota a pie de página del primer artículo, “Jonas Lie”: la literatura finlandesa, observa allí, está muy ligada a la literatura sueca y a la escandinava en general, y no puede estudiarse con independencia de ellas, sino que hay que estudiarla conjuntamente con esas literaturas. En otras palabras, el examen de la literatura finlandesa excede el ámbito de unas “cartas” llamadas “finlandesas”. Irónicamente, ninguno de los

autores estudiados en *Hombres del norte* es finlandés.

El autor de *Idearium español* se tomó muy en serio la redacción de sus *Hombres del norte*. No era él un hombre que tratara la literatura o el arte a la ligera. Su curiosidad intelectual careció de límites y abarcó campos dispares. Las estancias del joven diplomático en el extranjero facilitaron la satisfacción de sus insaciables inquietudes culturales. En las librerías, en las bibliotecas y en los teatros europeos pudo Ganivet familiarizarse con las últimas manifestaciones del mundo cultural de la Europa finisecular. Consciente por ello de su situación privilegiada, nuestro escritor se esforzó en divulgar la actividad cultural y literaria de aquel entonces a sus compatriotas. En sus cartas y libros de ensayo se puede comprobar el afán divulgativo de un Ganivet que les cuenta a sus lectores y amigos españoles acerca de autores tan variados como Nietzsche, Sterne, Macaulay o Barrès. Éste es, precisamente, uno de los aspectos más característicos de la formación cultural de un hombre de letras que puso al servicio del lector español y de sus amigos granadinos el fruto de su esforzado trabajo intelectual. De todos los literatos nórdicos que Ganivet leyó, solamente unos pocos eran conocidos en la España cambiosecular. R. Darío le dedicó un artículo a Ibsen en *Los raros* (1893) en unos años en que empezaron a traducirse algunas de sus obras más significativas: *Los aparecidos* (Madrid: *La España Moderna*, circa 1890), *El pato silvestre* (Madrid: Antonio Marzo, 1890), *Hedda Gabler* (Madrid: *La España Moderna*, circa 1890; representada en Madrid y Barcelona en 1894), *Casa de muñecas* (Madrid: *La España Moderna*, circa 1890), *La dama del mar* (Madrid: *La España Moderna*, circa 1890); *Brand* (Barcelona: A. López, 1903); al catalán se tradujo *Espectres* (Barcelona: *L'Avenç*, 1894). A principios de siglo se traducirían algunas obras de Strindberg y Bjørnson; del primero

destacan *La señorita Julia* (Barcelona: López, 1903) y *Padre* (Barcelona: Badia, 1905), y del segundo *Las sendas de Dios* (Barcelona: Tipografía La Ibérica, 1901) y *El rey* (Valencia: F. Sempere y Compañía, circa 1903). El ambiente cultural y literario en la España finisecular fue muy receptivo a la literatura nórdica y eslava¹⁸. No andaba desencaminado Ganivet, por lo tanto, al pensar que sus estudios podrían ser de interés para el público español. Desde un principio consideró la posibilidad de reunirlos luego en un libro, y no se le escapó el atractivo que podría tener en España dado el desconocimiento que allí se tenía de la mayoría de autores del norte de Europa. En una carta a Francisco Seco de Lucena lo expone así de claro: “Los artículos de los *Hombres del Norte* están escritos, desde luego, con el propósito de que después puedan ser un libro de lectura general y hasta de venta, si sale bueno” (LSLP: 98, 29 septiembre 97). Estaba el escritor ilusionado con la novedad y la utilidad de su estudio para sus compatriotas: “tengo el propósito de que al fin los *Hombres del Norte* sean un estudio completo de los literatos más salientes del Norte. Una obra así tendría aceptación segura y lo que es mejor, prestaría un buen servicio a España, que en esta materia suele enterarse tarde y mal por la vía de París, por donde viene muy adulterado” (LSLP: 104, 15-20 agosto 98). Su objetivo consistía en elaborar artículos sensatos y rigurosos, alejados de las presentaciones superficiales “a la francesa”, como le gustaba decir. Al justificarse de la extensión de sus artículos, comenta: “Por mucho que quiera reducirlos, algunos tienen que llevarse sus dos columnas largas, pues no hay medio de decir algo concreto sobre un autor en unos cuantos párrafos y yo no quiero escribir siluetillas en que se da más importancia al detalle simplemente curioso que a lo fundamental” (LSLP: 100, 26 enero 98; complementar con LSLP:109-110, 19/31 octubre 98). Ganivet escribió y publicó seis artículos sobre otros tantos escritores noruegos: J. Lie, B.

Bjørnson, H. Ibsen, A. Garborg, K. Hamsun y V. Krag¹⁹. En agosto de 1898 manifiesta que planea escribir un artículo sobre Kjelland y ampliar sus investigaciones a los autores eslavos (LSLP: 104, 15-20 agosto 98). Un mes antes de su suicidio dice haber empezado a escribir sobre Jacobsen y Brandes, y que en diciembre espera hacer lo propio con Rydberg y Heidenstam (LSLP: 109-110, 19/31 octubre 98). Por desgracia, no hay constancia documental de que Ganivet haya realmente escrito sobre ninguno de esos cinco autores.

LA EPISTOLARIDAD DE *CARTAS FINLANDESAS*

La frescura y la actualidad que todavía hoy conservan las *Cartas finlandesas*, así como su gran atractivo para todo historiador del modernismo español, se deben en buena medida a su forma epistolar. La epistolaridad de las *Cartas finlandesas* ha sido considerada por la crítica como un gran acierto del escritor²⁰. Pero nunca se han estudiado con detenimiento los distintos recursos epistolares que hacen de esta colección de cartas una pequeña joya literaria de las letras finiseculares españolas. Y eso que la comprensión de la retórica epistolar de las *Cartas finlandesas* resulta imprescindible para una exacta apreciación del sentido y el valor de esta obra ganivetiana.

La elección de la forma epistolar aparece justificada en los párrafos iniciales de la primera carta: “Varios amigos míos”, indica el escritor, “miembros de la tan ilustre como desconocida Cofradía del Avellano, me han escrito pidiéndome noticias de estos apartados países” (I, 83). Nada nos invita a pensar que esta motivación de Ganivet sea un simple

Helsingfors 1.º de Marzo de 1896.

Mis queridos hermanos:
Os escribo desde la nueva casa, a la que me mudé ayer. Por el momento no tengo más que dos habitaciones que son bastantes para colocar los trastos de la oficina. Yo no he comprado más que una cama y taboques y un lavabo. La ropa de cama me la ha prestado la

Carta manuscrita de 1 de marzo de 1896 en la que el autor cuenta a sus hermanas el traslado a su nueva casa en Helsingfors. Biblioteca de la Diputación de Granada.

artificio, del estilo del “manuscrito encontrado”²¹. Sobre todo porque los epistolarios ganivetianos abundan en descripciones de las ciudades y países que visitó. Por ceñirme a Finlandia, citaré el caso de una carta a N. M^ª López, miembro de la Cofradía del Avellano, fechada en Helsinki el 12 de marzo de 1896; en ella Ganivet, “por dar gusto al cónclave”, esto es, al grupo de amigos de la citada Cofradía, inserta una “ensalada de noticias útiles” sobre el sistema político finlandés, sus universidades y ciudades más importantes, y sus gentes (NML: 60-61). A finales del siglo XIX, Finlandia debería resultar, para los españoles, una tierra remota, abandonada de la mano de Dios, lo que la dotaría de un aire exótico²². No llegaban a España muchas noticias sobre los países nórdicos, así que no sorprende que los paisanos del escritor le pidieran noticias a su aventurero contertulio. Ganivet, amigo de sus amigos como pocos, accedería de buen grado al ruego de sus camaradas. En un principio, pues, parece que el origen de esas *Cartas finlandesas* está relacionado con la amistad entre Ganivet y sus corresponsales. Bien conocido es, por lo demás, el vínculo entre la literatura epistolar y la amistad. Las cartas han sido consideradas tradicionalmente como un enlace entre amigos separados en el espacio. “Conversari cum amicis absentibus”: así definía Séneca, en su epístola 75, la función de la escritura epistolar²³. Este tópico es recursivo en la antigüedad clásica y en las posteriores literaturas vernáculas europeas desde el Humanismo en adelante. No hay más que recordar ejemplos tan diversos como la “Epístola a Boscán” de Garcilaso, “To John Poynz”, de Sir Thomas Wyatt, o la “Epístola a Batilo” de Jovellanos dirigida a su amigo Meléndez Valdés.

Pero esa motivación inicial es sólo aparente. Ganivet, siempre preocupado por mejorar el nivel cultural de sus paisanos y compatriotas, razona que

“no era justo reservar en beneficio de unos pocos un trabajo que, malo o bueno, había de contener tantas noticias nuevas y curiosas” (I, 84). Con esto en mente, se forma el propósito de no limitarse a su círculo de amistades y de convertir a todos los granadinos en corresponsales de sus cartas. Más adelante dirá que escribe movido por “el deseo de ser útil a mis conciudadanos” (I, 89). Los amigos de la tertulia formarán parte, por lo tanto, de un indefinido y amplio grupo de corresponsales a los que Ganivet, con ironía, tratará de “discípulos”. Ganivet siempre tuvo un concepto muy elevado tanto de la amistad como de la enseñanza. A lo largo de todos sus epistolarios se delata claramente su intento de difundir a amigos y familiares ideas y autores poco conocidos, corrientes literarias y acontecimientos de la historia contemporánea²⁴. Esta pulsión doblemente amistosa y pedagógica se complementa con la necesidad de comunicación que debió de sentir Ganivet en tierras tan alejadas de los suyos; en medio de la relativa soledad emocional experimentada en Helsinki descrita en la sección anterior, la carta lo aproximaba a sus amigos: “ahora que las distancias aumentan”, le señala Ganivet a Navarro Ledesma pocos días antes de partir para Finlandia, “hay que acortarlas con la pluma” (RO: 292, 19 enero 96). Teniendo en cuenta todo lo dicho, la carta, tanto la privada como las públicas de la serie de *Cartas finlandesas*, es un espacio que cultivará Ganivet para aliviar su soledad, para comunicar sus impresiones a sus amigos y para informar a sus conciudadanos granadinos acerca de unas tierras remotas y desconocidas²⁵.

La relación entre maestro y discípulo que Ganivet establece con sus lectores se determina en la primera carta: “yo no soy maestro, lo reconozco; pero en caso de apuro puedo ejercer de suplente, auxiliar o

supernumerario [...]. Y por lo que hace a mis discípulos lo serán muy a gusto, aunque por culpa mía con escaso provecho, todos los granadinos de buena casta” (I, 84), esto es, todos los lectores de *El Defensor de Granada*. En otras ocasiones se referirá a “mis queridos discípulos” (IV, 115) y a “mi mejor discípulo” (XVI, 243). Al adoptar esta *máscara*, Ganivet se sitúa en una perspectiva determinada que condicionará de una manera decisiva el tono y la temática de sus cartas. La adopción de esa *máscara* de maestro dista, importa destacar, de ser un recurso original. En la carta I el autor de *Granada la bella* asegura que su procedimiento “es un tanto revolucionario” (I, 84). Tal vez se refiera humorísticamente a su intención de convertirse él mismo en una especie de centro docente a distancia y de enseñar un curso por correspondencia (vid. I, 84). En cualquier caso, las *Cartas finlandesas* se enmarcan en una tradición epistolar tan ancestral como rica.

Desde la antigüedad, la carta ha sido una forma literaria en la que se han cruzado géneros tan distintos como la elegía, la sátira y el sermón o, como diríamos hoy, el ensayo. En Grecia, nos lo recuerda E. Suárez de la Torre, la carta es, junto al diálogo, un instrumento de transmisión de las doctrinas filosóficas²⁶; entre los principales conjuntos epistolares sobresalen los atribuidos a oradores (Demóstenes) y filósofos (Aristóteles, Platón, Epicuro). Los filósofos griegos del siglo V en adelante utilizaron el género epistolar para la exposición de sus ideas y doctrinas. Por lo que cumple a la cultura latina, pensemos en la voluminosa correspondencia de Cicerón, impresionante conjunto epistolar en el que se compendia la vida y el pensamiento del autor; en las cartas de Frontón a sus discípulos Marco Aurelio y Lucio Vero, y sobre todo, en las 124 epístolas morales de Séneca a Lucilio. En la cultura cristiana la práctica epistolar con fines

didácticos no cesó; al contrario: la epístola experimentó un inusitado auge; se calcula que unos trescientos autores cultivaron la epístola, en buena medida caracterizada por un tono doctrinal y apologético. No hay más que acudir a los epistolarios de san Basilio, san Juan Crisóstomo, san Gregorio Nisa, Cipriano, a las cartas intercambiadas entre Jerónimo y Agustín o, sin ir más lejos, a las epístolas paulinas. En la Edad Media, la carta tendrá un gran protagonismo al ser un importante vehículo doctrinal. Las *artes dictaminis* son una prueba de la importancia de la epistolaridad en la divulgación y consolidación doctrinal e institucional del cristianismo²⁷. Las cartas doctrinales o divulgativas lograron un nuevo impulso a partir del Renacimiento: bastará con destacar el caso de Erasmo de Rotterdam, las epístolas en verso de carácter ensayístico de Dryden, Wyatt, Donne, B. Jonson y A. Pope, en las que se discuten, por decirlo con Levine, “serious matters of individual, social, or political conduct in an intimate or middle style”²⁸, y ya en nuestra literatura, las epístolas en verso de Boscán y Mendoza, anticipos del ensayo moderno según Elias Rivers²⁹. Por último, mencionaré las *Letras* de Fernando del Pulgar, las *Epístolas familiares*, de fray Antonio de Guevara, las *Cartas eruditas*, del padre Feijoo, las *Cartas marruecas*, de J. Cadalso, y las becquerianas cartas *Desde mi celda*. En estas cartas o conjuntos epistolares, todos ellos de clara orientación ensayística, se establece una comunicación entre dos o más personas alejadas por el espacio en la que el emisor ilustra a sus destinatarios, con un lenguaje familiar, íntimo y a veces coloquial sobre distintos aspectos de la vida y los saberes. Las *Cartas finlandesas* pertenecen a esa importante tradición de las letras occidentales por mucho que Ganivet, tras aludir al supuesto carácter “revolucionario” de su procedimiento, pretenda emparentarse con la tradición de los agentes políticos de las repúblicas italianas (I, 88).

La determinación del destinatario de la carta es crucial para la cabal comprensión de la misma³⁰. La elección de un corresponsal por parte del remitente determina el tono, la estructura y la temática de su carta. El autor de cartas siempre tiene en cuenta la calidad de su interlocutor y las posibles objeciones de éste a sus ideas, así como aquello que su corresponsal le haya escrito en cartas previas. La relación entre el *yo* y el *tú* en el género epistolar es muy peculiar. Tal peculiaridad ha llevado a Koskenniemi a hablar de una “situación epistolar” (*Briefsituation*)³¹ que condiciona la estructura comunicativa del intercambio epistolar. Janet G. Altman ha señalado muy oportunamente, al referirse a ese mismo fenómeno, que la experiencia epistolar es siempre recíproca: “The letter writer simultaneously seeks to affect his reader and is affected by him”³². El futuro acto de lectura del corresponsal, en otras palabras, condiciona y modela la carta del emisor, e incluso aparece tematizado en la epístola. “In no other genre”, sigue observando Altman, “do readers figure so prominently within the world of the narrative and in the generation of the text”³³. La interacción entre *maestro* y *discípulos* es incesante en las *Cartas finlandesas* y adquiere distintas formas.

Ganivet duplica en sus cartas el diálogo que cada una de ellas, por sí misma, establece con los lectores de *El Defensor de Granada*, mediante el recurso de intercalar un diálogo supuesto o imaginario del escritor con uno o varios lectores suyos. Así sucede en la carta XIII: “Algunos amigos míos que creen que cuando yo escribo lo hago sólo para dar una broma a mis lectores, dirán: –¡Ya pareció aquello! El corresponsal quiere convertir en teatros las universidades [...]. Y yo contesto: –Quien en realidad da un bromazo al país es el ministro [...]” (XIII, 220). Y en la carta I: “–Otro uso

nuevo, dirán mis discípulos. –No tan nuevo, contestaré yo” (I, 88). En la IV Ganivet explica la situación política en Finlandia fingiendo unas preguntas de sus lectores a las que él da cumplida respuesta (IV, 114-115). Un recurso paralelo consiste en anticipar la curiosidad del lector, manifestada por la pregunta “¿Cómo?”, seguida de la oportuna respuesta de Ganivet (XVII, 254; XVIII, 262), y otro en adelantar las probables objeciones del lector a sus palabras: “Se dirá que esto me ocurrió por no conocer el chino y yo replicaré que...” (XI, 197); o también, “Se dirá que no teniendo nadie dinero en casa, no hay peligro de que se lo lleven los ladrones; esto es cierto, pero también lo es que cuando se quiere robar, se roba lo primero que cae a mano” (XV, 238; ejemplos similares en III, 108-109; II, 94; V, 108). Estos distintos recursos son, evidentemente, una *mise en abyme* de las *Cartas finlandesas*, es decir, una reproducción en miniatura, al modo de las cajas chinas, de la *situación epistolar* de las cartas por separado y en su conjunto. Su empleo indica la absoluta conciencia ganivetiana de las posibilidades comunicativas (y en este contexto, también pedagógicas) de la forma epistolar. Pero por encima de todo, muestran la preocupación del autor por establecer, en el nivel discursivo de sus cartas, una serie de estructuras dialógicas que, al reproducir la relación *maestro-discípulo*, pretenden activar la participación del lector e involucrarlo en los temas discutidos. En definitiva, se trata de una textualización del lector en una situación dialógica que recuerda, vagamente, los diálogos platónicos. Por decirlo con Altman, “[i]n letter narrative we not only see correspondents struggle with pen, ink, and paper; we also see their messages being read and interpreted by their intended or unintended recipients”³⁴.

La epístola suele caracterizarse, lo vimos ya, por su mezcla de géneros y estilos, si bien, por lo que hace a lo segundo predomina la tendencia

al empleo de un estilo familiar, despreocupado, coloquial. Ya Demetrio, considerado como el primer tratadista sobre la forma epistolar, sentenció que la carta es “la exposición de un tema simple en términos simples”, y que su estructura “debe ser más libre” que la de un tratado³⁵. Aunque es verdad, observa Demetrio, que “hay que tener en cuenta a la persona a la que se escribe”, también lo es que la elevación del estilo requerida por un corresponsal de cierto rango “no ha de ser tal que tengamos un tratado en lugar de una carta”³⁶. Ganivet sigue *grosso modo* estos preceptos básicos de la epístola desde la primera carta. A los lectores de *El Defensor de Granada* les asegura, por ejemplo, que no persigue un propósito científico o erudito en sus *Cartas*: “voy sencillamente a exponer las ‘ideas que se le ocurren a un español que por casualidad habita en Finlandia’” (I, 89); no en vano había dicho poco antes que “el único libro que tengo a mano” (I, 89) es la guía de la ciudad (I, 89). Esta advertencia no es solamente una *captatio benevolentiae* de sus lectores granadinos. También es el reconocimiento del medio en que las *Cartas* aparecerían publicadas (la prensa granadina), poco apto para disquisiciones elevadas, y del género epistolar de las mismas: para retomar el tratado de Demetrio, “[e]s preciso tener en cuenta que no sólo existe un estilo epistolar, sino también temas propios de las cartas”³⁷. Y es eso lo que advierte Ganivet en la frase anteriormente citada: las *Cartas finlandesas* hilvanarán las ideas que se le vayan ocurriendo al corresponsal en Helsinki. Ese ir y venir de ideas, cuya única brújula bibliográfica reside en la guía de la ciudad, convierten a Ganivet en un *flâneur* del pensamiento. El deambular – digamos– mental de Ganivet, propiciado por la flexibilidad de la forma epistolar, duplica sus paseos y excursiones por Helsinki y otros lugares de Finlandia. El *flâneur* urbano y el *flâneur* epistolar se funden y dan la mano.

Hay en *Cartas finlandesas* una constante búsqueda de agilidad estilística y amenidad expositiva, a la vez que una preocupación para ilustrar y aclarar las ideas desarrolladas en las cartas. Ganivet reproduce diálogos entre interlocutores ficticios, o entre él y conocidos suyos en Helsinki; tales diálogos son otra *mise en abyme* del dialogismo inherente a la estructura comunicativa de las *Cartas finlandesas*. Son diálogos similares a los comentados atrás, aunque situados en un nivel narrativo distinto: mientras los diálogos figurados entre el autor y sus lectores están en el nivel del discurso, estos diálogos se encuadran en el de la historia; como por ejemplo: el diálogo de Ganivet con su *stärdeska* (I, 92); con su criada Karolina (XVI, 247); con una mujer (X, 183); con algunas personas (I, 88); con unos espectadores en el teatro (XXII, 307); con un finlandés (VI, 142-143); con algunas mujeres (X, 183-184); con una amiga (X, 181); con una mujer finlandesa (VIII, 159; VI, 140-141); y un diálogo que Ganivet oyó en su juventud (VII, 148). Ganivet también cuenta relatos o anécdotas para introducir amenidad o permitir un reposo al lector; abundan las expresiones coloquiales y los refranes: la mujer en Finlandia “es pájaro de cuenta” (VIII, 157); “unos crían la fama y otros cardan la lana” (XVI, 243); “peor es meneallo” (II, 95); “que se calientan los cascos” (III, 103); “la hembra ha sacado los pies del plato” (VIII, 157). O las imágenes y digresiones didácticas, cuya función consiste en hacer más clara y entretenida la explicación; verbigracia: la imagen de la casa de tres plantas para mostrar la convivencia en Finlandia de rusos, suecos y finlandeses (II, 98-99), y la relación de anécdotas (I, 85-86; III, 111-113; VIII, 166). Expresiones como “Para hacer visible la idea [...] diré” (II, 100) son sintomáticas de esa preocupación ganivetiana de comunicar con claridad sus observaciones a sus corresponsales. Como se verá en la próxima

sección, las *Cartas finlandesas* están cuidadosamente organizadas. Pero tal organización se esconde tras una buscada apariencia de naturalidad y espontaneidad, algo, por cierto, nada infrecuente en la forma epistolar. Repetidamente, Ganivet defiende, a lo largo de sus *Cartas finlandesas*, la naturalidad y ataca lo rebuscado, la oratoria, la retórica: “Nada hay más hermoso en el mundo que la llaneza y la naturalidad” (I, 88), idea coherente con el tono familiar y coloquial de sus cartas. En toda carta hay un deseo de intercambio, una apelación al destinatario a que a su vez reaccione y responda. El emisor tiene en cuenta al destinatario al confeccionar su carta, pero también desea ser afectado por sus reacciones en forma de una respuesta epistolar. “In epistolary writing”, apunta Altman, “the reader is called upon to respond as a writer and to contribute as such to the narrative”³⁸, a esa demanda de respuesta Altman la denomina “pacto epistolar”. En armonía con esa exigencia inherente a cualquier carta, Ganivet intercala total o parcialmente en su serie de *Cartas finlandesas* varias cartas ajenas, y comenta las impresiones que le han causado algunas otras dirigidas a él. En la carta VII de *Cartas finlandesas*, el escritor inserta una carta (VII, 150-154) a un antiguo “amigo y condiscípulo”, un tal González en el cual se parodia la figura del político vividor y desaprensivo; a continuación, reproduce Ganivet la respuesta del propio González (VII, 154-156). Es evidente, por su tono irónico, que ambas cartas son de Ganivet, y que su misión primaria consiste en ilustrar de una manera amena algunos deplorables hábitos políticos de la España finisecular. Pero obsérvese que el intercambio epistolar entre Ganivet (o mejor: el narrador-personaje Ganivet escondido tras esa *máscara* de maestro en las *Cartas*) y su ficticio amigo González refractan el pacto epistolar al que antes me refería. Desde un punto de vista estructural y no meramente temático, este intercambio duplica el habitual en una



Amelia Roldán y Ángel Tristán, hijo de Ganivet.
Fot. Romea, ca. 1895.
Archivo-Biblioteca de la Casa de los Tiros.

comunicación epistolar regular (redacción de cartas por parte de los dos corresponsales, y no sólo de uno de ellos, como sucede en *Cartas finlandesas*) y, a un tiempo, invita al público lector de *El Defensor de Granada* a una participación más consciente y reflexiva en su lectura de las cartas. Algo parecido sucede en la carta XII; en ella, Ganivet incluye el fragmento de la carta de un amigo suyo en la que éste se queja de que Ganivet no describe lo que ve, sino que se limita a dar sus opiniones:

Casi siempre empiezas bien –me dice–, pero a las pocas líneas te tuerces y en lugar de decirnos lo que ves, nos dices lo que piensas sobre lo que ves; lo que tú nos envías no son impresiones sino opiniones; las impresiones te las guardas para mejor ocasión. Los lectores que hayan tenido la paciencia de leerte, han perdido el tiempo y no tienen idea de lo que es ese país; tienen ideas teóricas sobre los habitantes, pero desconocen la manera de vivir exteriormente [...] (XII, 210-211).

Como respuesta, Ganivet decide escribir una carta descriptiva “hasta el punto que mis fuerzas la consientan” (XII, 211). Esa carta del amigo del autor, y en realidad toda la carta XII, es un auténtico metatexto crítico, irónico, de *Cartas finlandesas*. Por un lado, ambas cartas mimetizan perfectamente el pacto epistolar y la crucial importancia del lector en la redacción de las cartas; como es evidente, las quejas de un lector de las *Cartas finlandesas* (poco importa aquí si es real o figurado) son tenidas en cuenta por el emisor de las cartas, y de hecho condicionan el tono y la temática de la carta en que se insertan. No es una coincidencia que la primera carta propiamente descriptiva de la serie esté motivada por otra carta: tal motivación tiene su razón de ser en la mecánica característica

de toda escritura epistolar. Pero no sólo eso: Matías Montes Huidobro ha llegado a sostener que a partir de esa carta XII la calidad de las cartas decrece al pretender Ganivet incorporar más textos descriptivos³⁹. La verdad es que sí es cierto que en cartas siguientes aumenta el número de fragmentos descriptivos: sea la carta del amigo un recurso de Ganivet o una carta real, lo que importa es que el resto de *Cartas finlandesas* estarán en parte condicionadas por la reacción crítica de uno de los *corresponsales*. Por eso, y lo veré con más detalle en páginas posteriores, las *Cartas finlandesas*, como de hecho cualquier epistolario, refractan perfectamente la estructura comunicativa de la obra literaria, el papel descodificador del lector, y la importancia del lector en la misma creación del texto literario.

La carta siguiente, la número XIII, es una respuesta a una pregunta que Ruiz de Almodóvar le dirigió a Ganivet en una carta publicada en *El Defensor de Granada* (XIII, 219). Y la carta XVI responde a una carta dirigida a Ganivet por una cocinera española; en esa carta Ganivet se ve obligado a precisar sus ideas sobre la mujer (XVI, 245) y a disertar sobre cocina finlandesa (XVI, 246-250), que son los dos temas tocados por la carta de la cocinera. Ganivet, por cierto, reproduce fragmentos de la carta, comenta algunos y resume otros, recurso característico de las compilaciones epistolares (XVI, 243-245). Una vez más, la reacción del lector condiciona la temática y la redacción de una carta de Ganivet. La estructura comunicativa de la carta, la *Briefsituation*, controla en todo momento el proceso de escritura y lectura de las *Cartas finlandesas*. Todo esto es una *mise en abyme* de las *Cartas finlandesas* y una demostración de la importancia del acto de lectura en las cartas. Ganivet, al insertar cartas de sus lectores y amigos, se presenta a sí mismo no sólo como un

autor de cartas, sino también como un lector de epístolas. La relación autor-lectores se invierte: el lector se convierte en un autor, y éste en un lector más, mostrándose así la interdependencia de ambos papeles para la creación y la posterior descodificación de todo texto escrito.

En la carta tienen cabida la elegía, el ensayo, la lírica. Tal capacidad abarcadora de la carta ha hecho dudar a algunos estudiosos de que sea en sí misma un género literario. Levine asegura, por ejemplo, que “[t]he verse epistle should probably be viewed not as a *genre* in its own right, but as a manner of writing adaptable to such fixed forms as elegy and satire”⁴⁰. Claudio Guillén todavía va más lejos al afirmar que, dada su recursividad e importancia en la cultura mediterránea la epístola no es un simple género, sino un “radical de presentación”, lo que Goethe denominaba *Naturformen der Dichtung*, comparable a la epopeya, la lírica y el drama⁴¹. Esa ductilidad es una de las razones de que Ganivet, poco conforme con los géneros tradicionales y preocupado por la elaboración de una obra personal, original, se sintiera tan a sus anchas en la escritura epistolar. En la epístola se disuelven los géneros, los estilos y, por ende, la misma institución literaria, en observación de Guillén⁴². La carta, por lo tanto, era una forma excelente para un escritor preocupado por la renovación de la literatura española como Ganivet.

Hay un último aspecto de la epistolaridad de *Cartas finlandesas* de cierta relevancia que conviene tener en cuenta a la hora de contextualizarlas en la obra completa del escritor y en la producción literaria finisecular. Como nos recuerda Guillén, las cartas han significado, en la historia de nuestra civilización, un paso crucial de la oralidad a la escritura: “As écriture, it begins to involve the writer in a silent, creative process of self-distancing

and self-modelling, leading perhaps, as in autobiography, to fresh knowledge or even to fiction”⁴³. Y eso sucede en *Cartas finlandesas*, que contienen una teoría de la mirada, la perspectiva y la lectura dentro de una teoría de la escritura y de la percepción de la realidad, así como una serie de peripecias relacionables con la ficción. Esa experiencia de la escritura que es toda carta relaciona el género epistolar con el modernismo⁴⁴. La escritura y el proceso de comunicación que ésta implica, tematizados de modo recursivo en la literatura modernista, son también los grandes protagonistas de *Cartas finlandesas*. De hecho, la epístola, por su propia naturaleza y según ha indicado astutamente Derrida en sus “Envois”, no es un género, sino todos los géneros, “la littérature même”. Lo ha dicho con palabras persuasivas Janet Altman:

there is a very real sense in which it metaphorically “represents” literature as a whole. By its very *mise en abyme* of the writer-reader relationship, the epistolary form models the complex dynamics involved in writing and reading; in its preoccupation with the myriad mediatory aspects involved in communication, in the way that it wrestles with the problem of making narrative out of discourse, in its attempts to resolve mimetic and artistic impulses, epistolary literature exposes the conflicting impulses that generate all literature⁴⁵.

PERSPECTIVISMO E IRONÍA EN *CARTAS FINLANDEAS*

Las *Cartas finlandesas* abrazan una gran amplitud de temas. Ganivet diserta sobre la diversidad étnica y lingüística de Finlandia (II) y la forma más adecuada de articular su convivencia en un mismo estado (III); esboza

y comenta el sistema político (IV) y económico finlandés (XIV); ejercita sus dotes hermenéuticas en un análisis psicológico de los finlandeses a partir de la interpretación de sus nombres (V); se extiende sobre la atracción de los finlandeses por el progreso y los avances tecnológicos (VI) y dedica bastantes páginas a las emancipadas mujeres finlandesas (VIII, IX); también expone a sus lectores granadinos lo que los finlandeses piensan acerca de España (X, XI); incluye algunas estampas costumbristas (los paisajes, el clima, las casas finlandesas, etc., en XII y XV); intercala una disquisición sobre la reforma universitaria española (XIII) y un repaso de la cocina finlandesa (XVI); explica las diversiones populares (XVII), los espectáculos teatrales (XIX), la poesía épica (XX) y el reciente movimiento artístico y literario de Finlandia (XXI), ironiza sobre la representatividad de los borrachos finlandeses con respecto al resto de sus compatriotas (XVIII) y termina sus cartas con una acerca de la muerte en Finlandia (XXII).

En términos generales, uno de los objetivos del escritor consiste en diseñar un amplio “cuadro de la psicología finlandesa” (X, 179) a partir del comentario crítico de distintos ámbitos de la vida cotidiana e institucional del país. “Psicología” y “psicológico” son términos que aparecen con cierta frecuencia en las *Cartas finlandesas* y que cabe enmarcar adecuadamente en el contexto de ciertas tendencias de la psicología decimonónica. Ramsden, uno de los ganivetistas que más se ha ocupado del tema, ha sostenido en distintos trabajos que en Ganivet se detectan las teorías de la selección natural, la evolución y el determinismo característicos del pensamiento positivista del diecinueve, así como la visión organicista de la sociedad del bioevolucionismo⁴⁶. Tales tesis, muy extendidas en el último tercio del siglo XIX, desarrollaron de hecho, como oportunamente ha observado G. Jurkevich en un reciente

trabajo⁴⁷, algunos planteamientos seminales de los filósofos alemanes, en particular los de Herder, quien concibió en términos antropomórficos la constitución de las naciones. Semejante visión es similar al *Volksgeist* o “espíritu del pueblo”, concepto surgido en Francia en el siglo XVIII como *esprit des nations*, sobre todo en la obra de Montesquieu y Voltaire, pero popularizado y ampliamente desarrollado en Alemania por Herder, Fichte y, especialmente, por Hegel, quien en la “Introducción general” de sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* sostiene y explica que el *Volksgeist* es la conciencia supraindividual que un pueblo tiene de sí mismo, de sus instituciones, de sus tradiciones, y que está constituido por “el derecho, la moral y la religión del pueblo”⁴⁸. La idea del *Volksgeist* penetró en diversas tendencias y disciplinas decimonónicas y fue refinada por la escuela histórica alemana, deudora de Hegel pero de orientación más empírica. Destacan en esta tendencia Moritz Lazarus y Heymann Steinthal, quienes despojaron del concepto de *Volksgeist* los planteamientos metafísicos hegelianos y desarrollaron una “psicología de los pueblos” (*Völkerpsychologie*). Los estudios de Steinthal exploran la constitución psicológica de los pueblos a partir de un examen de sus elementos lingüísticos, culturales y antropológicos. Aunque es difícil determinar si Ganivet conocía directamente la obra de Steinthal, sus ideas fueron muy conocidas a finales del siglo XIX. Lo más probable es que la aproximación psicológica a una nación la aprendiera Ganivet de Hippolyte Taine, estudioso que en su obra de crítica literaria intentó establecer la psicología de las naciones europeas cuya literatura estudió⁴⁹. En cualquier caso, su estudio de la *psicología* del pueblo finlandés se lleva a término dentro de la tradición del *Volksgeist* y, en concreto, desde presupuestos y estrategias paralelas a las de Steinthal, Lazarus y Taine⁵⁰.

No se limita Ganivet al análisis psicológico del pueblo finlandés. Porque otro de los objetivos implícitos de las *Cartas finlandesas* radica en la crítica o comentario de ciertos aspectos de la cultura española por su contraste con otros tantos de la finlandesa. Casi en cada carta hay comparaciones entre Finlandia y España. Claro que tal recurso tiene, en ocasiones, la finalidad de facilitar a los lectores puntos de referencia familiares para la comprensión de usos culturales o de instituciones alejados de los suyos. Como cuando compara la relación entre suecos y finlandeses en Finlandia con la que tuvieron los griegos y fenicios, “dueños del litoral”, con los iberos, celtas y celtíberos “del interior” (II, 100); cuando establece un paralelismo entre los festejos de uno y otro país (XIX, 171-172); o, por poner otro ejemplo, cuando expone las diferencias entre los dos pueblos a partir del análisis de los nombres de sus habitantes (V, 127-136). Pero más frecuente es el contraste crítico. Así, la alusión a distintos componentes de la vida cotidiana y a las instituciones finlandesas le sirve a Ganivet para arremeter contra el proverbial pucherazo electoral en España (IV, 117), la mala gestión de los ayuntamientos españoles (XII, 213) o de los bienes inmuebles (XIV, 230-231). En otras ocasiones, la observación de aciertos finlandeses le lleva a sugerir su adaptación a España: es el caso de su propuesta de levantar en Sierra Nevada construcciones similares a las finlandesas para poder disfrutar de los placeres y las ventajas del invierno (XV, 237). El análisis del libro de viaje de Lundgren por el sur de España conduce a Ganivet a proponer una serie de reformas para mejorar la vida espiritual de Granada y superar la apatía, la pereza y la falta de carácter de sus paisanos (XI, 207-209). Toda esa gama de recursos guarda cierto parentesco con algunos empleados en *Cartas marruecas* (Marruecos y España) y en *Lettres persannes* (Persia y Francia) y, también, en *La conquista del reino de Maya*, novela en la que Ganivet satiriza algunas

instituciones españolas al hacer que su personaje Pío Cid las imponga en el imaginario reino africano de Maya.

Esta diversidad y amplitud de temas se articula a través de una técnica de la mirada y de un recurrente empleo de la ironía que dificulta, cuando no imposibilita, la determinación de una actitud clara de Ganivet tanto ante los problemas estudiados como ante su propio vehículo de expresión: el lenguaje y la forma epistolar en que se integra⁵¹. Ganivet no se limita a relatar, sin más, lo que ve. Su propósito final, lo acabo de indicar, reside en revelar la psicología del pueblo finlandés. Ello le obliga a adoptar una mirada en profundidad que desvele la realidad interior de las cosas y que le permita descubrir los nexos ocultos entre las mismas. La mayoría de las personas, viene a decir Ganivet, se conforma con “ver” la superficie de la realidad, cuando lo que se requiere es ir más allá de las apariencias, es decir, “observarlas” atentamente y descubrir lo que tras ellas se oculta. También se queja el autor de que “no vemos el enlace que las cosas entre sí, a la callada, mantienen” (VI, 140). *Cartas finlandesas* enseña al lector a observar *en profundidad* la realidad que le rodea. En cierto modo, hay en *Cartas finlandesas* una poética de la mirada. Es esa poética de la mirada lo que le permite a Ganivet criticar los errores de apreciación cometidos por Lundgren al relatar éste su viaje por tierras de España: “el autor es hombre que observa muy superficialmente, tiene en cambio el mérito de ver muy bien, como artista, y de darnos lo que nos ofrece: impresiones pictóricas” (XI, 190). Tales “impresiones pictóricas” inducen a Lundgren a decir auténticas barbaridades sobre las costumbres y la cultura española, resumidas con ironía en la carta XI. En síntesis, no basta con “ver”, es preciso “observar” críticamente el mundo y sus objetos.

Los lectores de Feijoo notarán en *Cartas finlandesas* un aire de familia con los escritos del combativo padre benedictino⁵². No sólo por la epistolaridad y el ensayismo de este libro de Ganivet, que como vimos pertenecen a una tradición en la que sobresalen las *Cartas eruditas*. Es más bien la feijooniana actitud de “impugnar errores comunes” arraigados en España la que uno percibe de inmediato en este libro de Ganivet. Paralelamente a como hizo Feijoo en su tiempo, Ganivet se propone, en sus *Cartas finlandesas*, corregir los “errores” y las “opiniones irreflexivas” de los “observadores superficiales”, de la “gente profana”. La diferencia entre ambos escritores radica en que mientras Feijoo combate la ignorancia arraigada por la superstición y por una educación deficiente con el fin de ilustrar a sus lectores con los nuevos avances de la ciencia y la cultura europea del Siglo de las Luces, el autor granadino se ha propuesto deshacer los errores del vulgo ocasionados por su superficial observación de la realidad. No se trata, pues, de corregir una serie de contenidos, sino de alterar el punto de vista del lector. Con frecuencia incide Ganivet en esa necesidad de reajustar la mirada del lector de manera que éste pueda entender mejor las complejidades de la realidad. En la carta XVII sentencia:

Quando algún observador superficial, pues, venga a Finlandia y note que el pueblo no se divierte, no se lleve de ligero, pues más tarde tendría que rectificar. Este pueblo se divierte [...]: si el observador no se entera de cómo y de cuándo esto ocurre es porque no observa con la profundidad correspondiente (XVII, 252).

Ganivet enseña a sus lectores a observar correctamente, les despierta su espíritu crítico: no hay que conformarse con lo que vemos, insiste, estamos

obligados a desentrañar el enlace secreto que las cosas tienen entre sí; constantemente ajusta su mirada para ir más allá de la apariencia, o para captar lo esencial, lo recóndito, lo oculto de las cosas que contempla⁵³. Al principio de la carta VIII, dedicada al estudio de la mujer, advierte que va a escribir sobre la mujer finlandesa “estudiándola de fuera adentro, y principio mi tarea por lo que es más exterior, por el estado social” (VIII, 157), para después ir, poco a poco, penetrando en la psicología de las finlandesas. Los ángulos visuales adoptados por Ganivet son distintos a los usuales. Tal vez el ejemplo más evidente conste en la carta XVII; allí se nos cuenta que Ganivet y un amigo acuden a un espectáculo teatral; su amigo, al ver que el cónsul español está de espaldas al escenario, piensa que éste se aburre y le comenta que, si lo desea, pueden marcharse. La respuesta de Ganivet es memorable:

–Es porque para mí el espectáculo está en la cara de los espectadores –agregué yo. El orador ése, ya he visto desde el comienzo que es uno de los hombres más desgraciados o sin gracia que hay en nuestro continente, pero lo que me entusiasma es la risa inmotivada e injustificada de los concurrentes: esa facultad preciosa de reír porque les da la gana, quizás porque al comprar el billete se propusieran reír y están decididos a reír aunque no salga nadie a la escena (XVII, 253).

Las argumentaciones de *Cartas finlandesas* suelen organizarse según una estructura binaria. Primero se expone la opinión aceptada, la “apariencia”, y luego ésta es rebatida mostrando el autor lo que de verdad se esconde bajo la superficie de las cosas. Lo dice sin ambages en la carta V: “no dejemos en este punto nuestras observaciones; ahí

hay, como suele decirse, gato encerrado” (V, 128). Pues bien: todas las *Cartas finlandesas* persiguen ese “gato encerrado” de que habla Ganivet. Abundan los ejemplos de esta estructura binaria. En la carta II escribe:

Cuando se habla de los escandinavos se cree comúnmente que desean formar también un núcleo político superior, en que quedaran comprendidas Suecia y Noruega, Dinamarca y Finlandia; y al leer que Rusia ha adoptado medidas enérgicas para “rusificar” a los finlandeses, se piensa que todos los escandinavos entrarán en efervescencia y montarán en cólera contra las medidas de opresión. Nada más lejos de la realidad; los dinamarqueses, noruegos y suecos, que vistos desde lejos parecen hermanos, de cerca son menos que primos; hasta las lenguas que hablan, que parecen poco diferentes y que de hecho difieren poco al leerlas, son muy distintas al pronunciarlas (II, 97).

De manera similar, después de exponer y rebatir distintas teorías sobre la nacionalidad (III, 103-108), Ganivet expone la suya (III, 108-111). El sabor feijooniano de algunas de esas estructuras binarias es indiscutible: “lo que el vulgo toma por actividad es inercia” (VI, 146), escribe refiriéndose al progreso. O también: “La gente profana, que no ve más que la complicación aparente de las operaciones, piensa que el que las dirige es un hombre de genio; una vez en el secreto se convencería de que aquel trabajo está al alcance de cualquier burro de carga” (VI, 144-145); en esa misma carta ya había rebatido la “opinión irreflexiva” del vulgo:

La opinión irreflexiva ve en la actividad febril de un hombre que se pasa la vida rodando por los trenes, dando órdenes por telégrafo y

por teléfono [...] una prueba de robustez cerebral extraordinaria; cuando en realidad lo que debe verse en todo eso es un desequilibrio orgánico (VI, 143).

La polaridad apariencia/realidad, y su preferencia por desentrañar el interior de las cosas se corresponde con las ideas de Ganivet sobre los distintos temas abordados. Ganivet siempre identifica lo auténtico con lo esencial de la realidad que le rodea. Por lo que respecta al ser humano, por ejemplo, el escritor español desdeña los cargos que pueda detentar en favor de sus ideas, para apostillar: “Cargos hay muchos e ideas pocas; respetemos la pureza de nuestras ideas y no la alteremos en beneficio de los fugaces intereses de nuestro medro personal” (I, 88-89). La valoración de la interioridad del hombre, fenómeno recurrente en el pensamiento ganivetiano⁵⁴, se proyecta en sus opiniones políticas. En la carta III demuestra la inutilidad de aplicar a Finlandia todas las teorías de la nacionalidad para resolver el problema de la convivencia, a veces difícil, de distintas razas o lenguas en un mismo Estado, para luego desarrollar su tesis central: “en política ‘todo sistema es falso’ [...]. Lo profundo en política es conocer el espíritu de cada nación y desembarazarle el camino para que avance con mayor seguridad” (III, 109). Nótese que, en esta concepción, lo que debe privar en la consideración de los problemas de un país es el respeto a su *Volksgeist*, es decir, a su espíritu nacional, a su –digamos– esencia o interioridad constitutiva; ya en la carta anterior había declarado una idea que desarrollaría extensamente en el *Idearium español*: “el espíritu del país [Finlandia] sólo puede llegar a su máxima altura recogiénose sobre sí mismo” (II, 102). Lo mismo sostiene cuando defiende la bondad del sistema político finlandés, organizado en torno a un parlamento constituido por estamentos. En vez de atacar dicha

organización desde los presupuestos de la democracia, Ganivet respeta la eficacia del modelo finlandés: “Lo que yo pienso es que hay muchos modos de servir a Dios y que debemos desechar el concepto ridículo de que el buen gobierno esté vinculado en esta o aquella forma, en este o en aquel régimen” (IV, 118). Esta tesis la complementa Ganivet con una crítica de las insuficiencias del sistema democrático y de la creencia de que dicho sistema es superior al resto de modelos de organización política:

La transformación de los sistemas políticos no depende de los cambios exteriores, sino del estado social [...]. Las libertades las tenemos dentro de nosotros mismos, no son graciosas concesiones de las leyes. ¿Qué importa que la ley nos declare libres si estamos poseídos por vulgares ambiciones, y sacrificamos nuestra libertad y aun nuestra dignidad por satisfacerlas? (IV, 118-119).

Las polaridades comentadas ver/observar, apariencia/realidad, superficie/profundidad refractan la polaridad estructural de *Cartas finlandesas* constitutiva de su epistolaridad: me refiero a la polaridad de toda epístola establecida entre su capacidad de establecer un puente entre los corresponsales y su constatación, por su propia existencia, de la lejanía entre ambos. Esta esencial polaridad cercanía/lejanía está íntimamente relacionada con la problemática de la perspectiva y la poética de la mirada de *Cartas finlandesas*. La lejanía entre Ganivet y sus lectores le permite a éste observar con mejor perspectiva la realidad: “de lejos”, escribe a Navarro Ledesma, “se ven las cosas mejor” (RO: 311, 17 mayo 98). Vuelve a insistir en semejante idea al referirse a dos escritores noruegos cuyo alejamiento de su tierra natal mejoró su percepción de



Retrato de Mascha Djakoffsky, profesora y amiga en Helsingfors. Fot. Stahlberg (Helsingfors), ca. 1897. Archivo-Biblioteca de la Casa de los Tiros.



Retrato de Hanna Rönberg, pintora y amiga en Helsingfors. Fot Daniel Nyblin (Helsingfors), 1898. Archivo-Biblioteca de la Casa de los Tiros.

la misma. De Jonas Lie dice que “vive casi siempre fuera de su país, para verlo mejor” (313), aunque más explícito es al escribir sobre Ibsen: “Como el prósbita sólo ve bien a distancia, Ibsen comprendió a Noruega desde lejos: quizá si no hubiera salido nunca de su país, hubiera sido un autor mediocre, tal como nos lo muestran las obras de su juventud” (345). Obsérvese que esos dos últimos comentarios tienen mucho de autobiográfico: también Ganivet vivió muchos años fuera de su país, y fue en el extranjero donde pensó y escribió sobre los distintos problemas que asediaban a su añorada España. Es verdad, reconoce el escritor, que en un principio la cercanía a las cosas permite un conocimiento más detallado de las mismas:

Los habitantes de la montaña conocen por sus nombres los picos más altos y los más bajos, las lomas y los valles; los del llano o la ciudad que ven la montaña desde lejos, se contentan con saber el nombre del pico más alto y a lo sumo su altura sobre el nivel del mar. Esta misma diferencia se nota cuando se estudia el movimiento intelectual de un país; los naturales lo conocen en toda su integridad, y el extranjero ha de concretarse a señalar los puntos más altos que descubre (XXI, 294)⁵⁵.

Pero eso, con el tiempo, hace que la percepción del observador se automatice: al ver las cosas de cerca, uno termina por no fijarse más en ellas: “Cuando nos habituamos a ver las cosas les perdemos el respeto y concluimos por menospreciarlas; viéndolas de tarde en tarde, nos interesan más, nos aparecen con más prestigio y nos inspiran más confianza” (IV, 121). La lejanía comporta pues, paradójicamente, cercanía y, por lo tanto, conocimiento. En resumen, la forma epistolar, articulada

en una serie de polaridades formales⁵⁶, refracta y tematiza, en el nivel de la historia y del discurso, esas mismas polaridades: lugar común/originalidad, Finlandia/España, lejanía/proximidad. La mirada distante/cercana de Ganivet se proyecta desde la elección del género epistolar a los temas tratados.

A pesar de que Ganivet propugna una mirada en profundidad, en *Cartas finlandesas* se muestra consciente de las distintas trabas que entorpecen no sólo una percepción nítida de la realidad, sino incluso su comprensión⁵⁷. Las distintas menciones a esa problemática establecen un efecto irónico que impide al lector determinar una verdad o sentido único en las opiniones y reflexiones de Ganivet. Ya en la primera carta se plantean una serie de cuestiones epistemológicas que ponen en cuarentena todo lo que luego escribirá en *Cartas finlandesas*:

Hablo de lo que veo y de lo que oigo o de lo que “semiveo” y “semioigo”; porque en cuanto al oír, como me hablan en varias lenguas, es posible que entienda muchas cosas al revés, y en cuanto al ver, como tengo la desgracia de distraerme con frecuencia, no veo las cosas por todos sus aspectos; y a veces no las veo por ninguno, porque imito a los gatos del tío Marcos, famosos gatos granadinos de quien cuenta la tradición que cerraban los ojos por no ver los ratones (I, 89).

Esas palabras, claramente irónicas, activan la desconfianza del lector a la vez que reclaman de éste una lectura atenta y cautelosa de las cartas. De hecho, Ganivet se presenta en ese fragmento como un “narrador no fiable”, por emplear el término acuñado hace años por Wayne C. Booth⁵⁸.

A las limitaciones lingüísticas y perceptivas que Ganivet irónicamente alega hay que añadir los condicionantes psicológicos que determinan las impresiones que recibe el individuo así como su manera de ver las cosas:

La vida material nos obliga a asimilarnos elementos materiales, y la vida espiritual nos fuerza a recoger impresiones que son buenas o malas, agradables o desagradables, según nos coge el cuerpo [...]. Lo mismo ocurre con lo bello, con lo gracioso, con lo ridículo, con lo cómico, con lo jocosos, con lo burlesco y con lo humorístico. Nada de eso existe en la realidad, todo está en nosotros (XVII, 251).

También las cosas que rodean al ser humano influyen en su visión de la realidad:

La psicología tiene sus misterios, y no es fácil ver así, de golpe, la influencia que en nuestro espíritu ejercen las formas exteriores que habitualmente nos rodean y nos moldean, sin que nos demos cuenta de su sorda labor. Nuestro orgullo nos hace creer que estamos sólo sometidos al influjo de los objetos en que voluntariamente fijamos nuestra atención; pero acaso sea más enérgico el influjo de lo imperceptible y de lo despreciable (VI, 139; un ejemplo en VI, 139-140).

El paradójico efecto de esas manifestaciones, desperdigadas a lo largo de las *Cartas finlandesas*, no es otro que el de cuestionar la exactitud de las palabras de su autor. Los problemas lingüísticos, el estado de ánimo melancólico originado por la contemplación de un entorno gris, frío y desolado, la influencia del contexto inmediato: el reconocimiento de

todo ello llega a poner en duda el que las *Cartas finlandesas* sean una percepción adecuada de la cultura y la sociedad finlandesas, y que tal libro sea una fuente de conocimiento válida para sus lectores granadinos. El momento climático en que Ganivet mina el valor cognitivo de sus propias reflexiones llega en la carta XI, en la que dedica unas páginas a la imposibilidad de comprender otras culturas a través de la única ayuda de la literatura, de los libros:

Yo he asistido a la representación de un drama chino y si me viera obligado a relatar mis impresiones, no podría hacer otra cosa que describir el escenario y agregar que salían actores muy semejantes entre sí, articulaban sonidos al modo de los papagayos, recorrían la escena seguidos de numerosa comitiva y se retiraban para dejar el sitio a otros, que hacían casi lo mismo y así sucesivamente (XI, 197).

Ciertamente, esa digresión sobre el teatro chino la saca Ganivet a colación para demostrar “lo difícil que es comprender las obras de civilizaciones distintas de la nuestra, y justificar a Lundgren de los disparates que comete” (XI, 199). El escritor denuncia, lo vimos antes, que Lundgren se limite a “ver” en vez de “observar” detenidamente la realidad española, lo cual le fuerza a relatar a sus lectores suecos una visión desenfocada de España. Por otra parte, Ganivet lleva a término en *Cartas finlandesas* una mirada en profundidad con el objetivo de traspasar la superficie de las cosas. Pero el efecto irónico de la anterior cita es incuestionable. La relación que Lundgren mantiene con el país que observa (España) y los lectores a quienes se dirige (suecos) es estructuralmente afín a la que establece Ganivet con el objeto de sus estudios (Finlandia) y sus corresponsales

(españoles). En el fondo, ese comentario contiene un efecto irónico sobre la totalidad del libro de Ganivet, ya que pone en entredicho la viabilidad cognitiva de sus cartas. Alguien podría pensar, a partir de esas simetrías y de la cita en cuestión, que tal vez Ganivet cometa errores de apreciación similares a los de Lundgren. Distintos críticos escandinavos han valorado positivamente el acierto de los comentarios ganivetianos, y por lo tanto sería erróneo cuestionarlos⁵⁹. Pero lo singular de la cita anterior reside en su capacidad de poner entre paréntesis la utilidad de toda la colección de las *Cartas finlandesas*. Porque si no basta conocer teóricamente las culturas muy alejadas de la nuestra, y si por añadidura estamos abocados a un relativismo cultural, ¿para qué escribe Ganivet sus *Cartas finlandesas*, si, como se deduce, los lectores granadinos no comprenderán, de todos modos, la cultura finlandesa, puesto que la información libresca es insuficiente para que una persona entienda una cultura ajena a la suya?

El empleo de la ironía en *Cartas finlandesas* es coherente con lo dicho⁶⁰. La ironía consiste, como es bien sabido, en el contraste entre lo que las palabras denotan y lo que el emisor realmente pretende decir; el emisor del enunciado irónico disimula sus verdaderas opiniones estableciendo una discrepancia entre signo y sentido, entre el nivel superficial del enunciado y su nivel profundo. Por su propia estructura, la ironía no permite llegar a una verdad o sentido únicos y definitivos. Inestable, poliédrica, auténtico punto de fuga, la modalidad irónica alimenta la proliferación y la relatividad de sentidos, articula contrastes, enmascara intenciones. *Cartas finlandesas* es un libro eminentemente irónico. Los epígrafes de cada carta son ya una muestra de ello al redactarse siguiendo una tradición humorística que cuenta con tan ilustres nombres

como el *Quijote* y *Tristram Shandy*⁶¹. Pero tal vez sea la magistral carta XVIII, titulada “Los borrachos”, el mejor ejemplo de la mordaz ironía del autor de *Granada la bella*. En ella, Ganivet asegura que el borracho es “la expresión más clara que existe en la tierra del ser humano instintivo”, y que en “éste hay que buscar la clave para descifrar al ser de razón” (260). Consecuentemente, con el objetivo de estudiar a los finlandeses mejor emprende el examen del tipo más general del borracho finlandés, el borracho obrero. La conclusión resultante es que el borracho finlandés llegará muy contento a su casa si lo hace en un carruaje porque habría “satisfecho una exigencia de su instinto, la de aparecer exteriormente [...] como un hombre que goza de las comodidades de la vida” (264). La representatividad del borracho finlandés es, así, irreprochable, ya que Ganivet subraya, a lo largo de sus *Cartas*, que el finlandés se distingue por su sentido práctico y por su amor al progreso y a las comodidades. Al final de la carta, Ganivet generaliza sus disquisiciones irónicas sobre la embriaguez y las extiende a todo el género humano. El párrafo no tiene desperdicio, y es tal vez uno de los momentos más logrados del humor ganivetiano:

Del estudio de la embriaguez se deducen muchas verdades útiles para todas las ciencias [...]: todos los borrachos del mundo tienen un rasgo común, todos marchan haciendo esos [...]; y en esa particularidad veo yo una expresión de la filosofía de la historia, puesto que también la humanidad camina ya torciéndose hacia un lado ya hacia el otro, siempre en dirección de algo desconocido, que debe de ser su casa, a la que llegará, no hay que dudar, como llegan los borrachos, aunque sea tarde y con la cabeza vendada (XVIII, 266).

La ironía le permite al escritor andaluz criticar desde una posición segura; como dijo a su amigo Navarro Ledesma, “si yo expusiera mis ideas con claridad, me meterían en la cárcel [...] hace falta en España levadura fresca y que alguien ha de llevarla. Nada más ingrato que el oficio de lavativo, y sin embargo en los atasques trascendentales en que la lavativa está indicada, un lavativo es un *hombre necesario*” (RO: 305, 12 abril 97). Pero también hay que indicar que la ironía, como la sátira y el humor en general, han sido siempre modalidades frecuentadas por los autores de cartas, por lo que no sorprende en absoluto la presencia de la ironía en *Cartas finlandesas*. En palabras referidas a la epístola renacentista, pero plenamente aplicables a la presencia de la ironía en este libro de Ganivet, Claudio Guillén escribe: “If the epistle is a typically Horatian chain of oppositions and polarities, the main, all-embracing opposition confronts an ‘epistolary principle’ rooted in the pursuit of moral philosophy, with a ‘satirical principle’. The search for truth must refer to the existence of error”⁶².

TEORÍA Y CRÍTICA LITERARIA EN *CARTAS FINLANDESAS* Y *HOMBRES DEL NORTE*

La teoría y la crítica literaria de Ganivet se encuentran desperdigadas en sus innumerables cartas privadas y en la mayoría de sus obras. Los únicos trabajos dedicados exclusivamente a temas literarios son las cartas XIX, XX y XXI de *Cartas finlandesas*, *Hombres del norte* y una sucinta reseña de dos novelas de Zola y Loti titulada “Lecturas extranjeras” publicada por *El Defensor de Granada* el 4 de octubre de 1895 (en 1: 969-973). En ensayos

anteriores he estudiado con cierto detalle el pensamiento literario y estético del autor granadino, y a ellos remito al lector⁶³. Aquí me limitaré a reseñar tres aspectos fundamentales de su poética presentes en esas cartas finlandesas mencionadas y en sus *Hombres del norte*: la filiación taineana de su aproximación a la literatura; su rechazo de la literatura propagandística; y su visión del artista.

Tanto en *Cartas finlandesas* como en *Hombres del norte* destaca sobremanera su evidente metodología taineana. Ganivet era un gran admirador de los trabajos literarios de H. Taine; del infatigable pensador francés se había leído su monumental *Histoire de la littérature anglaise*, obra a la que califica de “notabilísima” (CFAG: 141, 15 mayo 93), y *La Philosophie de l’art* (“Arte gótico”, 1: 989). Las tesis de Taine son muy visibles en la aproximación sociológica de Ganivet al arte y a la literatura de Finlandia y de los países escandinavos. Como recordará el lector, Taine propuso en su famosa introducción a su *Histoire de la littérature anglaise* un método científico para determinar las causas condicionantes de la evolución de una literatura dada, consistente en fijar la característica dominante o *faculté maîtresse*, y el juego de fuerzas que la han determinado: la raza, el medio físico (climatología, topografía, vegetación, situación geográfica), social y político, y la combinación del momento presente y el momento del tiempo en el cual ha emergido. Como anticipé en páginas anteriores, Ganivet defiende su tesis sobre la esencia de lo finlandés a partir del concepto de “territorio” (II, 100-101). Sus disquisiciones sobre el sistema político o económico y sobre el carácter de los finlandeses siempre tienen en cuenta, a la hora de valorarlos, su adecuación al “espíritu territorial” finlandés, descrito en un bello fragmento de la carta XII:

el espíritu del país es siempre triste; en invierno vaga solitario sobre planicies blancas, inacabables, sin hallar dónde acogerse; en verano lleva consigo el presentimiento de un próximo fin. Hay un período de muerte y otro período de vida, y en la lucha entre ambos, la muerte es la que triunfa, es la que imprime carácter al territorio, porque ella es lo sustancial, lo permanente, lo verdaderamente eterno (XII, 214).

El espíritu territorial es el elemento condicionante de las creaciones de un país, en este caso de Finlandia (XVIII, 261-262). En *Idearium español*, Ganivet sostiene que el “espíritu territorial” determina la producción literaria y que “mientras el fondo del arte procede de la constitución ideal de la raza, la técnica arranca del espíritu territorial” (ID: 66). En consecuencia, cualquier producción literaria o artística no es más que el cruce entre el espíritu territorial y la voluntad artística del escritor. Cuanto mejor plasme la obra el espíritu del territorio, mayor será su mérito (ID: 124). Un desajuste entre creación artística y espíritu del territorio sólo conduce al empobrecimiento cultural del país; así lo indica Ganivet en varias ocasiones:

Un pueblo sometido a dominaciones extrañas no puede desenvolverse con libertad. La cultura sueca trasplantada a Finlandia ahogó en flor la cultura indígena, y el partido más prudente que pudo tomarse fue quizá el que los finlandeses tomaron, el de conservar intacta y escondida su tradición poética, para que no se mezclara y se corrompiera. Un hecho significativo es que la aparición de la literatura finlandesa tradicional y como

consecuencia el renacimiento literario de Finlandia, sigan de cerca el término de la dominación material o política de Suecia (XX, 275).

Algo parecido asegura en *Hombres del norte* al referirse a las condiciones necesarias para un renacimiento literario:

En un renacimiento literario es esencial que el punto de arranque esté en el mismo suelo de la nación, y que los tipos iniciales sean tipos del pueblo, vistos como son, no idealizados y falseados al modo de los pastores de idilio y los campesinos de cromó. Sólo cuando en una literatura abundan estos tipos reales, nativos, se puede confiar en un florecimiento artístico fecundo y durable (327).

Según Ganivet, el antagonismo entre lo finlandés y lo sueco, así como el pretendido cosmopolitismo de los artistas finlandeses, impiden que la cultura finlandesa produzca obras de arte auténticamente nacionales y se queden en pálidas imitaciones de modelos que, aunque válidos en otros lugares, no lo son en Finlandia. Ganivet critica a los artistas finlandeses que imitan tendencias impropias del espíritu territorial en el que se enmarcan (XXI, 299-302); valga el siguiente fragmento a modo de ejemplo:

Cierto que hoy se piensa y se dice que el artista debe ser sólo una personalidad, pero yo dudo que un finlandés pueda adquirir esa personalidad imitando a los franceses o a los italianos, que es lo que ahora se hace. Lo que es natural en el Sur es absurdo en el ambiente del Norte, y así se nota aun en los buenos pintores de

Finlandia que ven los tipos de su tierra como los vería un extranjero y los pintan a lo impresionista o a lo decadente cuando lo lógico sería pintarlos a lo espeso y a lo macizo, en el aire denso que aquí se respira (XXI, 299-300).

Obsérvese en estas palabras que nuestro escritor sostiene un prejuicio muy extendido en el siglo XIX, según el cual existía una oposición entre la cultura de los pueblos del norte de Europa y los del sur. Stendhal, Philarète Chasles y Mme. de Staël ya se habían preocupado por esas diferencias entre unos pueblos y otros, pero será Taine quien confiera un gran impulso al establecimiento de una serie de elementos caracterizadores de las distintas razas y, también, de las distinciones entre las literaturas del norte y el sur de Europa⁶⁴. Las condiciones climatológicas, la situación geográfica, la topografía y vegetación del lugar son factores, para Taine, determinantes en la constitución de una cultura. Así, las culturas del norte tienden a la tristeza y a la adustez, y las del sur al color y a la alegría. Ganivet siguió al pie de la letra esa concepción determinista. Según observa en *Hombres del norte*, la determinación ambiental de una cultura es tan decisiva que un lector que no pertenezca o no esté familiarizado con el territorio en que ha surgido la obra artística no entenderá necesariamente los mecanismos intrínsecos a ella. Eso sucede a los lectores meridionales con las obras del norte de Europa; al reproducir el lugar común de una literatura escandinava vaga, nebulosa y melancólica, el escritor vuelve a aplicar un punto de vista característicamente taineano:

Las creaciones fantásticas y alegóricas que tanto sirven para conservar en estos climas helados el espíritu poético territorial, son mal comprendidas por nosotros los meridionales; porque en

una atmósfera clara y brillante como la nuestra, las figuras no se mantienen mucho tiempo a media luz, y bien pronto se contornean y aparecen a nuestros ojos con carácter más real y más humano (315).

El análisis del *Kalevala* llevado a cabo en la carta XX no se entiende si no tenemos en cuenta la huella metodológica de Taine en Ganivet. Su crítica elogiosa del gran poema épico finlandés se fundamenta en su perfecta armonía con el espíritu del territorio; tras repasar distintos géneros de la poesía primitiva finlandesa, destaca el escritor que

en ninguna de estas creaciones poéticas [distintos géneros de la poesía primitiva finlandesa], ni en las leyendas o cuentos fantásticos, que asimismo abundan, pudo tomar gran vuelo el espíritu finlandés, rudo y enérgico, obligado a vivir en lucha constante contra un clima inhumano; su obra capital, por no decir única, fue el relato poético de estos combates: el *Kalevala* (XX, 276).

Después de resumir ampliamente el argumento del *Kalevala*, Ganivet procede a un análisis e interpretación del mismo con las herramientas metodológicas de Taine. Un simple ejemplo bastará para que el lector pueda luego entender mejor de qué presupuestos parte Ganivet y por qué éstos lo conducen a tales conclusiones:

hay que reconocer que el pueblo finlandés o el autor desconocido del *Kalevala* no son simples rapsodas y que la epopeya finlandesa es una verdadera creación: sus personajes son eflorescencias de

este territorio [...]; la acción está ajustada tan admirablemente a este suelo y a este cielo, a la vida, a las costumbres, a la historia de este país, que no hay modo de imaginarla en otros climas. Así pues, el *Kalevala*, aparte sus bellezas y sus lunares tiene un mérito fundamental: el de ser una creación étnica y territorial, esto es, una legítima epopeya (XX, 289-290).

Para reforzar esta afirmación, Ganivet contrasta la motivación amorosa de la *Ilíada* (rapto de Helena y consiguiente guerra de los atenienses contra Troya), característicamente meridional en su opinión, con la visión del amor en un país climáticamente frío como Finlandia:

En el Mediodía, donde la sangre es más ardiente y la vida más fácil, son posibles ciertos refinamientos pasionales: el hombre no busca sólo una mujer, busca el amor y el amor trae consigo los celos, las traiciones, los odios, las luchas del honor exaltado, aquí [Finlandia] se contentan con la mujer a secas. En todo el *Kalevala* no existe una escena de amor, al modo que nosotros lo concebimos (XX, 291).

De raigambre taineana es el concepto de “escritor sintomático” establecido por Ganivet a propósito de Arne Garborg. Observa el escritor andaluz que hay autores que “dotados de sensibilidad más intensa o menos disciplinada se dejan dominar por las corrientes del día y crean obras que son como espejos en que se retrata la fisonomía fugaz de las personas y cosas que van pasando” (354). Tales escritores “sintomáticos” son, pues, “indicaciones del estado intelectual y sentimental de la sociedad” (355) y le permiten al crítico estudiar la literatura como una manifestación sintomática de un país, que es lo que precisamente hacía

Taine.

En armonía con otras manifestaciones expresadas en su abundante epistolario (JH: 320, 5 febrero 96; FNL: 112, 5 julio 93; FNL: 117, 24 julio 93), Ganivet arremete una y otra vez contra la literatura tendenciosa y de propaganda. Confiesa “ser poco aficionado a las comedias demostrativas” (330), y asegura que “en el teatro lo bueno y lo que dura es lo psicológico. Las cuestiones sociales pasan, y las que hoy nos enardecen”, añade, “mañana nos hacen bostezar” (352). Por eso piensa Ganivet que el “punto flaco” del teatro de Ibsen es “la importancia excesiva que se da a los ‘problemas sociales’” (352-353).

Para terminar, cumple añadir que, en el artículo dedicado a Vilhelm Krag, Ganivet desarrolla una distinción entre “poeta versificador” y “poeta pensador” característica de su concepto de artista⁶⁵. El primero es como el gimnasta que, al principio, asombra al público, pero que con el tiempo termina por aburrir (363): “el versificador nos sorprende con la armonía y la sonoridad de sus primeras composiciones y nos hace pensar que tenemos delante a un genio portentoso; mas pasada la primera impresión sus músicas nos parecen monótonas” (363-364). El “poeta pensador”, en cambio, parece prosaico al principio: “sólo cuando las ideas trabajando en la forma consiguen ajustar a su medida el ropaje poético se cae en la cuenta de que ‘aquello’ que empezó tan míseramente llevaba dentro de sí un germen robusto y de larga vida” (364). Como se ve, Ganivet rechaza el artista limitado a lo externo y defiende al que conjuga la forma con la idea, con lo esencial. Por las mismas fechas en que escribía estas palabras, el autor de *Idearium español* vuelve a insistir, en su artículo “¡Ñaññ!”⁶⁶, en su crítica al escritor que sólo se preocupa por lo externo

y que se limita al preciosismo formal, llamándolo artista “pintabarros”; en dicho artículo, Ganivet sostiene una vez más que el auténtico artista es aquel que crea su obra a partir de su intimidad, combinando sus ideas personales con el trabajo artesanal de la forma.

NOTAS:

1. Con el fin de reducir el número de notas a pie de página he adoptado para las citas de textos ganivetianos las siguientes abreviaturas
1 ó 2 Ganivet, Á. *Obras completas*. Ed. M. Fernández Almagro. 2ª ed. 2 vols. Madrid: Aguilar, 1961-1962
CFAG *Correspondencia familiar de Ángel Ganivet (Cartas inéditas, 1888-1897)*. Ed. J. Herrero. Granada: Anel, 1967.
FNL *Epistolario*. Ed. F. Navarro Ledesma. Madrid: Leonardo Williams editor, 1904.
ID Ganivet, Á. *Idearium español/El porvenir de España*. 11ª ed. Colección Austral 139. Madrid: Espasa-Calpe, 1981.
LSLP *Juicio de Ángel Ganivet sobre su obra literaria (cartas inéditas)*. Ed. L. Seco de Lucena Paredes. Granada: Universidad de Granada, 1962.
NML *La Cofradía del Avellano. Cartas íntimas de Ángel Ganivet*. Ed. N. Mª López. Granada: Típ. Luis F. Piñar Rocha, s.f. [¿1936?].
PGG *Las cartas de Ángel Ganivet*. Ed. Pedro Gan Giménez. Granada: Diputación Provincial de Granada, 1979.
RO “Epistolario”. *Revista de Occidente* 11 (1965): 273-323.
Las citas de *Cartas finlandesas* y *Hombres del norte* las he incorporado en mi texto entre paréntesis; proceden de *Cartas finlandesas/Hombres del norte*. Ed. Fernando García Lara. Granada: Diputación Provincial de Granada y Fundación Caja Granada, 1998.
2. Sobre la trayectoria de Ganivet como diplomático, *vid.* F. Cervera, “Ganivet, cónsul”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 46 (1925): 166-179; J. Herrero, “Ganivet y su canciller de Amberes”, *Revista Hispánica Moderna* 30 (1964): 271-278; L. Chalon, “Deux écrivains-diplomates en Belgique: Juan Valera et Ángel Ganivet”, *Confronto letterario* 10.20 (1993): 253-269.
3. Acerca de la estancia de Ganivet en Amberes, consultar A. Gallego Morell, *Ángel Ganivet, el excéntrico del 98* (Granada: Editorial Albaicín, 1965) 81-112; J. Herrero, “Ganivet y su canciller de Amberes” 271-278; S. Serrano Poncela, “Ganivet en sus cartas”, *Revista Hispánica Moderna* 24.4 (1958): 301-311.
4. “Viajeros en Barcelona: Ángel Ganivet”, *Cuadernos Hispanoamericanos* 544 (1995): 69-72.
5. W. Benjamin, *Reflections. Essays, Aphorisms, Autobiographical Writings*, ed. P. Demetz, trad. E. Jephcott (Nueva York: Schocken Books, 1986) 97-173
6. Más información sobre esas amigas de Ganivet en A. de Foxá, “Huellas de Ganivet”, *ABC* 7 febrero 1942: 3; Roberto y Marjatta Wis, *Angel Ganivet in Finlandia. Studio biográfico e testi* (Helsinki: Société Néophilologique, 1988) 16-20.
7. “En spansk kannare af Norden. Ángel Ganivet y García”, *Nordisk tidskrift* (1907): 381.

8. Así lo recoge R. Wis en “Ángel Ganivet Suomessa”, *Helsingin Sanomat* 28 noviembre 1948.
9. “Ángel Ganivet. *In memoriam*”, *Ateneum* 15 diciembre 1899: 300-306.
10. *Ángel Ganivet in Finlandia* 45-64.
11. *Ángel Ganivet in Finlandia* 33.
12. Detalles acerca de esa relación los encontrará el lector en A. Gallego Morell, *Ángel Ganivet, el excéntrico* 131-136; J. M^a Noeli, “Ángel Ganivet en Finlandia”, *Domingo* 24 abril 1949: 2; R. Wis, “I tormenti di Ganivet, poeta spagnolo dell’800. La farfalla fissata ad una carreta”, *Il Giornale* 17 abril 1987; R. y M. Wis, *Ángel Ganivet in Finlandia* 21-37.
13. *Ángel Ganivet, el excéntrico* 134. Fue de hecho R. Wis el primero en aventurar, en su artículo “Ángel Ganivet Suomesa”, que Mascha pudo ser la persona que hizo conocer a Ganivet la literatura nórdica.
14. Toda la información sobre ese traslado en F. Cervera, “Ganivet, cónsul” 175-177.
15. Tanto el plan de la novela *El Dómine Peregrino Don Rústico de Santafé* como el proyecto de la segunda parte de *Los trabajos* han sido publicados por A. Gallego Morell en sus *Estudios y textos ganivetianos*, Anejos de *Revista de Literatura* 32 (Madrid: C.S.I.C., 1971) 45-47.
16. El pasaje que mejor indica el severo clima finlandés y el estado de ánimo que aquél debió imprimir en Ganivet se encuentra en las *Cartas finlandesas*: “el espíritu del país es siempre triste; en invierno vaga solitario sobre planicies blancas, inacabables, sin hallar dónde acogerse; en verano lleva consigo el presentimiento de un próximo fin. Hay un período de muerte y otro período de vida; y en la lucha entre ambos, la muerte es la que triunfa, es la que imprime carácter al territorio, porque ella es lo sustancial, lo permanente, lo verdaderamente eterno. Cuando empieza a caer la nieve, la atropellada vida estival, disparada como castillo de fuegos artificiales, se desvanece, dejando tras de sí, por testigos, los árboles convertidos en esqueletos” (XII, 87).
17. La reunión de las veintidós cartas en un libro fue idea de los amigos granadinos de Ganivet, quienes se encargaron de costear la edición: así lo explica N. M^a López en su introducción a *Cartas finlandesas* (Granada: Viuda e Hijos de Paulino Sabatel, 1898) vii. En el siglo XIX y principios del XX no era infrecuente que los autores de artículos de crítica los reunieran luego en un libro; recordemos *Triquitraques (Críticas)*, de Fray Candil, *Letras e ideas*, de E. Gómez de Baquero, y *Los contemporáneos*, de A. González Blanco. Cumple añadir que *Hombres del norte* se enmarca en una tradición similar, formada por los libros en los que se divulgaba la literatura europea en el último tercio del siglo XIX, tales como *La cuestión palpitante* y *La revolución y la novela en Rusia*, ambos de Pardo Bazán; *Los raros*, de R. Darío; *Literatura extranjera* y *Almas y cerebros*, de E. Gómez Carrillo. Una aproximación a la crítica literaria y cultural del cambio de siglo en María Pilar Celma Valero, *La crítica de actualidad en el fin de siglo (estudio y textos)* (Salamanca: Ediciones Plaza Universitaria, 1989).
18. Para la recepción del teatro de Ibsen en esos años, véase Halfdan Gregersen, “Visiting Italian

Interpreters of Ibsen in Barcelona and Madrid”, *Hispanic Review* 3.2 (1935): 166-169 y J.-M. Lavaud, “Ibsen et le théâtre d’idées à Madrid à la fin du XIXe siècle”, *Théâtre et Société*, Cahiers de l’Université de Pau, 4 (1976): 61-74.

19. Por uno de esos misterios tan característicos del mundo editorial español, en algunas ediciones de *Hombres del norte* y en las *Obras completas* de Aguilar no se incluyeron los artículos dedicados a Arne Garborg, Vilhelm Krag y Knut Hamsun.
20. Vid. N. M^a López, “Ganivet y sus obras”, *Cartas finlandesas de Ángel Ganivet, cónsul de España en Helsingfors*, por Ángel Ganivet (Granada: Viuda e Hijos de Paulino Sabatel, 1898) v-viii.
21. De hecho, N. M^a López coincide con Ganivet al relatar la génesis de estas cartas: “Cuando nuestro paisano y amigo Ángel Ganivet [...] fue destinado a prestar sus servicios a Helsingfors [...] sus amigos [...] sentimos viva curiosidad de conocer las costumbres y la vida de aquel remoto país” (“Ganivet y sus obras” v).
22. Contextualizar el exotismo de *Cartas finlandesas* con el libro de L. Litvak *El sendero del tigre. Exotismo en la literatura española de finales del siglo XIX* (Madrid: Taurus, 1986).
23. Carmen Castillo lo ha resumido con claridad al concluir que “[l]a epístola se concibe [en la cultura latina] como comunicación entre amigos que no tienen posibilidad de verse, como una *imago prasentiae*, en forma de conversación” (“La epístola como género literario: De la Antigüedad a la Edad Media latina”, *Estudios Clásicos* 73 [1974]: 441).
24. Acerca del concepto ganivetiano de educación y amistad, vid. E. Gómez de Baquero, “Ángel Ganivet”, *De Gallardo a Unamuno* (Madrid: Espasa-Calpe, 1926) 112-117; J. Herrero, “Spain as Virgin: Radical Traditionalism in Ángel Ganivet”, *Homenaje a Juan López-Morillas*, eds. J. Amor y D. Kossoff (Madrid: Castalia, 1982) 255-256; M. Olmedo Moreno, *El pensamiento de Ganivet* (Madrid: Revista de Occidente, 1965) 58-59.
25. Hasta cierto punto, es lícito considerar *Cartas finlandesas* como uno de esos libros de viajes que tanto fascinaron a la España de la segunda mitad del siglo XIX, tan bien estudiados por L. Litvak en *El sendero del tigre*. En otro orden de cosas, el lector tiene en J. G. Altman, *Epistolarity. Approaches to a Form* (Columbus: Ohio State University Press, 1982) 13-46, una buena aproximación a la “mediación epistolar”.
26. “La epistolografía griega”, *Estudios Clásicos* 83 (1979): 23.
27. Vid. E. R. Curtius, *European Literature and the Latin Middle Ages*, trad. W. R. Trask (Princeton: Princeton University Press, 1953) 148-149, para una útil aproximación al tema.
28. “The Status of the Verse Epistle Before Pope”, *Symposium* 59 (1962) 661.
29. “The Horatian Epistle and Its Introduction Into Spanish Literature”, *Hispanic Review* 22.3 (1954): 175.
30. Sobre el decisivo peso del lector en la elaboración epistolar, consúltese J. G. Altman, *Epistolarity* 87-

31. Cit. por E. Suárez de la Torre, “La epistolografía griega” 20.
32. *Epistolarity* 88.
33. *Epistolarity* 88.
34. *Epistolarity* 88.
35. *Sobre el estilo*, ed. J. García López (Madrid: Gredos) 98, párrafos 231 y 229 respectivamente.
36. *Sobre el estilo* 99, párrafo 234.
37. *Sobre el estilo* 99, párrafo 230.
38. *Epistolarity* 89.
39. “*Cartas finlandesas*: Ganivet, agonista de la percepción y del lenguaje”, *Revista de Estudios Hispánicos* 10 (1976): 3, 4.
40. “The Status of the Verse Epistle” 661.
41. “Notes Toward the Study of the Renaissance Letter”, *Renaissance Genres. Essays on Theory, History, and Interpretation*, ed. B.K. Lewalski (Cambridge: Harvard UP, 1986) 80-81.
42. “Notes” 80.
43. “Notes” 78.
44. Por literatura modernista entiendo toda escritura experimental, metaliteraria, deliberadamente polisémica, fragmentaria, autorreferencial y simbólica. Para más información sobre el tema, *vid.*, entre muchos otros trabajos, M. Bradbury y J. McFarlane, eds., *Modernism, 1870-1930* (Nueva York: Penguin Books, 1976); D. Fokkema y E. Ibsch, *Modernist Conjectures. A Mainstream in European Literature (1910-1940)*; A. Eysteinnsson, *The Concept of Modernism* (Ithaca: Cornell UP, 1990); R. Gutiérrez Girardot, *Modernismo* (Barcelona: Montesinos, 1983); P. Nicholls, *Modernisms. A Literary Guide* (Berkeley: University of California Press, 1995).
45. *Epistolarity* 212.
46. H. Ramsden, *The 1898 Movement in Spain. Towards a Reinterpretation with Special Reference to* En torno al casticismo *and* Idearium español (Manchester: The University Press, 1974) 6; *idem*, *Ángel Ganivet’s* Idearium español. *A Critical Study* (Manchester: The University Press, 1967) 44, 154-155.
47. “*Abulia*, Nineteenth-Century Psychology and the Generation of 1898”, *Hispanic Review* 60 (1992): 181-194.
48. *Lecciones sobre la filosofía de la historia*, trad. J. Gaos (Madrid: Alianza Editorial, 1980) 65; complementar con pp. 65-67.

49. Una espléndida aproximación al pensamiento de Taine en R. Wellek, *Historia de la crítica moderna (1750-1950)*, trad. J. C. Cayol de Bethencourt, vol. 4 (Madrid: Gredos, 1988) 40-78.
50. Para más información sobre la influencia de la psicología decimonónica en Ganivet, *vid.* M. Aronna, *Pueblos enfermos: The Discourse of Illness in the Turn-of-the Century Spanish and Latin American National Essays* (Ann Arbor: University Microfilms International, 1994) 26-112; L. Frattale, "Introduzione", *Ideario spagnolo*, de Ángel Ganivet, trad. L. Frattale, (Roma: Bonacci editore, 1991) 15-26; R. Senabre Sempere, "Ganivet y el diagnóstico de la abulia", *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa* (Madrid: Gredos, 1974) 595-599.
51. Sobre el perspectivismo y la ironía de *Cartas finlandesas*, véase M. Baquero Goyanes, "Perspectivismo y ensayo en Ganivet", *Temas, formas y tonos literarios* (Madrid: Editorial Prensa Española, 1972) 105-155.
52. Tales paralelismos han sido apreciados por la crítica en diversas ocasiones; pongo por caso el trabajo de J. Ros García, "Los caminos del ensayo: Ganivet y las *Cartas finlandesas*", *Estudios dedicados al profesor Mariano Baquero Goyanes*, eds. V. Polo y F. J. Díez de Revenga (Murcia: Imprenta Nogués, 1974) 445-456.
53. M. Montes Huidobro ha sugerido que la mirada hacia adentro de Ganivet en *Cartas finlandesas* guarda cierta relación con la vida retirada del escritor en Finlandia ("*Cartas finlandesas*" 6-7).
54. *Vid.* al respecto, entre otros trabajos, J. Herrero, "Ángel Ganivet, humanista y místico", *Revista de Occidente* 11 (1965): 342-355.
55. Sobre esa "visión desde fuera", *vid.* J. Ros García, "Los caminos del ensayo" 454-455; y M. Baquero Goyanes, "Perspectivismo y ensayo en Ganivet" 128-131.
56. Altman ha notado hasta seis polaridades en *Epistolarity* 186-187: (1) puente/barrera; (2) confianza/falta de confianza; (3) escritor/lector; (4) yo/tú, aquí/allí, ahora/entonces; (5) cierre/apertura; (6) unión/unidad.
57. Una aproximación a esta problemática en M. Montes Huidobro, "*Cartas finlandesas*" 3-30.
58. *La retórica de la ficción*, trad. S. Gubern Garriga-Nogués (Barcelona: Antoni Bosch editor, 1978) 322-356 y *passim*.
59. *Vid.*, por ejemplo, K. Hirvonen, "Espanjalainen kirjailija ihailee Suomen. Vuosisadan vaihteenrahaliekkettä ja pankkineitejä", *Omamerkka* 6 julio 1963: 28-30.
60. Complementar con J. Ros García, "Los caminos del ensayo" 450-451.
61. F. Stanzel ha escrito unas páginas inteligentes sobre los títulos de capítulos en la novela moderna enteramente aplicables a los que encabezan las veintidós cartas finlandesas en *A Theory of Narrative*, trad. C. Goedsche (Cambridge: Cambridge UP, 1984) 37-44.
62. "Notes" 89.

63. “La poética modernista de Ángel Ganivet”, *Hispanic Review* 62.4 (1994): 497-518; *Ángel Ganivet, escritor modernista. Teoría y novela en el fin de siglo español* (Madrid: Gredos, 1994) 63-116. Complementar con V. Fuentes, “Creación y estética en Ganivet”, *Revista Hispánica Moderna* 31 (1965): 133-141; C. Láscaris Comneno, “Las ideas estéticas de Ángel Ganivet”, *Revista de Ideas Estéticas* 9 (1951): 59-73; W. H. Shuford, *Ángel Ganivet as a Literary Critic* (Ann Arbor: University Microfilms International, 1963).
64. Esta distinción desembocaría, en la segunda mitad del siglo, en una polémica entre latinos y anglosajones, muy bien estudiada por L. Litvak en su artículo “Latinos y anglosajones. Una polémica de la España de fin de siglo”, *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo* (Barcelona: Anthropos, 1990) 155-199.
65. Sobre el concepto ganivetiano de artista, *vid.* V. Fuentes, “Creación y estética en Ganivet” 135-136; J. Ginsberg, *Ángel Ganivet* (Londres: Tamesis Books Limited, 1985) 41-42; C. Láscaris Comneno, “Las ideas estéticas de Ángel Ganivet”, 60, 62-63, 66, 69-70.
66. *Vida Nueva* 16 octubre 1898, recogido en *Estudios y textos ganivetianos*, ed. A. Gallego Morell, Anejos de *Revista de Literatura* 32 (Madrid: C.S.I.C., 1971) 11-13.

Galería de lecturas pendientes



BibliotecaVirtualAndalucía

2021



BIBLIOTECA VIRTUAL de ANDALUCÍA

A Junta
de Andalucía

Consejería de Cultura
y Patrimonio Histórico


Andalucía
ORIGEN & DESTINO
Quinta Conferencia de la Historia de España